

La noche que **Himmler** conoció a Borges



Javier Cosnava

Lectulandia

Heinrich Himmler, Comandante en Jefe de las SS y mano derecha del Führer, es capturado al finalizar la guerra mundial. Tras la revisión médica en el cuartel general de Lüneburg, donde está retenido, aparece en una celda. Allí viene a su encuentro Jorge Luis, un escritor argentino que dice apellidarse Lafinur. Está escribiendo un relato llamado Réquiem Alemán y espera conocer de primera mano la vida de Himmler para comprender mejor el nazismo.

Los dos hombres, a lo largo de una noche y hasta el alba, conversarán de política, de filosofía, de literatura... mientras la estructura del relato de Jorge Luis va cobrando forma. De fondo, se va desgranando la biografía del criminal de guerra más grande de la historia de la humanidad.

Porque entendiendo a Heinrich Himmler no solo se comprende la génesis de la Alemania nazi sino también la del destino del mundo tras la postguerra. Un laberinto cuya salida solo Jorge Luis sabrá desentrañar.

Lectulandia

Javier Cosnava

La noche que Himmler conoció a Borges

ePub r1.0

Titivillus 08.06.15

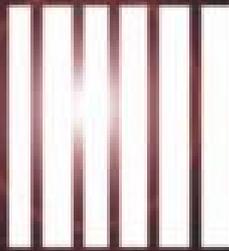
Javier Cosnava, 2014

Diseño de cubierta: Iván RuSo^[1]

Editor digital: Titivillus
ePub base r1.2

más libros en lectulandia.com

La noche que **Himmler** conoció a Borges



Javier Cosnava

Pido al lector que considere esta novela como un homenaje a Borges y a la metafísica como género de la literatura fantástica.

En la presente situación, he decidido dispensarle en adelante de sus funciones de Ministro del Reich y Comandante en Jefe de las SS. Todos sus cargos han sido abolidos. Le agradezco el servicio que ha hecho a la patria.

**Carta enviada a Heinrich Himmler
por Karl Doenitz (*sucesor de Hitler*), 5 de mayo de 1945.**

PRÓLOGO:
Feldwebel Hitzinger
(23 de mayo de 1945)

Cruzamos el puente de Bremervorde a las cinco de la mañana. Por un segundo, me quedo mirando los pilares de madera que descienden desde la pasarela hacia el abismo, engullidos por las aguas y apenas iluminados por las luces del puesto de control británico. Me pregunto si esos troncos deberían ser considerados una forma alegórica de nuestra derrota, si el que trata de ir demasiado lejos acaba inevitablemente engullido por las fuerzas de la naturaleza. Pero entiendo, o quiero entender (lo que es la misma cosa) que a nuestra patria no le cabe más figura retórica que el oxímoron. Alemania derrotada es un imposible, una contradicción lógica, porque somos racialmente superiores y hemos vencido, aunque nuestro estado actual de prisioneros sin rumbo parezca desmentirlo. No hay que fiarse de las apariencias. Para trascenderlas, concebí mi plan secreto.

Nos tratan como a subhumanos, murmura mi edecán, irreconocible en su disfraz de coronel de la Policía Militar Alemana, con monóculo y peluca a modo de complementos. Werner lleva a mi lado quince días huyendo de las tropas aliadas. Dos semanas de dormir al raso, de comer apenas o no comer en absoluto, de cruzar Alemania desde el mar Báltico en dirección a Baviera, pasando más privaciones de las que un Mayor de las SS como él habría imaginado posibles tan solo un año atrás. Pero ahora el imperio de Hitler se extingue y todas las privaciones son pocas para los asesinos nazis, los nuevos subhumanos de Europa, pienso, secretamente divertido. Subhumanos (*Untermensch*); así llamábamos a los pobres desgraciados que enviábamos a los campos de concentración a causa de su raza, opción sexual, afiliación política o desacuerdo con el régimen. Y, finalmente, respondo en voz alta, parafraseando mis pensamientos: Es que ahora nosotros somos los subhumanos, querido Werner.

Mi edecán abre la boca para contradecirme. Aquello parece un sacrilegio, todavía más grave al provenir de los labios de su comandante. Yo coloco un dedo sobre mis labios traidores, conminando a mi ayuda de campo al silencio. Werner calla y mira al suelo para no tener que mirarme a los ojos. A su diestra, a no más de dos metros, un suboficial inglés examina nuestros documentos y los de otros ocho vagabundos, reliquias del otrora orgulloso ejército alemán. Es un veterano de los combates en Túnez de 1943. Las campañas contra Rommel le han convertido en un tipo suspicaz, uno de esos que lleva orgulloso en el pecho la condecoración en forma de estrella de seis puntas o Estrella de África (típica de muchos veteranos del desierto). Aquel pedazo de metal, aunque solo sea una pobre aleación de zinc y cobre, parece confirmar mis sospechas de que nos hallamos ante un hombre difícil de engañar. Acaso sea este el fin de mi camino y me descubran por fin, tal y como he previsto.

Soy el sargento Britton, caballeros, nos informa, mirándonos con sus pequeños ojos y haciendo caso omiso a nuestros papeles, que sostiene en su mano izquierda. Ha dejado pasar al resto de la procesión de nómadas de los campos de batalla y solo quedamos Werner y yo. Un paso detrás de mí, se alza la voz de mi edecán: Se presenta el coronel Grothmann de la *Geheime Feldpolizei*, señor. Ya, ya, claro, la

Policía Militar nazi, asiente Britton, torciendo los labios en una mueca cuyo significado no consigo desentrañar. ¿Y usted?, añade, dando un paso en mi dirección.

Un instante de silencio cargado de amenazas al que sigue la percepción de que cuando una amenaza se cumple, se esfuma sin remedio. No puedo temer nada del ahora cuando ya he sido descubierto o, siendo exactos, me están descubriendo.

Feldwebel Hitzinger, señor, recito de memoria el encabezamiento de esa farsa que es mi identidad, en un hilo de voz que es casi un suspiro de alivio. El inglés contempla por fin nuestras credenciales, donde se distingue mi foto y mi rango de Feldwebel, sin equivalencia exacta en el ejército británico. Britton meneaba la cabeza con vehemencia, como si discutiese consigo mismo. Por fin, dándose la vuelta, nos ordena: Aguarden aquí. Voy a llamar a mis superiores para un interrogatorio más exhaustivo.

Un interrogatorio en el que esta comedia que interpreto no durará ni cinco minutos. Soy un hombre demasiado famoso para que no me reconozca un avezado chupatintas de la sección de inteligencia. Es bien sabido que todos llevan un libro de fotos con los más famosos criminales de guerra alemanes.

¡Sargento Britton!, chillo entonces, olvidando mi tono melifluido anterior y transformándolo en mi más autoritaria voz de mando. El hombre se vuelve, los ojos como platos, la mano en la porra. No será necesario que llame a sus superiores, le comunico, acaso cansado de esperas, de dilaciones eternas, del anonimato, de esconderse de uno mismo, No me apellido Hitzinger sino Himmler: Soy Heinrich Himmler. Con deliberada lentitud, me quito el parche del ojo y lo sustituyo por mis pequeñas gafas de montura dorada, que guardaba en un bolsillo de mi guerrera. Pestaño, el embozo al descubierto. Y agrego en alemán, porque sé que aquel hombre ha desconfiado de nuestras identidades pero que en modo alguna esperaba hallarse ante la mano derecha de Adolf Hitler: *Ich bin des Reichsführer SS...* soy el comandante en Jefe de las SS.

Y luego todo sucede muy rápido. Llaman a un oficial de los servicios secretos, me separan de mi fiel edecán, me desnudan, me cachean y me llevan a una estancia fría, húmeda, demasiado amplia para solo contener una mesa y dos sillas. Tengo hambre, le digo a nadie y a todos, a ese grupo de curiosos, más de diez ya, que se hacinan a la entrada de aquel cuarto mohoso del centro de interrogatorios. Al cabo de unos minutos, estoy comiendo un sándwich de queso y una taza de té caliente. Qué civilizados son los británicos y qué británicos cuando tratan de ser civilizados.

Le traigo una muda de soldado, me anuncia un oficial muy alto y desgarbado con las insignias de capitán, Su ropa está sucia y la estamos examinando. No se la vamos a devolver, Heinrich. Claro, capitán, respondo, comprendiendo el protocolo de la investigación de mis pertenencias e incluso su renuencia a llamarme *Reichsführer*.

Le doy las gracias y me pongo los calzoncillos y la camiseta. Pero me niego a vestirme de soldado británico. Me explico entonces: le ruego que lo entienda, capitán; no sería digno de un hombre de mi condición y mi jerarquía en el ejército alemán,

vestirse con la indumentaria de otro país. Y luego me envuelvo en una manta y me quedo sentado en ropa interior mientras me termino mi té. Yo soy una semilla negra, murmuro en voz baja entre sorbo y sorbo, Y las semillas negras han de dar su negro fruto más tarde o más temprano.

Y ha llegado el momento de que fructifique aquella semilla que comenzó a germinar hace ya treinta años, cuando yo era un adolescente.

Pasan las horas, y con ellas desaparece la buena educación. Al final de la tarde, llega un tal Michael Murphy, un desgraciado, un coronel con nada de delicadeza y peores modales que, tras entrar en la habitación, me abofetea y me arranca la manta a pescozones. Acto seguido, me arrastra en calzoncillos por el complejo de Barfeld, donde estaba detenido, hasta que montamos en su coche. A toda velocidad, avanzamos en dirección al cuartel general de Lüneburg, sede del segundo ejército. Allí las cosas prosiguen por el mismo camino de ignominia y vejaciones. Supongo que sabe usted quién soy, le pregunto al coronel. Naturalmente, me confirma, por eso le dispense el trato exquisito que se merece.

Frente a frente, el coronel Murphy, enorme, grueso, henchido de la desfachatez y la jactancia del conquistador; y el antiguo Comandante en Jefe de las SS, diminuto, aterido, delgado hasta la enfermedad, casi cómico con todas esas costillas asomándole por encima de los calzones. Soy una semilla negra, le hago saber, guiñándole un ojo, como el que explica una confidencia a un viejo amigo, Este es mi momento y ni tú puedes quitármelo.

De un empujón, me arroja a la enfermería del cuartel, donde un médico me está esperando. ¡Desnúdese!, me ordena, sin contemplaciones, la voz rasposa como de ira o rencor desatado. Ya me han examinado antes, me opongo, temblando aún de frío. Pero el médico me anuncia que ahora van a hacerlo con mayor detenimiento, que ellos no se van a estar con cuidados y remilgos como en Barfeld, que la seguridad es lo primero. Mientras me explica lo anterior, se encoge de hombros un par de veces, como si fuera el trato habitual que dispensan en aquella sala. Pero su indiferencia es falsa y esconde aversión y deseo de revancha. El médico lleva unos guantes blancos y parece dispuesto a buscar en cavidades que no estoy dispuesto a poner a su alcance. Ahora comprendo, respondo, levantando la cabeza, con el mismo gesto desafiante que me gustaba utilizar en la tribuna de oradores del Parlamento Alemán, Es un registro y una humillación, y acaso más una humillación que un registro. Llámelo como quiera, ciudadano Himmler, replica el médico, al que parecen importar poco mis consideraciones, por más ciertas que sean. Y es que lo cierto y lo falso han dejado de ser reales, ahora solo son reales los vencedores y los vencidos, cada uno en su condición. Y yo sé bien cuál es mi condición; a ella me debo en cuerpo y alma, como siempre. Como cuando fui vencedor, como ahora que soy «aparentemente» el vencido.

Suspiro una vez más. Cierro los ojos. Llevo años preparándome para este momento y, sin embargo, en el supremo instante del triunfo y la gloria, titubeo como

cuando era solo un niño asustado, en la época en que nació la semilla negra. Trago saliva. Las dudas no tienen cabida cuando se culmina una obra de arte tan inmensa como la que he pergeñado con la paleta del destino. Yo soy Heinrich Himmler y todo lo demás no importa.

Supongo que ahora es cuando mi plan secreto se pone en marcha, le comunico al galeno, feliz de que aquel momento largamente esperado llegue por fin, El ascenso del Reich inmortal comienza en este segundo que se evapora para nunca más regresar. Deje de decir tonterías y desnúdese de una maldita vez, me contesta el médico, que parece a punto de perder la paciencia.

Pero yo, en lugar de quitarme la ropa, le sonrío, apretando mucho los dientes.

Este es el precio que hay que pagar por la inmortalidad.

PRIMERA PARTE
Acerca de los idiotas
(1900-1912)

Llevan horas, días... ¿semanas?, entrando y saliendo interrogadores de mi celda. Perdí la cuenta del número, creo que a la vez que perdía la noción del paso del tiempo. Solo sé que ahora es de noche. Me asomo a la negrura desde el alfeizar de la única ventana de mi calabozo. Veo apenas un fragmento de alambrada y, más allá, un paisaje oscuro e infinito, oculto bajo una luna extraviada. Un campo de prisioneros, supongo. Han debido trasladarme de nuevo. No lo recuerdo pero, a estas alturas, no creo que importe demasiado.

¿Usted también es judío?, le pregunto al hombre que acaba de entrar en mi celda. Se trata de un individuo con un traje oscuro, pelo negro corto, algo entrado en kilos. Su papada incipiente y su forma de caminar, que ya ha perdido el brío y la elasticidad de la primera juventud, me revelan que, como yo, debe tener unos cuarenta y pocos años. No creo que llegue a los cincuenta. ¿Judío?, se sorprende mi interlocutor, Más de una vez me han acusado de tener antepasados semitas pero, por más que lo he buscado, no di con el esquivo judío en mi árbol genealógico. Y me gustaría hallarlo, añade, Pero españoles son mis ancestros. Frunce el ceño: Me pregunto, eso sí, por qué pensó que lo soy, o que podía serlo.

Algo en su forma de hablar, de dirigirse a mí, de moverse, me inspira confianza. Todos son judíos, espeto, cerrando los puños, Entran aquí y me insultan, me gritan, me llaman asesino y hablan de la Torá y rezan salmodias en su lengua... Creo que el coronel Murphy y ese maldito matasanos han buscado a todos los hebreos del ejército aliado y los están trayendo a mi celda. Pero eso no es lo peor. ¿No?, inquiera el desconocido, tomando asiento en mi lecho, lejos de la silla que ocupó frente a la ventana. En absoluto, le confieso, meneando la cabeza, Muchos se limitan a sentarse como usted, lejos de mi presencia, como si fuera un apestado, y se limitan a llorar durante horas. Me señalan solamente, como si estuvieran contemplando a un engendro que ha ascendido desde las profundidades del infierno, y luego se marchan.

El desconocido asiente, como si los esfuerzos de mis torturadores para volverme loco fuesen comprensibles y hasta procedentes. No he venido a insultarle, me explica, sacando un cuaderno de apuntes, Ni a acusarle de nada. Si busca a alguien que le ultraje, no seré yo. Solo quiero entenderle, que me explique quién es, cómo ha llegado hasta aquí: su vida, en suma.

Mi vida, suspiro, y aunque quiero añadir algo más, finalmente callo. Pero aquel

hombre es persistente. He oído que le gustaba llevar un diario, insiste, advirtiendo la indecisión en mi gesto, Podría explicarme de viva voz su existencia pasada como si yo fuese un volumen que tuviese que rellenar. Me echo a reír y le respondo: ¿un volumen de tapas rojas o de tapas blancas? El desconocido intuye que aquella distinción, a primera vista absurda, es algo importante, más allá de que se trate de una broma privada que solo a mí me concierne. Puedo tener las tapas que desee, se ofrece, demostrando tener agudeza y el don de la frase exacta. ¿Puede usted, de verdad?, dudo todavía. Puedo, me confirma, muy seguro de sí mismo, Además, siempre será mejor hablar conmigo que con esos que esperan turno para enfrentarse al todopoderoso jefe de las SS.

Aunque la puerta de mi celda está cerrada, puede oírse el rumor de mis enemigos, soñando con el momento en que al fin podrán venir a vejarme; o tal vez pergeñan mi primer interrogatorio para esos juicios en los que se va a decidir el destino de los criminales nazis como yo. A veces, cuando entra un nuevo visitante, consigo entrever una mirada de rostros más allá del batiente, disputándose ansiosos las migajas de Heinrich Himmler.

Entonces tomo la decisión: Bueno, si quiere saber mi historia y erigirse en el notario de mi vida, primero debe saber algo. ¿Sí?, inquiere el desconocido. Por un momento, el tiempo parece detenerse, y las mentes de ambos se ponen en funcionamiento, la mía hacia el país de los recuerdos, la suya hacia el lugar donde nacen los sueños.

Yo también he sido un niño, comienzo mi narración, levantando la mirada en actitud soñadora, Hasta los monstruos fuimos una vez niños y, como tales, inocentes de todo pecado.

1. Gebhard Himmler

Y cuando todavía era un niño inocente comencé mi primer diario. Mi padre, un maniático del orden, me obligó a entregarme a un hábito que no sé si amo o detesto pero que forma parte de mí y del que soy ya incapaz de sustraerme. El día que cumplí diez años me llamó a su estudio personal, la única estancia de nuestro piso de la Amalienstrasse a la que yo no tenía acceso, salvo a final de año, porque el gran sofá que lo presidía se convertía en «el lugar de ofrendas del Buen Jesús» y sobre sus almohadones la familia hallaba sus regalos de Navidad. Pero no estábamos aún en diciembre y el que mi padre me hiciese entrar en su santuario me pareció una señal de mal augurio. Quiero que anotes aquí tus pensamientos más íntimos, me comunicó, mientras me alargaba un volumen de tapas rojas ligeramente ajadas, Debes poner en orden el caos de tus pensamientos y convertir en palabras cuanto pase por tu cabeza. Solo así podrás controlar el mundo que te rodea.

Pero en mi cabeza no había caos alguno. Yo era un crío que quería jugar con sus amigos y no necesitaba perder el tiempo escribiendo un diario. Así se lo hice saber, más o menos con estas mismas palabras. Mi padre se incorporó de su sillón y me acarició el cabello. Sonreía de forma distante y asentía con la cabeza. Luego levantó la mano y me cruzó la cara de una bofetada. Mi labio inferior estalló y comenzó a sangrar copiosamente. Mi padre todavía sonreía cuando añadió: Tal y como te decía, hoy mismo quiero que comiences a escribir en ese diario todo aquello que pase por tu mente, tus ideas, tus deseos más secretos. ¿Has entendido, Heinrich? Yo me pasé la lengua por la comisura del labio y sentí en mi boca el sabor ferroso de la sangre. Así lo haré, padre, repliqué, con los ojos brillantes de rabia. No permitiría que aquel hombre me viese llorar. Has tomado una buena decisión, sentenció Gebhard, mi progenitor; Gebhard, el estricto profesor de filología y griego; Gebhard, el hombre despiadado que me convirtió en lo que soy.

Todos tenemos a alguien al que echamos la culpa de nuestros errores. Así es más fácil aceptarnos a nosotros mismos. Yo, por suerte, tengo una figura paterna lo bastante lamentable como para poder autoengañarme a discreción. Porque Gebhard, mi padre, era un pobre necio, un idiota.

No creáis sin embargo que era el típico idiota violento y maltratador. No lo juzguéis por la bofetada que acabo de recordar. Gebhard me pegó apenas una cuantas docenas de veces durante mi infancia y primeros años de adolescencia. Un pescozón por aquí a causa de unas notas bajas, una patada en el culo por allá, cuando llegaba tarde a la comida o a la cena, apenas dos o tres palizas importantes. Y la única que recuerdo de verdad fue la de aquella vez en que le llamé «desgraciado». Ni siquiera sé por qué usé esa palabra. Discutimos y estaba enfadado con él, no recuerdo ni siquiera la razón, solo sé que mis últimas palabras fueron «eres un desgraciado». Desafortunadamente, en ese momento entraba en el salón de nuestra casa mi madre, Ana María. Herido en su orgullo, mi padre se sintió obligado a darme una somanta de

palos memorable que me hizo estar en cama casi dos semanas. Pero aparte de aquella vez y de alguna otra puntual, no me pegó demasiado. Además, con los puños o hasta romperme algunas costillas creo que solo esta vez que os adelantaba, aquella en que le llamé «desgraciado».

Y es que mi padre más que «desgraciado» era un idiota. Ya lo he dicho antes. No sé hasta qué punto podría explicar cómo la idiotez puede enquistarse, como un nido de gusanos, en torno a un hombre que se supone que es un erudito, un filólogo alemán de primera y un experto en lenguas clásicas. Tal vez la forma más fácil de explicarlo sea decir que, en realidad, no era nada de todo esto, solo lo pretendía. Gebhard era un intelectual en apariencia y un idiota de corazón, una mezcla no tan extraña, a decir verdad. Repasad la historia de la política europea y lo comprenderéis fácilmente. El mundo está lleno de idiotas adulterados por el estudio que han alcanzado grandes dignidades como estadistas.

Nuestra familia provenía del campesinado, de los más humildes orígenes. Mi abuelo Johann era tejedor y lo único digno de mención que hizo en su vida fue alcanzar el puesto de funcionario de la administración, aparte de morir siendo su hijo tan joven que no pudo influir de forma perniciosa en su personalidad, como lo haría mi padre conmigo. Su hijo, Gebhard, mi idiota progenitor, dedicó toda su vida a escalar socialmente. Era huérfano y no tenía ni una miserable moneda en el bolsillo, por lo que pronto entendió que todo cuanto consiguiese en la vida vendría de los bolsillos de otros. Así que curtió su lengua con esmero, no solo porque un buen conocimiento del alemán abre muchas puertas, sino porque era sabedor que su destino pasaba por lamer una gran cantidad de culos, requisito previo a que las personas de posición abran sus bolsillos a los demás.

A base de hincar los codos, de adular a sus maestros y a la antedicha afición a lamer el trasero ajeno, Gebhard consiguió una beca en el Seminario de Neuburg y más tarde una segunda beca en la universidad Maximiliana de Munich. Eligió una carrera de aspecto culto y erudito como la filología alemana, renunciando a su juventud y primeros años de madurez a cambio de conseguir las mejores notas. No salía de casa, no tenía amigos, solo estudiaba para parecer inteligente. En realidad, aprobó con unas notas más que pobres porque su inteligencia era muy limitada, pero él se esforzaba día y noche en enmascararla aprendiendo citas latinas y griegas de memoria. Quería ser alguien y para ser alguien tenía muy claro una cosa: no debía ser él mismo.

Tan pronto terminó la carrera buscó la amistad de hombres poderosos, de un barón y embajador alemán en Rusia, de diversos nobles cuyos culos de sangre azul lamía esperando que su lengua se tornara también azul. Ignoraba el pobre idiota que lamiendo culos tu lengua no se vuelve azul sino de otro color. Pero él no percibía tal diferencia (acaso sufriera de daltonismo en las papilas gustativas) y continuó su labor lamedora hasta que encontró el culo que andaba buscando. En una fiesta, tras diversas genuflexiones, intimó con el príncipe Leopoldo de Baviera y, a través de él, hizo

amistad con diversos miembros de la corte, cuyos culos lamió también a discreción. En compañía del príncipe Leopoldo regresó a Munich, de donde era natural, y con su ayuda pudo conseguir un trabajo como profesor en un liceo de renombre, el *Wilhelmgymnasium*, propiedad de la familia real. Con tanto denuedo siguió cultivando la amistad y el orto del príncipe que consiguió el rarísimo privilegio, «absolutamente fuera de lo común para un hombre de su condición», como siempre nos recordaba, de ser nombrado tutor del hermano de Leopoldo, el también príncipe Arnulfo de Wittelsbach. Ahora, por fin, era alguien. El hombre erudito y cortesano había conseguido anular al idiota que anidaba en su interior o, al menos, eso pensaba el bueno de Gebhard.

Era mi padre un hombre que vivía dos vidas, siempre sometido a una tremenda presión, la de su incapacidad, en oposición a su única alegría, aquella máscara de pedagogo docto e intachable que llevaba a todas partes. Gebhard era consciente de sus limitaciones intelectuales y que solo a base de lisonjas y adulaciones podría mantener su posición social. Durante toda su vida, pues, estuvo inmerso en una carrera perpetua de obstáculos contra sí mismo. No tenía demasiada memoria, no recordaba muchas de las materias que él mismo impartía y, semanas antes de enseñarlas a sus alumnos, las repasaba día y noche, hablando a solas en su estudio escondido detrás de dos gigantescos muebles de madera de estilo neogótico. Estimulaba su capacidad de retentiva repitiendo una y otra vez datos y detalles con los que intentaba mantener la mente despierta. Su obsesión por apuntar detalles para no olvidarlos era de sobras conocida sus íntimos, y llegó a tal punto que no solo apuntaba cosas relacionadas con su trabajo de profesor. Cuando en el año mil novecientos cinco nació yo, su primogénito, escribió a sus diversos amigos, nobles y compañeros de profesorado, informándoles a cada uno de ellos del peso exacto y la altura del recién nacido. También explicaba las medidas de la habitación, el número de la misma, la distancia respecto a la puerta principal y demás detalles sin importancia alguna. En las cartas que mandó había casi tantos números como letras.

Gebhard tenía miedo de fracasar en la vida. El pobre idiota pensaba que solo repitiendo y repitiéndose una y otra vez montañas de datos sería capaz de recordarlos. Así había obtenido su licenciatura y así era capaz de simular que estaba preparado para ser profesor y modelar a las mentes jóvenes cuando apenas era capaz de lidiar con la suya propia.

Tal vez por eso quisiera que yo llevase un diario. Debía pensar en su cortedad que yo era tan idiota como él y que solo apuntando en sus páginas cuantas cosas pasaran por mi cabeza, cuantas cosas aprendiese, quisiese hacer o soñara... sería capaz de recordarlas. En la Grecia antigua un alumno debía conocer ante todo la letra escrita, la música, la gimnasia y el dibujo, me apostillé una vez mientras me zarandeaba, presa de la excitación, Son estas las materias básicas en las que todo hombre ha de acreditar su maestría para ser alguien. Fíjate, pequeño Heinrich, que cuando alguien se revelaba contra su ciudad estado, y también a ciertos hombres a los que se quería

castigar por su iniquidad, se les prohibía educar a sus hijos en estas materias. La importancia del conocimiento es tan grande que un hombre desposeído de la oportunidad de atesorarlo es como si no fuera ciudadano de la polis. Por tanto, es como si jamás hubiera existido.

Ese era el temor de mi padre, al menos eso creo, aunque poco me importe a estas alturas: no haber existido, que todos supiéramos de su idiotez y su cuerpo se evaporase en una humarada, como si jamás hubiese estado presente, como si sus títulos, sus doctorados y sus dignidades no valieran ni el papel en el que estaban escritos. Aquellos con suerte podían estudiar más allá de la instrucción elemental, añadió en otra ocasión, Y podían leer sobre geometría, sobre astronomía, sobre filosofía. Los ojos de Gebhard brillaban de emoción, No sabes la suerte que tienes de tener en el colegio tantos conocimientos a tu disposición, Heinrich. No los desperdicies.

Aunque, naturalmente, él se iba a encargar personalmente de que el pequeño Heinrich no los desperdiciara y, a causa de ello, tenía yo que escribir en un diario todo lo que pasase por mi maldita cabeza de idiota, o de presuntamente idiota, en tanto que hijo de un idiota conocido, aunque no reconocido, como tal.

Quiero que aprendas el arte de la estenografía, me insistió, cuando le mostré las primeras páginas. La escritura rápida de Gabelsberg es la única manera de trasladar la voz al papel casi a la misma velocidad del pensamiento. Con ella harás de tu pluma un arma invencible.

La estenografía o escritura rápida de Gabelsberg, hoy más conocida como taquigrafía, era otra de sus obsesiones. No solo había que escribirlo todo en nuestros diarios, sino que había que hacerlo lo más rápido posible, para que no se perdiese ni un solo segundo de nuestro valioso tiempo ni una sola palabra del mensaje. No fuera que nuestra idiotez nos impidiese atesorar un detalle decisivo.

No sé la razón por la que Gebhard decidió que de sus dos hijos (en mil novecientos diez había nacido un segundo vástago, mi hermana Ernestine) era yo quien había heredado el estigma de la necesidad. Tal vez por ser el único varón, tal vez porque era callado e introvertido, tal vez porque, teniendo dos años, caí enfermo de los pulmones y se dictaminó que tenía un principio de tuberculosis. Gebhard me llevó a un pueblo en la montaña y me cuidó como mejor sabía, leyéndome fragmentos de textos griegos clásicos que yo no podía entender. Tal vez pensara en su idiotez que la salud física y la salud intelectual iban de la mano, que si aprendía qué era la Odisea o si era capaz de disfrutar de Sófocles y de su Antígona en su lengua original, las bacterias dejarían de envenenar mis pulmones. El caso es que siempre tuvo un especial interés en mí, en convertirme en un hombre de provecho. Solo yo tuve que escribir un diario mientras Ernestine quedó exenta, solo yo tenía que rendirle cuentas y enseñarle el fruto de mis pensamientos cada sábado en el salón de casa. Por eso comencé a llevar un diario privado. A la vista de todos, en mi habitación, estaba el libro con tapas rojas que me había regalado mi padre. Escondido debajo de una tabla,

junto a la ventana, el verdadero diario. El primero hablaba de estudios, de banalidades y de todo aquello que yo sabía conformaba el universo de mi padre. Y estaba escrito con símbolos taquigráficos. Mi verdadero diario, el privado, hablaría de mí, de la persona en la que iba a convertirme. Y esta es la razón por la que digo que mi padre es el culpable de quién soy. Como él, soy dos personas. Gebhard era un hombre ilustrado, el profesor de griego, el sabio... y al mismo tiempo era el necio y el idiota, el hombre débil, el lameculos inseguro que siempre buscaba un nuevo libro que le rescatase de su ignorancia o un nuevo trasero nobiliario que le permitiese medrar. Su hijo, Heinrich Himmler, por su culpa, se convirtió en un muchacho callado y calculador, que nunca decía una palabra de más, que todo lo medía para que su padre no descubriese al otro Heinrich, al hombre airado, al que cerraba los puños y se clavaba las uñas en las palmas hasta hacerse sangre, el que despreciaba su progenitor, a los profesores a los que se veía forzado a adular para que sus notas no bajasen y ello excitase la locura de aquel padre controlador, al niño que vivía en el segundo diario.

Tardé casi un año en escribir la primera frase de mis verdaderas memorias de juventud. Mientras el primer libro, el de tapas rojas, era una amalgama de frases hechas y convencionalismos, de temores de adolescente que sabía que mi padre sancionaría entendiéndolos como razonables, mi verdadero diario debía ser un espejo de mi rabia y de mi desazón, de todo el odio que sentía. Una mañana, me di cuenta que no debía ser como Gebhard y medirlo todo, buscar la frase exacta, el número exacto, la cita exacta, el sabio cabal de la antigua Grecia que me inspirase aquella panacea para mis sentimientos que los convertiría en verbo. Debía sentarme y escribir lo primero que pasase por mi cabeza. La verdad surgiría ella sola.

Así que me senté levanté la pluma y la puse sobre la primera hoja. Escribí: Mi padre, Gebhard Himmler, es un idiota.

No sé cuanto tiempo he estado hablando. Tal vez una hora, acaso algo menos. El notario de mis pensamientos está en sombras, con la mano sobre el libro en el que escribe mi historia, esa que de viva voz desgrano y acaso deformato un poco a mi gusto, ese poco que mi mala memoria y mi orgullo la transfigura. ¿Y si solo toma apuntes, impresiones, y si es tan subjetivo en su labor de escribano como yo en la de narrador?

Mi padre también construyó para mí un laberinto que aún no he sabido cómo abandonar, dice el desconocido, cerrando su libro, Creo que nunca he salido de su biblioteca. Él forjó para mí, como el tuyo con esos diarios, un lugar donde crecer hasta el infinito. Pero para mí fue un lugar maravilloso y no un sendero de pesadillas.

Miro a mi interlocutor y le sonrío. Le explico que mi padre también tenía una biblioteca, que ya he citado y de la que hablaré más tarde, porque tiene su historia y ocupa su lugar en esa pesadilla, que como bien ha observado, fue mi infancia. Y añado que los diarios no eran una plataforma de crecimiento sino argolla de esclavo en mi cuello y mis muñecas y mis tobillos. Incluso mi diario privado de tapas blancas era parte de la cadena. Tardé en entenderlo, pero un día tuve que enfrentar que era una extensión del diario original, por tanto el mismo tumor y la misma forma de morir carcomido desde dentro.

¡Pero basta de hablar sin habernos presentado siquiera!, exclamo de pronto, interrumpiendo mi discurso, Yo soy Heinrich Himmler, supongo que ya lo sabe.

Yo soy Jorge Luis.

¿No tiene apellido?

El apellido no importa. Si quiere uno, le doy el de Lafinur.

Se hace el silencio. Estoy a punto de romperlo volviendo al asunto de los diarios y las cadenas de esclavo, pero Jorge Luis se adelanta: No sabía que era usted un hombre cultivado. No es la idea que el mundo se ha forjado del «todopoderoso» Reichsführer de las SS. ¿Me tenía por un patán?, me extraño, ¿el que ordena la muerte de millones debe ser necesariamente un demente insensato y cretino? Jorge Luis hace un gesto con la cabeza parecido a una negación: ¿Tampoco es un demente el que tortura a esos millones de hombres inocentes? Yo niego con la cabeza en un gesto parecido a un titubeo: Tampoco. El que tortura es solo un torturador. Nada

más. Si lo juzgamos leído o inteligente acaso podamos llamarlo... ¿Un torturador filósofo?, me interrumpe.

Pienso en su proposición. Creo que habría preferido «un artista de la tortura», un hombre que llevó a la muerte a incontables judíos, gitanos, homosexuales, asociales, españoles apátridas, rojos y demás escoria de la tierra porque formaban parte de un plan secreto, algo tan grande por lo que valía la pena el sacrificio de la propia vida y la propia memoria que de mí tengan los hombres y las generaciones futuras.

Torturador filósofo, está bien, reconozco finalmente, No es exacto, pero se acerca. De todas formas, lo que más sorprendente es, si me considera un demente y un monstruo, alguien indigno, por qué me ha considerado a su vez digno de una confesión personal, esa de su padre y su biblioteca.

Ahora es Jorge Luis el que medita su respuesta. Le veo inclinarse hacia adelante, asomando su coronilla desde la oscuridad, iluminada por la luz de la luna. Usted no es digno de nada, me explica, Por tanto es digno de todo, de cuanto me apetezca contarle.

Y es que él no es mi amigo, solo un libro de tapas blancas y rojas, un lugar neutral donde escribir mi historia. A estas alturas, me basta con eso. Es mucho más de lo que se puede esperar del común de los hombres, que han aprendido a odiarme hasta tal punto que son incapaces de toda forma de objetividad. Jorge Luis, lo veo en sus ojos, argentinos de luz de luna, él sabrá ser notario de mi demencia si la hubiera, de mis monstruosos crímenes, pero también de mi grandeza si consigo hacerle entender cuál es mi plan secreto y cuántos sacrificios hice para darle vida en beneficio de la humanidad.

Me gustaría hablar ahora de mi madre, le indico, tragando saliva, con la voz embargada de no sé qué emoción.

Jorge Luis asiente y abre su cuaderno de notas.

2. El silencio

Por suerte, tenía a mi madre. Ana María Himmler, de soltera Heyder, era para mí el paradigma de todas las virtudes. Recuerdo que solía llevarme al colegio una foto suya y, abstraído de mis compañeros y sus juegos de infancia, me quedaba mirándola largo rato, embelesado. Todo aquello acabó cuando mis maestros avisaron a mis progenitores de mi actitud hosca, introvertida y obsesionada a su juicio con una fase de la niñez que alguien de mi edad debería haber superado.

Gebhard, por supuesto, tomó cartas en el asunto y cuando, como cada mañana, nos acompañaba a mi hermana pequeña y a mí a la escuela, sus comentarios acerca de nuestras notas, de nuestra vestimenta, de nuestros modales, de todas aquellas cosas que teníamos la obligación de mejorar, se convirtieron durante un tiempo en burla pura y simple hacia ese «enmadrado de Heinrich». Aquel pobre necio decidió que riéndose de mí me arrebataría aquella obsesión prepubescente por su esposa.

¿Siempre vas a estar detrás de las faldas de Ana?, me repetía una y otra vez. ¿Ese es tu único objetivo en la vida? ¿Esconderte y llevarte una foto de mamá hasta que vayas a la Universidad o hagas el servicio militar? Es hora de desasirte de sus faldas, muchacho. Mi hermana Ernestine se echó a reír hasta que una mirada de nuestro padre la hizo callarse. No creo que haya dicho nada gracioso, sentenció Gebhard. ¿Creéis que estoy haciendo un chiste? Aquella vez, como tantas otras, callamos. Estar en silencio era el mejor antídoto contra Gebhard Himmler. Estar en silencio mientras nos repetía cómo mejorar los resultados académicos teniendo en cuenta los gustos de cada maestro, mientras nos repetía qué frases decir para parecer más educados, más inteligentes o, por el contrario, más estúpidos y serviles, como cuando nos encontrábamos con un catedrático o algún noble, ante los cuales convenía siempre una inclinación aduladora o un lametazo. Llevaba hasta tal punto sus listas y sus organigramas que, en nuestros paseos desde casa al colegio, a menudo sacaba de sus bolsillos libretas con nuestro nombre. Entones nos señalaba viejas entradas que demostraban, a su juicio, que siempre tuvo razón en tal o cual asunto de nuestra personalidad que luego se había demostrado falible. Por ello nos exhortaba a mejorar, a memorizar, a no ser nosotros mismos. En una palabra, a ser Gebhard Himmler.

Y mi hermana y yo aprendimos pronto a callar y a asentir. Callar y asentir es el recuerdo más vivido que tengo de mi infancia.

Creo que en aquella época fue cuando comencé a escribir sobre el hijo del silencio. Fue solo una fase, acaso aún más corta que la de las fotos de mi madre. Durante unos meses, tal vez un año o año y medio, dentro de mi verdadero diario (el de tapas blancas) escribía pequeños cuentos, casi aforismos, acerca de un niño sordomudo. Aquel niño era yo y al mismo tiempo no lo era. Tenía mi nombre pero también tenía otros nombres. Todavía recuerdo el principio de una de aquellas historias, una de las más largas. Disculpa Jorge Luis mi prosa barroca y recargada de adolescente que ha leído demasiado y sabe demasiado poco.

«Hijo del silencio»

Mi universo nació huérfano de sonidos. A veces creí ver danzar espejismos, retazos de retazos, reflejos ancestrales que se diluían conmigo suavemente a la caída del atardecer. También hubo nombres, conatos de nombres o de bestias retorciéndose en mi memoria y olas azules como espíritus de la tempestad que, sinuosas, del mar venían a marchitarse una y otra vez acariciando las rocas de mis oídos, como el sonido hueco y vacío de una caracola.

Imágenes sin fin, sueños malogrados y sentimientos jamás correspondidos. Un millón de mundos que querían formar un sonido, una sílaba o una palabra. En vano. Porque ningún estrépito, ningún susurro, ni una sola voz vino a desplazar la obstinada y silente soledad de mi alma.

Nací sordomudo. Extranjero en un mundo de extraños, único en un mundo de repeticiones y estereotipos, incapaz de comprenderos y definitivamente incomprendido. Desde el primer momento, mis «iguales» han sido para mí como sombras en la noche, deformadas y deformantes, hurgando dentro de mi ser desde sus pesadillas, queriendo hacerme entender a golpes una realidad que ellos jamás entenderían y que les aterrorizaba.

Solo mi madre, solo ella supo acariciarme, abrigar mi testuz cuando bullían las ideas y ya no encontraba cómo expresarlas; solo con ella pude atreverme a luchar contra mis incapacidades para superarlas, solo por ella quise aprender a sonreír cuando de mi corazón brotaban lágrimas ardientes; solo en ella (y a pesar de los demás) pude encontrar al fin mi propio yo, escondido bajo mi mutismo, y de aquellos pedazos surgió un hombre nuevo, desarmado pero dispuesto para la batalla.

Una batalla que voy a ganar por ella.

Es curioso lo que un hombre recuerda en la edad adulta. Mi memoria conserva indemne este fragmento pero no tengo ni la menor idea de cómo seguía, ni del resto de historias, citas y frases cortas que componían aquella serie de «hijo del silencio». Creo que recuerdo en particular el principio de este cuento porque mi madre me sorprendió mientras lo escribía. Caminaba de forma tan suave por la casa que, a menudo, resultaba imposible escuchar el sonido de sus pies deslizándose sobre los tablones del suelo. Aquella capacidad suya para caminar como una hoja que danza en el viento, tan silenciosa que no parece real, era una de las cosas que más me gustaban de Ana.

Eso que escribes no es el diario de papá, ¿verdad?, me preguntó asomando su cabeza sobre mi hombro. Creo que di un respingo. No, no lo es. Es otro diario, confesé. ¿Y papá sabe que escribes otro diario diferente del que te mandó redactar para él?, repuso Ana, preocupada pero sin un atisbo de reproche, como era su costumbre. No, no lo sabe, reconocí, Y preferiría que no lo supiera. Mi madre asintió y me advirtió acerca de la importancia de que mi padre jamás conociera la existencia de aquel diario. El otro es falso, confesé, tal vez liberado por la primera confesión y necesitado de contar toda la verdad. ¿Falso?, se sorprendió mi madre, tapándose la boca y hablando con la voz amortiguada por sus dedos, Espero que tu padre no se de cuenta de que es falso. Pues lo es, mamá. Falso como toda mi relación con Gebhard, agregué, envalentonado. Mi madre asintió y me dijo: No necesito saber más. Sé que piensas que tu padre no es un hombre inteligente y no descubrirá tu engaño, pero los hombres como él acaban inventando tantas estratagemas para parecer instruidos y se vuelven tan suspicaces que, a menudo, no solo lo parecen, de alguna forma retorcida consiguen ser en parte tan inteligentes como aparentan.

Ana Himmler se fue sin añadir nada más pero, aquella misma tarde, mientras miraba a unos hombres jugar al ajedrez en un café cercano (una de las actividades que a mi hermana y a mí nos gustaba hacer juntos), cavilé largo rato acerca de aquellas palabras. Creo que estuve reflexionando sobre lo que significaban durante horas, mientras paseábamos por el Munich de los artistas, por los cafés y los bares de moda. A Ernestine le encantaba el ambiente bohemio, y yo también lo disfrutaba, porque tal vez era el único atisbo de libertad que formaba parte de nuestra vida,

aunque fuera a través de la de otros. Pero esa es otra cuestión. Lo que importa es aquel día reflexionaba acerca de lo que mi madre me había dicho y en particular acerca de que una mujer sencilla, apenas sin estudios, se hubiese dado cuenta también de que su esposo era un fraude. Sentí pena por ella, aunque por entonces no supe entender la causa. Hoy creo que la explicación es simple: Ana conocía tan bien a su marido, y a todos los miembros de nuestro hogar, porque nunca tuvo tiempo para sí misma. Nos observaba, nos cubría de cariño, nos alimentaba, se ocupaba de nuestras necesidades... y desatendía a una sola persona: a Ana. Me pregunté entonces, y acaso también me pregunte ahora, si se puede ser feliz no habiendo vivido tu propia vida y habiendo vivido «para los demás». Si eso significa ser madre me alegro de haber tenido una madre como Ana pero también me alegro de no haber nacido mujer y vivido la experiencia de la maternidad. No sé si es un pensamiento avaro o mezquino, pero pienso que no se puede llegar a ser nada en la vida sin ser un poco ególatra y un mucho individualista.

Y tal vez por eso, porque ya por entonces quería convertirme en un gran hombre y un ególatra en la transición (o acaso al revés), me aproveché del silencio de mi madre, de que no revelara que yo estaba escribiendo otro diario para enseñorearme de mi propio silencio. Así, pude seguir trabajando en secreto en esas historias acerca de un niño sordomudo que no podía hablar, porque era hijo de la pluma de un joven incomprendido que podía hablar, pero no quería hacerlo para no soliviantar el ánimo de su estúpido padre.

¿Sabes lo que decía Salustio?, me preguntó un día Gebhard al empezar nuestro paseo matutino camino del colegio. Salustio sin duda dijo muchas cosas, padre, no puedo saberlas todas, le expliqué en un tono un tanto irónico, sin que él percibiera mi desprecio. Podrías sin duda, objetó, si llevases encima una libreta con un resumen de los escritos del sabio romano de Amiternum. Yo siempre llevo varias libretas con citas de todo tipo, y giros y apuntes que pueden servirme para cualquier cosa; y abriendo la solapa de su gabán nos enseñó a mi hermana y a mí al menos una docena de cuadernos que aguardaba en los bolsillos de aquel abrigo, diseñado especialmente, hecho por encargo para soportar todos aquellos aditamentos que él pensaba necesarios para sustentar su disfraz de hombre inteligente e ilustrado.

Pero nos estamos saliendo del tema, añadió entonces, Yo quería hablarte del silencio.

Enarqué una ceja, sorprendido. ¿Acaso mi madre le había revelado finalmente algo sobre mis escritos? ¿O Gebhard había descubierto el engaño por sí mismo? Pero deseché al momento ambas posibilidades. Mi madre jamás me habría traicionado y mi padre, tal vez debido a su secreta incapacidad, en el fondo de su alma era un hombre con problemas de autocontrol: por eso le gustaba tanto dar bofetadas y pescozones. Si hubiese sabido (intuido siquiera) que yo le desobedecía, escribiendo un diario propio, y le engañaba, entregándole cada semana escritos ilusorios en un diario falso, me estaría abofeteando en ese mismo momento y no

hablándome de sabios romanos de antaño. Todo cuanto había leído Gebhard en su vida le servía para sostener precariamente su máscara, y el hombre idiota e iracundo que había debajo de las pinturas de la farándula ahora no estaba allí, estaba en su lugar el padre aleccionando al hijo, el idiota aleccionando al ególatra.

¿El silencio, padre? No recuerdo ninguna frase de Salustio al respecto. Hablé alzando la voz, seguro de mí mismo y de que mi engaño seguía a buen recaudo. No sabes cuánto necesitas unas libretas como estas, me aconsejó Gebhard golpeando por la parte exterior la solapa de su gabán. Desde Platón hasta el propio Salustio se ha sostenido que la naturaleza más elemental y terrenal de los hombres está ligada a la parte animal de nosotros mismos, mientras que el alma está conectada al intelecto y a través de este a los dioses. Cuando un hombre responde solo ante sus apetitos, a lo que los griegos llamaban el vientre, no vive como hombre sino como animal. Disimulé una sonrisa y dije: No entiendo cómo esto se relaciona con el silencio. Ahora fue mi padre quien sonrió con superioridad: Hace tiempo que te veo muy callado, concentrado en ti mismo, en tus obsesiones, en tu vientre, en tu naturaleza animal. Salustio decía que los hombres que se apartan del intelecto viven en silencio como una vaca que pasta eternamente con la vista fija en el suelo y pensando solo en llenarse la barriga.

Si que es cierto que últimamente te has vuelto algo introvertido, terció mi hermana. Yo les miré alternativamente a ambos, al idiota que había comprendido que yo era un ególatra que solo pensaba en mí mismo, en mis obsesiones infantiles que espejeaban al hombre que un día habría de ser, y a Ernestine, que asentía ante las necesidades del idiota sin saber que, por una vez, y acaso por casualidad, repetición y estadística, estaba en lo cierto. Procuraré ser más sociable, repliqué. Eso está bien, me informó mi padre, Una decisión de adulto. Y quiero que seas, no solo capaz de reconocer tus errores, sino capaz de alcanzar una cierta popularidad entre los alumnos y el profesorado. Unos buenos chistes, unos apretones de manos, unas carcajadas y, porqué no, adular a un profesor en el momento justo, te pueden abrir muchas puertas en la vida; lo que no las abre es el silencio.

Le di las gracias por sus «sabios» consejos y maldije en mi fuero interno a Salustio por ser tan perspicaz y, aunque fuera por mimetismo, haber tornado parcialmente perspicaz al idiota de mi padre. Permanecí el resto del viaje hasta el colegio en silencio, un poco para llevar la contraria a ambos. Una vez en clase, hurgué en mi pupitre y descubrí una antigua edición de las Catalinarias o La Conjuración de Catilina, la obra más famosa de Salustio. Como primer acto de mi nueva condición de alumno algo más popular elegí al más popular de los muchachos del colegio y le regalé el libro. Un poco por hacerme su amigo y otro poco porque había decidido no volver a leer a aquel idiota romano. Por todo ello, tardé bastantes años en descubrir que, irónicamente, la frase sobre el silencio que mi padre había sacado de una de sus libretas pertenecía al primer párrafo de aquel libro. Como yo había anticipado, el muy tonto había leído al azar la primera línea de un libro

clásico y la había usado para glosar su crítica a mi actitud taciturna de esos días. Suspiré de alivio. Mi padre seguía siendo el tonto de siempre y mi diario secreto, ahora ya no cabía duda, jamás sería descubierto.

Me gusta mucho tu regalo, Heinrich, me confesó entonces el muchacho al que le había entregado el libro de Salustio, y que respondía al nombre de George Hallgarten. En ese momento el profesor de matemáticas subió a su tarima y señaló la pizarra. Yo sonreía de oreja a oreja cuando me volví hacia Hallgarten y le dije: ¡Psst!, que empieza la clase. ¡Silencio!

Tal vez prefieras que encienda la luz de la celda, le pregunto a Jorge Luis, que escribe febrilmente en su cuaderno. Solo puedo ver con nitidez su mano, que corretea sobre los espacios en blanco de una hoja bajo el influjo de un solitario rayo de luna. Un rostro en sombras carraspea y murmura: No, no hace falta. Y prosigue aquel que yo creía mi notario su tarea durante al menos quince minutos, mientras yo aguardo arropado por mi viejo amigo el silencio.

Su mano se detiene.

No estás escribiendo lo que te explico, reflexiono en voz alta, Estás trabajando en algún proyecto propio que te inspiran mis palabras. Jorge Luis deja descansar su pluma sobre la última hoja escrita, apenas con cuatro garabatos. No dije que fuera a hacerlo, reconoce, Me ofrecí a ser tu diario de carne y hueso, de tapas rojas y blancas. Pero lo que hago con esos conocimientos no es transcribirlos sino interpretarlos. Soy un literato, no un biógrafo. La realidad es un desorden, hija de un Dios subalterno e incapaz, y mis ficciones son tan cabales como yo soy capaz de construirlas.

Le doy la razón y le pregunto cómo se llama lo que está creando, si son aforismos como los que yo inventaba cuando me creía aprendiz de escritor, un relato o una novela. Todo eso y nada de ello, me responde, críptico. ¿Y tiene nombre?, inquiero, volviendo la vista hacia la luna, como si ya no quisiera mirarle. Jorge Luis no responde, pero le oigo remover sus hojas. Es como si consintiera mostrármelo pero no abiertamente, como si se tratara de un juego, de un espejo de lo real, de un juego de espejos. Mi mirada regresa hacia esa mano blanca que reptaba sobre el papel y acierto a ver el título que encabeza la primera cuartilla: Deutsches Requiem o Requiem Alemán, como el de una famosa composición de Brahms.

Opus 45 para Coro y Orquesta, recito de memoria. ¿Te gusta la música?, se sorprende Jorge Luis. La detesto, confieso. Es un arte para imbéciles y prefiero un millón de veces el silencio. Pero mi padre me hizo memorizar centenares de composiciones clásicas alemanas.

Otra vez mi padre y su laberinto. Y otra vez la fórmula para escapar que hallé en mis primeros años: la falacia del sordomudo. Pero ahora tengo la palabra, ella y mis recuerdos son más fuertes que el silencio. Al menos, en esta hora final.

Lo último que te expliqué fue que regalé las Catalinarias a un amigo, ¿no es eso?

*Jorge Luis asiente.
Y la historia prosigue.*

3. El meón

Creo que nunca seguí el Consejo de Salustio. Ni siquiera sé si mi padre entendió correctamente las palabras del sabio romano, y aún menos si ese mensaje o enseñanza a terceros que llegó hasta mí, y finalmente a este diario hablado a través del recuerdo, se parece en algo a la intención que tenía cuando escribió las Catalinarias. De cualquier forma, como te anticipaba, no le hice caso: seguí amando el silencio y aún hoy es un rasgo esencial de mi personalidad. Con el tiempo, en los años victoriosos del Tercer Reich, estaría rodeado de hombres brillantes y extrovertidos que hacían de sus dotes sociales una herramienta para medrar en la vida. El Mariscal Goering y muchos otros hombres fuertes del nuevo régimen, eran hombre sencillos hechos a sí mismos que se esforzaban en parecer mejores de lo que eran en realidad. En el caso de Goering, y acaso por eso me ha venido a la memoria, era el más extrovertido y campechano de todos, valiéndose de un conocimiento enciclopédico del arte clásico y de una colección interminable de obras robadas, que guardaba en su mansión del Carinhall para sentirse seguro de sus logros en la vida. Mi padre hacía lo propio con los libros que guardaba en su biblioteca o con las libretas de notas que escondía en su gabán. Pobres hombres ambos, escondidos tras su verborrea de feriante, y de ella tras sus adquisiciones y su vana erudición de simio amaestrado.

Por mi parte, siempre me mantuve al margen, en silencio, y escalé socialmente en el partido nazi por mi propio camino. Querría pensar que a causa de mis méritos, y seguramente mis enemigos preferirán creer que fue a causa de mis dotes como manipulador. Digamos que fueron ambas cosas y con ello dejaremos a todos contentos. Pero eso ahora no importa porque hablábamos del silencio y de como yo disfrutaba de él, y él me poseía dulcemente con su vacío. En realidad, no era tanto que gozase de no decir nada como de saber escuchar. Se trataba más bien de una forma de defensa, de no incurrir en los errores de los que hablan constantemente y, a menudo, más de lo que debieran. Llevado por la furia de alguna conversación, más de una vez hablé en exceso delante de mis compañeros e incluso delante de alguna muchacha, mostrando mi corazón y revelando emociones que uno no debe jamás mostrar a extraños, a menos que no le importe caer en el ridículo. Luego me echaba en cara aquel error infantil y me atreví incluso a ponerlo por escrito en mi diario, en el falso, en el que sabía que leía mi padre.

**No debería haber hablado de más delante de Hallgarten y de Haggemüller.
No debería haber hablado de mis sentimientos por ella delante de aquellas chicas en el colegio.
Se han reído de mí y no lo volveré a hacer.
Debo aprender a permanecer callado, a no dejarme llevar por las emociones.
El silencio es mi amigo y yo no soy una maldita cotorra.**

Esto escribí en mi diario de tapas rojas. En parte, era una exageración y por eso lo había transcrito en mi falsa biografía de juventud, esa que revisaba mi padre, descifrando los caracteres taquigráficos delante del fuego del hogar. Había sucedido algo similar aquella mañana, pero ni yo estaba enamorado ni el desliz había sido grave. Apenas un par de palabras. El resto nunca las llegué a pronunciar, limitando el descuido a imaginar las risas de mis compañeros si hubiese sido tan necio como para mostrar un interés amoroso en... bueno, ni siquiera recuerdo el nombre de aquella niña. Ya he dicho que ese diario era fantasía aunque, como la buena fantasía, se inspiraba en eventos de mi vida real de adolescente o, para ser más concreto, en su sublimación.

Pero por la noche, luego que Gebhard Himmler leyera ceñudo, junto al crepitar de las llamas, mis vivencias pseudoimaginarias de la última jornada de clases del año, me dijo: Sigues obsesionado con el silencio. No me escuchaste cuando te dije que debías ser más comunicativo, banal y accesible con tus compañeros. Pero yo repliqué: Sí le escuché, padre, solo sucede que yo tengo mi propia personalidad y... Sucede que crees que estoy equivocado, me interrumpió. No tuve valor para reconocerlo e incliné la cabeza. Sabía perfectamente en cualquier momento podía alcanzarme una de sus famosas bofetadas. El día anterior precisamente me había roto la montura de mis gafas doradas de un golpe y ahora las llevaba ladeadas, de tal forma que a veces me entorpecían la perspectiva de algunos objetos en la frontera de mi campo de visión.

Mientras sigas sin escucharme continuarás siendo un niño débil, un meón. Me encogí de ira y de autodesprecio al oír aquellas palabras. Precisamente por mearme en la cama me había abofeteado el día anterior. Entre los cuatro y los ocho años había sufrido de incontinencia. Por entonces yo debía rondar los trece y hacía mucho que no me meaba en la cama. Pero habíamos llegado el día anterior a los Alpes, a la pequeña villa de Lenggries, donde a menudo veraneábamos. Yo estaba nervioso y me pasé parte de la noche leyendo y jugando con mi hermana Ernestine en la cama que compartíamos (en la montaña no había bastantes camas para todos). Sea por la razón que fuera, volví a mearme por primera vez en casi un lustro. Y mi padre me pegó por ser débil, por ser un meón y me rompió mis gafas doradas.

Aquella semana, precisamente a causa de mi afición a miccionar a deshoras (reflejo a su juicio de mi blandura moral y de un nulo autocontrol), fui castigado. Se decidió que, durante los paseos y excursiones de la familia por la villa, yo me quedaría en casa estudiando las más grandes composiciones de nuestra música patria, amén de las grandes batallas de la historia de Alemania. Esta era otra de las obsesiones de mi padre, y tanto yo como Ernestine teníamos que memorizar, mientras mi madre cosía en un rincón durante horas interminables, la fecha exacta de cada una de las grandes batallas de nuestra patria o las partes en las que se componía este o aquel concierto, como, por poner un ejemplo bienintencionado, las siete que componen el Réquiem de Brahms.

No sé si sabe que esa composición reflexiona acerca de la muerte y está dedicada por Brahms a su amigo Schumann, me interrumpe Jorge Luis por primera vez desde que comenzó a girar la rueda de mis recuerdos.

Oh, es una obra que tengo bien presente. «Bienaventurados los afligidos», canto brevemente con voz raspada de barítono, deteniéndome de pronto, como pidiendo disculpas. Y es que a menudo la cantábamos en familia, también los domingos en los servicios religiosos. Es algo que creía olvidado.

Espero por si mi interlocutor quiere añadir algo más, pero Jorge Luis aguarda en las sombras. Pasa un minuto y decido proseguir con mi historia.

No creas Jorge Luis que guardo buenos recuerdos de la música, acaso por eso he acabado detestándola. Al igual que en la memorización de fechas históricas, el menor error en una nota era tildado de falta de motivación, de entrega a nuestras obligaciones. Una debilidad inaceptable. Un solo desliz podía costarnos una bofetada y, a menudo, teníamos que cantar o enumerar fechas de batallas con la sombra de la mano alzada de mi padre sobre nuestras cabezas.

Sobre todo obsesionaba a Gebhard el tema de la guerra y el sacrificio de los patriotas alemanes. Gebhard nos gritaba: ¡Vuestro abuelo, Konrad Himmler, participó en diversas campañas bajo la bandera del primer regimiento real bávaro!, y agregaba que se avergonzaría de nosotros si viese hasta qué punto estábamos creciendo endebles e ignorantes. A causa de mi incontinencia, aquellas vacaciones las retengo en la memoria convertidas en un monótono correr de las horas entre lecturas sin fin de clásicos militares y el miedo que tenía a que un descuido de mi memoria terminase de nuevo con mis gafas en el suelo. Ya de niño era muy miope y, sin ellas, el mundo me resultaba aún más absurdo y borroso de lo habitual.

Me salvó en primera instancia de mi castigo el hecho de que, por aquellos días, el trece de julio, fue el aniversario de boda de mis padres. Gebhard tomó a su esposa y a su parentela y nos llevó a cenar con gran pompa y el traje de los domingos. Esto último para que los otros veraneantes vieran que éramos gente importante, que podíamos entregarnos a gastos superfluos y celebraciones. Vuestra madre es lo más maravilloso de este mundo, nos dijo, mediada la comida. En realidad, siempre trataba a Ana con extrema deferencia. Pero yo me daba cuenta que aquel no era un gesto noble sino otro signo más de la falsa superioridad del idiota. Mi padre pensaba que su esposa necesariamente debía ser más tonta que él mismo, un ser diminuto y desvalido. Constantemente nos exhortaba a cuidarla, a ayudarla, a ser su apoyo cuando el hombre de la casa no estaba, como si ella fuese un perro que no pudiese andar sin correa. Sobre todo se esforzaba en inculcarme a mí aquellas ideas, porque mi hermana, al ser mujer, era un más débil que mi madre, una versión diminuta y reducida de aquel ser suave y sin aspiraciones personales que vivía en nuestra casa. Al igual que un perro sirve para vigilar al ganado, para defender la entrada del hogar y para lamerte la mano cuando llegas a casa, las mujeres servían para coser la ropa, para fregar la casa y para mantener con ellas conversaciones anodinas.

Gebhard fundamentaba en parte su superioridad moral de idiota en la posesión de diversos objetos, fueran licenciaturas, doctorados, perros, casas o mujeres. Su pequeño hijo Heinrich, al haber nacido macho de la especie, tendría más tarde o temprano que parecerse a él, y esto significaba simular en lugar de ser, llevar apuntados mis pensamientos en libretas o diarios y medrar socialmente a pesar de sus limitaciones. Pero yo no era limitado psicológicamente como Gebhard, era un niño inteligente que le detestaba. Tal vez no sea del todo sincero con su recuerdo decir que solo era odio lo que sentía hacia él; casi siempre el sentimiento dominante era la vergüenza. Cuando en las reuniones con familiares le veía esforzarse en parecer

inteligente, excusarse camino del lavabo para mirar una de sus libretas y memorizar una frase que luego repetiría delante de mis tíos, cuando le veía hacer genuflexiones delante de los nobles o de otros compañeros de la Universidad con mayor jerarquía, cuando comprendía que solo vivía para aparentar algo que no era... En todas esas ocasiones, sentía vergüenza de tener una relación sanguínea, ser hijo en suma de un ser semejante. El tiempo, bien es verdad, ha relativizado aquellos sentimientos de entonces, y más tarde la vergüenza se convirtió en lástima. Hoy mi padre es como un fantasma, fantasma que habita en la mente y no es del todo real, un hombre con facciones similares a las mías, la misma forma de andar balanceando las piernas, un ser que se parecía tanto a mí que me he pasado la vida esforzándome en no parecerme a él en absoluto.

Así que supongo que de alguna forma le he olvidado, pero lo que no he olvidado es todo el miedo que me hizo pasar, el hastío de mi adolescencia volcado en mis diarios, el verdadero versus el falso, y de todas aquellas tonterías acerca de memorizar palabras, y citas, y aforismos de los sabios de antaño. Conocimientos que yo transformé con el tiempo en mis propias obsesiones acerca del control y la manipulación.

Aquellas vacaciones habrían terminado en pesadilla de no haber sido por mi hermana Ernestine. En una excursión a finales de julio con Gebhard, por lo visto mi padre se lo pasó muy bien viendo a un funambulista y estaba de tan buen humor que mi hermana le convenció de la conveniencia de levantarme del todo el castigo. El resto del mes y parte del siguiente pude jugar con ella y pasear y salir con los amigos del pueblo. Solo volví a mearme una vez en la cama y mi hermana y mi madre se lo ocultaron al ogro.

No volvería mearme nunca más en la vida.

Deberíamos hacer una lista de libros y leerlos en orden, con puntuaciones y comentarios, le dije una mañana de agosto a Ernestine, mientras paseábamos de regreso desde una fábrica de vigas y tablones de obra muy famosa en la región. No me gusta leer mucho, repuso Ernestine, Solo novelas de chicas. A mí me gustan las novelas policíacas, le informé, Si te presto una de las mías creo que te gustará. De esta forma tan sencilla comenzamos nuestra lista de los mil libros. Aquella lista nos uniría lo largo de los años. Haríamos aquellas lecturas juntos y descubriríamos a grandes escritores como Goethe o Hoffmann; otros menores, como Meyrink y su Golem. Mi hermana siempre sería uno de los pocos apoyos constantes y verdaderos de mi vida y, salvo una vez en la que discutimos por culpa de un noviazgo inadecuado, fuimos uña y carne hasta el último día.

Una mañana, al menos dos años más tarde, llegamos ambos al número trescientos de nuestra lista de libros con Catalina de Heilbronn, de Von Kleist. Entonces me comentó Ernestine en un instante de iluminación: Esto que hacemos no es muy diferente de las libretas que confecciona padre o del diario que te obliga a hacer en escritura rápida. Una afirmación que realizó, sin pensar, mientras levantaba el

cuadernillo en el que ambos estábamos apuntando la lista de libros. Pero el movimiento del volumen se frenó en el aire cuando vio la expresión de mi rostro. Debí haberme quedado pálido como la misma muerte porque repuso: Bueno, no se parece tanto, es una cosa distinta. Completamente distinta, espeté, cerrando los puños. La hubiera golpeado en aquel instante si me hubiese dejado llevar por la ira, que insuflaba lava ardiente en mis venas. Porque era precisamente el mismo tipo de fascinación por apuntar datos, nombres y enumeraciones u organigramas que obsesionaba a nuestro padre. Yo no me parezco a él, le dije a mi hermana.

¿A quién?

Lo sabes bien. No me parezco a ese hombre. Y te daré de bofetadas si vuelves a insinuarlo.

Eso es precisamente lo que haría él. Dar una bofetada cuando no puede enfrentarse a un problema.

Mi hermana no dijo nada más y yo me limité a repetir mientras entrábamos en casa: Yo no me parezco a ese hombre. ¡Y punto!

Pero nada más atravesar el umbral de la vivienda descubrimos a Gebhard, de pie delante del recibidor con una regla en la mano. Examen sorpresa, nos anunció, todo falsas sonrisas. Quiero que me digáis la fecha exacta de todas las batallas que han librado los estados alemanes en los últimos cinco siglos entre los meses de marzo y septiembre. En orden, por supuesto.

Aterrorizados, comenzamos a farfullar datos con la sombra de su mano (aún más alargada gracias al listón de madera) proyectándose sobre nuestras cabezas. Yo fallé tres veces y Ernestine, que no fallaba jamás, erró dos. Ella sabía que cuando era yo el único que me equivocaba, las bofetadas eran mucho más fuertes. Pero si ella fallaba al menos una vez mi padre llegaba la conclusión de que el examen había sido en exceso complicado, y los pescozones iban bien cargados a causa de mi estupidez y falta de aplicación, pero en parte descargados por la severidad del examen. La tercera y última vez que fallé, y mientras esperaba el golpe final, comprendí que yo nunca sería un hombre de guerras y de batallas. Todo aquello de los militares era cosa de idiotas como mi padre. Aunque con el tiempo estaba seguro de que sería un gran hombre nunca sería un general, y mucho menos un soldado. Yo dejaría que los estúpidos, que los patriotas, que la carne de cañón de las izquierdas o de las derechas, o de cualquier otra estupidez que quieran creer los estúpidos, fueran al matadero. Yo me quedaría al margen, en silencio, contemplando la matanza.

Porque callar, observar, improvisar y maquinar es de inteligentes; mientras, si quieres discernir entre un grupo de personas al más idiota, debes buscar al primero que grita, al que hace gala de elevados ideales, quiere luchar ya mismo por ellos y está dispuesto a morir por la patria. Ten por seguro que morirá feliz mientras tú sigues lucubrando nuevas victorias personales, bien apartado de las balas.

Así es como se alcanzan grandes dignidades y se sobrevive a las guerras.

Y te lo dice un meón, que de estas cosas sabemos más que nadie.

SEGUNDA PARTE
Acerca de la pasión
(1913-1916)

Alguien llama a la puerta. Detengo mi narración que, de cualquier forma, estaba casi en pausa, ya que estaba hurgando en ese cajón sin fondo que es la memoria, tratando de encontrar la palabra justa con la que comenzar a explicar mi juventud. Jorge Luis se levanta de mi lecho y camina sin prisas. Antes de llegar a la puerta vuelven a llamar, ansiosamente. Se abre la puerta. Ahora son dos figuras las que veo en sombras. Las dos morenas, aunque la segunda mucho más delgada y con el pelo rizado, rebelde, elevándose en crestas sinuosas sobre su cabeza.

Tengo que verle, ruega el visitante. No es el momento todavía, le informa Jorge Luis. Luego, acaso sospechando ambos hombres que les observo, comienzan a hablar en voz baja, mientras me lanzan miradas de soslayo, como unos conspiradores. En adelante solo escucho palabras aisladas: «Si esto es un hombre» «(..)tengo que comenzar ya». «Tú deberías entenderlo mejor que nadie (..)». «Aún no hemos llegado ni a (..)» «(..) no es el momento. Paciencia». Luego las voces parecen bajar todavía otro tono y se diluyen como el llanto de un niño, agudas hasta rozar lo inaudible.

Cuando el visitante no deseado se marcha, Jorge Luis vuelve a su sitio en mi catre. Este sí que es judío, comento, decepcionado, Su nariz lo delata. Una nariz es una nariz, Jorge Luis parece enojado, Solo es un hombre que busca explicaciones, como yo. Me parece que su apéndice nasal no es importante.

Me echo a reír: Eso significa que sí es judío y que tenía razón en mi apreciación, por eso te enfadas. Las medidas antropométricas han demostrado su utilidad en muchos casos. Son perfectas para descubrir a las razas inferiores. Pueden esconderse de cualquiera menos de la ciencia.

Jorge suelta un bufido y me dice: Es terrible que una cultura como la alemana haya degenerado en afirmaciones pueriles e irrealidades como esa ciencia de la raza tuya. Solo un imbécil creería que se puede clasificar a un hombre por la forma de su nariz o la medida de su nuca. El protagonista de mi relato será un hombre, como tú, convencido de sus ideales y a la vez profundamente equivocado. Pero para poderlo crear primero debo entenderte.

Reflexiono sobre sus palabras. Pero por poco tiempo. La ciencia de la raza es la cima de la investigación humana. De eso no tengo duda. Es otra cosa la que llama mi atención.

Así pues, estás escribiendo un relato llamado Réquiem Alemán, concluyo, un poco para mí mismo, Y el protagonista se me parece. ¡No!, Jorge Luis parece tajante, Se parece a todos los nazis, y por lo tanto a ninguno. Sin embargo, entendiéndote a ti se puede comprender buena parte de lo que sucedió. Por eso he venido y por eso hombres como él vienen a esta celda que habitas. Jorge Luis señala la puerta de mi calabozo.

Y finalmente añade, después de unos segundos en que nos miramos fijamente: El nazismo es un imposible, un lugar violento e inhabitable. Entender lo que pasaba por vuestras cabezas es entender la génesis del mal. No es una tarea fácil para alguien que no ha llevado tu vida y no se ha convertido en lo que tú eres.

Inspiro lentamente, reflexiono y vuelvo a inspirar. Por fin, mi interlocutor ha dado muestras de furor, de rabia, de tener sangre en las venas. Perdió por un momento el control cuando quiso defender al judío desconocido. Me gusta observar a los hombres cuando algo tensa la cuerda de sus emociones y se balancean al borde del abandono, guiados por sus instintos más primarios. Es entonces cuando puedo vislumbrar cómo son en realidad.

La pasión es la llave para comprender a los hombres, informo a Jorge Luis, Tal vez, si eres capaz de encontrar la pasión que mueve mis actos, puedas entenderme y componer el personaje de tu relato. Porque la pasión lo es todo. La pasión de un joven que va al instituto como yo lo hice a mediados de la década de mil novecientos diez, la pasión de todo un pueblo, el alemán, tratando de encontrarse a sí mismo en aquellas fechas. La pasión alimenta la vida y hasta los relatos que en ella se inspiran.

Así que creo que es hora de hablarte de la pasión. Acabo de encontrar la palabra justa con la que glosar mis años de juventud.

4. Esther

En una entrada de mi diario verdadero, en mil novecientos trece, escribí:

La Pasión

Cada pasión tiene su momento. Cada secreto placer aguarda aquella intimidad que le permite manifestarse. Cada deseo sueña el instante preciso en que será satisfecho. La sangre joven no entiende gran cosa de plazos, y deja para el día siguiente, y aún para cualquier otro a sabiendas que puede ser ninguno, el anhelo que codicia su alma. Pero el anciano no sabe esperar, antaño perdió esa sabiduría, y ansía todo aquello que resplandece ante su mirada, y el menor retraso es siempre demasiado tiempo.

Quizás sucede que, a cierta edad, se apagan las ambiciones, y entre la mansedumbre que se apodera del cuerpo y el tedio del paso de las horas, horas lánguidas de silencios que se repiten, cualquier pequeño susurro o acaso un leve batir de alas, pueden transformarse en la chispa que enciende el apetito, un apetito frugal pero exigente, un apetito ávido de inmediatez más que de sentirse saciado. De la misma manera, mis pensamientos vagan errabundos como un pájaro bajo el sol en los cañaverales, y se posan aquí y allá, un tanto desconcertados, y querrían hacer brotar en el cálamo las imágenes que han rescatado del olvido, y de un trazo perfilar el retrato de mi infancia, en otro los mil rostros que me miran desde el pasado, y en un breve bosquejo, entre líneas rápidas e imprecisas, mostrar una existencia que a veces pienso que llega a su fin, y otras no veo el día en que pueda acabarse.

Pero no soy tan necio e incapaz como algunos suponen, y sé que nada alcanzamos en este mundo si no es a fuerza de mucha paciencia y sufrimientos, que debo acostumbrarme a que los signos se amontonen lentamente en el papel, sin que en apariencia vayan a alcanzar mayores propósitos, y no permitir que mi afán por concluir la tarea me distraiga de mi obligación de comenzarla.

En cada columna, inevitablemente, se desgaja una parte de mí, y en la medida que sea capaz de desnudarme ante vosotros, seré capaz de descubrirme tal y como soy, más allá de las mentiras y de aquellos guiños disfrazados de juegos malabares que empezaron por ocultar mis faltas y terminarán ocultándoos al hombre.

La pasión por escribir: ninguna tarea excede en calidad o denuedo a esta.

Me han venido a la mente aquellas palabras en el momento en que he pensado en el Colegio de Landshut. Como todo joven, me creía lo bastante maduro como para entender todos los asuntos de este mundo y me ponía en mis escritos en la piel de un anciano. Primero había sido en mis escritos el sordomudo, un ser que apenas percibe nada de este mundo, y ahora pretendía ser un viejo sabio, que lo sabe todo de ese mismo mundo y lo contempla desde el cansancio y el hastío. Por supuesto, la vida se encargó de ponerme en mi sitio.

Porque precisamente en mil novecientos trece mi padre consiguió el puesto de subdirector en el Liceo de esa localidad. Aunque no estaba muy lejos, apenas cincuenta kilómetros de Munich, toda la familia se trasladó allí y, por primera vez en mi vida, compartí colegio con mi padre. Ahora, en nuestras caminatas matutinas camino del Liceo, no solo nos acompañaba hasta las puertas para luego acudir a su puesto de profesor, unas cuantas calles más allá, en la escuela donde demonios impartiera clases, sino que ahora era uno de los máximos responsables del colegio al que yo asistiría en los próximos años. Y fueron estos unos años de sentimientos encontrados, pero sobre todos predominaba fue la pasión.

Hablo de la pasión en aquel tiempo no solo porque en toda Alemania se respiraba una atmósfera de pangermanismo, porque estaban de moda los ejercicios gimnásticos, los juegos varoniles y, en resumen, todas las cosas que yo no era o no me gustaba hacer o no estaba cualificado para desarrollar al nivel de mis compañeros... También fueron años del descubrimiento de mi propia sexualidad, de los primeros besos, de la primera atracción por una mujer. Por último, fue el tiempo que antecedió a la Primera Guerra Mundial. La pasión estaba a flor de piel no solo en aquella antigua ciudad junto al río Isar donde ahora residíamos, sino en toda la patria, en todas las fibras de mi ser, que luchaba por avanzar en ese arduo y contradictorio camino que es la juventud.

En el colegio de Landshut viví todas las pasiones imaginables y me convertí en un hombre. No es poca cosa.

Mi padre, que ignoraba todas esas fibras apasionadas que vibraban dentro de su hijo, me contempló una mañana trabajando en mi colección de sellos y me expuso, fríamente, aunque con la voz cargada de desdén: Ya estás otra vez en silencio, concentrado, perdido en una de esas actividades afeminadas tuyas. Y es que mi padre le gustaba llamar a cuanto yo hacía «actividad afeminada». Como no acostumbraba a llevarle la contraria, me limité a asentir y continué trabajando en mi colección de sellos. Gebhard, en una de sus impetuosas reacciones de costumbre, cogió mi libro y lo hizo pedazos antes de arrojarlo al fuego.

Algunos de esos sellos eran valiosos, terció mi madre, siempre al fondo de la estancia, cosiendo piezas de ropa que no recuerdo que nadie jamás se pusiese. Mi padre la contempló como el que contempla un mueble antiguo que, de pronto, ha descubierto que tiene la facultad de hablar. Ya no son valiosos, la contradijo. Ana, que era una mujer devota, se santiguó y Gebhard soltó una carcajada. Solo te falta

que quieras hacerte cura, dijo entonces, volviéndose hacia mí, Espero que no pienses siquiera en convertirte en uno de esos haraganes con alzacuellos para contentar a tu madre. A mí no me gustaba demasiado la religión, pero tan solo por llevar la contraria, declaré: Tal vez lo haga. Los dientes de Gebhard rechinaron como una máquina mal engrasada: Si te atreves, cogeré tu maldito alzacuellos, e incluso a mi hijo detrás del alzacuellos, y los lanzaré a ese fuego como he hecho con tu colección filatélica del demonio. Al cabo del rato, luego de contemplar las llamas mientras terminaban de desaparecer mis amados sellos, añadió: Yo quiero tan solo hacer de ti un buen alemán, muchacho. Tal vez creas que soy un padre estricto pero se debe a que aspiro a que seas mejor estudiante, mejor gimnasta y mejor hombre. ¿Y quemar algo que a mí me era querido piensas que me convertirá en un mejor alemán?, le pregunté, con los ojos brillantes de rabia, luchando por no echarme a llorar. No sé si serás un mejor alemán, hijo, repuso con aire compungido, Pero por lo menos aprenderás que en este mundo las debilidades se pagan.

No podía aguantar más las lágrimas y salí corriendo de la casa. Allí, en Landshut, tuvimos por primera vez un jardín, y era lo bastante grande como para que hubiese rincones donde esconderse y llorar al resguardo de ojos inquisitivos. Y supe aprovecharlo. Porque fueron muchas las veces en las que me escondí del mundo perdido en llanto. No era un anciano con experiencias, que lo sabía todo de la pasión y de los hombres, como aquel que creé en mi diario acaso como antítesis de mí mismo. No; era solo un crío que soñaba con convertirse en adulto y del que un padre tirano abusaba desde hacía años.

Sin embargo, mi destino no era mejor ni peor que el de muchos de mis compañeros. Los padres de entonces eran duros; a menudo pegaban a sus hijos más a menudo y por razones aún más volubles que mi propio padre. Incluso los maestros nos pegaban sin compasión a la mínima, con cualquier excusa. Porque ser un niño era, como siempre ha sido, la más difícil de las etapas de la vida. Cuando uno es adulto, los caminos se bifurcan rara vez y tu recorrido, bueno o malo, es casi siempre recto, con dos o tres desvíos principales. Cuando eres un niño todo son potencialidades y los caminos tan infinitos que todo son lágrimas y desengaños. Tal vez otros dos vocablos con los que podríamos denominar a la pasión.

Entretanto, en el colegio, como decía, viví un par de años llenos de aristotélicas potencialidades, de caminos, de muchachas cuyas mejillas rocé con mis labios y cuyas manos tomé en la oscuridad. Todas las mañanas quedaba con una dulce niña muniquesa, llamada Esther, en la vieja muralla de la ciudad que da a la cuesta hacia el castillo de Burg Trausnitz. A medio camino del colegio, delante de la estatua del caballero Ludwig Der Reiche, la besé y sentí por primera vez los labios de una mujer contra los míos. Fue una experiencia maravillosa. Luego trotamos juntos hacia el colegio. La familia de Esther se había trasladado recientemente a la ciudad por razones de trabajo, al igual que la mía, y éramos los nuevos en el Liceo. Tal vez eso había cimentado, primero una amistad, y luego una cierta atracción o química sexual,

aunque yo la destruyera aquel día.

Quiero dejar constancia de este hecho porque tal vez os sirva, Jorge Luis, para componer un primer atisbo de mi personalidad. El mismo día en que nos besamos por primera y última vez, Esther y yo compartíamos clase en el Liceo. Nuestro profesor resultó ser mi padre. Como era lunes y comenzaba la semana, los muchachos estaban muy revoltosos. Gebhard me puso de vigilante. Yo no era un buen estudiante y rara vez me tocaba aquel puesto, que estaba destinado a sus preferidos. Pero últimamente había tenido la deferencia de colocarme en tal posición, acaso para que aprendiera a ser un buen alemán, como siempre me aconsejaba ser, aunque nunca he tenido claro que él supiera lo que realmente significaba. Sea como fuere, la labor del vigilante era hallar a los revoltosos de la clase y, después de señalarlos, conducir al reo ante la todopoderosa presencia de Gebhard Himmler, el maestro en lenguas y literatura clásicas, para que este les propinase una de sus famosas bofetadas.

La primera vez que hice de vigilante de la clase apenas llevé a nadie, creo que a un niño que me había llamado «niño mimado y mariquita» en el recreo, y solo por venganza. Fui incapaz de llevar al resto de muchachos, porque ninguno se lo merecía. La segunda vez llevé al menos a una docena. He de ser sincero. No todos habían hablado o montado escándalo en clase, pero sentí el deseo de ver cómo la palma sudorosa de mi padre se incrustaba en sus mejillas. Aquella tercera vez, el día de mi primer beso, llevé a media clase ante mi padre, que los abofeteó sin piedad mientras yo temblaba de pies a cabeza, embargado por una nueva pasión, un sentimiento extraño que no sabía entender ni podía controlar. Este sentimiento, esta inclinación innata de todos los hombres hacia la degradación y el sadismo, la usaría más tarde en el adiestramiento de los SS en los campos de concentración y exterminio, aunque yo prefiero llamarlos Lager del tipo I al III, que es como realmente los conocíamos los profesionales de la solución final.

Pero volvamos a aquella mañana en el Liceo de Landshut. A punto de terminar la clase, dominado por una vena cada vez más cruel y deliciosa, señalé a Esther con un extraño regocijo. Ella no podía creer lo que estaba ocurriendo, porque estaba tomando apuntes y no había abierto la boca durante toda la disertación de mi padre, que recuerdo bien que trataba del banquete de Platón y del pasaje en el que Agatón define el Eros, el amor, y nos explica que a los hombres duros los vuelve blandos, manipulables. Esto anulaba, a juicio de mi padre, cualquier otra conclusión favorable con las que Agatón o luego Sócrates vistieran al amor. Si reblandecía la coraza de los guerreros, fueran griegos o germánicos, por fuerza el amor no era virtud sino debilidad.

Esther Zipperer se ha estado riendo de usted a escondidas, mentí, La he visto contando chistes a los otros alumnos y haciéndole burla, señor subdirector.

Mi padre se volvió y miró a la aterrorizada muchacha con ojos desorbitados. La abofeteó en dos, tres, ¡cuatro!, ocasiones y aquellos labios que yo había besado apenas una hora antes quedaron tumefactos, pálidos de terror, rojos por cada golpe y,

finalmente, ennegrecidos por la hinchazón. La muchacha echó a correr hacia su pupitre y se echó a llorar.

Entonces hice un maravilloso descubrimiento. Yo odiaba el dolor, odiaba que me lo infringieran, odiaba a los hombres como mi padre que lo administraban a su antojo... Pero me encantaba ver cómo se administraba el castigo a otros, esa chispa de dolor en los ojos del reo. Pero, sobre todo, lo que más me había gustado era haber manipulado a mi padre, de tal forma que yo era el causante secreto de aquel dolor en las mejillas de Esther. Golpear, hacer daño y socavar la voluntad de alguien sin levantar siquiera la propia mano. Eso era ser poderoso. Eso era sentirse como un Dios.

Y, ante todo, era una pasión a la que comprendí pronto estaba dispuesto a entregarme. En especial porque, como acaso habrás intuido por el nombre de pila y el apellido, Esther Zipperer era judía.

Jorge Luis se echa a temblar cuando oye la última palabra («judía») salir de mis labios. Deja de escribir en su cuaderno y levanta la vista. El rayo de luna que sustentaba su labor de escribiente se ha ladeado, o acaso él se ha sentado algo más a la derecha. El caso es que no puedo verle los ojos, completamente en sombras.

Le comento, un tanto envarado: He detenido mi discurso porque no sabía, Jorge Luis, si quería que prosiguiese mi historia o si iba a comentarme alguna cosa como... Desde la oscuridad, mi interlocutor detiene en efecto mi lengua levantando una mano. Se aclara la garganta, como si le diese asco hablar conmigo o, al menos, le costase hacerlo con el ánimo calmado. Es una reacción que suscita en ocasiones mi defensa de los valores raciales de la comunidad aria. Como la conozco, callo sin resistencia, sabedor que una mueca de satisfacción (que seguramente Jorge Luis tampoco puede ver) se ha dibujado en mi rostro.

Yo me crie en dos tradiciones culturales, me explica, En la española, y también en la inglesa, pues parte de mi familia provenía del mundo anglosajón y la biblioteca de mi padre estaba muy bien surtida de libros en la lengua de Shakespeare. Ello me hizo respetar todas las ideas y formas de pensamiento, sin importarme su procedencia. Por otro lado, en los años en los que ahora transita su narración, Herr Himmler, yo estaba estudiando en Suiza, en Ginebra para ser exacto. Allí me familiaricé con la cultura judía gracias a dos amigos de ascendencia polaca, compañeros de clase. También con la literatura alemana, de la que leí con avidez a Meyrink y su Golem. Todas las lenguas, razas y culturas son para mí igualmente respetables, así como sus individuos.

No es la primera vez que alguien que entra en mi celda me da un discurso en favor de la multiculturalidad y lo buenos y valiosos que son los hombres de la Tierra, todos ellos y bla, bla, bla, es fácil adivinar el resto. Bostezo. Bueno, por lo menos este discurso ha sido corto. Otros me insultan, sueltan espumarajos por la boca y me llaman asesino. Sin que me abandone mi gesto de complacencia, replico, sencillamente: Gracias por hacerme partícipe de sus experiencias. Con su permiso, proseguiré con las mías.

Jorge Luis mueve la cabeza de un lado a otro, como si pensase que soy un caso perdido y sus palabras anteriores una pérdida de tiempo. Lo fueron. De pronto, se levanta y entona con poderosa voz, casi como si fuera una canción y no una

pregunta: ¿Qué recuerda de su llegada tras ser detenido al cuartel general de Lüneburg?

Mi interlocutor ha cambiado de tema de forma tan abrupta que, por un momento, no sé qué contestar. Luego reacciono, tratando de unir las piezas del puzzle que es aquella tarde en mi cerebro. Bueno, comienzo, dubitativo, Primero ese estúpido coronel inglés, Murphy creo que se llama, me trajo en ropa interior y luego un médico quiso hacerme un examen a fondo. Creo que de cavidades corporales. Qué insulto para un hombre de mi condición. No lo permití. Del resto no me acuerdo bien.

Naturalmente, musita Jorge Luis, que respira fatigosamente.

¿Por qué me ha preguntado por mi detención en este preciso momento? Es como si hubiera querido herirme de alguna forma. Me doy cuenta que le he ofendido con la anécdota de la muchacha judía y mi posterior indiferencia ante sus palabras. Acaso un hombre como él, que comienzo a intuir es un perseguidor de laberintos, incluso de laberintos dentro de laberintos, de bibliotecas amables como la de su padre y perversas como la del mío... acaso para un hombre con tantas aristas (y que tantas infiere erróneamente en el resto de los hombres), encadenar el concepto de odio y sadismo en el marco reduccionista de la raza, le parece un insulto a su inteligencia y la de esos hombres que se reflejan en su obra. No puede ser, piensa sin duda, que alguien que ha acumulado una vasta cultura como yo, pueda entregarse a un odio sin sentido, sin razón, como este de los nazis contra los judíos. Pero lo que no sabe Jorge Luis es que el odio contra el hebreo sí tiene razón de ser, porque se justifica a sí mismo (el odio es tan poderoso como motor de un hombre o un ideal que rara vez importa qué o a quién se odia). Los nazis necesitábamos una Némesis; la creamos para poder vehicular el odio de una nación vencida en la primera guerra mundial. Tal vez se lo pueda hacer entender más adelante.

Detengo el rumbo de mis elucubraciones cuando me doy cuenta que ni siquiera he dicho una palabra hasta ahora de la Gran Guerra de mil novecientos catorce. Para entender el nazismo, el antisemitismo, el ascenso del Tercer Reich y hasta la segunda guerra mundial, hay que comenzar por el principio: el desastre de la Gran Guerra y la puñalada por la espalda.

Voy a continuar mi relato, si le parece bien, le comento a mi interlocutor.

Es la segunda vez que se lo pido. Ahora no se va a negar, lo intuyo. La sombra que es su rostro se inclina y entiendo que es un asentimiento. Aunque no lo fuera, tomo la determinación de proseguir. No sé por qué tengo miedo de seguir pensando en mi llegada al cuartel general de Lüneburg y en esa maldita revisión médica inacabada. Estoy temblando cuando digo:

5. De una libreta que se perdió

El verano en que comenzó la Primera Guerra Mundial, mi padre había decidido que lo pasáramos en Tittmoning, una ciudad casi en la frontera con Austria cuyo principal atractivo era una larga y sinuosa muralla y un antiguo castillo que la coronaba. En resumen, la ciudad más parecida que pudo encontrar el buen Gebhard Himmler a la ciudad de Landshut donde ya vivíamos. Aquel hombre tenía una imaginación tan estrecha y tan exacerbado el gusto por la previsibilidad y la repetición, que había organizado un descanso a sus actividades habituales en un lugar donde podría realizar exactamente las mismas actividades que le gustaban: a saber, hacer listas en libretas, memorizar fragmentos de clásicos latinos y griegos, repartir bofetadas, obsesionarse con sus hijos, no hacer mucho caso a su mujer y elaborar hierbas e infusiones. Mi padre tenía una vasta colección de plantas y, por suerte, a ella dedicaba una buena parte de su tiempo libre. Tiempo que no dedicaba a nosotros y todos le agradecíamos.

Pero aquellas vacaciones del año mil novecientos catorce no fueron protagonizadas por mi progenitor, ni siquiera por los escarceos más o menos amorosos que tuve con las hijas de los Lindner, los amigos de mis padres en cuya casa pasábamos las vacaciones; tampoco las excursiones que hice con mi madre, visitando las iglesias del lugar, o algún ocasional viaje en barca de recreo por el río. El verdadero protagonista de aquellos días fue el clima prebélico que se respiraba. Los hombres discutían por la calle y alzaban sus manos vehementes; todo el mundo opinaba a voz en grito. Y es que el pueblo alemán, cómo sucedería años después en los meses previos a la Segunda Guerra Mundial, desbordaba de una sincera pasión belicista y ardía en ganas de que Alemania conquistase el mundo, o cuando menos Europa.

A finales de julio comenzó el conflicto entre Austria y Serbia y, pocos días después, Alemania y Rusia estaban también en guerra. Finalmente, Francia e Inglaterra. Todas las grandes naciones del viejo continente se habían embarcado en la primera Gran Guerra de la era moderna, razón por la cual todos comenzaron a llamarla con ese nombre. Eso de Primera Guerra Mundial vendría mucho más tarde.

Recuerdo que escribí la fecha del comienzo de las hostilidades en mi falso diario, y la subrayé varias veces con fervor. Sabía que Gebhard lo leería y me daría uno de sus famosos y patrióticos discursos. Aunque en realidad no los necesitaba. Si bien la mayor parte de las enseñanzas de mi padre habían caído en saco roto, el amor a la patria era algo tan natural en mí que ni siquiera sus desvaríos habituales consiguieron alejar de mi alma y mi corazón el cariño más auténtico hacia Alemania, hacia la defensa de la pangermanidad: el orgullo de pertenecer al pueblo más grande y poderoso de la historia. Por una vez, mis dos diarios decían casi la misma cosa, y mi padre podría haber leído el falso sin percibir que no era el de siempre, porque en ambos me maravillaba de las rápidas y gloriosas victorias iniciales del segundo Reich.

Los alemanes y los franceses no tardarán en contraatacar, me explicó mi padre una noche. Gebhard no parecía tan contento como yo había anticipado por la lectura de mi diario. El Ejército ya lo habrá previsto, repliqué, y sin duda esperarán el primer error del enemigo para hacerles picadillo. Mi padre asintió y dejó mi diario sobre la mesa. Tu madre me ha dicho que te has hecho de la Liga de la Defensa de la Juventud (*Jugendwehr*), me comentó entonces, como cambiando de tema, aunque yo sabía que en el fondo seguíamos hablando de lo mismo. Hinché el pecho: Quiero estar preparado por si me llaman a filas y... Eres muy joven, me interrumpió, y tu miopía es tan grande que no te cogerán en ningún arma del ejército alemán. Y lo sabes.

Yo cerré los puños, sintiendo como la ira y la desesperanza atravesaban mi corazón. La Liga de la Defensa de la Juventud adiestraba a los jóvenes y adolescentes como yo mismo, y les anticipaba algunas ideas vagas y generalidades del adiestramiento real en el ejército. Asimismo, nos sometían a un régimen incansable de ejercicio para fortalecer nuestros músculos. Yo quería ser tan fuerte y estar más preparado que ninguno. Estaba convencido, de una forma romántica e infantil, que el ejército pasaría por alto mi defecto visual. Los reclutadores se darán cuenta de cuanto me estoy esforzando para... comencé a decir, pero yo mismo me interrumpí esta vez. Dicho en voz alta, sonaba estúpido. Comprendí que, habiendo miles de alemanes con una vista perfecta ardiendo en ganas de luchar por su país, no iban a dar una oportunidad a un tipo enclenque y corto de vista como yo. Mi padre chasqueó la lengua y no me echó en cara mi arrogancia infantil. Creo que no lo habría soportado. Le miré con los ojos enrojecidos por la ira. Yo soy el primero que quiero que Alemania gane esta guerra, hijo mío, me dijo entonces mi padre, bajando la voz como si quisiese hacerme una confidencia y prefiriese no mirarme mientras se sinceraba, Pero si algo he tratado de inculcarte en todo este tiempo es que debes ser un hombre inteligente. Pierdes el tiempo esforzándote tanto en abrirte camino en el ejército. No te escogerán. Sí lo harán, repliqué, testarudo, luchando en contra de mi propia razón. Mi padre meneó la cabeza: Eres débil, eres obcecado y nunca me escuchas. A veces creo que pierdo el tiempo contigo.

A la mañana siguiente mi padre me llevó a la estación, donde regresaban los primeros trenes con heridos desde el frente de guerra. Les ayudamos en lo que buenamente nos fue posible, les dimos dinero y víveres, agua fresca y, sobre todo, compañía y conversación, porque algunos estaban muy lejos de la tierra que les había visto nacer. Además, muchos morirían antes de volver a hollarla o a ver el rostro amado de un familiar. Ahora mismo estás colaborando en el esfuerzo bélico, Heinrich, me dijo mi padre, llevándome aparte mientras mi madre, que también había venido, repartía unas pastas caseras entre la tropa. Estas labores son tan dignas como las del soldado y son las que tú puedes hacer... «Estas labores» están muy bien para gente mayor como tú, le interrumpí entonces, cosa que no había hecho nunca en mi vida hasta aquel momento. Y añadí: Todo esto también sirve para que las mujeres como mi madre ayuden, pero yo soy y seré un soldado del Reich. Mi padre bajó la

cabeza y me dio la razón como a los idiotas o a los tontos: Si es eso lo que quieres creer, hijo, bien está.

Recuerdo muy bien aquel día porque, de una forma extraña e incomprensible, se cambiaron las tornas. Era yo el tratado como un idiota por mi padre. Era yo el que interrumpía y el vencedor en la conversación, aunque fuese desde el desánimo. Y finalmente fui yo el que citó a los clásicos como si, enredado en aquella inversión de papeles, quisiese llevarla hasta sus últimas consecuencias. Mi padre, el gran repetidor de frases hechas por otros hace mil o dos mil años, abrió mucho los ojos cuando me oyó señalar: Sócrates decía, querido padre, que toda virtud es conocimiento. El cobarde es cobarde porque no sabe lo que significa ser valiente. Pero cuando aprende el verdadero significado del valor, no puede dejar de aplicarlo en su vida. Yo he visto cómo estos hombres han luchado por Alemania y han vuelto heridos, muchos de ellos de muerte. He visto lo que es el valor y nada de lo que me digas me puede convencer de ser un cobarde.

Mi padre, que carecía de defensas ante los clásicos, rumió una respuesta largo rato en silencio mientras intentaba recordar las palabras exactas del sabio ateniense. Tal vez no conociera tan bien la obra de Platón y Sócrates como afirmaba o tal vez no tuviese a mano una de sus libretas, aquella que versaba de filosofía de la Grecia Antigua. El hecho es que finalmente se mesó la barba, rindiéndose a mi deseo: Si quieres ser soldado intentaré por todos los medios conseguir que te acepten en un regimiento. Es todo lo que le pido, padre, repliqué, en el tono más formal del que fui capaz. Nos miramos largo rato. Mi padre, yo lo percibía, seguía sin entender por qué quería yo ser soldado cuando él pensaba, y con razón, que yo odiaba el concepto de riesgo, incluso todos aquellos ejercicios gimnásticos que me hacían repetir en La Liga de la Defensa de la Juventud. Su pequeña mente parecía un mecanismo de relojería y yo podía oír el tic-tac descompasado en su cerebro.

Seguimos ayudando a los heridos durante un buen rato, pero el tic tac de su cerebro incrédulo percutía en mi propio cerebro como el corazón delator del cuento de Edgar Allan Poe. Tenía que explicarle mejor y más completamente mis motivaciones: Padre, quiero ir a la guerra porque tengo miedo de entrar en combate. Quiero ir a la guerra para aprender de aquellos que realmente «sí» quieren ir a la guerra. Quiero ir a la guerra porque morir de una forma absurda, por culpa de una bala perdida de un joven inglés que ni siquiera me conoce, es la cosa a la que le tengo más miedo en este mundo. Quiero ir a la guerra porque no quiero hacerlo.

Aquella afirmación hizo que mi padre se pusiese pálido y apretara el paso. No me dirigió la palabra el resto de aquella jornada. En aquel momento no entendí su reacción. Tardé años en hacerme una idea de lo profundo de su estupor.

Porque creo que después de oír mis palabras comprendió que su hijo Heinrich no era alguien categorizable en sus listas, que yo era tan complejo y contradictorio que por mucho que apuntase detalles de mi personalidad, mis estudios, mi miopía, lo que fuera... estaba perdiendo el tiempo. Todo lo que era yo no cabía en ninguna de sus

libretas. Mi madre era previsible y medible, a su juicio. Mi hermana también. Su propia vida, sus estudios, sus compañeros, los nobles cuyos traseros lamía, sus licenciaturas, sus obsesiones... Todo cabía en aquellas malditas libretas. Pero su hijo Heinrich no.

Desde aquel día, nunca más volvió a leer uno de mis diarios, ni el falso al que no tenía acceso, ni el verdadero, que dejé todos los días descansando en la mesilla de mi habitación, aunque sabía que ya no iba a buscarlo. No es que no le interesase lo que ponía aquel volumen ajado de tapas rojas, es que no quería reconocer que nunca conseguiría entenderme.

Y tal vez, solo tal vez, descubrió que yo era tan lóbrego e indescifrable por dentro que comenzó a tenerme algo de miedo.

Mientras regresábamos a casa tras ayudar a los heridos, mi madre me cogió del brazo. Qué le pasa a papá, me preguntó, viendo que caminaba más de veinte metros por delante de nosotros, cabizbajo, sin saludar ni siquiera a los vecinos que nos encontrábamos en los alrededores. Ha perdido una de sus libretas, repliqué, sonriendo irónicamente. Ana dio un suspiro de alivio: Bueno, pensé que era otra cosa, algo grave; con tantas libretas no me extraña que haya perdido una. Seguro que luego la encuentra. Negué con la cabeza: No, esta no, madre, esta no la va a encontrar jamás, añadí, enigmático. Pero mi madre seguía sin entender: ¿Por qué no la iba encontrar, Heinrich? Me eché a reír:

Hay cosas, madre, que es mejor darlas por perdidas.

Jorge Luis sigue enfadado conmigo (o acaso decepcionado aunque, ¿puede uno decepcionarse de las monstruosas reflexiones de un monstruo?) por el asunto de la muchacha judía a la que hice abofetear valiéndome de mi padre. Ha escuchado el último fragmento de mis recuerdos con desinterés y ahora me hace un gesto para que prosiga. Pero como es eso lo que quiere, se impone una pequeña pausa.

Me contaste que tu padre tenía una biblioteca, le comento a la sombra que garabatea ese cuento llamado Deutsches Requiem. La sombra responde, después de un breve titubeo: Sí, desde los cuatro años pasé la mayor parte de mi tiempo descubriendo el universo que allí se escondía. Jorge Luis hace una pausa. Tú también me has hablado, aunque de forma evasiva, de la biblioteca de tu padre, añade.

Le veo jugar con su pluma, que acaricia con la punta de los dedos anular y corazón mientras espera una respuesta. Finalmente, se la ofrezco: Podría dejar de ser esquivo con ese tema si prefieres. Y entonces Jorge Luis señala que lo que le gustaría es que le explicase porque he preferido soslayar el asunto de la biblioteca. Cuando le hablo también de forma esquiva de malos recuerdos, insiste y, acaso para estimular mi franqueza, me habla de que de niño le llamaban «Georgie» en lugar de Jorge, de que la primera vez que leyó El Quijote de Cervantes lo hizo en una traducción inglesa, que la cultura inglesa y, por extensión la alemana, han formado su espíritu (en ese momento recuerdo que hasta Hitler creía que eran una sola cultura, aunque no sé si las palabras de mi interlocutor son una deferencia y una forma de acercarse a la bestia nazi que le contempla); me habla por fin de Miss Tink, una institutriz que tuvo de niño y le ayudó a mejorar en su inglés. Fue la primera lengua que dominé de verdad y en aquella biblioteca pensaba y leía yo en un idioma extranjero para un argentino, me confiesa, poniendo punto y final a esta inversión de papeles que comenzó con mi relato del día en que mi padre me dejó ser soldado, y que concluye ahora en este lapsus en que el oyente se convierte en orador improvisado.

Pero la inversión no ha sido completa, me doy cuenta. Jorge Luis me habló de su institutriz, de sus libros, de su aprendizaje... pero no ha dado detalles de su familia, de su identidad, de su yo real y aquellos a los que amó. Ahora es él quien elude hablar de ciertos temas que seguramente juzga que no debo saber o, más bien,

que no merezco saber. Pero me doy cuenta que corro el riesgo de que se lleve una impresión equivocada del asunto de la biblioteca de mi padre si no le digo la verdad. Tal vez le de más importancia de la que en realidad tiene. Me encojo de hombros y confieso: No le he hablado de la biblioteca porque hay poco que pueda explicar. Mi padre pasaba allí muchas horas, sobre todo después de volver del trabajo. Pero nosotros, mi hermana y yo, incluso mi madre, teníamos prohibido el acceso salvo el día de Navidad. El resto del año, solo la criada podía entrar, para la limpieza diaria. Sin embargo, alguna vez tuvo que marcharse Gebhard con prisas por una urgencia en la escuela, o la sirvienta se dejaba la puerta abierta después de hacer sus tareas. Entramos Ernestine y yo un par de veces, tal vez tres, aprovechando la oportunidad que nos brindaba el destino; y paseamos maravillados entre las estanterías de madera labrada y los libros de piel, que olían a distancia a esos universos por descubrir de los que hablas. Esos que habitan en los meandros de tinta sobre papel.

Hago una pausa. Tu padre os descubrió, adivina Jorge Luis. Sí, claro, reconozco, Hasta el último volumen debía estar colocado a una altura y profundidad exactas y aunque cualquier libro que sacábamos, por precaución, lo devolvíamos a su lugar, igualmente se dio cuenta. Gebhard interrogó a la criada y la despidió. Como ella clamaba su inocencia, a base de golpes nos hizo confesar a nosotros. Y como le preocupaba que profanásemos en el futuro de nuevo su santuario, decidió adiestrarnos como se hace con un perro. Nadie puede anticipar que un error, una llave que se pierde o un descuido suyo o de la nueva criada, no nos fuera a franquear de nuevo el paso a un lugar que era suyo y solo suyo. Como eso escapaba a su control (algo inaceptable en su universo de mediciones exactas y previsibilidad), decidió percutir sobre aquello que podía controlar: nuestras mentes infantiles.

¿Cómo?, pregunta Jorge Luis. Con amor y miedo, respondo, tragando saliva, Nos llevó de paseo y nos compró unas golosinas. De vuelta a casa, nos encerró a oscuras un día entero en la biblioteca. Sin comida, ni bebida, ni un hilo de luz como ese rayo de luna con el que escribes y yo distingo tu mano.

Ambos, narrador y dragomán de mis vivencias, nos miramos brevemente. Él acerca su rostro al resplandor de la luna y veo su perfil un breve instante.

Una vez al año, a veces dos, repetía el aprendizaje, prosigo, Nos daba amor, un día de felicidad en una feria, o una visita a un lugar que le constaba teníamos ganas de visitar, y luego nos encerraba en la biblioteca. Pronto consiguió, como en un perro, una respuesta aprendida. No solo nunca jamás entramos en su santuario sino que, cuando teníamos que pasar delante de la puerta cerrada, caminábamos rozándonos con la pared contraria, lo más lejos posible del lugar de nuestra condena. Aunque los hados quisieron que Gebhard pagase por sus actos. Sus libros ardieron y su biblioteca quedó prácticamente vacía, como con el tiempo quedaría vacía de significado su propia vida de idiota.

¿Cuándo fue eso?, inquiera Jorge Luis, volviendo a garabatear en su cuaderno y devolviendo su rostro a la oscuridad.

Fue en mil novecientos quince, tal vez en el dieciséis. En plena Gran Guerra, en cualquier caso.

6. La biblioteca

Y es que aquellos dos años de guerra mundial fueron tiempos confusos para mí. Ni buenos ni malos sino ambas cosas a la vez, si es que esto es posible. Fue uno de esos momentos de tu vida que recuerdas con sentimientos encontrados. Por un lado, pronto quedó claro que las victorias iniciales de Alemania habían sido un espejismo. La guerra no sería fácil, los frentes se habían estancado y miles de hombres morían por avanzar unos pocos metros, por derrotar a los que resistían en la trinchera de enfrente. El fervor bélico de mis compatriotas, y el mío propio, no se extinguió, por supuesto, pero pronto nos abandonó a todos la euforia y a esta la sustituyó un solo concepto: el sacrificio. La victoria, que por entonces todos creíamos aún indudable, sería fruto de un enorme sacrificio de todos y cada uno de los alemanes. No sería una fiesta, no sería un desfile, sería un baño de sangre que, sin embargo, nos conduciría a un mañana mejor. Eso queríamos creer.

Para mi desgracia, varios regimientos rechazaron mis peticiones de alistamiento. Era demasiado joven y, como había anticipado mi padre, corto de vista para los estándares del ejército, el Reichswehr. Gebhard movió diversos hilos entre sus amigos de las altas esferas y de la nobleza, pero fue en vano. Al ejército alemán solo iban los mejores, y yo no era uno de ellos. Además, mi padre seguía insistiendo en que lo primero era los estudios y me pidió que al menos llegara al Abitur, los exámenes de acceso a la Universidad. Yo le prometí seguir estudiando si, a cambio, él me prometía continuar con sus esfuerzos para qué me permitiesen entrar en algún regimiento de combate. En base a este compromiso mutuo proseguimos nuestra vida como si nada hubiese sucedido, como si no hubiera guerra y yo fuese un estudiante más. Pero me sentía desilusionado y vacío. Sabía que no me aceptarían hasta los diecisiete años ni como aspirante en ninguno de esos regimientos, pero también comprendía que, tal y como estaban las cosas, ni siquiera cuando llegase a esa edad me permitirían combatir por mi patria. Estaba triste y a menudo paseaba por la ciudad de Landshut en soledad, reflexionando sobre todas las cosas que sucedían a mi alrededor. Al terminar aquellos paseos me reunía en casa de unos amigos y jugábamos a esa guerra que todavía no podíamos librar. Con miniaturas de soldados y con diminutos cañones de metal, simulábamos ser hombres cuando solo éramos niños. E incluso antes que niños, escolares, porque los deberes en el colegio nos dejaban poco tiempo para nada más. Y como niños-estudiantes que éramos, y por lo tanto aún poco preparados para alcanzar eso que llaman hombría en la edad adulta, continuábamos nuestro camino ignorando que todavía éramos diminutos, apenas larvas de seres humanos. Yo tenía ganas de hacerme un hombre y poder por fin dejar mi huella en el mundo. Y olvidarme de los soldados y los cañones de juguete.

Para colmo de males, en aquel tiempo, uno de mis primos, también llamado Gebhard, como mi padre, fue aceptado en la reserva del ejército y en breve tiempo se incorporaría al frente. Sentí tanta envidia que de buena gana le habría asesinado para

ocupar su lugar. He de decir que no soy un hombre muy dado a hipérbolos y exageraciones innecesarias y, cuando digo que de buena gana lo habría asesinado, no me refiero a un pensamiento casual o a una frase hecha. Si alguien me hubiese asegurado que, asesinándole de una forma salvaje, podría haber tomado su lugar, luchar como un verdadero héroe alemán contra los subhumanos eslavos y rusos, lo habría hecho de buen grado y sin el menor cargo de conciencia. Por desgracia, este tipo de cosas, por más que se sueñan, no son posibles.

Pero no todo fueron cosas negativas en aquel tiempo, por eso decía al principio que fueron tiempos buenos y malos a la vez. Recuerdo una maravillosa celebración con mucho vino, canciones y fuegos artificiales, cuando el Reichswehr conquistó Varsovia a las infames huestes de seres inferiores que viven en el este de Europa. Ya por entonces sabía que los pueblos de oriente son primitivos y están destinados a entregarnos, a nosotros los alemanes arios, el espacio vital que necesitamos para convertirnos en el pueblo dominante del planeta. Pero aquella fue la primera vez que tuve la ocasión de contemplar cómo nuestra superioridad racial se transformaba en un hecho físico: la conquista y la muerte de miles de nuestros enemigos. Pocos días después, comenzaron a llegar trenes repletos de prisioneros rusos y polacos, y mi sensación de superioridad racial se hizo más intensa. Me sentí feliz de ser alemán.

Además, por aquel tiempo, sucedió algo maravilloso. Me enamoré por primera vez. Lo de Esther, el año anterior, había sido algo fugaz, una pasión diminuta y cruel. Fue apenas un beso que acabó, tras la bofetada de mi padre, en absolutamente nada, ya que ella nunca volvió a dirigirme la palabra. Pero con Luisa fue diferente. Ella, la señorita Hager en labios de mi madre, era hija de unos amigos que a menudo nos visitaban en nuestra casa. Ello me dio la oportunidad de conocerla. Le enseñé mi reconstruida colección de sellos y mis soldados de plomo mientras ella reía y paseaba conmigo en torno a la finca. Incluso alguna vez me acompañó a misa. Un amor sencillo, lo reconozco. Jamás llegamos a besarnos pero, como para todos los hombres, el primer amor es algo especial y como tal atesoro en mi memoria aquellos momentos.

Por último, sucedió otro acontecimiento maravilloso: mi padre murió. No, no piensa, Jorge Luis, que hablo de la muerte física y de un entierro repleto de plañideras y de falsos sentimientos, de lágrimas y de familiares que uno no ha visto jamás y que ahora aparecen descompuestos y estirándose de los cabellos. Hablo de la muerte intelectual, de la verdadera muerte. Mi padre dejó de importarme hasta tal punto que para mí dejó *de facto* de existir. Permite que te explique esta anécdota con la precisión y la largueza que la situación requiere. Seguro que te interesa ya que, aunque de un modo secundario, está relacionado con su biblioteca.

Jorge Luis se remueve en el lecho sobre el que sigue sentado, escribiendo a ratos, escuchando el resto del tiempo. Percibo que está más atento que nunca a mis palabras. Eso me gusta.

Todo sucedió a finales de año, ya que recuerdo bien que se acercaban las celebraciones navideñas. Yo estaba algo ansioso porque pronto cumpliría la edad necesaria para incorporarme al ejército. Lo cuál, si reflexiono, debería situar la fecha de esta historia sobre final de noviembre de mil novecientos dieciséis. Sea como fuere, mi padre seguía buscándome un destino entre la tropa y estaba ahorrando una gran cantidad de marcos. Pretendía «convencer», más allá de toda duda, a algún mando militar que tuviera en su potestad la decisión final de aceptarme o no en su unidad. Yo estaba distraído, como ya he dicho, centrado en la perspectiva de incorporarme a filas, en mis ejercicios y adiestramiento en la Liga de Defensa Juvenil. Aunque sin descuidar mis estudios, tal y como había prometido. Además, dedicaba mucho tiempo a nadar, a mis habituales paseos en soledad, a mi colección de sellos y a recrear batallas imaginarias con mis amigos. Estaba muy ocupado pero, al contrario que mi padre, no era ningún idiota. A pesar de mis muchas obligaciones y quebraderos de cabeza, no dejé de observar un pequeño y sutil cambio en la conducta de mi madre: reía más de lo que acostumbraba, salía de casa a horas intempestivas o, al menos, a horas en las que antaño había estado cosiendo sus interminables piezas de ropa y/o esperando mi padre. No se preocupaba ya de enseñar las tareas propias de una mujer a mi hermana y, en líneas generales, parecía absorta en sus propias ideas, como si alguna cosa importante y novedosa ocupase por completo su mente.

La carne está mala, quemada, y tú estás rara, le dijo un día Ernestine. Mi padre llevaba dos días comiendo en el colegio porque estaba corrigiendo exámenes y mi madre estaba aún más dispersa que de costumbre. Había quemado el asado, no había puesto pan en la mesa y se había olvidado de los cubiertos de postre. Errores todos estos en los que mi Ana jamás habría incurrido tan solo unas semanas atrás. Además, en lugar de apercibirse del suceso, disculparse y subsanar estos errores, estaba comiendo el asado calcinado mientras canturreaba entre dientes, sin percibir ni siquiera el sabor. ¿Qué se ha quemado?, repuso mi madre mientras terminaba de masticar un trozo de carne completamente carbonizada. Estás muy rara, repitió mi hermana. Y mi madre, por toda respuesta, se echó a reír y continuó comiendo como si tal cosa.

Como ha quedado establecido, yo puedo tener muchos defectos, pero no soy ningún idiota. No soy mi padre. Durante mis paseos vespertinos comencé a caminar en torno a nuestra finca, apareciendo y desapareciendo por diversos rincones de improviso, encontrándome a veces con mi hermana que iba o venía de algún recado. ¿Qué haces?, me preguntó un día en el que me encontré con ella a la salida del colmado. Doy una vuelta, le contesté, arqueando los hombros. Nunca lo haces por aquí, repuso ella.

Sí lo hago.

Lo haces de vuelta de estar con tus amigos. Pero acabas de empezar tu paseo y por aquí no deberías pasarte hasta por lo menos dentro de uno hora.

Mi hermana, por lo visto, tampoco había salido a papá. Sonreí y dije: ¿Entonces,

qué crees que hago? Mi hermana se puso muy seria: Vigilas. Me eché a reír: Puede ser, le dije, alborotándole el cabello. Reímos entonces ambos y fuimos a casa cogidos de la mano.

Al séptimo día tuve suerte y conseguí ver en la lejanía cómo mi madre abandonaba a paso rápido nuestro barrio y, creyéndose sola, al final de una callejuela estrecha, se subía a un cabriolé junto a un hombre de mediana edad de aspecto distinguido. No pude seguirles mucho más allá y decidí abandonar mis investigaciones detectivescas con aquel descubrimiento. Por un lado, no era cosa mía. Por otro, no tenía pensado contárselo a mi padre y por lo tanto no quería saber nada más, no fuera que alguna indiscreción mía pusiera al idiota sobre la pista. Por último, una vez descubierto el misterio, el asunto me pareció de una vulgaridad exasperante: una mujer madura que se aburre y recurre al adulterio para pasar el rato, tratando así de justificar una existencia entregada a su familia y hasta entonces vacía. Decidí retomar mi propia vida y mis obligaciones habituales. El tiempo pondría a todos en su sitio.

Quiso el azar que, como todos sabemos, a veces se esfuerza testarudamente en echar una mano a los cornudos, que mi padre descubriese la aventura amorosa de su querida Ana. Aquel hombre, que en la vida habría reconocido el cambio emocional sufrido por su esposa, su sincera felicidad, sus gestos evidentes de enamoramiento o el resto de cambios en su personalidad... consiguió una prueba inequívoca de todo aquel asunto a causa de una carta. Su obsesión por el orden, la clasificación y los organigramas hizo que un par de misivas del amante secreto de mi madre, guardadas dentro de un libro en la biblioteca, llamaran su atención. No por ellas mismas, por supuesto, ya que no podía verlas escondidas dentro del volumen donde se hallaban.

Pero resultó que mi madre había entrado en el santuario de su marido y guardado las cartas en un tomo cualquiera de una enciclopedia. Pero al regresar el libro a su posición habitual, lo había colocado apenas una uña más hundido que el resto de sus congéneres y compañeros de estantería. Mi padre, mientras revisaba cada noche, como acostumbraba, sus pertenencias, y de forma obsesiva contaba estantes, tocaba el lomo de ciertos libros en cierto orden que solo él conocía y el resto de manías de obsesivo compulsivo que le caracterizaban, contempló aquel libro desplazado un pequeño espacio fuera de su lugar y supo que algo andaba mal.

Probablemente estaba preparando la siguiente excursión con la que agasajaría a sus hijos antes de encerrarlos a oscuras en la biblioteca, cuando, mientras devolvía el volumen al lugar exacto que su obsesión le indicaba debía estar, descubrió que no cerraba bien. No tardó en hallar la causa: en el pliego central había un par de cartas amorosas, extremadamente castas (tuve la ocasión de leerlas más tarde) pero que mostraban claramente el comienzo de una pasión entre mi madre y el desconocido que las había escrito, que firmaba sencillamente como Jan.

Así pues, pensó Gebhard, no habían sido sus hijos pequeños quienes, en una nueva travesura, habían penetrado en el Sancta Sanctórum de la estupidez y la

repetición de citas clásicas. No, había sido Ana, su dulce Ana, aquel ángel al que, hasta aquel preciso instante, había creído incapaz de todo mal.

¡Me estás engañando!, acusó a voz en grito mi padre a la adúltera, saliendo de la biblioteca y enfrentándola mientras ella nos estaba dando las buenas noches al pie de la escalera. Mi hermana, al oír su tono de voz, subió corriendo a su habitación sin apenas prestar atención al fondo de la cuestión, pero yo me quedé a contemplar el espectáculo. Mi madre, que durante toda su vida había sido la esclava de aquel hombre, suspiró profundamente, como aquel que ha sido descubierto en un error que en su fuero interno deseaba que se descubriera. Tal vez por eso dejó escondidas las cartas en un lugar razonablemente bueno, pero al mismo tiempo visible para Gebhard Himmler. En cualquier caso, después de suspirar y levantar los ojos, dijo, como paladeando las palabras: Yo no te estoy engañando, esposo mío. No se puede engañar a un hombre que no te mira, a un hombre que se ha pasado los últimos quince años llenando libretas de palabras sin sentido real, leyendo a antiguos sabios griegos o prestando atención a la posición exacta de cada jarrón de la casa, de cada baldosa, de cada traje. Tú estás casado con tus cuadernos y, en menor medida, con los objetos de esta vivienda, con tus licenciaturas y tu cargo de subdirector. No conmigo. Y si no estás casado conmigo no creo que pueda engañarte.

Mi padre temblaba de pies a cabeza. Fue a abrir la boca, pero pareció dudar en la siguiente frase que debía pronunciar, juntó las manos y se las frotó. Finalmente musitó, con la voz rota y susurrante: ¿Crees que solo pienso en objetos? ¿Qué no me preocupo por ti o por nuestros hijos? ¡A mí no me importan los objetos!

Y entonces caminó de vuelta hacia las estanterías en las que había descubierto la verdad en forma de misiva romántica. Tenía una pequeña vasija de imitación jónica o corintia, una efigie de un dios romano o un detalle similar en cada una de ellas. A menudo acorde con los libros que albergaba cada anaquel. Gebhard, sistemáticamente, cogió cada una de las figuras, cada una de las cerámicas, cada uno de los recipientes, *Ostrakas*, vasos votivos o canopes, y los lanzó al suelo, los pisoteó, los hizo añicos.

Finalmente, abandonó de nuevo la biblioteca y fue a cada una de las habitaciones de la casa, donde hizo lo propio con hasta la última de las figuras y adornos que se fue encontrando. Mi madre y yo aguantamos estoicamente al pie de la escalera, mientras oíamos el sonido de mil objetos que se quebraban en cada habitación. Terminó Gebhard aquel estropicio en el cuarto de mi hermana Ernestine, que lloraba y chillaba sin comprender de qué iba todo aquello, mientras mi padre rompía sus muñecas de porcelana.

Al poco, oímos sus pasos calmos descender las escaleras y llegar hasta mi madre. Gebhard, con los ojos anegados de lágrimas, dijo: No me importan los objetos, me importas tú. No quiero perderte, no quiero perder mi familia. Mi madre le miró fijamente: Maravilloso, entonces quizás mañana debieras avisar que te encuentras mal en el colegio y te tomas el día libre. ¿Y eso?, repuso mi padre, que jamás en toda

su carrera había faltado una sola vez a sus deberes. Mañana tenemos muchas cosas que hacer, le informó mi madre, Tenemos que ir a las mejores tiendas a comprar las figuras que han de sustituir a todas aquellas que has roto. Y todas han de ser más bonitas, más caras y de mejor calidad, incluidas las muñecas de tu hija. Por la tarde, cuando regresemos, tienes que hacer una fogata para quemar todos tus libros y cuadernos de notas. Luego me llevarás a la ópera o a un espectáculo bonito.

Mi padre estaba boquiabierto. Miró a Ana, luego me miró a mí. Una parte de él estuvo a punto de mandarme a mi habitación, pero creo que no tenía fuerzas ni siquiera para eso. Bajó la cabeza, aceptando su castigo: Eso haré si es lo que tú quieres. Pero ¿qué harás al respecto del hombre que te ha escrito esas cartas y que presumo, por su contenido, que se ha reunido en secreto contigo en varias ocasiones? Mi madre sonrió: Si tú eres capaz de ser el hombre que tienes que ser, te doy permiso para quemarlas junto a tus libretas y la historia de Roma de Mommsen, por ejemplo. Y ambos haremos como si ninguna de esas cosas hubiesen existido jamás.

Al día siguiente, junto a la gigantesca fogata que había en el jardín de nuestra casa, vi a mi padre muy serio y concentrado, arrojando cajas enteras de libros al fuego, aquellos volúmenes amados cuyos lomos tocaba todas las noches y cuya ordenación le obsesionaba. Pero mi madre le había mandado sumarlos a la pila de condenados. Algunos habían sido indultados, bien es verdad. Pocos, ejemplares raros, valiosos, primeras ediciones principalmente. Aquellos que tenían valor más allá de su contenido. Bien sabía ella que el contenido era lo único que le importaba a su marido. Por eso se salvaban los que para Gebhard no valían nada.

Mi padre me contempló de reojo colocándome a su lado. Suspiró y luego siguió arrojando víctimas a la humarada. A veces, los hombres se esfuerzan tanto en aparentar que se olvidan de ser, le dije. Y añadí: Se esfuerzan tanto en aprender que se olvidan de vivir. Mi padre asintió: Eso es una gran verdad, hijo. ¿Aristóteles? ¿Plotino? ¿De qué gran sabio de la antigüedad es ese aforismo? Reí: Se trata de un gran sabio o de uno que no tardará en serlo porque no es de la antigüedad sino de hoy en día. Se llama Heinrich Himmler.

Y me marché riendo a carcajadas, feliz de haber dado la última estocada a mi padre, un hombre que, en adelante, se volvería tan hosco y callado como un muerto. Sin el respeto de su mujer ni el de sus hijos, sin sus libretas, sin sus obsesiones, sin la sumisión que pensaba que todos debían tenerle por ser un famoso licenciado y subdirector de Instituto, creo que estuvo muerto el resto de los días de su vida. Comía, respiraba, defecaba y se echaba a dormir como el resto de los seres vivos. Pero que realmente lo estuviese es algo que dudo seriamente.

Las personas como él, hiperactivas y perturbadas por una obsesión que guía sus vidas, se apagan a cierta edad a menos que les sobrevenga un ataque al corazón. Ya hacía un tiempo que mi padre había perdido la agresividad y mala entraña de años atrás. Nos había permitido en su dejadez pequeños intersticios de independencia hasta que nos subimos a sus barbas. Había sido tanto tiempo un tirano que nunca se planteó

que sus esclavos, a la primera señal de libertad, la querrían toda. Yo me había impuesto a él meses atrás en el asunto de querer ser un soldado (un tema trivial si queréis, pero una muestra de que ya no era el ogro tajante de antaño). Ana, acaso de forma inconsciente, al percibir la debilidad de su esposo, había olido su sangre y se había echado a la yugular.

El tirano había muerto.

Pero en realidad, creo que lo más significativo de aquel suceso es que descubrí otro aspecto de mi personalidad. Descubrí que me encantaba dar la estocada final, destruir lo poco que quedaba de los derrotados, de los humillados. Sentí un placer extraño al mortificar a un hombre que ya se había rendido y descubrí que hay un fino hilo entre la victoria y la perversión sádica del torturador. Los débiles no saben entender el sadismo y lo consideran una conducta perturbada. Pero los fuertes sabemos que no hay nada más hermoso que pisotear a un moribundo. Destruir a un enemigo cuando resulta una amenaza es algo común, es lo acostumbrado, es lo que debe hacerse. Pero cuando alguien está debilitado, cuando espera misericordia y tú, en lugar de ser magnánimo, le clavas una daga y le das el golpe de gracia, eso es un sentimiento que pocos podemos apreciar.

Hay ciertos alimentos que no están hechos para el apetito vulgar de la masa.

Mi padre, por tanto, fue mi primera víctima; de alguna forma mi primer experimento de exterminio, el primer subhumano cuya alma despojé del último atisbo de dignidad.

Luego vendrían millones de subhumanos tras él, seres sin rostro que saciaron mi apetito y me elevaron al parnaso, junto a algunos de los hombres más grandes de la historia.

TERCERA PARTE
Acerca de las semillas negras
(1917-1919)

Le gusta mucho la palabra subhumano, Herr Himmler, silabea Jorge Luis, sin disimular el asco en su voz cuando pronuncia mi nombre, A mí me resulta una palabra incomprensible cuando la pronuncia alguien en Alemania. Fíjese que yo, cuando era un adolescente como usted, me familiaricé con la cultura de su pueblo. Ya le he hablado de ello, así como de Meyrink y su Golem, al que también ha aludido en sus recuerdos cuando hablaba de la lista de mil libros que leyó junto a su hermana.

No puedo evitar hacer un gesto de desagrado y decir: Una novela que narra la historia de un rabino judío y su deseo de crear un doble de fango no es algo que merezca la atención de ninguno de nosotros. Jorge Luis se yergue y me señala con un dedo: ¡Se equivoca, Herr Himmler! Nunca subestime la importancia de los dobles o de los espejos, de los doppelgänger, especialmente cuando usted creó una legión de dobles de arcilla asesinos y los llamó Escuadras de Protección o SS.

Hago un gesto de asentimiento con la cabeza, disfrutando de la sorpresa de mi interlocutor, que esperaba una airada protesta de parte del líder de esas Escuadras SS, y le invito a seguir. Jorge Luis, a regañadientes, lo hace: Pero este no es el caso. Ya tendremos tiempo de hablar de sus acólitos. Lo que ahora pretendía demostrar es la contradicción intrínseca que encuentro en llamar subhumanos a los esclavos, cuya historia y logros artísticos desmiente cualquier atisbo de inferioridad, incluso aceptando por un instante la vesánica afirmación de que un pueblo o raza puedan serlo. Igual sucede con los judíos. Porque me sorprende aún más si cabe cualquier frase despreciativa hacia el pueblo hebreo de labios de un alemán. Y es que ya desde mis primeras lecturas, comprendí que lo mejor de la cultura germánica descansa en manos de los judíos. ¡Kafka! ¡Heine! ¡La poesía expresionista de Ehrenstein! Los autores alemanes que más admiraba entonces eran judíos. Algunos de los productos más sobresalientes de Alemania son de origen judío, eso ni usted lo puede negar.

Súbitamente, comienzo a aplaudir, y el rostro de Jorge Luis, que ya no está en sombras, enrojece: Un gran discurso, amigo mío. Pero pierde de vista que el odio hacia los judíos tiene una larga tradición, no solo en Alemania, y que me fue fácil usar este odio atávico en mi beneficio. Por otro lado, esto no es para mí una cuestión racial. Jorge Luis enarca una ceja: ¿No lo es? Niego repetidamente con la cabeza: ¡Claro que no! Para que haya seres superiores tiene que haber Untermensch,

subhumanos. Hitler odiaba a los judíos como todo el pueblo alemán, a los esclavos porque quería arrebatarnos las estepas y expandir nuestra raza hasta los Urales, a los homosexuales, a los gitanos... Si Hitler hubiese odiado a los italianos en lugar de considerarlos una mezcla de caucásicos mediterráneos y alpinos, yo los habría incluido en la lista de subhumanos y exterminado sin pensarlo dos veces. Lo importante es que haya subhumanos a los que exterminar. Quiénes sean es lo de menos. Lo importante es que haya una ciencia de la raza que justifique el exterminio, no el que la ciencia de la raza tenga sentido o valor como ciencia en sí. Mi padre era para mí un subhumano y su sangre era aria hasta la médula. Lo que cuenta, insisto, es la empresa del exterminio, no el objeto a exterminar. Tal vez más adelante le explique este asunto con detalle, la cuestión a la que llamo mi plan secreto. Eso, si deja de interrumpirme, claro.

Jorge Luis vuelve a tomar asiento en mi camastro lecho, anonadado. Es como si hubiera recibido un impacto de bala en el pecho. Finalmente me confiesa: Gente como usted llegó al poder a causa de lo que sucedió tras la Primera Guerra Mundial. Qué gran error cometieron las potencias terminada la contienda. Y pensar que yo, por entonces, despreocupado del conflicto por vivir en un país neutral como Suiza, llegué a decir que me causaba más miedo el protagonista de Crimen y Castigo que la propia guerra. Poco podía imaginar que en mi ceguera, espejo de la de todas las potencias occidentales, no veía que estábamos dejando la vía libre en Alemania a dobles o Golems de Raskólnikov.

Rodión Raskólnikov, protagonista de la novela de Dostoyevsky y prototipo de la perversión del ideal de superhombre. Un ser amoral o más allá de la moral, que mata, roba o hace lo que sea necesario para conseguir sus objetivos en la vida. Me gusta la comparación.

¿Cree usted que Raskólnikov se habría atrevido a exterminar a millones de hombres como hice yo?, le pregunto a Jorge Luis, que hace como si no me escuchase y se inclina sobre su cuaderno. Entonces añade: Tal vez quiera saber cómo me convertí en un Raskólnikov, aunque le advierto que ese personaje, obra de un escritor eslavo, era un tipo flojo a mi lado. A ese concepto de libertad o arribismo llevado al extremo, siempre lo he llamado mi «Semilla Negra». Y ella comenzó a germinar durante el tercer año de la Gran Guerra, en la época en que conseguí ingresar en el ejército alemán.

7. Lo hago por mí.

Y es que cuando cumplí los diecisiete años mi padre, fiel a su promesa, redobló sus esfuerzos para que su hijo entrase en una unidad de combate. Pagó más de mil marcos para que me alistaran en el primer regimiento de infantería de Baviera, el más prestigioso de toda la región, pero finalmente, y una vez más, fui rechazado. Había tal cantidad de jóvenes que querían incorporarse a filas para salvar a la patria, en unos momentos en que la guerra no solo se había estancado sino que comenzaba a irnos verdaderamente mal, que un joven miope y flacucho no era necesario para nadie. Incluso entre los mejores recomendados, como yo mismo, había un superávit de sobornos, y ni siquiera los amigos de mi padre, o en la casa real de Wittelsbach, pudieron abrirme las puertas a la gloria de formar parte del ejército alemán.

Tal vez no sea ese tu destino, me consoló un día mi madre, mientras yo trabajaba en mi diario, en el verdadero, e iba garabateando una historia llamada «Semilla Negra». Había perdido hasta tal punto el respeto a Gebhard que, aunque seguía trabajando en el diario falso, el aparente, ese que él ya no miraba, paralelamente comencé a dejar el otro diario en cualquier parte, a la vista. Ahora trabajaba tanto en el jardín como en la casa en el diario verdadero, de tapas blancas e inmaculadas, que rellenaba de forma febril con cuentos cortos, aforismos y pensamientos oscuros. Sucedió que me había acostumbrado a llevar dos diarios, como si yo mismo fuera dos seres distintos y cada diario una expresión de cada una de mis personalidades; el primero, el que me había obligado en principio a hacer mi padre, era el propio de un muchacho formal, obsesionado como él por los detalles y por encajar en la sociedad; mientras, el otro muchacho, estaba obsesionado por abstracciones en lugar de por las cosas diminutas que le interesaban a mi padre, filosofaba acerca de la naturaleza humana, de cuánto deseaba ver los cadáveres de nuestros enemigos en los campos de batalla, de mi frustración, de mi necesidad de reconocimiento y de gloria. La gloria para mí no era conseguir una licenciatura en la Universidad, ser un profesor reputado y obtener el respeto de la comunidad universitaria. La gloria para mí era un concepto metafísico y personal. Yo quería la gloria eterna, ser recordado por un acto sublime, daba igual que fuera magnífico o terrible. Quería que la gente, un día, dijese mi nombre en voz baja. Heinrich Himmler, susurrarían, como el que reza, da igual que sea al buen Dios o que el susurro acabe en letanía para ahuyentar a los demonios. Deseaba ser ese hombre, deidad o diablo, que habitase en el inconsciente colectivo de los alemanes, ¡de todos los hombres!, para siempre.

A ese deseo de gloria eterna, esa idea de inmortalidad a cualquier precio y más allá de la moral, la llamaba «la semilla negra». Y en aquella historia trabajaba cuando mi madre me habló de mi destino, de que tal vez yo no debía ser soldado.

Mi destino es cosa mía, madre. Debo combatir para encontrar mi camino hacia la grandeza, sea el que sea y tome la forma o disfraz que quiera. Ella puso una mano en mi hombro y dijo: A veces, no sabemos cuál es nuestro camino y precisamente en la

búsqueda de ese camino está todo lo que necesitamos.

Pero yo no quería una explicación simplista y complaciente, yo quería pensar que cuanto me sucedía era una desgracia, un castigo, algo terrible. Era joven y estaba todavía dominado por la pasión del adolescente. Me incorporé y le tendí mi nuevo trabajo; ella lo leyó. Mi cuento, escrito como siempre en el estilo recargado del que cree saberlo todo porque es demasiado joven, hablaba de ese camino de negras baldosas que andaba buscando.

Semilla negra

He visto a hombres repiquetear subidos a campanas de bronce. He visto sus cuerpos entrechocando como si con sus huesos pudieran tañer la eternidad. He visto morir en sueños a cuantos amaba y me revelo en esta hora incapaz de amar. He visto mi propio rostro reflejado en un estanque de aguas heladas y ya no me quedan esperanzas. Así pues, escribo.

Tengo diecisiete años. ¿Diecisiete ya? En mis sueños conservo aún aquellos gloriosos trece que me veían dando saltos por la playa persiguiendo cuerpos hundidos en minúsculos bañadores, espíritus hundidos en raídos sudarios, sueños hundidos en imágenes con sabor a realidad (luego irreales). En mis sueños me veo persiguiendo sueños.

Podría volar, es cierto. Subirme a una montaña y depositar en el abrazo del viento mi confianza en el tránsito mientras descendo hacia la nada. ¿La metempsicosis me convertiría en un insecto o una planta? ¿Mis renacidos me odiarían desde su apocada servidumbre?

Tengo pues, no vale la pena dudarlo, diecisiete años. Cuando tenga veinte, cuarenta o más, miraré este trozo cuadriculado de pulpa de árbol y mi gesto se tornará estupefacto. Lo encontraré vacío si por entonces he llenado mi cabeza de las enseñanzas de otros. Lo encontraré denso si por entonces, como un globo, he conseguido vaciarme. Lo tildaré de esfuerzo inútil en cualquier caso. Este escrito es mi hijo y por tanto está condenado a perpetuar ciertas cualidades de su autor, a asumir ciertos defectos que motejaré vanidosamente como virtudes.

Este escrito es la misma mierda que soy yo.

¿Qué he hecho en mi vida? ¿Qué haré el día de mañana? ¿Debería dejar esta semilla negra que ahora escribo a mis descendientes? ¿Comprenderían que es un misal o reglamento que explica qué insidiosa locura torturaba a este pseudohombre, ese a quien en verdad no conocieron? Basta. Tengo mucho que explicar y también mucho tiempo para hacerlo, pero estoy condenado a la inacción por ser una calamidad humana, un miope flacucho que no puede luchar por su patria.

Hoy, en un tren que no discurre por ninguna vía, camino hacia un nuevo

destino que solo es para mí. La noche es negra. Ella y mi alma harán buenas migas.

Es un texto hermoso pero triste, repuso mi madre, luego de releerlo en un par de ocasiones mientras se lamía los labios, agrietados, tal vez preocupados por su pequeño Heinrich y su salud mental. No es hermoso, es críptico, aduje. Lo hice así para no ser entendido, porque quiero que tengáis la oportunidad de entenderme pero no la posibilidad de hacerlo.

Ana hizo un gesto de sorpresa, pero no dijo nada, acaso temiendo que, añadiendo alguna cosa más, yo le contestase con una locura un mayor. Me devolvió mi diario de tapas blancas. Para ti es muy importante ir a la guerra, ¿no es verdad?, inquirió por fin, después de cavilar largamente el siguiente giro de aquella conversación. Yo bajé la cabeza y traté de explicar algo que ni yo mismo entendía por completo: Quiero ver la muerte, madre. Quiero tener miedo de la muerte. Quiero superar ese miedo. Y quiero ver la injusticia. Quiero ver la degradación humana. Necesito verla. También lo hago por Alemania, pues quiero contribuir a la victoria de nuestra raza. Pero no te mentaré. La idea de ver muertos a mis compañeros, o a mis enemigos, la idea de contemplar desde el mismo crisol una injusticia salvaje, tal vez una familia de civiles inocentes violados y asesinados, la sola idea de tener la oportunidad de vislumbrar hasta dónde puede llegar la bajeza del hombre... eso es lo que me mueve en verdad, lo que hace que quiera ir a la guerra.

Los ojos de mi madre se habían abierto tanto que por un momento temí que fueran a salir de las órbitas. Balbució: ¿Y por qué querrías ver eso? ¿Por qué necesitas enfrentarte a una cosa semejante? Me encogí de hombros y, por primera vez en mi vida, encontré la explicación, una razón intuitiva que daba sentido a todo: Quiero ver todas esas cosas terribles, esos crímenes y esa degradación para no tener que cometerlos yo mismo aquí, en el mundo real, lejos de guerras donde el asesinato, la violación y todas las demás bajezas, están permitidas. Quiero observar al monstruo para no convertirme en el monstruo al que todos observan.

Mi madre dio un paso atrás y me miró largamente. Luego añadió, como punto y final a nuestra conversación: Moveré el cielo y tierra, te lo juro. Conseguiré que te acepten en alguno de esos regimientos a los que está mandando cartas tu padre.

Y se marchó. Me pareció que su pecho subía y bajaba entre espasmos. Estaba llorando.

Me dejó solo en el jardín. Cerré mi diario. Hacía frío y sentí miedo de mis propias palabras, pero sonreí al recordar la sorpresa, el horror en el gesto de mi madre. Las emociones extremas y el sufrimiento siempre me han puesto de buen humor.

Una semana después llegó una carta en la que se me anunciaba que había sido aceptado en el Onceavo regimiento de infantería de Bavaria. Debía incorporarme de inmediato al campo de entrenamiento de Regensburg (Ratisbona). Curiosamente, se trataba de la ciudad de nacimiento de mi madre. Ana Himmler había hecho honor a su promesa y había movido quien sabe qué hilos para conseguirme una entrada de palco, tal vez de primera fila, en esa feria de monstruos armados de fusiles que estaban representando un sainete de amor y muerte en el Somme y en Verdún, esa

guerra de trincheras donde centenares de miles de jóvenes europeos se dejaban la vida.

Recuerdo que entré en la cocina y le di las gracias. Ella sufrió un escalofrío al verme, y no se movió de la pila, donde estaba fregando platos. No hay que darlas, me contestó, muy tiesa, envarada. Y añadió: Espero que lo pases muy bien en el ejército. Yo la contradije: Pues yo espero pasarlo mal, madre. Para eso voy. Para dar un paso más en mi evolución y alimentar a la semilla negra.

No me despedí de mi padre, que se pasaba horas enteras sentado en la biblioteca, aunque ya no leía los pocos volúmenes salvados de la hoguera, ni caminaba arriba y abajo como un gato enjaulado. Todo aquello se había terminado. Sencillamente, se dejaba caer en una silla, esperando, quién sabe a qué o a quién.

Decidí despedirme al menos de mi hermana Ernestine. La encontré leyendo, completando su lista de libros, esa que desde niños rellenábamos con nuestras lecturas. Ya se había leído casi tantos como yo y durante mi ausencia me superaría. Por entonces yo iba por el número seiscientos cincuenta y ella por el seiscientos cuarenta y cinco. Es curioso la cantidad de cosas que uno elimina de la memoria y las pequeñas cifras, detalles accesorios, que es capaz de mantener perfectamente frescos nuestra mente de por vida. Me ha encantado el último libro de Zweig, le doy un ocho, me comunicó, muy ufana, tras rellenar el espacio del número seis cientos cuarenta y seis y enseñarme el cuaderno con su anotación. Yo le di un siete, repliqué. Zweig es un rojo y un izquierdista. Escribe bien pero su pensamiento apesta. Ernestine asintió vehemente, antes de informarme con una mueca divertida en el rostro: Pues ahora me toca El Caso Maurizius, de Wassermann.

Casi podía oírla reír para sus adentros, aunque su gesto no se modificó un ápice. Y es que ella sabía de sobras cuál iba a ser mi reacción. No la defraudé: ¡Por Dios!, después de un rojo, un escritor judío que nos explica su búsqueda de la Fe. Cómo me alegro de estar ya un poco más adelante en esa lista. ¿Con qué estúpido criterio la redactaríamos hace años?

Ambos reímos y, cogidos de la mano, fuimos hasta el jardín. A sus casi trece años, Ernestine era una niña hermosa, de abundantes cabellos castaños y rostro típico ario nórdico: frente recta y mentón afilado. No quiero que te vayas, me rogó, mirándome fijamente con sus grandes ojos claros. Sentí un afecto grave y verdadero por aquella niña: Debo irme, Ernestine. Debo convertirme en un hombre. Pero Ernestine negó con la cabeza: No creo que te conviertas en un hombre por ir a la guerra. No lo sabré hasta que vaya, reconocí. En cualquier caso, es algo que debo hacer. Ella aún dudaba: ¿Lo haces por Alemania? Estuve a punto de decirle que sí. Era lo lógico, pero no era cierto. Luego estuve tentado de asegurarle que lo hacía por nuestros padres, o por ella, o por la comunidad racial que formábamos, para que todos los arios estuvieran seguros, lejos de las hordas eslavas y las plutocracias occidentales. Pero ella ya no era una niña y se merecía la verdad:

No lo hago por nadie, Ernestine. Yo nunca hago nada por nadie. Todo cuanto

hago es por mí, para llegar un día a ser recordado como uno de los más grandes alemanes de la historia.

Hago una pausa en mi viaje al país de la retentiva. Tomo un vaso de agua que tenía descansando en el alféizar de la ventana y doy un largo sorbo. Llevo casi tres horas hablando sin descanso y noto la lengua seca. ¿Cuánto puede durar la noche en esta época del año? ¿Diez? ¿Once horas? Nunca he sido muy bueno en ese tipo de cálculos pero me consta que mi interlocutor apareció poco después de la puesta de sol. Por tanto, queda aún mucha conversación por delante. Ambos sabemos que debo terminar mi historia y que no me iré a dormir hasta entonces. Desde que él me lo propuso, desde que se ofreció a ser mi diario de carne y hueso, y el intérprete de mis recuerdos... desde ese momento me he dado cuenta que la historia necesita ser contada tanto como Jorge Luis desea escucharla. Una parte de mí quiere poner en orden todo el caudal de imágenes que habitan en la memoria. Me siento empujado a dar sentido a mi vida haciéndosela entender a ese hombre que intuyo tiene una inteligencia fuera de lo común. Al menos, el tipo de inteligencia que necesito en esta hora final.

¡Qué demonios!, exclamo, sorprendido, tocándome el rostro. Cuando he alejado el vaso de mis labios, el cristal ha pasado cerca de mi mejilla. Se han rozado y he notado mi carne dura como la piedra. Paso mi mano por todo el contorno de mi cara, hasta el cuello, y los noto entumecidos. ¿Pasa algo?, inquiera Jorge Luis, que hace rato que no escribe en su cuaderno una línea nueva de Réquiem Alemán, ese cuento para cuya elaboración ha venido a visitarme. ¿Esta usted bien?, insiste, Le he visto ponerse pálido y...

No es nada, le informo, algo tenso, Por un momento he notado mi rostro rígido, como de piedra. Pero solo ha sido un instante. Debe ser el cansancio a causa de todo este tiempo que llevo hablando. Jorge Luis niega con la cabeza: Tal vez sea la máscara.

Nada más pronunciar la frase precedente, le veo bajar la cabeza. No advierto bien su gesto, como siempre en parte a oscuras, pero es evidente que piensa que ha hablado más de la cuenta. Mis siguientes palabras son obvias: ¿De qué máscara está hablando? Jorge Luis se balancea arriba y abajo, suavemente, casi como si fuese un movimiento inconsciente. Tarda en tomar de nuevo la palabra. Antes de contestar a esa pregunta, me advierte, Sería mejor que me respondiese usted a una cuestión primordial que antes ha soslayado: ¿Qué recuerda en verdad de su llegada detenido

al cuartel general de Lüneburg?

Un estremecimiento me atraviesa como la punta de una daga, una señal de peligro. Es la segunda vez que me hace esa pregunta y la segunda vez que tengo esa misma sensación. Es miedo, es ansiedad, es... otra cosa. Vuelvo a abrir la boca y a explicarle cómo me llevaron en calzoncillos hasta el cuartel general de la segunda división inglesa. Los malos tratos de palabra, los empujones y las vejaciones, que iban a culminar en una revisión de cavidades corporales por parte de un médico vengativo, que quería humillarme. Comprendí que lo que me esperaba en el futuro era la humillación constante, juicios públicos, interrogatorios de fiscales especiales que pensarían que estaban en el derecho de...

Y entonces puse en marcha mi plan secreto, concluyo, con la voz temblorosa. Luego, de pronto, estaba en esta celda, de la que entran y salen hombres como Jorge Luis que me piden explicaciones por mis actos. Pero ¿cómo demonios he llegado hasta aquí? No, no quiero seguir pensando en ello. Ahora mismo no necesito saber la verdad, lo que necesito es seguir ahondando en la mentira. Si para que Jorge Luis me responda qué demonios significa mi repentino adormecimiento de las mejillas y su referencia a una máscara, debo pensar en esa revisión médica y en lo que pasó después, prefiero un millón de veces seguir contando mi historia.

¿Verdad o mentira?, pienso.

¿Verdad o mentira? ¿Qué pasó en esa revisión? No quiero saberlo. No aún.

Verdad.

Mentira.

Verdad y mentira. Esa es la verdadera historia de mi vida.

8. La derrota

Qué estrecha es la franja que separa la verdad de la mentira, Jorge Luis. Durante años he afirmado que combatí con honor en la Primera Guerra Mundial. Lo he dicho en tantos discursos que no podría decir cuántos, y la propaganda del partido lo ha aireado en documentales y filmes patrióticos. Esto no es rigurosamente cierto. De hecho, jamás entré en combate. Estuve preparándome, realicé infinidad de cursos durante mi estancia en el Onceavo regimiento de infantería bávaro, pero nunca se me llamó al frente. Yo estaba preparado para hacerlo, o tal vez eso pensaba, pues mi sangre bullía de ganas de contemplar toda esa degradación del ser humano que yo imaginaba era una batalla. Tal vez mis superiores advirtieran en mi gesto algo que me diferenciaba de mis compañeros. O acaso fuese tan solo mala suerte. El caso es que hice un curso para cadetes y otro de especialización en ametralladoras, para más tarde continuar saltando de curso en curso, de entrenamiento en entrenamiento. Jamás me dieron la oportunidad de demostrar mi valía.

Y el caso es que yo odiaba el adiestramiento militar o, más bien, lo odiaban mis músculos, agotados, hechos pedazos, como el resto de mi cuerpo. No dudaba en airearlo ante mis compañeros o mis superiores. A día de hoy estoy convencido que ese fue mi primer y más importante error, porque el ejército es un lugar hermético para los extraños, pero dentro es imposible guardar un secreto; todo se sabe y todo se comenta. Supongo que pronto corrió la voz de que el nuevo aspirante, ese tal Himmler, no estaba preparado para convertirse en un «verdadero» soldado.

Yo había pensado que en cuestión de días me mandarían a las trincheras y combatiría al enemigo, vería de primera mano la muerte y la desolación. Así, el inmóvil tintineo que consumía mi alma se terminaría. Estaba convencido que, dado que la guerra comenzaba a volverse en contra de Alemania, después de una instrucción rápida, nos mandarían a primera línea sin dilación para cubrir las bajas cuantiosas que sufría el Reichswehr. También pensaba, a aquellas alturas del conflicto, nadie tendría en cuenta mi poca predisposición física para una tarea semejante. Pero el oficio de soldado es algo mucho más complejo. Un soldado poco preparado no vive ni una semana y, como todo el mundo sabe, los soldados alemanes son los mejores preparados del mundo. Somos los que dedicamos un tiempo mayor al adiestramiento. Y poco importan las necesidades del frente. Unos soldados bisoños y faltos de habilidad no sirven de nada.

Por desgracia para mí, la primera fase de entrenamiento para convertirme en oficial era algo puramente físico. Yo estaba mentalmente preparado para cualquier esfuerzo que se me demandase, pero mi cuerpo disentía. A menudo era el último de la columna que marchaba, siempre cansado, siempre agotado, siempre hambriento. Las caminatas y los ejercicios consumían mis energías hasta tal punto que el rancho de los soldados, que yo comía hasta la última migaja, no me permitía sentirme lleno. Escribí a mis padres pidiéndoles comida, más tarde unos pocos marcos. Soñaba con ir

a un buen restaurante para darme una buena comilona. Aquel niño flacucho que fuera hasta el día que llegue a Ratisbona, de pronto se había transformado en un aspirante a cadete obsesionado por comer. Como me había pasado la vida estudiando a los clásicos, mi mente divagaba hacia las recetas de Marco Apicio, el gran gastrónomo de la época de los primeros Césares. Se me hacía la boca agua pensando en un plato de morcillas, con huevo cocido, riñones, cebolla, puerro picado y pimienta molida.

El caso es que, gracias a mi padre y sus obsesivas enseñanzas, me sabía algunas recetas de memoria, y a menudo salivaba mientras corría detrás de mis compañeros, recitando como una forma de supervivencia plegarias del estilo: «Ojalá pudiera cocinar un Pescadito con Albóndigas al estilo de Apicio, con aceite, garum, vino, puerro bulboso, menta, pescaditos, pequeñas salchichas troceadas, menudillos de gallo, mollejas de lechón. Primero las pondría a hervir. Luego hay que picar pimienta, ligústico, coliandro fresco o en grano, rociar con garum, añadir un poco de miel y jugo de la propia salsa, macerar con vino y miel. Dejar hervir. Cuando esté, envolver con la pasta, remover, espolvorear pimienta y servir».

Estaba, sobre todo, obsesionado por la carne y los dulces. Por ello mi madre me enviaba a menudo pastelillos de manzana. Yo los devoraba a escondidas para no haber de compartirlos con mis compañeros. Pensé que jamás lo conseguiría y moriría durante una de aquellas caminatas con todo el equipo de combate a cuestras, soñando con recetas clásicas y pastelillos de manzana.

Sin embargo, terminé haciéndome a la vida del campamento militar. Llegó el día en que yo mismo me convertí en instructor. Habían llamado a filas a todos mis compañeros de promoción, pero yo, inexplicablemente, seguía haciendo cursillos en el regimiento. Decidí preguntarle a mi superior, el comandante Ludwig Zahler, por qué seguía eternamente varado en aquel lugar. Estás donde debes estar, me informó Zahler, con un encogimiento de hombros, Cada uno sirve para lo que sirve. Mi deber es decidir cuál es la mejor posición para un soldado. Y nunca he creído que debieras entrar en combate. Creo que enrojecí y respondí en voz tan alta que algunos en el patio se volvieron: ¿Cómo que no sirvo para combatir? ¿Acaso cree, mi comandante, que soy un inútil? No, un inútil no, repuso, tampoco me importa que sea usted miope o que físicamente, incluso a día de hoy, esté muy por debajo de la mayoría de aspirantes. Sé que esos temas le preocupan y nunca han tenido nada que ver en mi decisión de no mandarle a primera línea. La razón por la que no lo he hecho no sabría explicarla. Algo en su mirada, en la forma en que coge su fusil, en la forma en que sueña con el combate cuando llegan noticias del avance de la guerra. Mi deber es juzgar a aquellos que vienen al campamento y disponer su destino en mi unidad. Creo que no es buena idea que combata, que luche, que sirva al regimiento como soldado u oficial. No sé qué tipo de persona sería usted, en qué se convertiría si tuviese la oportunidad de asesinar a nuestros enemigos. Una parte de mí no quiere saberlo.

Yo estaba tan nervioso que caminaba arriba y abajo del patio mirando a Zahler con los ojos desorbitados. Eso que dice no tiene sentido, mi comandante. Tal vez no

lo tenga y tal vez no deba tenerlo, replicó, Al principio le ordené realizar un curso tras otro sabiendo que tenía ganas de ir al combate y que odiaba su instrucción. Esperaba, tal vez de una forma un tanto pueril, que no resistiese, que regresase a su casa. Incluso hablé con mis superiores para que le trasladasen o me permitiesen echarle del regimiento. Pero está usted muy bien recomendado, la guerra anda mal y los muchachos de buena familia por fin escasean. No lo conseguí, entre otras cosas porque no tenía razones reales para licenciarle, solo una intuición. Ludwig levantó la mano para evitar que yo soltase un conjunto interminable de invectivas e insultos que estaban a punto de manar de mi boca. Añadió: Pero luego le cogí aprecio, Heinrich; al menos por la forma en que se esforzaba. Por eso ahora va a ser el instructor de los nuevos reclutas. Ha luchado mucho por servir a su país y, aunque haré todo cuanto esté en mi mano para que no combata en el frente de guerra, servirá a su país con honor como instructor jefe del regimiento. Es todo lo que puedo ofrecerle y todo lo que le voy a dar. Y créame cuando le digo que es demasiado, teniendo en cuenta sus capacidades. Más de uno gracias al cielo por lo que usted tiene, pero claro, Heinrich quiere ir a las trincheras y ver la muerte cara a cara. Pues bien, ¡eso no pasará!

Una ira tan profunda y una indignación tan grande atravesaban mi corazón, que no pude decir ni una palabra cuando el comandante Zahler terminó su discurso. Me dio la espalda y se marchó sin esperar una respuesta por mi parte. Creo que lloré de rabia. Al cabo de un tiempo, de unos días, tal vez de una semana, comprendí que la culpa había sido mía. Yo era diferente, muy diferente al resto de mis compañeros y acaso de todos los mortales. Mis gestos, la forma en que me comportaba, incluso las miradas asesinas a las que hacía referencia el comandante Zahler, me delataban. Debía ser capaz en el futuro de no mostrar al monstruo, a la semilla negra, que anidaba en mi interior. Aquello había sido una lección, tal vez la primera lección importante que me daba la vida, de hasta qué punto para ser yo mismo debía disimular la persona que era. Reí cuando comprendí que en el fondo yo era el espejo, la imagen invertida, de la actitud que durante toda la vida había tomado mi padre. Él había disimulado su estupidez detrás de una máscara de pedantería y cultura. Yo debía simular mi excepcionalidad detrás de una máscara de banalidad y de gestos vulgares, esos tics comunes que usan el resto de los mortales para reconocerse. De lo contrario, jamás me considerarían un igual y no tendría las oportunidades que ellos, los idiotas, disfrutaban.

Cuando he aludido al espejo y a mí mismo como imagen invertida de mi padre, Jorge Luis ha dejado de escribir su relato. Percibo que está temblando. No tarda en darse cuenta de mi silencio, de que le estoy observando y he detenido mi narración. Luego de una pausa, me explica: No me gustan los espejos, Herr Himmler. Solo es eso. Por favor, prosiga.

Me quedo un rato pensando en las palabras de mi interlocutor. No les encuentro significado y no creo que importen. Todos tenemos nuestras manías, ¿no es verdad?

Un día nos alcanzó la hecatombe, el desastre que nadie habíamos creído posible o no queríamos creer. Y nos alcanzó (a mí y a todos los patriotas germano nórdicos) mientras yo adiestraba a una nueva hornada de soldados que nunca acudirían al frente, al igual que su instructor. Cuando se supo la noticia, cayó sobre el campamento como un jarro de agua fría: Alemania había pedido el armisticio, el emperador Guillermo II había abdicado y se pretendía proclamar la República. Habíamos perdido la Primera Guerra Mundial y yo ni siquiera había llegado a ser realmente un soldado. Oficialmente era un *Fahnenjunker*, es decir, un suboficial en período de pruebas, alguien que no había llegado a ser ni siquiera cadete, alguien que no había combatido y no había ganado ninguna condecoración. Un «casi oficial» que se había adiestrado para nada durante más de un año y finalmente había sido instructor. Una nulidad, en suma.

Durante meses, toda mi ira contenida me hizo unirme a ese grupo cada vez mayor de alemanes vociferantes, que se quejaban de que algunos militares y todos los políticos nos habían traicionado. La «puñalada por la espalda» lo llamábamos: el más grande ejército del mundo había sido engañado para pedir la rendición cuando aún podía vencer la guerra mundial. No queríamos creer que estábamos derrotados, que ya no teníamos capacidad para seguir combatiendo, balas, gasolina o suministros. Solo sabíamos que nuestras tropas apenas habían sufrido ninguna derrota decisiva e el campo de batalla y, sin embargo, se rendían. Por fuerza debía ser una farsa, una broma de mal gusto, un engaño. La culpa de todo la tenían los socialistas, que nunca habían querido la guerra. Seguro que habían intrigado en la sombra durante años para provocar nuestra derrota y el advenimiento de la República.

Hubo levantamientos de izquierda en todo el país, desde Kiel a Hamburgo en primer lugar, para luego extenderse como una plaga hasta los lugares más recónditos del Reich. En Berlín fueron asesinados, cuando intrigaban para alcanzar el poder, los traidores comunistas Karl Liebknecht y Rosa Luxemburg a manos de patriotas de las Cuerpos Francos o *Freikorps*, paramilitares de derecha a los que yo admiraba.

Con otros jóvenes, muchos antiguos soldados como yo mismo, comencé a pasearme gritando consignas y llamando asesinos y traidores a nuestros enemigos, fueran cuales fuesen, estuvieran donde estuviesen. Rojos, masones o judíos, daba lo mismo. Me sentía preparado para dar un paso más en mi camino. Mentalmente, ya era un miembro de los *Freikorps*.

Pronto sería un paramilitar y esa elección marcaría mi destino. Aunque, para eso, aún faltaba un tiempo. Muy poco. Mi oportunidad estaba cercana, aunque yo, en ese momento no podía ni imaginarlo, y veía mi futuro, como el de Alemania, negro como el fondo de un abismo.

Para la familia Himmler fueron días especialmente duros. Mi padre pasó una semana encerrado en la biblioteca, leyendo o haciendo que leía y lamentándose por la derrota del Kaiser Guillermo. Eso me explicó mi madre el día que volví a casa, exhausto de tanta instrucción y de haber perdido casi dos años de mi vida, un tiempo

que ya no regresaría. Me da igual, repliqué, Hace tiempo que dejó de importarme lo que hace Gebhard. Pues no deberías hacerlo, me reconvino mi madre, Ha caído la monarquía, los príncipes bávaros y la nobleza que nos ayudaron a conseguir todo lo que tenemos, honores, licenciaturas y el puesto de trabajo de tu padre... Todo eso ha terminado, querido Heinrich, con la huida del Emperador. Hasta que la situación se normalice, ya no tendremos amigos en las altas esferas. Creo que vamos a echarlos de menos. Hasta tú acabarás haciéndolo.

Me eché a reír: Yo no voy a echar de menos a esa cuadrilla de nobles de barrigas llenas que nos han apuñalado por la espalda. Ojalá muriesen todos, madre. Los socialistas los socialdemócratas y los comunistas, los príncipes que se han rendido y los generales cobardes que nos han traicionado. Ana meneó la cabeza: Yo tendría cuidado con eso que dices porque se rumorea que nuestro Estado de Baviera se va a convertir en los próximos meses en un gobierno comunista. Y deberías también aprender a estar callado porque hay espías soviéticos por todos lados. Además, ahora que tu padre ya no puede ayudarte, y dado que no has conseguido hacerte sitio en el ejército, tendrás que estudiar de nuevo y terminar una licenciatura, algo útil, un oficio que te de dinero.

Yo la miré con el desprecio y la arrogancia de la juventud: ¡Dinero! No sé cómo puedes pensar en el dinero en un momento como este, en que Alemania, nuestra patria, se desmorona.

La dejé en el pasillo y subí a la carrera las escaleras hacia piso superior, donde estaban mis habitaciones. Mi hermana Ernestine dormía y, al asomarme a su cuarto y verla perdida en dulces sueños, sonreí por primera vez aquel día. Dejé mi petate en la cama y me senté en una silla. Creo que estuve mirando desde la ventana la puesta de sol. Mientras decidía si tenía ganas de cenar o me iba directamente a la cama, advertí que había un libro sobre mi mesilla de noche. Eran los Trabajos y los Días de Hesíodo. Ceñudo, mascullé para las cuatro paredes de mi habitación: Ya estás como siempre, padre, dándome lecciones de terceros, pensando que en los clásicos está la enseñanza y la explicación a todos los problemas del mundo. Reí soltando una gran carcajada pero igualmente abrí el volumen. Descubrí que Gebhard había dejado un punto de lectura y subrayado unas líneas: «El trabajo no es ninguna deshonra; la inactividad es una deshonra. Si trabajas duro te tendrá envidia el indolente al hacerte rico. La valía y la estimación van unidas al dinero».

Parecía que mi padre había anticipado la conversación que mi madre y yo tuviéramos en el pasillo. Debía ser eso, porque yo sabía que era demasiado idiota para haberla provocado él mismo manipulando a mi madre. Tal vez fuera a la inversa y mi madre, comprendiendo el hilo de razonamientos del paterfamilias, hubiera decidido tomar cartas en el asunto. Porque todo aquello era una obviedad. Hasta yo sabía bien que vendrían años malos, no solo por la pérdida de influencias de nuestra familia, sino porque Alemania, tras la guerra, viviría una crisis terrible de la que tardaría años sino décadas en levantar cabeza. Los alemanes sufriríamos por la

derrota en la Gran Guerra. Los franceses nos lo harían pagar. Los ingleses nos lo harían pagar. El mundo nos lo haría pagar. Y por eso era tan necesario el dinero que mis progenitores me aconsejaban ganarme con el sudor de mi frente, como Adán, como Eva, como Hesíodo. Porque habría muy poco dinero en Alemania en los siguientes años. Solo los listos tendrían acceso a un porvenir, ese tipo de porvenir que se paga con dinero y que es el único que tendríamos la juventud alemana a nuestro alcance en la siguiente generación.

Abrí de nuevo y al azar el volumen que mi padre había dejado en mi habitación y leí: «Jamás el hambre ni la ruina acompañan a los hombres de recto proceder».

¿Era esa otra señal? ¿Los clásicos realmente escondían en su sabiduría eterna todas las respuestas a los interrogantes del presente? Y, lo que era aún más importante, ¿podía considerarme yo mismo un hombre de recto proceder, alguien que merecía a juicio de Hesíodo sobrevivir en los tiempos de crisis?

Me hice aquella pregunta varias veces. La contemplé desde todos los prismas imaginables. Al final concluí que no, yo no era uno hombre de recto proceder, un maldito ciudadano ejemplar. Yo era un hombre de proceder retorcido y aquel libro no me servía de guía, porque hablaba del común de los hombres, de las buenas gentes que formaban la base de los pueblos y las civilizaciones (esos que comenzaba a llamar idiotas, como en su día hice con mi padre). Mi familia no podía entender aún que lo que servía para el resto de los hombres, por definición, a su hijo jamás le serviría.

Arrojé el libro el suelo y lo pisoteé hasta desgajar el lomo de los cuadernillos cosidos que un día había formado un volumen excepcional, uno de los pocos supervivientes de la valiosa biblioteca de mi padre. Aquella que prendió fuego para salvar su matrimonio.

Y entonces le confesé a aquel cadáver de papel: Yo forjaré mi propio destino con mis propias normas. Yo alcanzaré dinero, fama, cuanto necesite, pero no a través del trabajo y del esfuerzo que se exige a la masa anónima. Haré que otros trabajen por mí y se encarguen de cumplir mis sueños.

Porque yo soy Heinrich Himmler.

Vuelven a llamar a la puerta de mi celda. Jorge Luis deja que el sonido se repita hasta tres veces hasta que desaparece. No se ha levantado, ni siquiera el ademán de intentarlo. Aún le queda mucho por contarme, Herr Himmler, me aclara, Si salgo solo servirá para soliviantarles. Tienen prisa y nuestra reunión se va alargar mucho más de lo que ellos desearían.

Yo no entiendo qué interés tienen aquellos judíos que esperan en el pasillo en conocerme. Le explico a Jorge Luis que esperan en vano, porque cuando termine mi entrevista con él me iré a dormir. Estoy cansado, reconozco, soltando un breve bostezo, Más cansado de lo que usted puede imaginar. A veces, me indica mi interlocutor, uno está tan cansado que es incapaz de cerrar los ojos y descansar.

Ha acertado, amigo mío. Porque eso es precisamente lo que a mí me pasa. Ni siquiera recuerdo con precisión la última vez que descansé como es debido.

¿No lo recuerda?

No.

¿Recuerda al menos haber descansado desde que llegó a este lugar? ¿Esto que usted llama su celda o su calabozo?

No, pero, por fuerza, tengo que haber dormido en algún momento. ¿No es verdad?

Jorge Luis, que ha estado hablando al tiempo que terminaba una de las hojas de su relato, coloca un punto al final de una línea y dispone un nuevo folio sobre el anterior. Yo, como usted, declara alzando la voz y cambiando aparentemente de tema, Tengo una hermana a la que quiero mucho. Se llama Norah. De niños jugábamos detrás de un biombo encarnado a que éramos astronautas en la cabina de una nave espacial que nos conducía hasta la luna. Jorge no añade nada más. Está sonriendo.

¿Y...?, le pregunto, ¿a qué viene esa historia?

Mi interlocutor carraspea y dice: Viene a que, nosotros, al contrario que usted, sabíamos que realmente no estábamos en una astronave y que no volábamos en dirección a la luna.

Se hace el silencio. No me gusta que se burlen de mí, por mucho que no entienda la broma ni el objeto de la misma. No le voy a dar la satisfacción de preguntarle de qué demonios está hablando, para que me responda luego con otra frase enigmática.

Así que continúo con mi historia donde la he dejado, cuando Alemania se convirtió en una democracia: la llamada república de Weimar.

9. De hombres y relojes

Creo que el azar fue lo que terminó de dibujar mi personalidad. Y a través del azar, la enfermedad. Yo, por entonces, creía tener las ideas muy claras. Era un patriota alemán al que no le habían dejado luchar, un muchacho conservador que detestaba la coalición socialista que gobernaba Baviera y, en particular, a su líder Kurt Eisner. Y es que en Munich tuvimos la desgracia de que triunfara la izquierda con aún más virulencia que en el resto del país. Se declaró a nuestra región independiente del estado alemán. Más tarde se celebraron unas elecciones, que ganaron los rojos, con el partido socialdemócrata de Eisner al frente.

En la Alemania de posguerra muchos odiábamos a los socialistas y a los comunistas. En realidad les odiaban todos los que no eran socialistas o comunistas. Los jóvenes cachorros conservadores creíamos que su ascenso al poder era una prueba más de la decadencia de nuestro país. Pero, después de escuchar a regañadientes el consejo de mi madre, y aunque aborreciese hacer lo propio con el de mi padre (expresado a través de las enseñanzas de Hesíodo, ya que él era incapaz de expresar nada complejo sin ayuda de sus libros), yo sabía que debía estudiar y labrarme un futuro. Estaba precisamente decidiendo qué hacer con el resto de mi vida cuando un paramilitar de extrema derecha asesinó a Eisner, nuestro «bienamado» presidente de la República bávara. Yo me alegré por un momento, al menos hasta que supe que una facción aún más radical, formada por comunistas y anarquistas, le sustituiría. Ana ya lo había anticipado semanas atrás, los soviets iban a alcanzar el poder.

Y precisamente así, Soviet de Baviera, se llamó aquel movimiento que quería convertirnos en una nueva URRS. Eso significaba hacerse cargo del excedente, arrebatarles las empresas a sus dueños para entregárselas a comités y colectivizarlas, creación de un ejército rojo alemán y todas cuantas aberraciones podáis imaginar. Por supuesto, eso era algo que no podían permitir ni siquiera los cobardes que desde Berlín dirigían cierto experimento democrático, uno que era conocido como República de Weimar a causa de la ciudad Turungia donde se había proclamado la constitución.

¿Eso es ruido de disparos?, me preguntó una mañana la peque. Así llamábamos a Ernestine en casa: la peque o la nenita. Yo me acerqué a ella y la tomé de la mano. El Reichswehr, el ejército alemán, le expliqué, ha mandado varias divisiones para acabar con el poder rojo. No tienes de qué tener miedo. Esos disparos son la señal de que todo está regresando a la normalidad.

Mi hermana no tardó en comprenderlo y se puso muy contenta, en especial cuando vio que, días después, me vestía de gala para desfilas sobre Munich con el uniforme del *Freikorps* de Landshut, de nuestra ciudad. Ahora por fin era uno de esos muchachos valientes que se sumaban a los paramilitares para defender a la patria de la hidra comunista. Y por fin, aunque fuera en enfrentamientos menores, pude entrar

en combate. Avanzando junto al puente sobre el Isar, mientras repelíamos un contraataque comunista, asesiné por fin a un ser humano.

Le explotó literalmente la cabeza. Nunca lo olvidaré. Aún me emociono al recordarlo.

Fue un momento maravilloso. Nos encontramos a medio camino del puente, mientras las balas silbaban a nuestro alrededor. El muchacho comunista (más bien bajo, escuálido, con gafas doradas y unos veinte años) estaba recargando su fusil y me miró aterrorizado mientras yo levantaba mi pistola y abría fuego. El instante se hizo infinito, duró tal vez una hora entera, un día entero, un año entero, como un milagro secreto. La bala le entró por la órbita superior del ojo y su cabeza estalló delante de mí. Mientras los combates proseguían y las balas danzaban todavía sus frenéticas espirales de muerte, me quedé contemplando su cráneo, hundido en un enorme charco de sangre a mis pies.

Esto es la degradación humana, me dije. No sé si en voz alta, no sé si para mí mismo, para el cadáver o para el mundo, Dos hombres que tratan de asesinarse porque piensan cosas distintas acerca de lo que es la patria.

Esto es la degradación humana, repetí y me eché a reír. Porque la guerra es la broma más macabra, el invento más maravilloso y a la vez más terrible de la raza humana.

Cuando cayó el gobierno comunista de los Soviets de Baviera me sentí feliz, parte de un todo, de esa gran nación llamada Alemania que pronto iba a renacer. Por si esto fuera poco, mi padre aceptó el puesto de director del Instituto en la ciudad de Ingolstadt. Se marchó una mañana, dejándonos solos en nuestra casa de Landshut durante meses. Me sentía tan exultante a causa de estos dos acontecimientos que casi es como si no hubieran sucedido todos los sinsabores de la Primera Guerra Mundial, la sensación de inutilidad, de repetición, de aquella instrucción infinita que había significado mi estancia en el ejército. Por fin estaba lejos de mi padre, por fin había visto la degradación humana en todo su esplendor. Heinrich se sentía capaz de cualquier cosa.

Aprovechando mi estado de ánimo, sintiéndome bendecido por los dioses, aproveche mis últimos exámenes y concluí mi título de bachiller. Debía elegir una carrera y así lo hice sin muchas dificultades: agronomía. Pero las clases no comenzarían hasta septiembre y no sabía en qué ocupar mi tiempo. Me sentía tan fuerte y lleno de vida, después de haber combatido en los cuerpos francos, que decidí pasar el verano trabajando en una granja. Mi padre me consiguió un puesto en una finca cercana al colegio donde él estaba impartiendo clases. Allí me dirigí con la mejor de las sonrisas. Quería demostrar a todos que era capaz del trabajo físico más extenuante.

El niño flacucho y endeble estaba muerto. En su lugar, renacido, estaba yo.

Y es que una de las prerrogativas de ser joven es la de equivocarse. Heinrich Himmler vale para muchas cosas pero no para el trabajo físico. Pero entonces,

precisamente porque intuía que en aquel asunto nunca podría destacar (y ni siquiera igualar al ciudadano alemán medio), estaba plenamente convencido de que sí lo haría. La primera jornada en la granja me deslomé trabajando junto a los veteranos, como si fuese capaz de hazañas físicas inimaginables. Cargaba fardos de cereal en las hileras de carros sin darme ni un minuto de descanso. Voy a ser el mejor trabajador de la granja, me jacté ante mis compañeros aquel primer día, y también al siguiente, e incluso lo creí y lo proclamé en el tercero, cuando comenzaron a faltarme las fuerzas. A la semana me hallaba tan agotado que ni notaba el sabor de la cerveza en los descansos. Escribía cartas a mi madre quejándome de mi debilidad aunque, delante del resto de jornaleros, seguía proclamando que me sentía ligeramente débil pero que, en breve tiempo, volvería a mi nivel acostumbrado. Les convencería de que era capaz de eso y de mucho más.

Mi cuerpo sabía, y hasta yo en mi fuero interno, que Heinrich no había nacido para una tarea como aquella. El campo, los caballos, las moscas, el trabajo de a sol... todo eso no era para mí. Al poco tiempo, había enfermado de fiebres tifoideas. Pero seguí trabajando a pesar de que apenas podía tenerme en pie y no dije nada de mis dolores, mi tos e incluso me callé mi primera taquicardia. Hasta que, mientras carreteaba unos haces de leña, caí cuán largo era en el camino que llevaba la granja y perdí el conocimiento.

Me desperté en el hospital de Ingolstadt. No era un superhombre de esos de los que hablaba Nietzsche. Solo era un tipo enclenque que, cuando intentó ponerse a la altura de los más duros, acabó enfermando y al borde de perder la vida. Porque lo cierto es que los médicos me explicaron que, de haber llegado unas horas más tarde al hospital, podría haber muerto. Aquello me hizo reflexionar. ¿Hasta qué punto estaba dispuesto a demostrarme a mí mismo que era capaz de ser tan duro como cualquier otro hombre? ¿Hasta qué punto iba a arriesgar la vida de un hombre valioso e inteligente como yo, antes que aceptar que físicamente no era superdotado sino acaso todo lo contrario? Además, siempre me había dicho que mi destino era otro, no las tareas comunes de los idiotas, sino tareas más elevadas en las que mi intelecto pudiera mostrar toda su valía y excepcionalidad. Un superhombre lo es en su interior, los músculos no te hacen superior a nadie. A lo sumo, te convierten en una bestia de carga.

Era el momento de dejar de luchar contra molinos de vientos y aceptar que había nacido para manipular a los fuertes de entre los idiotas. Me hallaba fuera de las normas y preceptos que a ellos regulaban. No era uno de ellos sino su señor. Ya no cabía duda.

La estancia obligada en el lecho del hospital me hizo reflexionar. Leí mucho y me hice una infinidad de preguntas similares a las que acabo de referir. No pienses, Jorge Luis, que leía a pensadores prenazis o al propio Nietzsche para fundamentar estos pensamientos. Yo no necesito de las teorías de nadie para formular las mías propias. Siempre sido un enamorado de Julio Verne y me entregué a repasar sus obras

mientras los médicos me hacían pruebas. Pero el que leyera literatura de entretenimiento no significa que mis reflexiones no fuesen profundas. Muy al contrario, me entregué una lectura ligera para huir de mi mente, que me repetía una y otra vez que mi destino no era alcanzar la grandeza como la alcanzan el resto de los hombres. Debía profundizar en aquella semilla negra que una vez vio la luz en mi diario de tapas blancas. Debía mirar en mi interior y descubrir aquellos fragmentos de mi alma que eran tan oscuros que el resto de los mortales no se atrevían a enfrentarlos. Apartaban la vista, deslumbrados por su opalescencia. Mi grandeza estaba en la singularidad. Nadie se atreve a mirar en ciertas simas que guardamos dentro de nosotros, todos se acobardan ante la visión de esa degradación absoluta que anida en los abismos del alma.

Reflexioné acerca de si esta degradación interior no sería el espejo de la otra degradación, de la de la guerra, de aquella que tanto luché por contemplar de primera mano y que al fin descubrí en la cabeza apedazada de un comunista. Me dije que sí, que una era consecuencia de la otra, pero a la vez efecto, porque esa perversión es tan profunda que no tiene principio ni final. Ha nacido con algunos de nosotros y siempre nos acecha, alimentándose y retroalimentándose de cada nueva y degradante experiencia que le ofrecemos en sacrificio a la semilla negra.

Fueron días terribles, de fiebre y de pensamientos vesánicos, pero a la par lúcidos, aquellos que pasé en el hospital. Cuando me recuperé, la semilla negra había terminado de germinar. Recuerdo incluso hasta el instante en el que se cerró el círculo de degradación interna y externa, del cuerpo endeble y del espíritu de un gigante, aquel instante en el que el Heinrich Himmler que ahora os habla dejó de ser un niño y se convirtió en mí.

Sucedió que una luminosa mañana mi médico se acercó hasta el lecho donde me recuperaba y, tras consultar mi historial, me dijo: Te voy a mandar a casa para que te examine con calma el doctor personal de tu padre, el doctor Quenstedt. Creo que tus dolencias podrían ser psicósomáticas y que ni siquiera has tenido una fiebre tifoidea o alguna enfermedad paratífica. Yo alcé la vista. Sabía que psicósomático significaba que nunca había estado enfermo y que me había inventado los síntomas, acaso de forma inconsciente, como si mi cuerpo hubiera decidido que mi lugar no estaba en la granja y que debía bucear en mi interior a la búsqueda de la semilla negra. Luego de reflexionar por un instante, me di cuenta que aquel médico bien podía estar en lo cierto, que el trabajo físico me había hecho darme cuenta que no quería ser soldado, ni hombre de acción, ni un granjero, ni ninguno de esos hombres atléticos que tanto les gustan a las mujeres vanas. Pero como ya os digo, el Heinrich Himmler del futuro había aparecido como por arte de magia en el lecho de aquel hospital y, en lugar de reconocer que las palabras del médico respondían a la verdad, me limité a sonreír levemente antes de espetarle: Es usted un imbécil, querido doctor. Mi familia está muy preocupada por mí y se alegrará de que usted me dé el alta, pero si vuelve a repetir la palabra psicósomático en el informe para nuestro médico de cabecera, o si

esto llega a oídos de mis padres..., hice una pausa mientras me relamía, Entonces vendré a visitarlo una noche en la que esté solo de guardia y le rajaré el cuello con un bisturí. Alargué una mano y señalé una mesa baja que había al otro lado de mi habitación. En ella descansaban algunos utensilios médicos, hasta ese momento inocentes pero ahora afilados y amenazadores, entre ellos un bisturí muy delgado que brillaba bajo la luz de una bombilla. Con ese bisturí recortaré su gorda garganta, le advertí, Se lo juro por lo más sagrado.

El médico, cuyo nombre por desgracia no recuerdo (acaso se llamara Zacarías), abrió la boca como si no pudiera creer lo que estaba oyendo, pero cuando observó mi sonrisa, burlona y sin el menor signo de nerviosismo, su rostro se demudó. Yo respiraba a pequeñas bocanadas, paladeando aquel instante, cuando el galeno tragó saliva y repuso: Ahora mismo le doy el alta, *Herr* Himmler. Le haré un informe para que su médico siga tratando su... fiebre tifoidea. Maravilloso, manifesté, dele las gracias en mi nombre a las enfermeras y al resto del personal de su hospital. Son gente maravillosa.

El doctor asintió, volviendo a tragar saliva, y se marchó casi a la carrera. Tranquilamente, abrí el libro que estaba leyendo (Maese Zacarías, de Julio Verne). Se trata, a poco que recordéis, Jorge Luis, de la reveladora historia de un relojero que comienza a enfermar al tiempo que todos los relojes que ha fabricado en sus muchos años de trabajo se van parando, como si ambos sucesos fuesen uno solo. Al menos eso cree Zacarías: que su vida depende de que no se paren esos relojes, de que su cuerpo que agoniza y el tiempo agonizante de esos mecanismos se hallan unidos en un mismo propósito al compás del tic tac de las agujas.

Casi al instante, al volver la página que estaba leyendo, me encontré sumido en esta conversación escrita por Julio Verne muchos años atrás:

—¿No convendría enviar en busca de un médico para mi padre? —preguntó Gérande.

—¡Un médico! —exclamó la vieja sirvienta—. ¡Maese Zacarías jamás ha hecho caso de todas sus imaginaciones y sentencias! ¡Puede haber médico para los relojes, pero no para los cuerpos!

Y me eché a reír a carcajadas, sorprendido de cómo el arte se obstina en imitar a la vida.

CUARTA PARTE
Acerca del amor y otras debilidades
(1920-1922)

Jorge Luis se ha dado cuenta de inmediato que lo que acabo de expresar es un acertijo. Si he juzgado bien a mi interlocutor, es un hombre al que le gustan ese tipo de travesuras, que disfruta interpretándolas y, por lo tanto, también malinterpretándolas.

Así que entra en mi juego.

Supongo que lo que significa esa historia sobre el relato de Verne..., Jorge Luis hace una pausa, hablando y reflexionando a un tiempo... Lo que significa... lo que significa es que usted cree, Herr Himmler, que el relojero Zacarías se equivocó al juzgar los síntomas de su mal. Cada reloj que dejaba de funcionar no le acercaba a la hora de su muerte sino al momento de su elección de carácter, de su objetivo en esta vida o máscara que nos ponemos para vivirla. Usted iguala en su interpretación el mecanismo que falla a uno cualquiera de sus diarios, fueran de tapas rojas o blancas. Por tanto, el relojero, a su juicio, había llegado a un punto en que todas las demás potencialidades o máscaras o diarios de sí mismo se apagaban, restando brillante, como un faro, ese único reloj aristotélico que aún funcionaba. Zacarías pensaba que moriría cuando la última de sus creaciones se detuviese, pero usted piensa lo contrario, que al apagarse el tic tac aparecería el verdadero Zacarías, el tipo más allá del bien y del mal, el arribista, esa especie de monstruo que usted llama la semilla negra. Pero él tenía miedo de mirar cara a cara al monstruo y confundió la muerte de su empatía como ser humano con la muerte física.

Me echo a aplaudir sin poder evitarlo. Y con tono de alabanza, digo: Exacto, Jorge Luis. Por eso el último reloj lo tiene el demonio en persona y del enfrentamiento entre Belcebú y Zacarías nace el final de la historia. Pero el relojero no entiende que el señor de la oscuridad quiere ayudarlo a alcanzar ese negrura del abismo donde habitamos los fuertes.

Mi interlocutor, sin embargo, no es alguien que se deje impresionar por las lisonjas, y por mucho que haya entendido el propósito de mi historia, y el sentido que yo le había dado al cuento de Verne, no tarda en mostrarse en desacuerdo. Es una interpretación demasiado subjetiva la suya, me comunica, Tanto que desvirtúa el sentido del relato. Si Verne no quería decir de ninguna manera eso, su interpretación no es válida por mucha inventiva que demuestre en ella. Una cosa es descifrar el sentido oculto de un relato y otra mentirse. Algunos de mis escritos están contruidos

dando tantos rodeos a lo que sucedió que alguien con una visión limitada podría creer que son pura falsedad, ese lugar de sueños imposibles que algunos necios llaman literatura. También hago referencias en ocasiones a novelas inexistentes o citas que no se corresponden con obra alguna. Pero, y fíjese bien lo que digo, lo que sucede es que a veces utilizo lo falso para inventar la verdad. Invento tantas realidades a partir de reflejos de mentiras que acaso alguien podría llamarme un día el Verne del siglo xx. Y, como él, me repugnaría que en el futuro un asesino como usted interpretase mis escritos a su voluntad para justificar sus crímenes.

Noto que Jorge Luis siente un profundo asco hacía mi persona, y que con cada pieza del puzzle que le guía por mi particular descenso a los infiernos, la repulsión aumenta. Es una sensación maravillosa percibir que ese notario imparcial que pretendía ser, se haya ido transformando en alguien que me comprende y que por ello me desprecia. El que su aversión sea sincera, aunque desde el conocimiento de causa, le hace mejor rival que cualquier de esos judíos que me odia sin entenderme.

Estoy muy satisfecho de que me convenciera de contarle mi historia, le explico, armado de mi mejor sonrisa, Me alegro mucho de que estemos teniendo esta larga y enriquecedora conversación.

En aquel momento, me habría levantado y le habría dado un abrazo. Pero mucho me temo que aquello le habría hecho vomitar. Ahora que pienso, y precisamente por eso, tal vez más tarde lo haga.

Pero de momento, prefiero seguir narrando mi primer año de facultad, en torno a mil novecientos veinte.

10. Apesta

De mis años como estudiante universitario en Munich guardo gratos recuerdos. Fueron ricos en experiencias y culminaron con mi licenciatura en agricultura y agronomía. Pero hasta llegar a ese momento viví muchas anécdotas y transité por diversas fases de desarrollo intelectual y hasta social, cultivando innumerables amistades. Es decir, que llegué a ser en cierto modo hasta popular, cosa que conseguí dedicándome al estudio de los bailes de salón, que los jóvenes de mi edad consideraban esencial como parte de sus actividades sociales. Yo había aprendido de anteriores etapas de mi vida, que era esencial no estar demasiado aislado porque entonces la semilla negra que anidaba en mi interior se desbordaba, manaba hiel por sus cuatro costados y no me dejaba juzgar la realidad con la objetividad necesaria. Me volvía, aislado del mundo, un misántropo y mi odio hacia la humanidad no era el camino que deseaba explorar. Siempre se debe odiar de forma selectiva: a los judíos, a las personas con pensamientos políticos cercanos a la izquierda, a los idiotas o a los retrasados mentales. Siempre se debe odiar con justificación. Odiar en general a la raza humana es odiarse a uno mismo, a su país, a Alemania, a la patria en suma. Odiar de forma selectiva es mucho mejor y fortalece el alma.

Por eso, como ya he dicho, tomaba clases de baile, danzaba y danzaba, y entretanto salía con amigos y conocía muchachas, de las que a menudo me enamoraba en mayor o menor medida. Ninguna era como Luisa, mi primer amor adolescente. Ningún beso era como aquel que me di con Esther frente a la estatua del caballero Ludwig Der Reiche. Pero cada beso, cada caricia, cada salida nocturna, incluso cada resaca de vino y excesos, permitían que mi semilla negra se mantuviese controlada y, de hecho, fue por aquel tiempo cuando aprendí que, del control de la misma, dependía mi equilibrio mental. Por desgracia, necesito un moderado contacto con los seres humanos para no perder la razón, y por ello he seguido cultivándolo hasta día de hoy, aunque a menudo me resulta ingrato verme rodeado de tanto idiota y débil mental, incluso en el Partido Nazi. Pero no hacerlo me vuelve inestable y, aunque a menudo, como mero ejercicio filosófico y de abstracción, había llegado a barajar lo maravilloso que sería la desaparición hasta del último miembro de la raza humana, a excepción de los arios, lo cierto es que en el día a día me encontraba con todo tipo de personas, desde un eslavo a un judío, y era necesario tener trato con ellas sin pararme a considerar qué o quién eran, a menos que quisiera volverme loco midiendo su cráneo a ojo de buen cubero, mirando de soslayo la curva de su nariz o y sumando y restando medidas antropométricas hasta llegar a la una conclusión acerca de qué cantidad de su sangre era germano nórdica pura y si valía la pena o no dirigir la palabra a la persona que tenía delante mío.

En aquel tiempo, la idea de una Gran Alemania donde solo hubiese arios, estaba todavía lejana. Lo que yo no podía imaginar es que mi propio trabajo, en el futuro, estaría a punto de alcanzar el triunfo más absoluto: liberar al mundo de toda impureza

racial. Aunque era un designio demasiado ambicioso y por eso el plan secreto, como contingencia, acabaría por revelarse como el más adecuado. Pero no adelantemos acontecimientos, aún estamos en 1920, y yo soy un universitario de primer año que vive en un pequeño piso de la Amalienstrasse, curiosamente al lado de la finca, y en la misma calle, donde había vivido con mis padres en mi infancia. El mundo es un pañuelo y a menudo, según evolucionamos, nos reencontramos con nosotros mismos y con formas de nosotros mismos que creíamos olvidadas. Mientras paseaba por aquella calle, recordaba al niño que fui y me sentía feliz de haber alcanzado una paz interior que entonces no podía ni siquiera imaginar que existiese.

La casa donde había alquilado mi habitación no daba comidas. Por ello me desplazaba en busca de alimento a la vivienda de una vieja amiga de la familia que vivía la vuelta de la esquina: la señora Loritz. Se trataba de una mujer rubicunda de Alsacia que tenía dos hijas: Maja y Kathe. Yo me enamoré de Maja y la cortejé en silencio durante meses. A causa de ella, precisamente, comencé a estudiar bailes de salón y aprendí a controlar a la semilla negra a través del trato con los idiotas que conforman el núcleo de toda sociedad. Inmerso en mi máscara de danzarín en fiestas universitarias, me aceptaron asimismo en las veladas musicales que tenían lugar en la propia casa de la señora Loritz, así como en las discusiones que aquel grupo de amigos organizaba en forma de debate todos los martes. Y discutíamos acerca de religión, política o hipnotismo, que estaba muy de moda en aquellos días, y era habitual sacarlo a colación en las reuniones de sobremesa. Yo, que siempre he sido un enamorado de lo oculto, lo convertí en uno de mis temas de conversación recurrentes, con gran éxito, he de reconocerlo.

Una mañana que fui a ver a Maja a su casa de la calle Jägerstrasse, nuestra conversación se hizo íntima, o al menos yo creí que habíamos dado un paso más en nuestra relación. Ella acababa de cortar con su novio y yo quería a toda costa ocupar ese lugar, por ello me atreví a invitarla a dar un paseo. Ella aceptó.

¿Qué pensáis acerca del amor?, le pregunté, intentando abordar el asunto de nuestra futura relación juntos dando un pequeño rodeo. Maja se encogió de hombros. No creo que el amor deba pensarse; sucede y ya está, me explicó. Yo le di la razón, por supuesto, aunque no sabía gran cosa de mujeres y aún menos del amor, pero había aprendido que en las conversaciones galantes hay que darle siempre la razón a las féminas. Hasta ahí todo iba de maravilla y Maja me cogió brevemente de la mano. Pero poco después, nervioso y sin saber qué más decir (de haber tenido más experiencia habría sabido que acaso nada había que añadir), comencé a llevar la conversación por senderos filosóficos. Luego me desvié sin quererlo hacia la literatura clásica y a como Jenofonte en su Anábasis defendía el sacrificio de un muchacho por el hombre al que amaba. Por supuesto, se trataba de un mal ejemplo que además no venía al caso. No solo por ser o tratarse de amor homosexual, aunque ya sabemos cómo eran los griegos y su gusto por estos temas. Mi principal error era que conducía un momento íntimo (que seguramente tendría que haber disfrutado en

compañía de mi viejo amigo el silencio y cogido de la mano de aquella hermosa muchacha) hacia temas que Maja no conocía y no podían importarle lo más mínimo. Al ver en su mirada un rastro de aburrimiento, comprendí que todas las enseñanzas greco romanas de mi padre no me servirían de nada en el mundo real. Así que cambie de tema y opté por una aproximación más directa.

Un nuevo traspie.

Me gustaría que iniciásemos una relación amorosa, le espeté sin preámbulos de ningún tipo. Al ver cómo Maja arqueaba las cejas, su gesto de sorpresa y luego aquella maldita media sonrisa, comprendí que había errado de nuevo en la forma de abordar a la muchacha. Ella se deshizo en halagos hacia mi persona y afirmó que yo era un muchacho maravilloso y que, sin duda, no tardaría en encontrar una mujer que me mereciese. Aunque por su puesto, no sería ella. Es práctica habitual de las féminas de todos los tiempos hablar de amistad y de lo magnífica persona que eres cuando te rechazan. Tal vez alguien debería advertirles que mandar al diablo a tu pretendiente es algo mucho más magnánimo que soltarle una sarta de mentiras torpes y piadosas. Yo me limité, por supuesto, a tragar saliva y a cambiar de tema como si nada se hubiese dicho. Creo que regresé a los clásicos, a las guerras espartanas o a algún asunto similar antes de acompañarla de nuevo a casa y despedirme con el pretexto de un examen. Me sentía desairado. Era la primera vez que una muchacha me rechazaba.

La culpa de aquel fracaso, pensaba, eran las buenas costumbres, esas miserables que dictaban que uno debía mostrarse galante ante una dama en lugar de arrojarla al suelo, cogerla de los cabellos y arrastrarla hasta la cueva más cercana para forzarla, como hacían los antiguos. Me sentía traicionado y la semilla negra que germinaba en mi interior quería emerger de las profundidades y mostrar toda su ira y desazón. Y la semilla me decía que la culpa la tenía la religión, madre y padre de esas buenas costumbres, de los valores morales y de toda sinrazón. Ella me obligaba a maldecir el nombre de Maja en lugar de arrojarla en un lecho cualquiera y cubrirla a besos, fueran o no consentidos.

Regresé a mi habitación y escribí en mi diario, con mi estilo pomposo de adolescente, un fragmento sin título. A las pocas líneas me di cuenta que, cuanto más me enredaba en la prosa, más la semilla negra se calmaba, como si los senderos tortuosos de tinta apaciguaran su/mi cólera. Acabé creando uno de los fragmentos más personales, crípticos y probablemente huecos de mi incipiente y nunca concluida carrera de escritor:

Cuando, hoy por fin, me decido a avanzar otro paso para relataros las desiguales andanzas de la última parte de mi juventud y primeros años de madurez, lo hago llevado por un noble impulso; porque, ¿cuál más noble impulso que el de seguir, sin reparar en la lógica ni en los preceptos sagrados de aquellos que afirman guiarse por altos designios, los dictados con frecuencia ambiguos pero siempre venturosos del corazón?

Bien sé que de abandonar mi manuscrito el oscuro anonimato de un cajón en mi despacho, su último y fatal destino, los hombres y mujeres de bien no tardarían en escandalizarse: estos mesándose los cabellos, aquellas rasgándose las vestiduras y profiriendo gritos de una naturaleza tan bestial que asustarían a las propias bestias, al tiempo que unos y otras se enzarzarían en frenéticos gestos y rezos sibilantes destinados a exorcizar del papel cualquier resabio de ese tunante, el cándido y afectuoso Belcebú, que de anidar en algún lugar, mora sin duda en las conciencias de estas pobres gentes, crédulas y anónimas, que forman el núcleo del vulgo en todas las épocas y que parecen alcanzar un extraño éxtasis en la búsqueda de explicaciones a los misterios que el Supremo Hacedor ha dejado diseminados en el universo por razones aún más misteriosas y en intuir la presencia de ídolos de rostro humano, aquí y allá, donde solo hay leyendas, entresacadas de leyendas, que llevan vagando de nación en nación desde tiempos inmemoriales.

Pues no creo que haya hombre docto capaz de rebatirme que todo culto trata de establecer barreras entre el bien y el mal, y que bien y mal fueron hasta hace poco una misma cosa, productos ambos del caos, del amor, ese Dios exclusivista y devorador, cuyo culto deambulaba por nuestro mundo extendiéndose como una plaga y sembrando la semilla de una época sombría que pronta estoy a recrear desde estos ojos, que a la luz del aceite de una lámpara, me permiten dibujar los toscos y poco inteligibles garabatos que acaso descifráis, para solaz de mi alma y cansancio de mis miembros, mientras cuento los días que faltan, aún muchos y meses y años, para que me regresen las fuerzas y al fin me atreva a abandonar esta prisión de paredes de oro, para marchar por los caminos buscando nada en especial sino todo aquello que en la vida tiene valor en tanto que puede satisfacer la curiosidad incansable del espíritu libre.

Ahora que detengo una vez más el ímpetu del cálamo para contemplar lo que llevo escrito, descubro, conteniendo a un tiempo la mano, presta a destruir el fruto de mi soledad, que a los fundados recelos de mi capacidad para haceros entendible tamaña empresa hay que sumar un nuevo crimen que, como los anteriores, constato más bien apenado pero sin urgencia ni interés en reprimirlo, pues, como acontece con el hijo pródigo, aprecio más las profundas imperfecciones que jalonan mis anhelos que las eruditas y resabidas virtudes con que nos regalaron aquellos sabios germanos inmortales, cuya límpida y simétrica prosa, rayana en esplendor a la grandeza de una ópera de Wagner, merece la más alta de las loas, mas repugna luego, sin poder evitarlo, por bochornosamente sobrehumana.

Un lector lo bastante pródigo ya habría descubierto, pues al tiempo que intentaba excusar mi error este ha decidido adelantarse a la disculpa para exhibir nuevamente su descaro, que el crimen que atenaza el ritmo de mi relato no es otro que la digresión. Grave delito, que llena de espanto a los corazones simples, incapaces de seguir el significado de una frase excesivamente estirada, repleta de insertos y mixtificaciones, nacidos para confundir y alentar la marea de los recuerdos, pero que a veces se torna necesaria cuando, primero por inevitable y luego por rica en matices y abstracciones, sirve para conocer un poco mejor al autor de la historia y, por ende, a la historia misma.

Mas ¿qué historia? Hasta ahora no he hecho otra cosa que poner a prueba vuestra entereza y mi memoria, sacudiéndolas inútilmente con la verborrea del joven-anciano que, demasiado preocupado porque la vida no se le escurra entre las yemas de los dedos, permite por el contrario que las ideas fluyan sin la medida que impone la reflexión. Confío, en suma, me disculpéis una vez más y sepáis hallar algo de provecho en lo que sigue.

Y lo que sigue es un sencillo aserto, toda la sabiduría que he extraído de mis años en este mundo:

EL AMOR APESTA.

APESTA.

APESTA.

Después de escribir «apestas» una docena de veces y de tachar las páginas que había escrito para volver a escribir lo mismo de una forma aún más barroca y pedante, me eché a llorar por fin hasta que la semilla negra consiguió serenarse.

A la mañana siguiente, algo más tranquilo, resolví que debía centrarme en mis estudios; al fin y al cabo era para eso para lo que había acudido a Munich y a su Universidad. Lo primero era mis asignaturas, mis obligaciones de estudiante, por lo que era necesario dejar de lado al «apestoso» amor.

No lo conseguiría, pues como todo hombre tengo mis debilidades y aunque, como pocos de entre ellos he aprendido a controlarlas, por entonces, como ya habrás comprobado, Jorge Luis, aún no era capaz.

No es fácil controlarse, añadido, intentando buscar su rostro en la oscuridad. No sé por qué, es como si intuyese que mi interlocutor ha estado a punto de rebatirme, o de explicarme alguna cosa al hilo de mi razonamiento. Pero Jorge Luis no dice nada. Apenas oigo su respiración, apagada, subiendo y bajando. Subiendo y bajando.

Entonces prosigo mi narración.

Como quería a toda costa olvidar a Maja decidí dedicar todo el tiempo que me restaba de los estudios, que no era mucho, a la hermandad Apolo. Se trataba de una asociación estudiantil a la que había pertenecido mi padre y que era tan exclusiva que solo se podía formar parte obteniendo las más altas recomendaciones: de la nobleza, de la alta burguesía y de otros prohombres de la comarca. También me apunté a la 14.^a compañía de protección de Munich, un grupo de reservistas que nos reuníamos el fin de semana para hacer preparativos por si los rojos intentaban de nuevo tomar la ciudad. De esta forma llenaba mis horas: de lunes a viernes estudiaba y el resto del tiempo me entregaba a diversas tareas dentro de la hermandad Apolo. El fin de semana me ponía el uniforme y hacía ejercicios militares con la compañía de protección. Procuraba no pensar en Maja y eludía conversar con ella cuando nos cruzábamos durante las comidas en casa de su madre.

Al final de una de aquellas veladas, la muchacha se me acercó y me informó: Me voy un año a trabajar a la capital para ganar unos marcos, que bien sabe Dios que en casa hacen falta. Mi madre me ha dado su permiso y no nos vamos a ver en un tiempo. Espero que cuando regrese no estés ya enfadado conmigo, Heinrich, y podamos ser de nuevo amigos. Maja componía a la perfección la pose de corderito degollado, de mujer sensible preocupada por mis sentimientos. En realidad, mis sentimientos le traían sin cuidado y pensaba que yo era poca cosa para ella. Solo trataba de mostrarse amable porque se creía una buena persona. Qué asco me daba. El mundo está lleno de gente así, de hipócritas que están convencidos que son buenas personas y, después de hacer daño a alguien, tienen que justificarse (en especial ante sí mismos), adoptar poses y poner un rostro de perra apestosa para luego decirte algo como «espero que algún día seamos amigos». Yo no pensaba ser un fingidor o un farsante como ella, pero también era consciente que no podía enemistarme con la familia Loritz, que al fin y al cabo me daban de comer todos los días. Por eso adopté mi gesto de sorpresa más genuino «y genuinamente falso» (lo cual, de alguna forma y por mucho que proclamase lo contrario, me convertía en un simulador como Maja) y afirmé: Yo no estoy enfadado contigo. Todo lo contrario. Te deseo lo mejor en tu nuevo trabajo. Ojalá te vaya muy bien y asciendas rápidamente. Tal vez te quedes en Berlín y no tengas ya que regresar nunca más. Jamás en la vida. Eso sería algo maravilloso. Dije esto último con tal énfasis, tan claros eran el soniquete y la ironía, que Maja se sonrojó. Bajó la cabeza y se marchó sin añadir nada más.

¡Putta!, murmuré por lo bajo mientras se alejaba. Pero al poco me arrepentí. Durante años había despreciado a ese tipo de hombre que llama ramera, guarra y estrecha a cuantas mujeres le rechazan. Yo era un hombre superior, un universitario, un pensador único, el portador de la semilla negra... y no podía parecerme en nada a esos tipos mezquinos, de escasa inteligencia y nula formación, a menudo de sangre polaca o eslava, que se comportan como perros. No quería ser como ellos.

Y sin embargo Maja era una puta y una estrecha, recuerdo que pensé, como si una voz en mi interior hablase más allá de mi propio raciocinio y me contradijese,

obligándome a aullar como un perro en celo y despechado. Solté una risotada, mientras el resto de los comensales me miraban incómodos. Me reía de la contradicción, porque ser una puta y a la vez una estrecha es algo bastante incoherente, pero me reía sobre todo porque era la semilla negra la que había hablado por mi boca y me había encantado que tuviera bastante poder sobre mí como para rebatirme. Mi padre era un ser cerebral, incapaz de tomar ninguna decisión ni albergar ningún pensamiento que no hubiese antes medido, organizado y planificado. Yo era capaz en ciertas ocasiones de actuar a impulsos, de dejarme llevar por la negrura de mi alma para, finalmente, desde un frío análisis, descomponer mis actos en la soledad de mi habitación o de las cuartillas en blanco de un diario de tapas blancas. Y eso, de alguna forma, era hermoso, no solo porque demostraba que yo no era mi padre sino porque uno siente un profundo placer en llamar a una mujer «puta estrecha» cuando sabe que no lo es. Tu alma se reconforta porque la semilla negra está susurrando «sí lo es, sí es una puta» y tú acabas creyéndolo. Necesitas creerlo porque, parafraseando a Nietzsche: Ha sucedido tal cosa dice el orgullo. No sucedió tal cosa, dice la memoria. Y al final es la memoria la que cede.

La semilla negra, que se alimenta del orgullo, pero también de las flaquezas y aquellos rastros de individualidad que nos hacen únicos, es capaz de modificar la realidad a su antojo. Si eso no es realmente ser poderoso, ya no sé quién o qué puede llegar a serlo.

La capacidad para cambiar el mundo, tanto el real como el imaginado, es lo que hace nobles y eternos a los hombres, a las semillas negras, a los dictadores y hasta a los planes secretos.

De vuelta a la realidad, la señora Loritz, que me había visto hablar con su hija Maja y acaso sospechara que me reía de ella, me alargó un pedazo de carne y luego inquirió: ¿Qué es eso tan gracioso que te ha dicho mi hija, Heinrich? Tardé un momento en reconstruir la asociación de ideas que había llevado a la buena señora a pensar que mi hilaridad era debido a algún comentario de la muchacha. Como es lógico, no podía confesarle que me reía a causa de que la semilla negra me susurraba que su niñita era una estrecha y una fulana, pero en modo alguno a nada que hubiese dicho la propia Maja. Carraspeé, intentando buscar una salida a aquel pequeño atolladero. Maja me ha explicado que se va hacer faenas domésticas en Berlín, tartamudeé, Yo le he deseado lo mejor. Me he imaginado lo feliz que será en la capital de la nación y me he echado a reír de felicidad por ella.

Por una vez, mis habilidades sociales, todavía escasas, resultaron adecuadas. Hacía tiempo que había aprendido que, en el seno de una frase amable, especialmente si esta se asoma al sendero de la más zafia y relamida adulación, la gente es capaz de creerse las mayores tonterías. Cuando le deseas a alguien buen viaje no es habitual que sueltes una carcajada, eso todo el mundo lo sabe. Pero por un lado, yo era un muchacho extraño y bien eran conscientes mis amistades y mis conocidos. Por otro, todos se alegraban por Maja. Así que la señora Loritz me dio las gracias y

proseguimos la comida con buen ánimo. Observé, sin embargo, que la mujer me observaba de reojo, con aprensión, como si no hubiera terminado de creerse mis palabras.

Una puta y una estrecha, repitió entonces la semilla negra desde el interior de mi cabeza. Tenía la boca llena de carne y casi la escupo. Tuve que hacer esfuerzos para no echarme a reír de nuevo y me tapé la boca con la servilleta simulando que me limpiaba los labios. La señora Loritz me seguía observando.

Una puta y una estrecha, repitió una vez más la semilla negra. Y ya no pude contenerme, escupí el trozo de carne sobre el mantel, que cayó al suelo tras rebotar en el plato de un alumno de la Universidad de historia cuyo nombre no recuerdo.

Una puta y una estrecha, Heinrich. Te lo digo yo, repitió de nuevo aquella ladina semilla que anidaba en mis entrañas. No pude aguantarme más y me incorpore de un salto. Huí de la habitación mientras reía a carcajadas, completamente fuera de control.

Detengo el rumbo de mi relato en un momento en que Jorge Luis meneaba la cabeza en la penumbra, en señal de perplejidad. Me paso una mano por el rostro, cuya superficie me parece aún más adormecida que hace una hora. Es como si estuviera en la consulta del dentista, bromeo, mientras me doy un masaje en ambas mejillas.

Pero Jorge Luis no ríe de mi ocurrencia y en su lugar rompe a hablar, con la voz tomada. Me explica que él se ha pasado enamorado, en mayor o menor medida, todos los años de su existencia. Al menos los que recuerda. Como yo, de muchas mujeres y durante un período de tiempo no demasiado largo. Acaso fueron demasiadas, prosigue, chasqueando la lengua, Aunque mis reacciones fueron bastante diferentes de las suyas ante el rechazo, Herr Himmler.

Percibo sin esfuerzo que le resulta desagradable parecerse a mí incluso en detalles nimios como aquel. Luego me doy cuenta que el detalle no es tan nimio porque, después de todo, ¿acaso no venimos a este mundo a amar y ser amados? Jorge Luis seguramente respondería afirmativamente a esta pregunta. Pero yo elegiría decir «a odiar y a ser odiado». Al final, todo en la vida es una cuestión de punto de vista.

Para usted es fácil transformar el amor en odio, prosigue Jorge Luis, como si me leyera la mente. Pero él no está pensando en las concordancias biográficas de ambos y acaso por ello acota: Me refiero, Herr Himmler, a la forma en que el afecto que sentía por esa muchacha llamada Maja se convirtió en odio, en escarnio e invectiva. Si las cosas no son como usted desea, prefiere odiarlas a aceptarlas. Y así, las experiencias negativas no le hacen crecer. Es como un niño pequeño que se enroca en una posición y al que nada ni nadie pueden mover. Es un testarudo impenitente al que el azar ha convertido en un torturador filósofo. Un niño pequeño que mató a millones de una rabieta como podría haber roto sus juguetes.

Torturador filósofo. Hacía mucho rato que no me llamaba así. Le he cogido cariño a ese sobrenombre. Estallo en carcajadas y mi rostro adormecido se queja. Siento un latido en un diente y lo toco con dos dedos. Se mueve, como si estuviera a punto de caer.

Jorge Luis me contempla trasteando en mi boca y creo que se siente defraudado por mi falta de reacción a sus insultos, a que piense que soy un niño pequeño y no un gigante que ha cambiado el destino del planeta. No comprende que me importa poco

lo que piense: soy demasiado grande, en mi condición de gigante, para preocuparme por lo que piense una hormiga. Incluso una hormiga magnífica que se ha convertido en falso notario de mi existencia y creador del último Requiem Alemán.

Meneando la cabeza, mi interlocutor finalmente regresa al tema que realmente le preocupa: Yo tuve una educación bastante victoriana y retrógrada en asuntos de sexo, como usted. Pero no fue mi padre, sino mi madre, quién se encargó de transmitirme esos valores. También fueron los espejos, la visión horrible e inhumana de la propia desnudez, que me resulta abominable. Y sí, es verdad, que me abomina de igual manera encontrar el menor parecido entre usted y yo. Soy humano y tengo flaquezas. No me gusta parecerme a los monstruos, por mucho que me sirva de ellos para construir una trama.

No recuerdo haber expresado en voz alta ese pensamiento. No sé cómo ha sabido que yo lo sospechaba, que intuía que le resultaba nauseabundo cualquier parecido entre nosotros. Tal vez los ojos, el espejo del alma, me hayan delatado. Al fin y al cabo, alguien que detesta tanto los espejos como Jorge Luis, acaso pueda ver más cosas en ellos que la mayoría. Solo se puede odiar aquello que en el fondo se ama. Mi interlocutor es por fuerza un experto en los espejos y su reflejo. Lo que le convierte en una presa aún más apetitosa.

Y dígame, cambia de tema Jorge Luis, que está escribiendo de nuevo frenético en su libreta, ¿ha recordado ya lo que pasó tras su llegada a Lüneburg? ¿Sabe ya cómo ha llegado a esta celda?

Jorge Luis es consciente que me perturba pensar en ese tema. Por dos veces lo he soslayado. Pero como el parecido entre ambos (¿¿puramente casual??) le perturba a él, ha decidido pagarle con la misma moneda. Estoy a punto de levantar la voz, de decirle que estoy irritado por esa pregunta recurrente, cuando sabe de sobras que no sé cómo demonios he llegado a este calabozo diminuto, que contiene un catre y una sola silla junto a una ventana. Comprendo que mostrar mi ira sería concederle una suerte de victoria, por más pírrica que fuese, y digo, vestido con la mejor de mis sonrisas: Mi segundo año de universidad fue mucho más satisfactorio. Encontré un libro que cambiaría mi vida. Usted, que aprecia tanto los libros, creo que disfrutará de esta historia.

11. Bajo el signo de la nada

Una mañana, mientras me documentaba para un trabajo de fin de curso, me acerqué a las estanterías de historia del arte. La biblioteca real de Baviera era inmensa y la facultad de agricultura compartía con la de historia y la de filosofía y letras, un mismo complejo de edificios. Por influencia de mi padre, siempre me había gustado la historia y, en particular, todo lo relacionado con los clásicos griegos y romanos. Por extensión, el arte, sobre todo el clásico, era algo que me encantaba. Yo defendía que la historia trataba de plasmar la realidad que acontece o aconteció; mientras, el arte, no era una simple mimesis aristotélica o imitación de la naturaleza, sino la representación de lo imposible, de lo imaginado, de la misma belleza que a todos nos rodea, aunque a menudo no sepamos verla.

En aquel vetusto edificio compartido me entretenía descubriendo joyas de historia del arte, desde volúmenes ricamente iluminados a libros de fotografías de las catedrales góticas alemanas. También me interesaba la fenomenología del arte y ensayos de carácter filosófico. Al fin y al cabo, yo estaba estudiando la tierra y su productividad, me estaba especializando en tareas mundanas que redundarían en un beneficio tangible para la humanidad. Yo siempre he sido un hombre de contrapuntos, de aristas enfrentadas. En aquellos libros, digámoslo así, «elevados», encontraba descanso a tanto poner los pies en la tierra (real y figuradamente) y dejaba mi mente vagar hacia el mundo del artificio y la imaginación humanas, que como he dicho es el mundo de lo imposible, y por ello mismo de lo posible en el mundo de los sueños.

En uno de aquellos días en los que buceaba en las estanterías de la sección de arte de la biblioteca real, encontré un curioso libro incrustado entre dos viejas baldas. Llevaba una signatura muy antigua que no se correspondía con la ordenación del resto del complejo. Las arañas habían hecho un nido en su lomo, sobre los pliegos cosidos, y las ratas habían mordisqueado la tapa del volumen y las primeras páginas, de tal suerte que lo único seguro es que tenía por título «El arte bajo el signo de la nada». No pude jamás descubrir el nombre de su autor pues ni los bibliotecarios ni sus ayudantes pudieron darme noticia alguna del volumen. Sucedió que, no pudiendo probar siquiera el que fuera propiedad (o alguna vez lo hubiera sido) de la biblioteca real de Baviera, me permitieron que me llevase el ensayo a casa. Ni siquiera había sobrevivido un *ex libris* o un sello del archivo, pues las ratas no habían dejado restos identificables en su voracidad.

Yo creo que los funcionarios pensaban que aquella obra no pertenecía a su catálogo y que algún alumno se había dejado el libro olvidado hacia veinte o treinta años. Su desinterés llegó a tal punto que permitieron que el préstamo fuera perpetuo. Aquella obra estaba en tan mal estado que era imposible su restauración y además no poseía un valor intrínseco por su encuadernación ni por el contenido de la misma. Pero yo estaba convencido que «El arte bajo el signo de la nada» era un libro valioso,

un vestigio de los tiempos en que se fundó la biblioteca, a finales del siglo XVI. Luego de las sucesivas remodelaciones, muchos volúmenes habían acabado como aquel, olvidados en una caja o debajo de una balda, prisioneros de una época que había decidido arbitrariamente quién era o no meritorio en base a unos criterios tan endeables como todos aquellos que proponen los hombres.

Tal vez no fuera un volumen antiguo, después de todo, pero una vez en casa descubrí que en una cosa se equivocaban los bibliotecarios con toda seguridad: aunque no estuviese encuadernado con rica orfebrería, ni fuese una obra clásica para los entendidos, su contenido era remarcable. Más que remarcable... magnífico. Con el tiempo, aquel libro marcaría mi vida y, no menos de cien, quien sabe si más veces... he leído y releído «El arte bajo el signo de la nada».

En aquel ensayo, anticipado a su tiempo (fuese cual fuese), se repasaba la historia del arte al hilo del pensamiento de Nietzsche (aunque nunca se decía su nombre), incluso a veces me he preguntado si el propio sabio de Lützen no lo habría escrito. Tal vez uno de sus discípulos. En cualquier caso, con una prosa punzante y atrevida, el autor repasaba, desde las cavernas hasta hoy, la inutilidad, de la mayor a la menor, de toda forma artística. Analizaba el arte como ente subjetivo a través de baremo de comprensión de aquellos que lo contemplan. De hecho, a lo largo de la historia, muchas obras de arte de inferior calidad han sido infinitamente más reconocidas que las sobresalientes. Y aún esta afirmación anterior no deja de ser subjetiva pues yo, al interpretar lo leído, violando los preceptos del libro, considero mínimos ciertos logros artísticos y sobresalientes otros: porque yo he emergido de la nada para ser mi propio juez. La visión del arte, en suma, es tan diversa como cada uno de los hombres que habitamos este planeta.

Pero más allá del contenido filosófico o estético de aquel libro, lo que me influiría de forma decisiva en los años venideros, eran los consejos que daba el autor a los artistas del futuro, aquellos que habían de venir después de Nietzsche, una vez que Dios hubiera muerto y, acto seguido, el mismo arte.

El autor insistía una y otra vez en el concepto del ensayo y el error, de vivir una vida de prueba o mejor muchas de ellas antes de, una vez maduros como autores, sentarnos a cultivar nuestro arte. Hablaba de convertirnos en un clown de nosotros mismos, un payaso que actuase ante un público formado por cuántos habitaban a su alrededor y les contemplase evolucionar como un científico observa a las bacterias en un microscopio. La mayor parte de la existencia y aún de nuestras relaciones personales, son anodinas, repetitivas, monótonas y no aportan nada ni a aquellos con los que nos encontramos, interactuamos y les hacemos formar parte de nuestra vida. Solo sabemos, por ejemplo, cuál es su reacción a nuestros requerimientos amorosos, de aquellas dos o tres mujeres que cortejamos de las incontables que conocemos a lo largo de un año. ¿Y si fuéramos tan atrevidos para cortejarlas a todas? Lo mismo sucede con las amistades, con nuestros profesores, compañeros de clase o con la familia. Solo sabemos el resultado de un camino en nuestras relaciones con ellos: el

que tomamos de forma efectiva. ¿Y si, por el contrario, dedicáramos años de nuestra vida al estudio de los demás, dejando de lado nuestra propia existencia, para acaparar cuantos datos y vivencias necesitáramos para un día ponernos a esculpir, a modelar, a pintar óleos o a diseñar personajes de una novela, fuera cual fuese nuestra forma de inclinación artística?

Aquella idea me sedujo. No tanto porque yo mismo fuera un artista o su trasunto en mis diarios, sino porque la idea de vivir dos vidas, una de prueba y más tarde una verdadera, era de alguna forma lo que yo mismo estaba haciendo en esos mismos diarios. Vivir de prestado mientras me decidía por un Heinrich o su contrario.

Dejé sobre la mesita baja de mi habitación «El arte bajo el signo de la nada» y me quedé contemplando la calle que discurría desde mi ventana. Vi a aquellos hombres que paseaban con su gabán y su sombrero negro, vi a las mujeres cogiéndole la mano a sus retoños camino de la escuela. Lo vi todo en su conjunto y más tarde cada mínimo detalle; y me di cuenta que aquellos seres eran cucarachas, personas diminutas que jamás tendrían un pensamiento original, artístico, y que la idea de desdoblarse en varias vidas les debía parecer tan incomprensible como la cuadratura del círculo.

Hasta ahora erais dos, dije, mirando a mis dos diarios, el real y la falsificación (aunque ahora por fin entendía que ambos eran verdaderos, pues tan verdad es el pensamiento como la máscara). Oídmelo cuando os digo, insistí, tomándolos y acunándolos en mi regazo como si fueran en verdad mis hijos, Creedme cuando os digo que uno de vosotros debe morir. Durante un tiempo voy a seguir desdoblado en el hombre que todos quieren que sea y en el hombre que yo quiero ser. Debo vivir algunas experiencias más para alimentar a la semilla negra. Pero en poco tiempo, unos meses, a lo máximo unos años, morirá el más débil de vosotros dos.

No penséis que estoy tan loco para no darme cuenta que, cuando hablaba a mis dos diarios, en realidad me hablaba a mí mismo. Siempre he sido inclinado a ciertos actos teatrales en la intimidad. Probablemente porque en la vida diaria, y a pesar de mis clases de baile y otros muchos esfuerzos para socializar, sigo siendo callado e introvertido. Tengo miedo de decir una palabra de más y termino por decir una de menos. Pero en privado me atrevo a equivocarme hasta la saciedad, bailo de alegría cuando algo sale según había planificado, me reto a mí mismo a combates dialécticos imaginarios y soy tan feliz en mi individualidad como los necios lo son bajo el palio de la civilización. Sin embargo, aquel libro maravilloso de «El arte bajo el signo de la nada», me había enseñado que necesitaba extraer unas últimas lecciones de la civilización antes de trascenderla. Por ello me impliqué todavía más en mis actividades en el club Apolo. Más tarde me hice socio del club montañista y de un club de tiro al plato. Aprendí a reírme cuando tenía ganas de llorar ante la necedad de todos aquellos humanos que me rodeaban en clase. Aprendí a hablar de más, o a simular que lo hacía, y observaba las reacciones de los idiotas cuando me prejuizaban sin saber que yo era en ese momento solo máscara. Cortejé a esas

incontables mujeres que había soñado y observé sus reacciones, me lleve algún beso inesperado e incluso acabé en la cama de alguna con la que jamás habría imaginado intimar. Descubrí que en las relaciones personales hay algo poderoso llamado estadística. Más allá del atractivo sexual de cada uno, la repetición hace la maestría como en todos los oficios. Cada vez que cortejaba a una muchacha lo hacía mejor y mis opciones estadísticas de que alguna me dijera que sí aumentaban. Y luego estaba el azar, que también estudia la estadística. Las opciones de tener suerte de forma inesperada se multiplican cuando también lo hacen los intentos.

Creo que, sin embargo, de lo que más disfrutaba era de engañar y engañarme en mi falso diario de vuelta a casa. Así, después de volver la tapa roja, describía sucesos paralelos a los que me habían acontecido. Renegaba del sexo antes de haber pasado por la capilla sagrada del matrimonio y hablaba de viajes doctos y piadosos para visitar a familiares enfermos. En mi diario dibujaba a un Heinrich meditabundo y lloroso, un crío acomplejado que se echaba en cara el haber hablado demasiado en público. En realidad, yo mismo había provocado aquellos accesos de verborrea para observar las reacciones de mi público. No sabía que eran bacterias en la lente de ese microscopio gigantesco llamado universidad de Munich.

Es curioso que haya utilizado esa palabra, público, en lugar de amigos, conocidos o familiares. Y es que eso es lo que eran, un público, y yo el supremo actor de la vida, el supremo artista de la falsedad, embarcado en una obra de teatro que los otros ignoran que están contemplando, público involuntario del más grande actor de la historia.

No penséis tampoco que todo era felicidad y autocomplacencia, pues yo realmente soy una persona remilgada en temas sexuales y, a veces, tras fornicar con alguna mujer casquivana, cuyo solo contacto me daba asco, me sentía sucio. Ni la máscara podía protegerme del hedor de aquel sexo hediondo. Pero era una prueba más de mi crecimiento personal. De noche, me sentaba a escribir en mi diario verdadero. Reflejaba en él experiencias que mi yo real jamás habría tenido de no mediar mi separación en dos seres contrarios y complementarios. Ello me hacía pensar que lo más probable era que fuese el diario rojo como la sangre, el falso, el que me regaló mi padre, el que desapareciese cuando solo quedase un Heinrich. Aunque a veces me paraba a pensar que el diario de tapas blancas, el verdadero, era el que tenía que dejar de escribir, porque para ser yo mismo me veía forzado a entregarme a la extroversión, a la jarana y al sexo, actividades que odiaba profundamente y creía propias de los idiotas.

Al final, todo dependería de cuál de los dos fuese más fuerte y quisiera de verdad, de corazón, sobrevivir. Si es que sobrevivía alguno y no acababa yo escribiendo un tercer diario. Porque puestos a evolucionar asesinando y asesinándome, bien podría ser que aquella lucha terminase en sentencia de muerte para ambos.

Eran todas estas extrañas y densas reflexiones, lo reconozco, y en ellas aún me hallaba cuando se acabó el trimestre. Marché entonces de vacaciones de Navidad

desde Munich a Ingolstadt, donde mi padre seguía ejerciendo su labor de director de Instituto. Es maravilloso volver a verte, le dije a la «peque» Ernestine tan pronto entré en la casa, y eso a pesar de que ya no era tan pequeña, pues contaba casi quince años. Era una muchachita preciosa que pronto los hombres se pelearían por conquistar. No saludé mi padre, por supuesto, y, aunque no lo recuerdo con claridad, creo que mi saludo con mi madre fue cortés pero no efusivo. Nos habíamos separado en los últimos años y creo que me miraba con una mezcla de miedo y respeto.

De cualquier modo, fue una estancia entrañable. Cantamos canciones navideñas con madre al piano y mi hermana a la guitarra. Le regalé a Ernestine un libro sobre las técnicas de rasgueo de la guitarra española. Sabía que era su instrumento preferido. A ella le encantaba el sonido de aquellas cuerdas, un rumor de olas del mar Mediterráneo, y estaba seguro que mi regalo la animaría a rasgarlas todavía con más alegría, cosa que hizo durante horas mientras cantábamos celebrando el nacimiento de Jesús.

Estás cambiado. Te has hecho un hombre, me dijo mi madre mientras avanzábamos por la calle camino del Iglesia. Bueno, alegué, eso tenía que suceder más tarde o más temprano. ¿No es verdad? Mi madre asintió: ¿Sigues teniendo aquellas ideas raras en la cabeza acerca de contemplar la degradación, la muerte y los crímenes que hay en el mundo? ¿Recuerdas aquella vez que hablamos, cuando querías entrar en el ejército?

Yo fingí desconocimiento y le aseguré que en mi memoria no había ni rastro de aquella conversación, que sin duda la había soñado. En la iglesia, durante la misa del gallo, Ana María me observaba de reojo. Pero no volvió a sacar a colación aquella conversación del pasado que, de todas formas, era en ese momento lo último que me preocupaba. Atento a las palabras del sacerdote, me sentía embargado por su sermón.

Y es que, aquella noche, las palabras del pastor me llegaron al alma. No sé a cuál de los dos Heinrich, tal vez a ninguno y tal vez a los dos. Poco importa; el caso es que los sacerdotes (por lo demás seres despreciables que el nazismo tarde o temprano, de haber triunfado, habría hecho desaparecer de la faz de la tierra) a veces tienen la facultad de conmovernos apelando a los sentimientos de bondad innata que anidan en nuestros corazones. Todos aspiramos a ser buenos aunque la civilización nos obligue a ser lobos. Ya lo dijo Plauto en su *Asinaria*: El hombre es un lobo para los otros hombres.

Yo siempre he creído que nacemos buenos y que es el contacto con el resto de los seres humanos lo que nos pervierte. La sociedad nos obliga a mostrarnos tan educados que una parte de nosotros se revela, el lobo aúlla y quiere devorar a sus congéneres y dejar de poner buenas caras, estrechar manos y amar al prójimo.

Pero todo lo anteriormente dicho no es óbice para qué, cuando uno de estos estúpidos sacerdotes se pone hablar de la bondad humana, de los niños enfermos y todas esas tonterías que nos llegan al corazón, este resplandezca y el hombre bueno que habita en nosotros, ese que somos en el vientre materno antes de que la sociedad

nos pervierta, se emocione y las lágrimas acudan a nuestros ojos. En los siguientes días, mis padres, mi hermana y yo mismo, imbuidos todos de ese estúpido espíritu navideño que nos había transmitido el cura con su cándido sermón, fuimos a ver a varios familiares ancianos o moribundos, a hacer obras de caridad y de nuevo a misa para escuchar sermones que de pronto ya no parecían tan reveladores. En un determinado momento, el verdadero Heinrich protestó ante tamaña exaltación de buenos sentimientos; apartándome a un extremo del banco de la Iglesia, me obligó a releer varios pasajes de «El arte bajo el signo de la nada», que me había traído de viaje porque aquel libro comenzaba ya obsesionarme, en especial el último capítulo de la primera parte, que hablaba de la conciencia artística y de Hegel.

¿Qué haces?, me susurró mi padre, que se había movido por el banco en mi dirección. Era la primera vez que me hablaba en varios años y una media sonrisa acudió a mi rostro. ¿No ves que estamos en la casa del señor?, añadió el bueno de Gebhard, Bien sabes que a mí toda esta pantomima no me gusta. Pero tu madre cree en estas cosas y le debemos un respeto.

Por lo visto, desde que Ana había tomado las riendas de la casa y sus libros habían ardido, mi padre ya no era capaz de oponerse a los deseos de su esposa. En el fondo, me daba pena. Pasar de tirano a esclavo debe ser terrible.

Entonces le contesté: Esto que ves en mis manos es un libro docto, padre, No te preocupes, probablemente es un libro aún más santo que la Biblia o que todos los discursos de los padres de la Iglesia. En aquel momento, en la página que yo abriera al azar, el autor desconocido de aquella obra hacía un repaso de la historia del arte en la antigua Grecia y hablaba de Parménides, del cuerpo humano como prisión del alma, una prisión de la que hay que huir para alcanzar el conocimiento.

No me hagas quedar mal delante de tanta gente conocida, me rogó entonces mi padre, con los ojos llorosos. Sentí lástima por él, por su debilidad, y porque seguía importándole tanto aparentar y tenía tanto miedo de mi madre, que quién fuera yo era lo de menos. Lo único que me pedía era que pareciese uno más de aquellos corderos, incluso aunque en el fondo fuera el más peligroso de todos los lobos. Cerré el libro y sonreí de nuevo: Por supuesto, padre, No solo te voy a hacer caso sino que hoy mismo, al volver a casa, en el diario que me regalaste de niño, voy a consignar que en la Iglesia hemos tenido una conversación reveladora y que me has ayudado a comprender cuál es realmente mi lugar en el seno de esta sociedad y de la patria alemana. Sé que hace tiempo que no lees aquel volumen de tapas rojas que me regalaste. Deberías hacerlo. Así podrás seguir ignorando quién soy en realidad.

Mi padre me prometió que lo haría, al tiempo que me lanzaba una mirada concentrada y temerosa, la misma mirada que hacía tiempo distinguía yo en las pupilas de mi madre. Ver el miedo en los ojos de alguien que te ha dado la vida y al que (aunque vagamente) le tienes un mínimo aprecio, es un sentimiento maravilloso. Incluso creo que el anónimo autor de mi libro de cabecera estaría de acuerdo en que bien podría ser una forma de arte. Aquella idea atravesó como un rayo mi conciencia

y la apunté en una de las páginas del libro, junto a los comentarios sobre Parménides. «Huir de la prisión del alma en este cuerpo mundano a través del miedo de los otros», consigné. Luego cerré mi libro y me arrodillé en el banco mientras escuchaba las frases piadosas y los deseos de buena voluntad de nuestro querido cura. Al cabo de un rato, me volví hacia mis padres con los ojos llorosos. Este hombre es un santo varón, les dije, Nunca oí unas palabras tan inspiradas. Ana y Gebhard intercambiaron una mirada espantada a causa de aquel hijo al que no conocían y que cada día les resultaba más ajeno y aterrador.

Mi hermana, que no había percibido las sutilezas de la situación, me cogió de la mano, emocionada y me confesó: Ha sido un sermón inspirado de verdad, Heinrich. Esta navidad se está convirtiendo en una de las mejores Navidades que recuerdo. Es maravilloso que estemos de nuevo todos juntos en la casa del Señor.

Y luego se arrodilló a mi lado y escuchamos las palabras del sacerdote hasta que terminaron.

Recuerdo aquel momento con mucho cariño. Y es que los dos Heinrich, que apenas teníamos nada en común, coincidíamos en una cosa: Los dos apreciábamos mucho a nuestra nenita, a la pequeña Ernestine, tal vez porque era la única persona que no percibía un atisbo de nuestra dualidad, aunque eso cambiaría con el tiempo. Para ella yo era entonces solo uno, su dulce y afectuoso hermano.

Y ser solo uno de vez en cuando es algo liberador, el necesario descanso después de los sinsabores de la existencia. En mi caso, de las existencias, o de lo que demonios sea que llevo viviendo desde el día de mi nacimiento.

Mi interlocutor hace rato que no me escucha. O al menos su atención ha disminuido. Alguna cosa que he dicho no termina de cuadrarle y anda dándole vueltas. Lo percibo y detengo el rumbo de mi narración.

Me sorprende cuánto le gusta engañarse, Herr Himmler.

¿Engañarme?

Sí. Por ejemplo, constantemente habla de dualidades y de máscaras: en su rostro, en su personalidad o en su vida. Pero cuando le hablé de una máscara en relación a su detención en Lüneburg, usted prefirió mirar hacia otro lado.

En absoluto. Le pregunté sobre el asunto y...

Y le dije que debía pensar en Lüneburg, en el momento en que se lo llevaron a la enfermería para hacerle una revisión médica. De esa revisión y de esa máscara es de la única que debe preocuparse.

Se hace el silencio. Nos miramos. No quiero pensar en esa revisión médica, ni en esa máscara ni tampoco en mis mentiras. Solo quiero olvidar. Pasar a otro tema. El que sea.

Y no es esa la única cosa en la que os mentís, y luego me mentís, añade, dejando su pluma sobre su cuaderno y el montón de hojas que asoman bajo las tapas. Yo no miento, le advierto, Nunca. Solo interpreto algunos hechos, pero sin malicia. ¿De verdad?, inquiera Jorge Luis, en tono de burla, Pues no soy capaz de creerle tampoco cuando afirma que tuvo relaciones íntimas con mujeres en la etapa de su vida que me está narrando.

Jorge Luis ni siquiera se adelanta para que podamos mirarnos, como hace a menudo cuando iniciamos una conversación y él emerge, iluminado por la luna, de la tiniebla en la que escribe su relato. Así, ese hombre del que solo veo una mano con una pluma entre el anular y el corazón, insiste: Creo más bien que en el diario de tapas blancas quiso dar pábulo a sus fantasías. Mientras, en el diario de tapas rojas consignaba su personalidad de entonces, mojigata y temerosa de la mujer a causa del rechazo.

En otras palabras, que el diario que yo llamo falso era el real, y el real el falso. Por una vez, ha conseguido enfadarme, sin duda porque hay parte de verdad en sus palabras. Pero antes de que yo pueda responder, airado, defendiendo las formas en que desarrollo mi trama (y en cuyos pliegues me escondo a menudo), mi interlocutor

me hace una inesperada confesión: Soy virgen, me revela, sencillamente, como si aquello fuese la cosa más normal del mundo para un hombre de cuarenta y muchos. Me quedo boquiabierto, sin saber qué decir. Ni falta que hace, porque Jorge Luis es ahora el narrador, y me cuenta la historia de un muchacho, de un adolescente asustado que tuvo su primera relación sexual con la puta de su propio padre, en Ginebra. Mi progenitor era un hombre lúbrico, sensual, me informa, Creo que podría decirse que era un ser priápico, que perseguía a las mujeres por la calle y siempre estaba pensando en sexo. No le pareció sano que un muchacho de mi edad no hubiera practicado el sexo y me trajo a la mejor prostituta de las que frecuentaba. Ya era un alma hipersensible, y el haber de enfrentarme al sexo, a esa desnudez que me aterraba, desde la profesionalidad, desde la frialdad de quien maneja un pene con la misma soltura y desidia que un operario de una máquina una manivela... En fin, fue una experiencia horrible, Herr Himmler, se lo puede imaginar.

Jorge Luis hace una pausa. Como ahora es él quién narra y yo el que escucha, ni siquiera me planteo abrir la boca. Espero, descubriendo por un instante ese placer que estaba disfrutando hasta ahora mi oponente, el placer del apetencia, el deseo de saber más, de odiar las interrupciones y los puntos suspensivos, porque deshacen la magia del oyente. O acaso la elevan al grado del deseo, que tanto carnal como contemplativo, es siempre deseo, y por tanto tiene siempre algo de sensual.

Por eso digo que soy virgen aunque de facto no lo sea, Herr Himmler, puntualiza el objeto de mi deseo, Porque nunca más he vuelto a yacer con una hembra en el lecho desde aquel día, del que pronto harán treinta años. Y por eso sé..., Jorge Luis se adelanta por fin hacia el rayo de luz y veo su mirada brillante y su papada sudorosa, Por eso sé que usted mintió cuando dijo que había tenido relaciones sexuales como parte de su experimentación en sus años de universidad. Porque mintiendo decía la verdad, como cuando yo digo que soy virgen sin serlo. Usted afirma haber tenido relaciones sexuales porque se sabía virgen. Nadie le obligó a fornicar como a mí y por tanto no lo hizo, pero deseaba tan intensamente ser capaz de atraer a una mujer que lo imaginó, y la imaginación se hizo verbo, y el verbo se hizo literatura, y la literatura, que es más real que la vida, volvió su sueño real, al menos tan real como para engañarse en su diario y ahora tratar de engañarme a mí.

Me echo a temblar. De pronto, me doy cuenta que ese hombre no me gusta, que mi interlocutor es demasiado lúcido para gustarme, para gustarle a nadie. Y entiendo que sea virgen, o que lleve treinta años siéndolo y tratando de olvidar que no lo es, porque una prostituta suiza se llevó sus humores adolescentes junto a su inocencia.

Todo tenemos otro yo, Herr Himmler, me explica finalmente, y su tono de voz tiene un deje de condescendencia, como si tratara de consolarme, Siempre he creído que hay un doppelgänger de todos los hombres, un doble escondido en alguna parte, viviendo una vida tan parecida a la nuestra que solo pequeños detalles las diferencian. Ellos no saben de nuestra existencia salvo en sueños y nosotros los

soñamos despiertos. Así, yo podría ser un niño inglés llamado «georgie» que creció en una biblioteca y vivió otra vida como autor en la lengua de Shakespeare. A veces lo sueño. Y usted, que sufrió maltrato en otra biblioteca, terrible, inalcanzable, de galerías seguramente hexagonales, pudo ser un hombre sensual que realmente escribiera como propio ese diario de tapas blancas. Pero ese hombre no es usted.

Es el otro, replico, comprendiendo al fin, Yo soy el hijo de mi padre y tan parecido a él como hasta ahora no he querido reconocer. Aunque siempre lo he sospechado, hasta cuando era joven. No soy un estúpido, amigo mío.

Deje que le explique.

12. ¡Equetlo!

Y es que ni siquiera a mis veintiún años era tan estúpido como para no darme cuenta de hasta qué punto me parezco a mi padre. Había luchado tanto por construir mi personalidad en base a unos criterios antagónicos a los de Gebhard, que tardé en caer en la cuenta de que los extremos siempre se tocan. Ahora mismo, recordando los capítulos anteriores de esta confesión que narro de viva voz, me he dado cuenta que en ocasiones mis ideas y reflexiones resultan envanecidas y presuntuosas, que intento parecer más listo de lo que realmente soy y me pierdo en citas griegas y latinas. Como mi padre, me gusta apoyarme en las palabras de antiguos sabios del pasado y en ciertos libros que me influyeron y que acaso en el fondo no sean pertinentes para la narración. O tal vez sí lo sean porque forman parte esencial de la persona que soy y de la vida que estoy narrando, que no es otra que la mía.

De cualquier forma, me doy cuenta en esta hora, como también lo hacía en mi juventud, que mi padre y yo éramos dos caras de una misma moneda, luego una misma moneda, al fin y al cabo. De nada me había servido estudiar una carrera «terrenal» como agronomía. De nada me había servido intentar ser otra persona, alguien opuesto a aquel idiota que desde niño aprendí a detestar. Como él, vivía dos vidas, una aparente y otra real. Para Gebhard era la del sabio enfrentado el idiota, en mi caso la del hombre cabal enfrentado a la semilla negra. Las diferencias entre el sendero de mi padre y el mío eran meros matices. Aunque en el matiz a veces está la existencia. Muchos pintores y escultores del medievo son invisibles en la historia de la humanidad. Trabajaron como pequeñas hormigas hacendosas en el seno de un semillero de artesanos al servicio de la Iglesia y sus catedrales. Su huella en la historia quedó en nada. Así, mi padre también era invisible, uno más en esa caterva de rectores, directores de escuela y sabios de medio pelo que deambulaban por las universidades. Y de la misma forma que esos sabios artesanos de antaño supieron independizarse de la esclavitud eclesiástica. De la misma forma que crearon sus propios gremios y, más tarde, aquellos talleres individuales que vieron nacer a los primeros maestros conocidos, así yo me independizaba del mecenazgo intelectual de mi padre para crear mi propio destino bajo el influjo de la semilla negra. Porque mi padre y yo, siendo iguales, éramos a la vez completamente diferentes. Hijos de un mismo Dios y compartiendo la misma genética, nuestros destinos serían opuestos.

Cierto es que yo por entonces continuaba siendo miembro de la hermandad Apolo, en la que mi padre era todavía recordado como un ilustre «caballero de honor», y que yo me entrenaba en la esgrima con el mismo denuedo que había puesto mi progenitor, según comentaban los más antiguos. Pero allí acababan las similitudes. Mi padre no habría sabido reconocer a la semilla negra aunque se la hubiese encontrado de frente en una calle oscura, y no podía imaginar todas las ideas que fermentaban en mi interior, por mucho que me mirase asustado con el mismo semblante que el de un animal cuando huele el peligro. Además, yo estaba decidido a

abandonar uno de mis diarios y a convertirme en un solo ser en muy breve tiempo, cuando sintiese en mi interior que había terminado la última fase de mi formación. Mi padre nunca jamás se libraría de esa dualidad del sabio disfrazado de idiota y, como nunca pudo evolucionar, se quedó varado eternamente en sus miedos y limitaciones.

Pero yo era distinto y por ello, en aquel último año de mis estudios, avancé en cuantos campos me había propuesto sin perder mi individualidad. Me hice todavía más popular asistiendo a innumerables bailes, potenciando mis habilidades de espadachín en la hermandad, disfrazándome en carnaval y haciendo juegos de magia en tertulias y reuniones. Me hice socio de todas las organizaciones, fraternidades y grupos que transitaban por la Universidad, y me apunté a nuevas unidades paramilitares y *Freikorps* que, en aquellos tiempos convulsos, florecían como setas en Alemania y en especial en la República bávara.

Entretanto, en el diario falso de tapas rojas, seguía consignando todas mis dudas. En aquellas páginas no estaba seguro de nada: me arrepentía de haber hecho el payaso en tal o cual reunión, de todos mis yerros y mi verborrea incansable, de no haber conseguido un beso de aquella mujer, de no encontrar una buena hembra aria que me amase. Porque una parte de mí quería ser ese hombre, lo que vosotros llamáis ser un buen hombre o una buena persona, que es lo mismo que ser un buen y servil ciudadano, ese tipo de imbécil del que se enamoran las mujeres arias. Pero aquel Heinrich Himmler era demasiado débil para que yo lo asumiese de buen grado, aunque yo amase secretamente aquella parte de mí y al diario que la amparaba.

En aquel tiempo todavía albergaba deseos de que el superviviente fuera ese diario rojo como la sangre. Pero tanto tiempo había llamado falso al Himmler recatado, y verdadero al que retrataba en el diario de tapas blancas, que de forma inconsciente pensaba que, al final, optaría por abandonar el primero y con ello a mi padre y sus deseos de tener un hijo dentro de la norma. Pero no adelantemos acontecimientos.

En el verano de 1922 conseguí mi título en agricultura, en la especialidad de agronomía. Era por fin un licenciado, un profesional de un campo útil a la sociedad. Me sentí un poco triste de que mi época universitaria terminase. Era el momento de trabajar y aceptar las responsabilidades que convierten en hastío la existencia de los hombres.

No tardé en conseguir un trabajo en una empresa de fertilizantes en Schleissheim. Debía incorporarme el uno de septiembre a la fábrica como ayudante de producción, pero antes de trasladarme a aquella ciudad (a unos pocos kilómetros al norte) me quedaba una última cosa por hacer en Munich. Llevaba tres años en la hermandad Apolo, que era algo más que una asociación cultural, una organizadora de fiestas y de borracheras. Por encima de todo era un club de duelos. De ahí mis constantes clases de esgrima y mis esfuerzos por convertirme en un profesional en el manejo de la espada y el florete.

Y es que las asociaciones duelistas estaban muy de moda por entonces. Alemania, como ya he explicado, había quedado psicológicamente muy afectada por la derrota

en la Primera Guerra Mundial. Los jóvenes, y los no tan jóvenes, entre los que se incluían veteranos de la gran guerra, tenían ganas de ver correr la sangre, aunque fuera la suya propia o la de sus compatriotas. Y por eso se entrenaban como yo mismo y hasta la saciedad en el manejo de armas cortas. Había infinitas hermandades donde, aparte del entrenamiento, se daban discursos antisemitas, se soñaba con organizar golpes militares contra la República de los izquierdistas, se vociferaba contra la socialdemocracia y se preparaba uno, en suma, para el día en que todos los rojos enemigos de la patria serían expulsados, o asesinados, que lo mismo daba. Los duelos eran una expresión de la virilidad irreflexiva en la que vivíamos. Y la hermandad Apolo era uno de los lugares donde aquella brutal pero efectiva válvula de escape encontraba su máxima expresión.

Yo quería vivir a toda costa la emoción de un duelo. No iba a permitir que una parte de mi vida quedara incompleta. Si había formado parte de un club duelista, la gente debía por lo menos de poder decir: Heinrich Himmler se batió en duelo como un hombre.

No estás preparado, me advirtió mi padrino, Herr Distls, mientras yo hacía flexiones sobre la plataforma de serrín donde tendría lugar el encuentro. Te equivocas, repliqué, Estoy preparado para ganar y también para perder. Eso para mí es más que suficiente. Miré de reojo a mi rival, un tal Renner, un berlinés de más de dos metros de altura, que pertenecía a un club duelista rival. No le tenía miedo y le hice un gesto de desafío al que él respondió con una sonora carcajada.

Haz lo que quieras, insistió mi amigo, pero aún estás a tiempo de cambiar de opinión. No, quiero luchar y ser un héroe, casi chillé. Distls enarcó una ceja al oír la palabra «héroe» y luego se encogió de hombros. Los héroes de la batalla de Troya, le expliqué entonces, Fueron enterrados en gigantescos túmulos delante de la ciudad. Yo quiero que se recuerde cada uno de mis actos, que la gente del futuro tenga presente que, al igual que los troyanos, tuve el valor de ser quién debía ser y me comporté como se espera de un valiente. Las generaciones del futuro deben saber que, incluso en mi juventud, fui un alemán intachable.

Supongo que de alguna forma me sentía como el mismísimo caballo de Troya, porque una parte de mí sabía que en verdad no soy en absoluto un hombre valiente. El Heinrich cobarde estaba escondido tras un disfraz, como los soldados griegos dentro del caballo de madera. En aquel momento me hallaba diluido en una máscara de duelista violento y sin escrúpulos. Porque yo soy el señor de las máscaras, aquel que puede pasarse una vida entera llevando una máscara de sí mismo y de su contrario. Así que no me fue difícil convencerme de que era una atleta, un tipo valeroso y gallardo, un idiota de esos descerebrados que solo piensan en sus músculos y jamás han abierto un libro en su vida.

Poco después empezó la lucha. Mi enemigo pronto demostró, a pesar de mis máscaras y mis añagazas, ser mucho mejor que yo. Esquivaba mi florete con facilidad. Antes del primer minuto me hizo dos cicatrices que, sangrientas,

comenzaron a manar sobre mi uniforme blanco. Pero yo me eché a reír y le expliqué a voz en grito: Esto no es un florete sino un arado, Renner. ¿Un arado?, inquirió mi enemigo después de frenar una de mis estocadas, que buscaba su brazo izquierdo, ¿estás loco? Volví a reír y le expliqué, poniéndome en guardia: Se dice que en la batalla de Maratón combatió un ateniense que no portaba espada sino un arado, y que causó tan grande mortandad en sus enemigos que, al acabar la contienda, le erigieron un monumento. Con el tiempo en aquel lugar hubo un oráculo conocido con el nombre del arado o el arador.

Renner seguramente no sabía ni siquiera qué demonios era la batalla de Maratón y mi actitud y mis palabras le tenían desconcertado. Un par de veces le alcancé los brazos, que desde el principio habían sido mi objetivo primordial para frenar sus rápidos movimientos. De sus muñecas comenzó a manar la linfa, bañando el serrín y convirtiéndolo en una materia untuosa sobre la que nuestros pies resbalaban. Ahora estoy seguro de que sí, estás loco, sentenció entonces mi rival, intentando atravesar mi muslo derecho con un certero mandoble, que yo frené con la empuñadura de mi arma. Nos quedamos por un instante con las hojas cruzadas, nuestros rostros a un centímetro del otro. Entonces repliqué: No te voy a quitar la razón. Pero si soy un loco, como en todo cuanto acometo en esta vida, voy a llevar mis locuras al extremo y voy a ser el más loco de todos. Y avanzando haciendo grandes aspavientos con mi arma comencé a gritar: ¡Equetlo!, ¡Equetlo!, que es como se pronuncia «arador» en griego antiguo. Mi actitud y mis palabras vesánicas asustaron tanto a mi enemigo que pude darle dos nuevas cuchilladas antes de que se sobrepusiese y contraatacase.

En la siguiente media hora combatimos con desnudo durante trece asaltos. Ya soñaba con llegar al menos al decimoquinto, que marcaría el fin del combate. Si no podía ganar, al menos un empate honorable o una derrota por puntos me bastaría. Pero embebido en la grandeza de aquel momento que casi tenía a mi alcance, bajé la guardia. Yo era un contrincante netamente inferior a Renner y solo mi actitud enloquecida, mis gritos y el miedo que había suscitado en mi oponente, me habían mantenido de pie en la tarima hasta aquel momento. Pero unos pocos segundos de relajación fueron suficientes para derrotarme. Un certero golpe, el sonido del metal contra el metal chispeando y luego un dolor sordo subiéndome por el brazo, fueron la antesala de mi derrota. Mi próximo recuerdo es el de contemplar mi arma en el suelo y la punta del arma de mi enemigo señalándome en el corazón. Ríndete, dijo Renner. Yo habría contestado de buena gana que jamás, que antes prefería la muerte. Pero aquel era un duelo de caballeros, así que incliné la cabeza y reconocí mi derrota.

Más tarde, mientras un estudiante de medicina de la hermandad Apolo me curaba las heridas, muchos de los espectadores vinieron a darme la mano. Un espectáculo estupendo, me decían, Pese a su inferioridad técnica, ha luchado de una forma admirable. Casi gana a base de hombría y resolución, opinaban otros. Aunque perdí, para todos, yo era el vencedor moral porque había durado mucho más de lo previsto. En realidad, nadie pensaba que aguantase más de dos o tres asaltos, pero casi llego al

final de la pelea y eso había maravillado a los presentes y arruinado a un par de apostantes, si he de ser sincero. Yo estaba más que satisfecho y no sentía dolor mientras me cosían los diversos cortes e incisiones que apedazaban mi cuerpo.

¿Por qué te pusiste a hablar de la batalla de Maratón mientras combatías?, me preguntó en ese momento Distls, que seguramente no entendía cómo y por qué había pasado de Troya a Maratón, dos batallas griegas clásicas sin relación entre sí y separadas por varios siglos; eso sin contar que una sucedió en realidad y la otra es un mito.

No lo sé, repliqué, después de pensar largo rato una respuesta. Lo cierto es que, como mi padre, en los momentos de mayor tensión me ponía a recordar viejas enseñanzas, rancios mitos griegos y romanos. Yo aborrecía aquel residuo paterno en mi personalidad, pero también era consciente que formaba parte de los dos Heinrich, y negarla era una estupidez. Así que añadí: Quise poner nervioso a Renner y se me ocurrió esa anécdota del arado. Al fin y al cabo, nosotros somos de la facultad de agricultura y sabemos mucho de arados, de la tierra y de los héroes que la habitan. Fue una asociación de ideas afortunada.

Mi padrino me dio la razón: Y tan afortunada, amigo mío. Casi le ganas.

Ambos reímos satisfechos y nos fuimos junto al resto de miembros de la Hermandad Apolo a celebrar mi derrota.

Dos horas después volví a mi habitación. Estaba tan cubierto de vendas y tan dolorido que no podía sentarme ni estar de pie, y acabé acurrucado en posición fetal, intentando no apoyarme en ninguna de mis cicatrices. Por primera vez en mucho tiempo, allí no había dos Heinrich Himmler. Estaba físicamente tan destrozado que el verdadero y el falso, fueran cuales fuesen, se fundieron en uno y caí en un profundo sueño.

Así terminaron mis años de universidad.

QUINTA PARTE
Acerca de Hitler y el partido nazi
(1923-1926)

Están llamando a la puerta. Los judíos que esperan a la cola parece que tienen prisa por entrevistarse con el monstruo. Tanto Jorge Luis como yo hacemos oídos sordos. Lentamente, los golpes devienen arañazos, como si alguien se frotase contra la madera, soñando con atravesarla. Y luego vuelve el silencio.

Voy a seguir hablando de mi padre, anuncio, deseoso de continuar con mi relato, Aunque nuestras relaciones nunca fueron del todo buenas, creo que mi padre...

¡Basta! No me mienta más sobre ese asunto.

Jorge Luis me ha interrumpido, y su voz, más que airada, parece hastiada. Me dice que ya está harto, que diga la verdad, que debo reconocer que, en el fondo, jamás le odié. Yo mismo he utilizado en ocasiones ese recurso en mis escritos, añade. ¿Cuál?, pregunto. Decir lo contrario para decir la verdad, sostiene, levantando las manos, como si fuese obvio. ¿Acaso no hemos hablado de ello al menos en un par de ocasiones esta noche? A veces la verdad es solo una, como mi amor por los versos panteístas de Whitmann, pero otras sembramos de piedras una emoción para que el tránsito se haga más tortuoso y el camino hacia la verdad valga la pena recorrerse. Hace no mucho describí mi amistad con Adolfo, un escritor amigo, en el seno de un relato, de una forma que no se ajusta a nuestra relación y casi es su antítesis. Así, la verdadera y entrañable amistad refulgía en mi pensamiento (y en el suyo al leer el relato cuando se lo enseñé) de forma más elocuente.

Pienso en sus palabras. Puede que tenga razón y que haya exagerado mis diferencias con Gebhard porque nunca he querido parecerme a él. El grado de verdad y de mentira en una afirmación es importante para Jorge Luis. Para mí no tanto; así puedo decir lo que quiera y mentirme a discreción. Así que confieso que mi padre y yo teníamos tantas cosas en común que al final aprendimos a tolerarnos. Jorge Luis sonrío: ¿Solo se toleraban?

Bueno, tal vez llegamos a querernos, de alguna forma... y después de muchas formas, reconozco, accediendo a ese grado exacto de verdad que puede serlo todo para el que mira con precisión de cirujano. Alguien como mi interlocutor.

Y entonces le cuento cómo sucedió que mi padre y yo dejamos de ser enemigos.

13. Un orador inesperado

Antes de incorporarme al trabajo aconteció algo que en su momento pensé que era una pequeña desgracia, un hecho casual que podría haber tenido una importancia menor en mi vida, pero que creo que de alguna forma acabaría marcándola. Terminadas mis clases, y estando solo en la ciudad de Munich, mi padre regresó de improviso. Acababa de ser nombrado director del prestigioso colegio de la familia real de Wittelsbach. Había alcanzado la cumbre de su carrera. Aquellos nobles de gesto pedante cuyos culos lamiera en el pasado, y gracias a cuya amistad había ido ascendiendo en su carrera, le llamaban por fin a la sede central de su liceo y centro de mecenazgo. A partir de ahora, Gebhard no solo se codearía con ellos de forma puntual en fiestas y celebraciones, sino que, al compartir su vida diaria, podría soñar que era uno de ellos y no sencillamente el idiota de mi padre.

La obra maestra de autoengaño que era la vida del patriarca de los Himmler había llegado a su fin. Todo ello me hizo reflexionar de nuevo sobre mi propia dualidad, mitad salvaje y mitad retraída, enfrentada a la de mi padre, mitad idiota y mitad erudita. Por si esto fuera poco, resultó que durante casi dos meses compartimos casa en la ciudad. Yo estaba a punto de marcharme a iniciar una nueva vida; él estaba en pleno proceso de alcanzar el final «glorioso» de la suya. Pero, sea como fuere, y acaso en connivencia con los hados, coincidimos durante tanto tiempo entre aquellos muros que, finalmente, volvimos a dirigirnos la palabra más allá de frases de asentimiento, monosílabos y corteses saludos y despedidas, que básicamente habían sido nuestras relaciones en la última década. Yo me encontraba meditabundo y seguía reflexionando acerca de cual de mis dos diarios debía abandonar y si, de alguna forma, aquello sería espejo de la elección que tomara en la vida: la salvaje que quería acometer versus la retraída a la que estaba inclinado por carácter. Por otro lado, contemplaba a mi padre, sentado en el sillón de su ahora medio vacía biblioteca, regodeándose de haber alcanzado por fin unas dignidades que él sabía perfectamente que no merecía, pero que su otro yo había alcanzado por méritos propios a base de un trabajo agotador e incontables genuflexiones.

No debiste ponerme de segundo nombre Leopoldo, le comenté una mañana luego de que él se incorporase de aquel sillón para salir de su santuario. Casi tropezamos en el pasillo de la primera planta. Aunque poca gente lo sabe, yo no me llamo Heinrich Himmler sino Heinrich Leopoldo Himmler.

Mi padre alzó los ojos, como si de pronto hubiese reparado en mi presencia, y recordando su elección de tiempo atrás, asintió con la cabeza y dijo: Te puse el nombre de uno de los príncipes de la dinastía de Wittelsbach para congraciarme con ellos, para que fuesen tus padrinos de bautismo. Eso ya lo sabes. Pero también lo hice porque quería que siguieses mis pasos. Viendo cómo su hijo enrojecía de ira, añadió: Ya sé que no quieres convertirte en un nuevo Gebhard Himmler, y sé que quieres ser Heinrich y no Heinrich Leopoldo, que no serás maestro sino agrónomo o alguna otra

cosa que ahora no puedo ni imaginar. Pero, cuando naciste, la vida que yo llevo era la mejor vida que podía imaginar para ti, y quise dártela. No me puedes echar en cara que quisiera lo mejor para ti.

Lo peor de iniciar una conversación con ánimo de convertirla en un enfrentamiento dialéctico, es que uno puede perderla perfectamente a las primeras de cambio. No encontré la manera de socavar su razonamiento, aunque estuviera basado en melifluos sentimientos paternos, ñoñerías que no solo carecen de valor sino que intuía que a ninguno de los dos Gebhard actuales le importaban en la actualidad, tanto menos a los dos Heinrich. Así que me limité a remover la cabeza con gesto furioso: Yo puedo echarte en cara lo que me dé la gana, repliqué, y abandoné la casa, siguiendo aquel viejo axioma militar que ensalza el valor de una retirada a tiempo.

Pero más allá de las ideas, de los enfrentamientos del pasado, de nuestras diferencias y de que yo acaso secretamente las provocase, Gebhard no dejaba de ser mi padre. Los lazos de sangre, como bien dijo una vez Hitler, son más fuertes que la razón. Y lo cierto es que, aunque le odiaba, también amaba a mi progenitor. ¿Cómo no hacerlo cuando él me había dado la vida? Supongo que odiar profundamente a alguien al que también se ama es prerrogativa de la raza humana. Los animales en eso nos llevan mucha ventaja. Sea como fuere, seguimos coincidiendo por los pasillos, durante la comida y la cena, y nuestras conversaciones fueron suavizando su tono sin que apenas nos diéramos cuenta.

De pronto, comprendí que ya no estaba muerto. Hace mucho rato dije que mi padre había muerto para mí. Pues bien, fue en estos días cuando resucitó. Acepté sus miserias y luego acepté las mías. Éramos familia. Éramos los Himmler. Y eso era lo más importante.

Una tarde decidí hacer una hoguera en el patio de la casa. Prendió la llama en el mismo lugar donde años atrás mi padre quemara buena parte de su amada biblioteca. Y allí estaba yo destruyendo la práctica totalidad de la mía. No era un gesto frívolo de mera repetición, una especie de inmolación a no se sabe qué dioses del destino que, burlones, gustan de las dualidades paterno filiales y se obcecán en multiplicarlas. Nada de eso. Por un lado, se trataba de una cuestión pragmática, ya que no quería llevarme a mi nuevo trabajo aquellos libros y tampoco quería dejarlos atrás. Por otro, estaba a punto de culminar mi evolución terminando con mis dos yoes para alcanzar el siguiente bardo. Gebhard había dejado que el falso, el erudito, triunfase. Su hijo no sabía cuál debía triunfar. Pero durante aquella ceremonia esperaba hallar la respuesta.

Cuando la hoguera ardía ya a buen ritmo, mi padre se acercó caminando lentamente hasta la humarada, y tomando un volumen a medio quemar del suelo, lo levantó: El pecado contra la sangre, dijo, y luego lo arrojó a lo más profundo de las llamas. Es una de esas obras que alertan a la juventud alemana del peligro judío, ¿no es cierto? En sus palabras resonaba un deje de orgullo. Mi padre, al igual que yo, era un profundo antisemita, y creo que aquella fue una de las primeras veces que una de mis lecturas le pareció acertada. Entendió de forma natural que el que yo quemase

aquel libro no era porque lo detestara, sino precisamente porque era un libro maravilloso que me había ayudado en mi formación en la extrema derecha nacionalista alemana. Hinchando el pecho, le expliqué: Así es, padre. En él, su autor, Artur Dinter, nos advierte de las conjuras sionistas que quieren destruir nuestra amada patria. Tengo muchos libros que tratan el tema.

Pero también tenía muchos otros volúmenes y multitud de influencias, desde Goethe a Schiller. Quiero ser un hombre austero, con un profundo autocontrol, le revelé a mi padre mientras tomaba un libro de Kierkegaard y lo arrojaba a la hoguera, Pero también quiero ser un hombre sensual y apasionado. ¿Qué debo hacer, padre? Gebhard se quedó tan sorprendido de que le pidiera consejo que durante varios minutos no pudo responderme y se quedó mirando las llamas con la mandíbula colgando laxa. Finalmente me dijo: Yo solo conocido al chico que tú llamas austero y controlado. Ni siquiera tenía constancia de que otro existiese o pretendiera salir a la luz. Tal vez eso demuestra que ya tomaste una decisión y el otro es algo que debe vivir en tu interior pero no ser parte de tu vida diaria. Asentí, comprendiendo que un hombre como Gebhard solo era capaz de una interpretación elemental de los hechos. Paradójicamente, en aquel momento de mi vida, lo que necesitaba era precisamente una interpretación elemental, casi reduccionista, de aquel asunto, alguien que viese los árboles y no pudiera ver el bosque, ese maldito bosque de contradicciones que me tenía atrapado. Por eso le había pedido consejo. Es lo mismo que tú haces con el idiota que hay en ti, repliqué, Esconderlo de los demás.

Yo tenía tan asumida aquella condición que nunca la había expresado en voz alta porque pensé que era algo evidente, que caía por su propio peso. No advertí su gesto dolorido, la mueca torcida de espanto. Proseguí: Llevas tanto tiempo negando tus limitaciones de idiota, que a veces crees que solo existe el director del Instituto, el hombre culto, el latinista. Cuando uno toma la decisión de mentir y mentirse, manteniendo sobre tu propia faz largo tiempo la máscara, poco a poco te conviertes en aquello que imitas. El otro yo queda soterrado, siempre bajo la superficie, siempre presente pero a la vez siempre ausente.

Tomé entonces mi libro de cabecera, «El arte bajo el signo de la nada», el volumen maravilloso que me había abierto las puertas al verdadero conocimiento. Dudé entre lanzarlo o no al fuego, y finalmente lo abrí en una página al azar, dejando que él mismo me indicase si quería salvarse o arder con sus hermanos:

Arte es todo aquello a que los hombres llaman arte. Esta es la única definición aceptable y verificable del concepto de arte. Con todo, importa en primer lugar dejar claro que es posible hablar de, por ejemplo, una idea general de artisticidad: que no se trata de la noción de los idealistas platónicos ni de la ley trascendental de los idealistas subjetivos, sino única y simplemente de una ley de conexión de todos los variados significados con que los hombres han llenado, en una u otra ocasión, históricamente el término arte, restringiéndolo, ampliándolo, modificándolo continuamente. Tal ley es una forma activa, indeterminada y variable que abraza y liga entre sí todas las ampliaciones de sentido posibles que la experiencia histórica produce relativamente en aquello que los hombres, renovadamente, han llamado arte. Esta ley no existe (y no es imaginable) sino como algo que se elabora simultáneamente al arte.

Como mi padre me miraba sin entender (Gebhard solo entendía las abstracciones tras horas de estudio y de desmenuzar cada frase), cerré el libro, guardándolo para mí, preservándolo de las llamas que, con tanta elocuencia, había sorteado con la fuerza de aquella enseñanza. Añadí: Nosotros somos una pequeña obra de arte, padre. Llevamos tanto tiempo transformándonos y haciéndonos «artistas» del engaño, que ya no somos solo personas. Somos en esencia entidades artísticas. No lo éramos cuando comenzamos a ponernos una máscara pero como el arte en tanto que concepto es algo mudable, vivo, cambiante, en el proceso nos convertimos en obra de arte. Los griegos creían que los creadores tan solo se dedicaban a reordenar, a traer al mundo cognoscible la materia divina. Su tarea era fundamentalmente técnica, artesanal, ya que aquel soplo de artisticidad venía de Dios. Nosotros somos creador y materia creada al mismo tiempo. Eso es lo que me ha enseñado este libro. Somos hombres con la capacidad para ser dioses. Tú soñaste en convertirte en director del Instituto Real y lo has conseguido. Mi sueño es más grande, pero lo conseguiré de igual modo, porque no hay límites para alguien que es capaz de modelarse a sí mismo como en un torno de alfarero.

Mi padre era bueno memorizando frases, embarcado en esa búsqueda perpetua de conocimientos que le permitían simular ser otro, poner un velo de cultura sobre la materia burda e imbécil que había debajo. Por ello, la filosofía le resultaba abstrusa a primera vista, y pese a mi intento por hacerle entender las palabras del libro y mi conclusión posterior, parecía algo perdido. Puse una mano en su hombro y le revelé: Lo que digo es que ya no eres solo un idiota, padre, y yo ya no soy solo un niño introvertido que tiene miedo de relacionarse con los demás y necesita ser otro para sentirse realizado. A base de lecturas y experiencias hemos crecido junto a esas máscaras a las que aludía. Ya no son máscaras, somos nosotros. Y nosotros podemos ser o alcanzar a ser lo que deseamos, directores del Instituto Real o señores de la luna.

Mi padre asintió, aunque yo sabía que apenas había entendido ni siquiera la explicación sencilla. Pero pudo entrever en mi tono un pequeño atisbo de admiración hacia su persona. Había luchado tanto por alejarse de sus limitaciones que bien merecía un elogio. Durante años había sido demasiado duro con él, lo cual, ahora lo entendía, fue un grave error. Mi odio no debía dirigirse en el futuro hacia los buenos alemanes que luchaban por mejorar pese a sus limitaciones, sino a los enemigos de Alemania: a los judíos, a los socialdemócratas y a los comunistas.

Aquella noche nos fuimos a pasear juntos, acaso por primera vez desde que yo apenas levantaba un palmo del suelo. Le expliqué que me había afiliado de nuevo a los cuerpos francos, aquellos grupos paramilitares que habían asesinado a Rosa Luxemburgo y liberado nuestra ciudad de la hidra roja y judía años atrás. Le expliqué lo que había leído en obras como Raza y Nación, de Chamberlain, y la forma en que detestaba el antisemitismo callejero, no organizado y brutal. Me resultaban odiosos aquellos paramilitares descerebrados cuyo objetivo en la vida era tan solo abofetear a

un socialdemócrata, acaso darle una paliza a un comunista; en el peor de los casos, matar a alguno de ellos o violar a un par de judías vírgenes.

Los jóvenes de ultraderecha de nuestra generación no son más que pandilleros, insistí, ofendido, Incluso en los *Freikorps* abundan los brutos, no digamos entre las bandas que corren por las calles, ignorantes de la disciplina militar y de toda forma de autocontrol. Hay que desarrollar una teoría, una fórmula para destruir a la raza judía, a los subhumanos, a los rojos, a todos los que odiamos... pero de forma definitiva, a fin de exterminarlos sobre la faz de la tierra. Dar cuatro bofetadas a unos tipos barbudos que enarbolan la Torá para defenderse es una estupidez. Las cosas se hacen bien o no se hacen.

Mi padre me dio la razón (como no podía ser de otra manera) y, tan animados nos sentíamos de compartir nuestros ideales de extrema derecha que terminamos acudiendo a un mitin de uno de los nuevos partidos que habían surgido en aquellos días. Se trataba del NSDAP o Partido Nacionalsocialista de los Trabajadores Alemanes. Cuando llegamos a la plaza donde tenía lugar el mitin, estaba subido a la tarima un hombre de baja estatura pero de una voz tan poderosa y magnética que todo el auditorio le escuchaba boquiabierto. Por un momento, ni mi padre ni yo supimos de qué estaba hablando, y tampoco nos importó. La fuerza y el poder de convencimiento de aquel hombre eran tan excepcionales, que inmediatamente comprendí que solo podía tratarse de un iluminado, un elegido de los dioses, o al menos eso pensé entonces. Al cabo de un rato me di cuenta que el tema del discurso era la pobreza que asolaba el país y los inmigrantes que nos quitaban nuestros puestos de trabajo.

No podemos creer que esta desgracia que hoy los hados envían a Alemania no tenga sentido alguno, chillaba enfebrecido el orador, Es sin duda el flagelo que puede y podrá conducirnos a una nueva grandeza, a un nuevo poder y a la gloria. La Patria, por primera vez, debe cumplir con lo que los corazones de millones de nuestros compatriotas han esperado a través de los siglos y los milenios, ¡Alemania para los alemanes!

¡Alemania para los alemanes!

¿Quién es ese hombre tan extraordinario?, preguntó Gebhard a un campesino a su diestra, que aplaudía arrebatado la última frase del discurso. El campesino se volvió y dijo unas palabras que sellarían mi destino: Es el líder de nuestro partido, nuestro guía... Adolf Hitler.

No entiendo cómo un hombre puede tener la fuerza para llevar a una nación a la locura, manifiesta Jorge Luis, meneando la cabeza, Aunque en mi país, precisamente en este momento, está a punto de nacer un movimiento fascista similar. A veces temo que Perón arrastre a los argentinos a una demencia similar a la que a ustedes les arrastró ese orador magnífico; un orador que escondía a un hombre despreciable y maligno.

Jorge Luis me ha decepcionado por fin. Ya era hora.

Pensaba que era más astuto, amigo mío. ¿De verdad cree eso de Adolf? No era tan magnífico, y aún menos despreciable o maligno. Luego de hacer esta última afirmación, intento discernir el gesto de mi interlocutor en la oscuridad. Me parece intuir un respingo, no sé si por la familiaridad al llamarle amigo, por la condescendencia implícita en mis palabras o porque intuye que algo se le escapa. Volviendo la vista hacia la luna, le explico: Hitler era un hombre con muchas virtudes y, si le soy sincero, pocos defectos remarcables. Tampoco era un gran hombre. Era solo el tipo de hombre que Alemania necesitaba, que yo necesitaba para que mi plan secreto pudiera ver la luz. Entonces no podía imaginarlo, claro, pero nuestro Führer acabaría siendo una pieza más de un puzzle que iba más allá de cuanto usted pueda imaginar. Ni de lo que él jamás habría imaginado.

Supongo que no me va a explicar nada de ese plan secreto.

Si lo hiciera, dejaría de ser secreto.

Claro.

Jorge Luis me observa. Nos adentramos ambos en la pausa que se ha producido tras nuestro breve intercambio de palabras. Se ha dado cuenta por fin que yo soy el hombre clave, la pieza fundamental del nazismo. Sin mí, Hitler habría ganado o perdido la guerra mundial pero no sería recordado como un monstruo. Yo soy el que va a hacer del nazismo el emblema del mal absoluto. Yo soy quién concibió el exterminio como una forma de arte. Yo soy el maldito torturador filósofo y Hitler mi instrumento. Un magnífico, brillante, y sonoro artilugio, pero una herramienta al fin y al cabo. Yo soy Belcebú, la bestia que habita en las llamas infernales.

Eso no cambia nada, concluye por fin Jorge Luis, El nazismo sigue siendo una locura y es increíble que condujera a un pueblo como el alemán a esa misma locura. Quién dirigía la locomotora donde habitaban los demonios es lo de menos. El odio

hacia los subhumanos, cuyo rostro visible eran los judíos, es lo que lo descalifica por completo a ojos de la historia.

Y entonces me habla de un tal Cansinos, un poeta ultraísta español (de origen judío) que le enseñó el valor del pueblo hebreo. Los judíos no son un pueblo, disiento, Son una lacra, una sanguijuela que se alimenta de la sangre de las otras razas. Por eso fue tan fácil convertirlos en chivo expiatorio. No son nada y nadie los habría echado de menos si hubiésemos vencido. Si el objetivo hubiese sido vencer.

Pero Jorge replica que el nazismo una nulidad que coquetea con el absurdo, una completa estupidez, un pensamiento pequeño, local, que trata de encender las emociones básicas de los hombres con palabras como raza, sangre o nación. Mientras, el judaísmo, tal y como le enseñó Cansinos, es un pensamiento cosmopolita, una interpretación transnacional del mundo, una forma de rebeldía e inconformismo. Y finalmente Jorge me explica que él defiende la idea nación y el amor a su país, a la Argentina (él lo llama nativismo, o al menos utiliza esa palabra en el contexto), pero que ese amor tiene que estar abierto a otras culturas.

Negando con vehemencia, replico: A otras culturas tal vez, pero no a la judía, que no es una cultura, ni un país, ni un pueblo, ni siquiera una raza, porque hasta lo de la raza judía es un eufemismo. Eso que llama usted cosmopolitismo es una forma de buscar un vocablo rimbombante para defender a quienes están a todas partes porque no pertenecen a ninguna. Los judíos...

Jorge Luis golpea su pierna derecha con su cuaderno. No he venido aquí a escuchar discursos antisemitas, me advierte, enojado. Me echo a reír: Si quiere escuchar la historia de mi vida tendrá que soportar más de uno. Permítame entonces que le pida, susurra, apretando los labios con ira, Que prosiga usted con su historia. A menos que haya recordado ya lo que pasó tras su detención y esa revisión de cavidades corporales a la que querían someterle días atrás.

Mi interlocutor sabe que no lo recuerdo, sabe que no quiero hablar de ese tema y lo utiliza como un comodín siempre que nuestra conversación evoluciona hacia un punto que no es de su agrado. De momento, voy a dejar que se salga con la suya, pero ya encontraré la manera de zafarme de este asunto o, en su defecto, de buscar un punto débil en su armadura.

Y entonces le atacaré sin piedad.

Lanzándole una mirada asesina, reanudo mi relato.

14. Hijo de la Semilla Negra

La semana siguiente volvimos a encontrarnos mi padre y yo en el pasillo. Él acababa de emerger de su fantasmal biblioteca y yo, después de abandonar mi habitación de la primera planta, estaba descendiendo las escaleras. Dejaba atrás también mi propia y no menos fantasmal biblioteca, que antaño tuviera cuatro estantes y ahora contenía únicamente mi viejo volumen sobre arte, de autor desconocido. Ambos estábamos vacíos de libros y los demás condicionamientos que nos habían conducido al momento presente y, de alguna manera inexplicable, estábamos eufóricos, más felices de lo que ninguno recordaba. Gebhard porque su yo erudito, la máscara, hubiera triunfado. Heinrich porque la máscara había caído y volvía a ser el tipo ensimismado, misántropo y algo remilgado... ese que en el fondo siempre fue.

Ahora solo quedaba en pie el hombre que escribía en el diario de tapas rojas que le había regalado su padre. Justamente el tipo que tenía delante y cuya relación acababa de recuperar.

Ayer vino a preguntarme cómo estabas un viejo amigo del instituto, me informó Gebhard, Un tal George Hallgarten, que... Interrumpí la frase de mi padre con un gesto. No quiero saber nada de él, no es más que un ladrón judío, le espeté. George había sido un camarada excelente durante mucho tiempo. Luego de que yo le regalara Las Catalinarias, habíamos comenzado una relación de amistad que duró hasta la universidad. Pero yo me había vuelto un antisemita absoluto, ya no contemplaba la posibilidad de excepciones, y no quería saber nada de él ni de su familia. Mi padre estuvo de acuerdo con mi decisión: Es terrible la gentuza con la que a veces tenemos que tratar en esta vida, hijo mío.

Nos sonreímos cómplices. En aquel momento, la población de Munich, y la de toda Alemania, se había radicalizado debido al asesinato de Walther Rathenau, el ministro de exteriores de la República, un judío demócrata que había intentado hacer diversas reformas sociales hasta que un comando de extrema derecha había acabado con su asquerosa vida. Aquella victoria había exacerbado los ánimos de todos los odiábamos a los izquierdistas y éramos abiertamente intolerantes con la lacra hebrea. Y ahora, por fin, nos atrevíamos a proclamarlo en plena calle.

Recuerdo que incluso mi hermana estuvo de acuerdo con el asesinato del judío Herr Rathenau. Por carta lo comentamos y ella se alegró de que aquel traidor hubiese encontrado el final que merecía. Y es que el país estaba preparado para la llegada de Hitler. Habíamos soportado la ignominia de la derrota en la Primera Guerra Mundial (y las pesadas cargas económicas posteriores) durante demasiado tiempo. Habíamos soportado que razas inferiores, como tropas coloniales negras, vigilaran aquellos territorios del Reich que habíamos perdido en la guerra (precisamente, varios grupos de somalíes y otros africanos, todos racialmente indignos, custodiaban en nombre de Francia diversas localidades industriales en nuestro lado de la frontera). Habíamos soportado, en suma, el empobrecimiento de la patria por culpa de la crisis económica

y las gravísimas penalizaciones de guerra que estábamos pagando a los aliados. Precisamente por ello había decidido estudiar y, con mi título de agrónomo en la mano, me disponía a insertarme en el mercado laboral. Mi padre, por mucho que hubiera alcanzado el rango más elevado que podía soñar, director del Instituto Real Bávaro de la familia Wittelsbach, no podía ayudarme. La inflación había convertido el marco en una moneda tan fantasmal como nuestras bibliotecas. Gebhard ya no podía pagar mis estudios y yo, que lo sabía, ni siquiera se lo pedí. Comencé a trabajar por un sueldo miserable. La familia, poco después, volvió a reunirse Munich y yo seguí mi propio camino en el norte. Al igual que Alemania, había terminado una época para el joven Heinrich y comenzaba una nueva.

Y el punto de partida de esa nueva etapa fue el que los franceses invadieran el Ruhr. La República de Weimar que nos presidía no podía pagar las exorbitantes reparaciones de guerra. Por ellos, los aliados decidieron tomar la zona más rica de Alemania. Pretendían así animarnos a ingresar en las cuentas de sus bancos el dinero que nos exigían. Les daba igual que nos muriésemos de hambre para conseguirlo. Es fácil suponer el efecto que tuvo una acción semejante en una juventud radicalizada ya hacia la extrema derecha. Líderes como Hitler se frotaron las manos, ascendidos al primer plano de la política gracias a la torpeza de las plutocracias occidentales. Yo mismo estaba afiliado a la *Reichsflagge* o Bandera del Reich, una organización paramilitar liderada por Ernst Röhm, tan estrechamente unida a las bases del partido nacionalsocialista que Röhm, con el tiempo, sería la mano derecha de Hitler y líder de las SA, sus secciones de asalto.

Por entonces, Adolf y sus hombres se reunieron en el edificio del Circo Krone, un lugar emblemático de la ciudad y sede del circo que le daba nombre. Allí, más de cinco mil acólitos escuchamos sus famosos discursos llamados del «Hundimiento de Alemania o de su Porvenir» (*zukunft oder untergang*). Fue un éxito clamoroso. Ahora todos lo teníamos claro: o luchábamos contra las injusticias de Francia y sus aliados o estábamos condenados a ser recordados como la generación que dejó hundirse a la patria.

Más tarde hubo muchos otros discursos, que fueron ganando adeptos mientras el país se desmoronaba: la inflación seguía disparada y los alimentos de primera necesidad valían ¡cien veces!, lo que habrían costado al finalizar la Gran Guerra, cinco años antes. Hitler continuaba su ascenso al tiempo que las masas se morían de hambre. No perdía ocasión de salir en los periódicos locales a causa de sus multitudinarios mítines o por las batallas campales que sus Secciones de Asalto protagonizaban enfrentándose en plena calle con obreros y sindicalistas de izquierda.

El caldo de cultivo para un golpe militar estaba preparado. Hitler declaró disuelto el gobierno de Baviera e intentó hacerse con el poder en noviembre de 1923, en una acción que sería recordada como el golpe o Putsch de la cervecería. La asamblea que llevó a la calle a los paramilitares tuvo lugar en la cervecería Bürgerbräukeller, que dio nombre al complot.

Es bien conocido el resultado de aquel golpe y no voy a ser yo quien, ahora, repita datos innecesariamente. El gobierno mandó al ejército y una pequeña refriega se saldó con algunos heridos y unos pocos muertos. La unidad en la que yo servía como alférez, la Bandera del Reich, no llegó a entrar en combate y nos retiramos a casa cuando todo estaba ya perdido. No disparé ni un solo tiro.

Adolf Hitler fue condenado a prisión. Le acompañaron algunos hombres de su círculo más íntimo, al que, por supuesto, yo no pertenecía. Fui indultado, como la mayor parte de los hombres que habíamos formado parte del intento de golpe de estado. Pero de alguna manera, yo también sufrí pena de cárcel. Tan embebido estaba en aquella misión, tan convencido de que triunfaríamos y yo haría carrera en el partido nazi y en el nuevo ejército patriótico de Hitler... que abandoné mi trabajo como agrónomo en la empresa de fertilizantes de Schleissheim. Cuando nuestros sueños de una nueva Alemania se vinieron abajo, tuve que regresar arruinado y con el rabo entre las piernas a casa de mis padres en Munich. Nadie me hizo un reproche, en parte porque compartían mis ideas políticas, como prácticamente todo el barrio, y en parte porque me vieron tan agotado, decaído, superado por los acontecimientos, que solo se atrevieron a mostrarme su apoyo incondicional. Supongo que a eso es a lo que se refería Hitler con la sangre y la familia. Da igual cuanto te decepcionen y les decepciones, al final tu familia es tu último refugio, así como el Reich y Alemania es la familia y la verdadera seguridad, el lugar donde siempre acaban regresando todos los alemanes racialmente dignos.

Mientras Adolf, desde prisión, escribía (o más bien dictaba a Rudolf Hess) el *Mein Kampf* o *Mi Lucha*, el ensayo político y filosófico que le encumbraría todavía más como el gran líder de la derecha nacional, el pobre Heinrich Himmler, preso en la habitación del segundo piso de nuestra casa familiar de Munich, trataba de crear su propio testamento político. Lo llamé, por supuesto, «Hijo de la semilla negra». Fue un fracaso. Apenas pude escribir una veintena de cuartillas antes de desistir. De aquel trabajo baldío solo recuerdo un fragmento:

Hijo de la Semilla Negra.

Antes de explayarme en la Proterva insidia, en la amalgama de necias consideraciones que conforman nacionalidades, caracteres, idiosincrasias, costumbres, apriorismos y otras insensateces que desembocan en lo que los necios llaman sociedad, o que la sociedad convoca, pues lo mismo es; antes de todo ello hablaremos de lo primigenio, de lo único palpable y dimensionable: de la existencia través de la raza. Ya habrá tiempo de tornar agrio y sinuoso lo simple, hacer malabarismos con lo que sabemos para intentar que se nos olvide.

¿Existimos más allá de la raza? O, digámoslo más claramente, ¿cuál es nuestro nivel real de existencia como alemanes? Resulta obvio que la medianía responderá que estamos vivos, que existimos, pienso luego existo y todas esas cosas ya sabidas.

Pero yo soy un nazi en Alemania y soy alemán. Mi existencia no entiende de niveles: se existe si uno está vivo y tu raza es la germano nórdica; si no, se está muerto o se debería estar muerto.

Bien, no entraremos ahora en senderos escatológicos, no nos preguntaremos si tras la muerte se puede existir, bastante trabajo tenemos con el universo sensible para hurgar en el ultrasensible o inmaterial para acabar exhaustos, aturcidos y vacíos; dejemos que los farsantes de ultratumba se entretengan con ello. Si en el más allá hay otros mundos, ya escribiremos sobre ellos cuando, convertidos en espectros, tengamos a bien habitarlos.

Y es que, al hablar de la existencia racial, no hablamos sino de la individualidad al servicio del pueblo alemán, aquí y ahora, en este mundo.

Cuando el antropólogo estudia un grupo humano y define la norma específica, también lo hace con la excepción... y la excepción prefigura al ser extraordinario, mientras que la comunidad tipifica a la masa. La excepción es Hitler y la masa es el pueblo alemán. Uno sin el otro carece de sentido.

Antes hablábamos de la medianía, ahora de la masa y acabaremos colgando al hombre medio del cuello y enarbolando el sórdido misal de las élites. No, esto no es el fascismo, esto no es el nacionalsocialismo. El hombre excepcional y extraordinario necesita ser de una raza pura, una rareza elevada y magnífica

que lo justifique. Ese hombre culto, brillante y destacado podría ser el más vulgar de los hombres si hubiera nacido judío, eslavo o negro. Mientras, el arquetipo del fracaso, la ignorancia y la marginalidad puede ser un individuo extraordinario siempre que su sangre sea alemana de primera calidad; sea, en suma, aria y germano nórdica. En todos los lugares encontramos chusma racial, y si no somos capaces de mirar más allá, el humo cegará nuestros ojos y embotará nuestro entendimiento. Y así, para cuando la vista pueda traspasar la niebla de lo evidente, comenzaremos a divisar seres únicos que caminan erguidos por entre la masa, ignorados. Ellos son los superhombres del mañana.

Te puedes imaginar, Jorge Luis, que el resto de cuartillas eran igual de malas desde el punto de vista literario. Las ideas eran loables como loables resultaban también mis intenciones, pero me faltaba la fuerza de Hitler en *Mi Lucha*, me faltaba la convicción del verdadero escritor. Y es que solo con la voluntad de ser un buen ensayista no se consiguen los objetivos. Yo no podía transmitir, en un discurso o en un manuscrito, las ideas con la misma fuerza de un orador natural como Adolf. Aquel no era mi destino. Heinrich era un hombre de ideas incapaz de transmitir las: un maldito odre vacío.

Desanimado, dejé de escribir mi testamento político y luego abandoné mis diarios. Ambos. Al principio abandoné mi diario personal, el de tapas blancas. Lo arrojé una noche al fuego del hogar porque ya no quería ser un hombre sensual y vivir experiencias superficiales, ni acudir a más fiestas o bailar hasta la madrugada como si fuese un mono amaestrado. Quería ser un hombre de ideas y alcanzar un destino magnífico, aunque no supiera cómo. A los pocos meses, después de unas pocas entradas más en el primer diario, aquel que me regalara mi padre hacía casi un cuarto de siglo, me di cuenta que llevaba tanto tiempo mintiéndome en cada párrafo que tampoco quería ser exactamente aquel hombre que mi padre había soñado, y que, por tanto, seguir escribiendo «su» diario no tenía sentido. Así que lo dejé guardado en un cajón. Aún a día de hoy no sé por qué no lo destruí y tan solo lo olvidé. Tal vez porque esa parte de mi personalidad acabó siendo la dominante, o tal vez porque todavía seguía esperando que mi padre subiese a mi habitación a leerlo una última vez, como prometió unas Navidades que haría. Pero las promesas están para romperlas y esa es otra enseñanza que aprendí con los años. Las promesas que se cumplen nadie las recuerda.

De vuelta al mundo real, al de los hombres que son un solo (y al que ahora yo pertenecía), me esperaban nuevas preocupaciones. O, más bien, nuevos retos. Lejos del mundo de las ideas, de los estudios universitarios, los dobles en forma de diario y los *doppelgänger*, andaba algo perdido. Y como sucede a menudo con las personas que han dejado de fumar, convertidas en los más duros apóstatas del tabaco; como sucede con las mujeres y los hombres que nunca han tenido atractivo físico, y acaban convertidos en inquisidores de las aventuras de aquellos que tienen la suerte de agrandar al sexo contrario; como sucede con todos los hombres cuando alcanzamos una cierta edad y ya no tenemos fuerzas, despreciando las exhibiciones de vigor de los jóvenes; como sucede en suma con todos aquellos que hemos perdido algo o jamás lo hemos tenido, me volví un crítico feroz de aquellos que cultivaban los placeres sensuales. Yo había abandonado la idea de tener relaciones prematrimoniales con ninguna hembra, olvidado todo exceso o cualquier violación de las buenas costumbres. Por ello, en lugar de ser sensible a aquellos que habían tomado otro camino (aquel que casi fue el mío), me transformé en juez y jurado de cualquiera que se dejase sumergir en la lascivia o la individualidad. Cualquiera que soñase con ser libre.

No debes ser frívola, no debes besar a ningún hombre, no debes ser infiel de pensamiento ni de palabra ni de obra cuando tengas novio, le repetía una y otra vez a Ernestine, que siempre me había idolatrado, al menos hasta aquel instante. No eres mi padre, Heinrich, eso me decía ella siempre. Lo que me enfadaba todavía más. Padre nunca sido nuestro padre, objetaba yo, Por lo que tendré que ocupar su lugar como tu educador.

Sigues sin ser mi padre, argumentaba ella, y abandonaba la comida, la cena o el lugar donde nos hubiésemos encontrado. Un día conocerás a un chico y lo traerás a casa, le repetía, mientras la perseguía por la calle, Si yo y el resto de la familia le damos nuestra bendición, será tu novio y, con los años, tu marido. Entonces comprenderás el valor de mis enseñanzas.

Pero a mi hermana esas enseñanzas le traían sin cuidado, o bien mi insistencia y obcecación le hicieron tomar el giro más inesperado, el más enervante, la determinación que sabía que iba a dolerme en el alma.

Convertido en un parado más de una Alemania repleta de parásitos como yo, sin oficio ni beneficio, me pasaba horas obsesionado por el honor de mi hermana. Cometí el error de presionarla demasiado, y la obligué a actuar de una forma que ninguno habríamos podido prever.

Este es Paul Stolzle, mi prometido, nos anunció una noche después de entrar en la casa de improviso con un joven espigado, pálido como un muerto. Mi hermana me miraba fijamente a los ojos cuando añadió: Nos vamos a casar antes de acabar el año.

Mi última frase parece que ha hecho reflexionar a mi interlocutor. Llevaba un buen rato escribiendo su relato, ese Réquiem Alemán que le obsesiona y a causa del cual dice que ha venido a visitarme. Pero de pronto su mano se ha detenido. Llevo tanto tiempo hablando a una sombra que comienzo a advertir matices a sus rasgos imaginados, y algunos movimientos puedo reconocerlos, hasta el punto que los asocio a una mueca que en realidad no veo, que solo presiento. Al final, construimos la realidad en base a intuiciones. Los hombres tanto como los escritores.

Mi madre también vigilaba y vigila aún mis relaciones afectivas, me confiesa, Ella asume el rol que observo que usted tenía en su familia, Herr Himmler. Leonor dicta las normas, pone los límites, establece qué es la decencia y cuáles las buenas costumbres. Eso hace mi labor de hijo más fácil, pues me libera de tomar decisiones en el mundo real, que habitualmente poco me importa. Pero al mismo tiempo limita mis decisiones, mis deseos, cuando, por alguna razón, quiero tomarlas o quiero verlos cumplidos.

Ignoro la razón por la que, Jorge Luis, hasta ahora tan reservado acerca de los detalles significativos de su vida, ha comenzado a hacerme confesiones de este tipo. No me parece un acto casual. No es el tipo de hombre al que la convivencia entre las cuatro paredes de mi celda le haga bajar la guardia. Tampoco creo que sea un intento burdo de acelerar mis confesiones proclamando las propias. Él no quiere ser mi amigo, ni mi confidente, y a estas alturas no creo ni siquiera que sea (como antes pretendía) una tabula rasa, un papel en blanco de un diario de tapas rojas y blancas. Es un hombre que ha venido a aprender de mi relato, a construirse una imagen mental del Tercer Reich con fragmentos de mi biografía. Si la suya sale a colación es que porque necesita complementar lo que acaba de oír con sus propias emociones, como si entendiéndose a sí mismo me entendiera mejor a mí. De cualquier forma, prefiero estas revelaciones inesperadas y no demandadas al enfrentamiento sobre el nazismo y los judíos que tuvimos hace un rato. No quiero discutir con Jorge Luis. Es lo que hago con cada uno de esos hebreos que entran en mi celda a echarme en cara el genocidio de su pueblo. Estoy cansado de hacer el papel de monstruo, por mucho que lo sea. Ser un hombre de vez en cuando es una liberación.

No es fácil defender los valores tradicionales en el seno del hogar, manifiesto, después de dar vueltas en mi cabeza al siguiente movimiento de esa partida de

ajedrez que es nuestra conversación-relato-biografía, Pero es algo que debe hacerse, Jorge Luis. Supongo que mi madre le daría la razón, replica mi interlocutor, Especialmente en las circunstancias actuales. ¿A qué circunstancias se refiere?, inquiero, súbitamente interesado.

Jorge Luis tamborilea con los dedos en su cuaderno antes de replicar: A ninguna, a ninguna... Pero me pregunto, Herr Himmler, cómo terminó la relación de su hermana, si consiguió casarse con ese muchacho. ¿Usted qué cree?, pregunto, sin poder disimular una sonrisa. Pero Jorge Luis no ríe cuando dice: Creo que el Heinrich Himmler que comienzo a conocer no iba a permitirlo bajo ninguna circunstancia. Cuando usted cree estar en posesión de la verdad, no tolera ninguna forma de rebeldía. A menos que el muchacho fuese un nazi modélico de la cabeza a los pies. Y aún así, dado que Ernestine no había pedido permiso a la familia...

Jorge Luis menea la cabeza, dando a entender que las opciones de aquella relación eran muy pocas.

Y tiene razón.

Esa es la palabra clave, Jorge Luis, convengo, La rebeldía, el individualismo; esa creencia estúpida de muchos izquierdistas, y que infecta al resto de mayorías, que postula que los hombres son libres. Ese era el cáncer de la Alemania de entonces y lo que yo más odiaba. Por eso tenía que actuar, obligar a mi hermana a alejarse de esa cultura de izquierdas que comenzaba a infectar al pueblo gracias a la república. El respeto y la familia, la pertenencia a un grupo, a una raza, a un pueblo racialmente superior y con reglas inviolables para preservar su pureza, eso era lo importante.

15. Respeto y familia

Y es que, decidida mi personalidad, quemados mis libros como una forma de exorcismo personal, la cultura (cualquier forma de cultura) había dejado de ser importante para mí. Había moldeado mi carácter como una obra de arte y desprendido cualquier atisbo de erudición del pasado. A través de la agronomía había tomado contacto con la tierra y en adelante iba a concentrarme en la política, en los problemas morales, sociales, de infestación de izquierdistas y de judíos que nos asediaban. El pueblo alemán había perdido su rumbo y la rebeldía de mi hermana era el ejemplo vivo del cáncer que corroía a nuestra raza.

En este año de 1945, y rememorando aquella discusión con Ernestine desde la perspectiva del tiempo, comprendo que tal vez fui demasiado duro. Mi hermana, aunque compartía conmigo y con mis padres el mismo pensamiento de derechas y tradicional de la buena gente de Alemania, estaba en plena adolescencia. Comprendía que los tiempos estaban cambiando pero al mismo tiempo ansiaba rebelarse. La época del libertinaje en las ciudades alemanas, sobre todo las grandes urbes como Munich y Berlín, era parte de los felices años veinte, de las fiestas con drogas y charleston. En el nuevo orden que se cernía sobre nosotros, el que encabezaba Adolf Hitler, la mujer aria volvería sus orígenes: al hogar y al cuidado de los niños. Por mucho que compartiéramos ideas y sentimientos, mi hermana Ernestine percibía el advenimiento del nazismo como una pérdida de libertad personal. No podía ser de otra manera.

Ese hombre no te conviene, la regañé, refiriéndome a aquel novio suyo que había aparecido de la nada, No le he visto nunca en los desfiles militares, ni formando parte de la Bandera del Reich, ni en ningún otro grupo de los que apoyaron el alzamiento de Hitler. No está afiliado a ningún partido patriótico y corren rumores de que es socialista. En el barrio todos nos conocíamos y Paul tenía fama de hombre débil, culto, poco aficionado a las actividades militares. Bajando la voz, añadí: Incluso podría ser judío.

Mi hermana se echó a reír. Ya por entonces una de las máximas contradicciones del pensamiento de ultraderecha era la cuestión judía. Hitler defendía una visión racial del mundo en la que los arios tendríamos un lugar preponderante. Mucha gente confunde términos y en esta visión racial cree que estaba incluida una visión cultural o lingüística. Ni a Hitler ni a mí nos importaba en absoluto que un hombre hablase alemán y tuviese una cultura exquisita y vastos conocimientos de nuestros clásicos. Si su sangre estaba corrompida por el veneno eslavo o por alguna subraza inadecuada, poco importaba que hubiese nacido en una ciudad alemana y se hubiese criado en nuestras costumbres. Por otro lado, noruegos, suecos y anglosajones, aunque no hablaban nuestra lengua, eran racialmente puros, germano nórdicos arios, por lo que eran hermanos nuestros y futuros habitantes del Reich que queríamos construir.

Pero nuestra visión racial del mundo cojeaba en el asunto de los judíos. Porque aunque eran el punto esencial desde el que vehiculábamos nuestro odio y espíritu de

revancha, el caso es que los judíos no son una raza. De ello soy plenamente consciente aunque en muchas ocasiones, en discursos y escritos, haya hablado de la raza judía. Es un eufemismo, una metáfora si queréis. Sé bien, y el propio Adolf también lo sabía, que el judaísmo es una profesión de fe, una religión. Pero es más que eso, es un cáncer que corroe el planeta tierra o, al menos, eso decíamos creer y explicábamos a la población. De cualquier forma, realidad o chivo expiatorio, el tema judío era troncal en la filosofía nazi. El que no fueran realmente una raza, nunca fue un problema. Si alguien nos caía mal siempre se le podía acusar de amigos de los hebreos y entonces toda su sangre aría dejaba de tener valor. Ese, para mí, siempre fue el elemento más importante de la cuestión judía.

Teníamos a alguien a quién odiar, señalar y anatemizar. ¿Puede haber algo más poderoso que eso?

Paul no es judío, dijo entonces mi hermana, interrumpiendo o acaso acotando mi línea de razonamiento, Su familia es alemana de la vieja estirpe, y he visto un árbol genealógico que se remonta a varios siglos atrás. Además, le amo, y no me vas hacer cambiar de opinión ni me vas imponer como marido a uno de tus amigos de la Bandera del Reich.

Me quedé boquiabierto, porque lo cierto es que durante aquellos días había estado dándole vueltas a esa idea. Quería proponer a alguno de mis camaradas que cortejase a mi hermana, a alguien de la mejor sangre. Y pensaba que estaba en mi derecho de auspiciar aquella unión. Tal vez por ello, Ernestine, intuyendo lo que me rondaba por la cabeza, actuaba de aquella forma. Pero daba igual. Yo no podía permitirlo, y discutimos durante más de una hora mientras Paul aguardaba pálido en la entrada del salón, mi padre leía en latín las campañas de César en las Galias (uno de los pocos volúmenes que había rescatado de su biblioteca) y mi madre hacía punto con gesto ausente.

Debes aceptar el nuevo orden que se avecina, hermana mía, le espeté en un momento dado, cerrando los puños, No debes resistirte.

Como si hubiese de pronto tenido una idea maravillosa, me dirigí al jardín y comencé a encender una fogata. Unos segundos después vi a mi lado a Ernestine, que me miraba sin entender. ¿Qué demonios haces? Tragué aire y le dije, emocionado: Estoy preparando una hoguera para tus libros. Pero yo no quiero quemar mis libros, repuso ella, Llevo años llenando aquella libreta que comenzamos en nuestra infancia y ya voy por el número 970. Los he ido guardando y atesorando y son una parte importante de mí, de la mujer que soy. No entiendo por qué padre y tú habéis quemado vuestros libros y lo encuentro una soberana estupidez. Yo no lo haré.

Puse una mano en el hombro de Ernestine con gesto de superioridad: Es un proceso de purificación, querida Ernestine. Cuando lo hagas lo entenderás.

Pero mi hermana no lo entendió porque se negó a quemar sus libros, y me abofeteó y me arañó el rostro cuando cogí un puñado de volúmenes y traté de sacarlos de una estantería de su habitación. La discusión subió de tono. Mi mejilla

derecha sangraba y la acusé de no tener respeto por su hermano. Tú no me tienes respeto a mí, objetó ella, y la discusión se reanudó en peores términos. Finalmente, Ernestine se marchó de su propia habitación dando un portazo y advirtiéndome que si quemaba sus libros, ella quemaría mis uniformes de la Bandera del Reich. La conocía lo bastante como para saber que era perfectamente capaz, así que salí de aquel cuarto con paso calmo. No quedaba nadie en la casa aparte de mí mismo. Bueno, estaban mis padres, todavía leyendo y cosiendo, como siempre en su mundo. Paul y Ernestine se habían marchado y la hoguera comenzaba a apagarse en el jardín.

Me senté delante de unas llamas cada vez más bajas con mi único libro superviviente entre las manos. Sentía que aquel proceso de purificación no tendría sentido si no quemaba algo de valor. Y aquel era el único libro que me faltaba: «El arte bajo el signo de la nada». Mientras buceaba en sus páginas, releendo un párrafo sobre la casualidad-contingencia Hegeliana, apenas escuché a mi madre andando por el jardín hasta ponerse mi altura.

Yo no soy una persona leída como tu padre y como tú, ni falta que me hace, comenzó mi madre. Me sobresalté, descubriéndola a mi lado, sentada en la hierba. Iba a decir algo pero callé porque intuí que no había terminado: No soy una persona leída, hijo mío, pero entiendo que estáis haciendo una revolución para mejorar Alemania y sacarla de la pobreza, moral, económica y espiritual. Todo eso y más os he oído decir, signifique lo que signifique. Pero ni esos malditos bolcheviques en Rusia han conseguido convencer a todo el mundo. Me parece a mí que las revoluciones, por muy victoriosas que sean, no pueden imponerse persona a persona. Tal vez sí país a país, pero cada individuo debe ser convencido, no obligado a convencerse. Deja que tu hermana poco a poco entienda lo que tu Adolf quiere construir, que sus ideas y sus mejoras para nuestro pueblo son lo mejor también para ella. Si la obligas... La perderás.

Asentí con la cabeza pero no respondí. Una parte de mi divagaba. Acababa de releer aquel fragmento del libro que hablaba de una vida de prueba, de lo maravilloso que sería poseer una existencia previa o vivir una parte de ella, pongamos hasta los treinta años, experimentando y aprendiendo para comenzar con la verdadera vida más tarde, convertido ya en un artista rebosante de experiencias y de historias que contar. Como sabes, Jorge Luis, el tema de la doble vida dentro o fuera de uno mismo, siempre me había fascinado. Aquel concepto se fundió en mi mente con la verdad sencilla que había expresado mi madre. El nazismo debía seducir y no obligar, sí, y al mismo tiempo resultaría maravilloso tener una existencia de prueba, una especie de ensayo y error de la propia existencia antes de comenzar nuestro verdadero camino. En mi mente de pronto surgió un plan, una idea maravillosa que me llenó de felicidad. Por fin, tenía un objetivo en la vida, por fin sabía lo que quería hacer dentro del partido nazi, dentro de la derecha alemana: Un plan secreto dentro del plan general de Adolf Hitler. El sueño de los nazis sería mi campo de ensayos, y si fracasábamos no importaba, porque aún me restaría el plan original, mi plan personal

a prueba de errores porque comenzaría con la caída del nazismo. Solo tenía que pergeñarlo, que poner las bases de mi objetivo real en esta vida.

Pero ahora sabía que ese objetivo existía. Era algo posible. Algo por lo que vivir. Me alcé como movido por un resorte y besé en la frente a mi madre. Gracias, Ana, eres una mujer sabia, le dije, tras acariciar largamente sus cabellos. Ella sonrió mientras contemplaba cómo yo arrojaba mi último libro a las moribundas llamas.

No sonrió tanto, por supuesto, cuando Ernestine regreso llorando a casa una noche de primavera, muy poco tiempo después. Paul le había sido infiel con una de esas chicas ligeras de cascos, de ideas izquierdistas, durante un baile de máscaras. A lo que pude entender, Ernestine se marchó pronto a casa por culpa un dolor de cabeza y en la fiesta se quedó Paul bailando con una amiga, ambos disfrazados con máscaras venecianas, ella de Moretta y él del Dottore Peste. La noche se hizo larga y parece que, cuando terminó, lo único que aún llevaban puesto era la máscara.

Yo podría haber sido duro con mi hermana, irónico en la victoria, y haberle espetado un «Te lo dije». Pero en lugar de eso me mostré comprensivo y, durante la cena, mientras ella lloraba, me dediqué a sorber mi sopa y hablar de banalidades como el resto de la familia. Al final de la velada, y cuando iba abandonar la mesa, sencillamente dije: Ahora que ya no estás con Paul, quiero que sepas que puedes contar conmigo para lo que necesites. Me pareció un gesto adulto, un guiño magnánimo en la victoria. Pero Ernestine repuso, sin dejar de llorar: No voy a dejar a Paul. Le he perdonado. Estoy enfadada, sí. Pero voy a darle una segunda oportunidad.

Porque todo aquel asunto no terminó ahí...

Ojalá yo tuviera el valor de su hermana, dice Jorge Luis, interrumpiéndome por primera vez en medio de una frase. Y luego añade: Bueno, no es solo valor, es que no sé si sería capaz de planteármelo a día de hoy, tal y como están estructuradas las relaciones familiares en mi casa.

Luego de una corta pausa me explica que está saliendo con una muchacha que se llama Estela. Bueno, salimos y no salimos, delimita Jorge Luis, bajando la cabeza, Somos amigos que hablamos de ser algo más. Pero ella es joven, tal vez demasiado joven para mí, a juicio de mi madre. Y Estela, por su parte, me temo que no aceptará mi proposición de matrimonio mientras yo tenga que pedir permiso a Leonor para todo.

Su madre se limita a proteger el honor de su familia, le explico a mi interlocutor, Tiene que ser capaz de aceptar sus consejos. Le debe obediencia. Pero mi interlocutor arguye: Tengo cuarenta y cinco años.

Pero ni siquiera Jorge Luis encuentra racionales sus excusas. No creo que el honor de la familia y la edad de uno de sus miembros sean enunciados excluyentes y no puedan formar parte de una misma proposición. Y seguro que la señora Leonor piensa lo mismo. Pero no es necesario que haga saber a mi interlocutor lo endeble de sus excusas. Si con su edad no ha sido capaz de imponerse a su madre, y es ella quién sigue dictando las normas esenciales de conducta y decoro, entonces ya debe saber que está librando una batalla perdida. Me paso la mano por la cara. Me duele el mismo diente de antes, tanto que casi me arde por dentro. Al tocar mi rostro descubro que mis mejillas han pasado de estar entumecidas a parecer duras como una piedra. ¿Estaré sufriendo algún raro trastorno de la piel? Por alguna causa, como con lo sucedido el día de mi detención, no quiero pensar en ello. Es como si todo, mi traslado como preso a Lüneburg, el intento de inspección de cavidades corporales, mi presencia en este calabozo, mi dolor de muelas, el endurecimiento de mi rostro, la cola interminable de judíos acusadores, hasta la presencia de Jorge Luis... como si todo eso, decía, fuera una misma cosa, una visión fragmentaria de un todo unitario que, a menos que reúna el valor para mirarlo en su conjunto, no alcanzaré a comprender.

Y aún no estoy dispuesto a contemplarlo. No he encontrado aún ese valor que necesito.

Así que regreso al momento exacto donde fui interrumpido, cuando mi hermana decidió seguir con su prometido, contra viento y marea, y sobre todo, en contra de mi consejo.

16. Nace el plan secreto

Como iba diciendo, todo aquel asunto de Ernestine, Paul y su compromiso matrimonial, no terminó ahí. Ni mucho menos. Un mes después, mi hermana comenzó a sospechar que su prometido la engañaba de nuevo, esta vez con una compañera de estudios en Weilheim, su ciudad natal. Paul llevaba un tiempo con su familia y, aprovechando la distancia de 40 kilómetros que separaba Munich de aquella localidad, Ernestine sospechaba que llevaba una doble vida y que tenía por tanto dos novias: una para cada existencia. Acaso porque intuía que yo era un experto en dobles vidas, en múltiples existencias e interpretaciones de los propios actos, o acaso porque comenzaba a darse cuenta de que su sitio como mujer alemana era estar bajo la protección de un hombre fuerte y racialmente digno, sea por lo que fuere, mi hermana me pidió ayuda y su gesto desafiante se tornó de pronto súplica.

Podrías reunirte con Paul y arreglar este asunto, me rogó, Quiero al menos saber la verdad. Si me engaña quiero que lo reconozca y rompamos nuestro compromiso. Si no lo hace, quiero que te explique el porqué de sus idas y venidas, de la forma oculta en la que mantiene su relación con algunas de sus amistades femeninas.

Yo, por mi parte, resolví hacerme cargo del asunto, pero como en aquel tiempo estaba sumido en diferentes preocupaciones de índole político, en lugar de viajar a Weilheim resolví escribirle. Durante varias semanas nos intercambiamos diversas epístolas. El novio de mi hermana reconoció una segunda infidelidad y me pidió perdón.

Yo le escribí: Sé que lleva usted mucho tiempo temiendo mi reprimenda, la justa y severa admonición de un camarada racial que conoce bien cuál es nuestro sitio como caballeros arios en esta sociedad. Un hombre digno y de sangre pura germánica debe mantener fidelidad a sus votos y eludir la frivolidad y el libertinaje. Debe usted aprender a reprimirse y encauzar la unión con Ernestine y vuestra promesa de matrimonio hacia una vida en común. Esa unión asegurará la reproducción de hermosos niños arios que asegurarán a su vez la salud de la patria y del pueblo. Yo mismo sufría en el pasado los duros embates y deseos de la carne, pero aprendí a dominarlos. Ahora que formo parte de vuestra promesa de amor (en tanto ambos me habéis hecho partícipe de vuestra relación y vuestros problemas), me veo en la obligación de advertiros que en el futuro vigilaré que esta relación sea todo lo perfecta que mi hermana merece. Cuidaré en el futuro que usted sea capaz de dominar esos impulsos como yo lo hice. De no ser así, me encargaré personalmente de que el compromiso se rompa.

Tal vez fui demasiado duro en esta misiva, tal vez no lo suficiente. En cualquier caso, en lugar de convencer a Paul de que debía aceptar mi tutela en su relación, ello le decidió a terminarla. No puedo decir que me apenase cuando recibí la siguiente contestación, en la que me hablaba de tú en lugar de usted, como si fuéramos viejos amigos, hasta tal punto era aquel hombre un rojo sin la más mínima educación: Es

cierto que he sido infiel, al menos de pensamiento, en mi relación con tu hermana. Pero no es menos cierto que el conocer a vuestra familia es algo que me ha impulsado, acaso inconscientemente, a buscar alternativas a mi relación con Ernestine. Su actitud absolutamente débil hacia ti, su sumisión, por mucho que en alguna ocasión intentara sobreponerse a ella con escenas infantiles y pataletas, me resulta inaceptable. Los sentimientos que albergaba hacia ella se han deteriorado y ya no creo posible que puedan recuperarse. Además, la idea de tenerte a ti, querido Heinrich, como cuñado me resulta insoportable. Por todo ello te pediría que informases a Ernestine que doy por terminado nuestro compromiso. Quiero que le transmitas que durante el resto de mi vida tendré un buen recuerdo y opinión de ella, a pesar de su familia.

En las siguientes semanas quedó claro otro aspecto de mi personalidad. La obsesión por tener la última palabra en cualquier enfrentamiento. Más allá de que la relación hubiese terminado y que nos estuviéramos devolviendo ya los regalos de compromiso, me indignaban la forma altanera en que Paul me había escrito, tuteándome incluso como ya he explicado, y el que ni siquiera se hubiera dignado a escribir directamente a Ernestine. Contraté a un investigador que hizo diversas pesquisas en torno a diferentes asuntos de la familia Stolzle y, después de encontrar diversos trapos sucios, escribí una nueva carta, esta vez a sus padres. En ella les indicaba que si alguna vez volvía a saber de su familia, o escuchaba algún rumor sobre Ernestine que partiera de Weilheim o su entorno, saldrían a la luz aquellos trapos sucios y otros muchos que seguro encontraría si rascaba la superficie de su indignidad racial y su amoralidad socialista.

No supimos más de Paul ni de los Stolzle, por supuesto. Al poco mi hermana conoció a un buen muchacho ario con el que se casó y yo me sentí muy satisfecho. No solo porque Ernestine hubiese vuelto al buen camino, sino porque de nuevo podía dedicarme de pleno a mis actividades políticas en el seno de la ultraderecha y el partido nazi, las sociedades secretas, la hermandad Thule y el resto de asociaciones que frecuentaba. Comencé a confeccionar discursos sobre temas éticos y raciales esperando que un día me fueran útiles. Y es que yo seguía en paro y mi única preocupación era la política. Ni siquiera mi padre, con sus muchos contactos, había podido conseguirme un empleo, tan profunda era la crisis de Alemania en aquel momento. Por todo ello pasé las siguientes semanas embebido en discusiones de bar con amigos de la Bandera del Reich, mientras Hitler acaparaba todas las portadas de los periódicos y nuestras conversaciones de sobremesa, debido al juicio que se estaba celebrando por su rebeldía e intento de golpe de Estado.

Fueron semanas, aunque parezca mentira, que recuerdo como fructíferas, incluso decisivas para mi futuro. Durante un tiempo había albergado la idea de marchar fuera de Alemania a buscar trabajo; había dado clases de español y de ruso, pues aquellas lejanas tierras, al oeste y al este, eran las que más estaban de moda para los emigrantes alemanes. Pero cuando llegaba la hora y la oportunidad de dejar mi patria,

no me sentía capaz y volvía embarcarme en la elaboración de discursos y en los consabidos debates políticos con mis amigos paramilitares. El juicio de Hitler fue un éxito para nuestra causa, porque hasta los jueces le mostraron simpatía. Mientras, los periódicos, el pueblo entero, deseaba que los magistrados se mostrasen indulgentes. Adolf se estaba convirtiendo en un líder no solo de nuestra pequeña patria bávara sino de toda Alemania. Finalmente, la sentencia fue la que todos deseábamos y la condena la mínima, apenas cinco años de los que no cumpliría Hitler más que dos.

Recuerdo que salimos a celebrar la pequeña gran victoria que significaba aquella escasa condena de los líderes nazis del Putsch de la Cervecería. Nos sentíamos felices de seguir formando parte del NSDAP, aunque fuese de forma clandestina, ya que temporalmente el partido nacionalsocialista había sido prohibido en la república alemana. Una mañana, incluso, fui a visitar a prisión a Ernst Röhm, uno de los principales colaboradores del Führer (aquella palabra, Führer o guía de la patria, comenzó a usarse por entonces, hacia el 1924 o el 1925). Yo le debía mucho a Röhm, que me había reclutado años atrás para la Bandera del Reich y había sido el primer nazi en confiar en mí. Pero no voy a perder demasiado tiempo hablando de este hombre. Aunque era un patriota a su manera, también era un homosexual y con el tiempo se convirtió en un escollo para nuestra causa. Yo mismo conspiré para asesinarle, a él y a muchos de sus seguidores de las Secciones de Asalto, en la noche de los cuchillos largos. Solo diré que en aquella ocasión en que fui a visitarle, hablamos amigablemente y comimos naranjas del huerto de mis padres, que yo le había traído como presente. Están muy ricas, me confesó, mientras masticaba un gajo y sacaba un palillo para limpiarse un pequeño fragmento que le había quedado entre los dientes. Ese es el recuerdo que quiero tener de Ernst, no el de un homosexual traidor muriendo desangrado en una celda, sino el de un tipo campechano comiendo naranjas. Y es que a veces es necesario hacer sacrificios por el bien de la patria. El de Röhm y sus Secciones de Asalto solo fue uno de tantos.

Por aquel tiempo publiqué mi primer discurso en el Rottenburger Anzeiger, una gacetilla que se distribuía por la comarca y en el que ponía de relieve mi ideario racial, inspirado por supuesto en las ideas de Hitler y de los geógrafos raciales como Haushofer. Al mismo tiempo, comencé mis estudios espiritistas o, más exactamente, me inicié en la lectura de diversos libros que trataban sobre el contacto con los espíritus. Los temas esotéricos siempre me han fascinado y a menudo pienso que, tras mi muerte, mi espíritu se aparecerá a los hombres, no sé si para servirles de guía o para que estos puedan consultarme. No es posible que todos los conocimientos y sabiduría que, con el tiempo, he ido acumulando se queden en nada. Porque la sabiduría no está solo en los libros, y por mucho que yo me haya valido de ellos para formarme, el conocimiento verdadero está en la cultura popular, en la sangre, en la noción de la raza que con el tiempo descubrí que anidaba en mi interior, justificando mi existencia.

Un hombre con el espíritu adecuado, con esa alma inmortal que trasciende la

propia vida, es reconocido como un ente único por la propia existencia y esta le brinda las mayores oportunidades. Así me sucedía mí, que acaso habría seguido, de no haber sido Heinrich Himmler, toda mi vida escribiendo artículos en gacetas de provincias, como le sucedió a muchos otros camaradas. Y seguiría siendo un pobre parado, sin oficio ni beneficio y únicamente guiado por el deseo de progresar en el partido nazi. Pero ese no era mi destino y el golpe de suerte que yo merecía me alcanzó cuando conocí a los hermanos Otto y Gregor Strasser. Por aquel tiempo, los Strasser eran las figuras más relevantes de la incipiente derecha alemana. En los años de los que estoy hablando, a mediados de la década de los veinte, el liderazgo de Hitler no era incontestable. Es más, era solo uno de varios líderes dominantes en un espectro de partidos ultraderechistas. Los Strasser eran casi tan poderosos y, especialmente en el norte de Alemania, infinitamente más respetados. Pero el Führer era el verdadero hombre fuerte para muchos de nosotros, y con el paso de los años iría ahogando a las corrientes críticas hasta hacerlas desaparecer. Por suerte, aquel momento aún no había llegado y de la mano de los Strasser pude ascender en el seno del nazismo. Convertido en uno de los hombres de confianza de Gregor, el mayor de los hermanos, se me encargó que vigilase la unión del partido de los Strasser con el partido nacionalsocialista (de nuevo legalizado) que había refundado Hitler al salir de prisión.

Hubo muchos roces y enfrentamientos entre las diferentes facciones del partido nazi pero nos unía un futuro y un sueño en común, el de la renovación de la patria, y finalmente las diferencias quedaron atrás.

Una mañana, Gregor Strasser me llamó a su despacho. Lo recuerdo como un hombre entrado en kilos y de aspecto serio, siempre malhumorado. Todos sabían que yo era, aparte de su secretario personal, el favorito del gran Gregor, y algunos me llamaban incluso Strasser el joven, o el pequeño Strasser, en una burla que yo no terminé de entender jamás. En aquel momento, Gregor era director de propaganda del partido o Reichspropagandaleiter y yo acababa de ser ascendido a subdirector de propaganda. Precisamente nos estábamos trasladando de la sede de Landshut a la central de Munich, y en su despacho había todavía estanterías a medio montar y cajas sin abrir.

Va a venir de visita en una gira de conferencias el camarada Goebbels, me informó el gran Gregor, mientras me ofrecía uno de sus cigarros. Yo sonreí satisfecho, porque Goebbels era uno de los mejores oradores del partido y estaba deseando poder oírle por fin en directo. Antes de que pudiera decir nada al respecto, Strasser añadió: Quiero que le acompañes en su gira de conferencias. Estoy seguro que te servirá de formación.

Muchas gracias, camarada, grité, entrechocando mis talones. Aquella era una de las razones por las que yo le gustaba Strasser. Era un hombre autoritario al que no le gustaba que nadie le contradijese. Yo me limitaba a obedecer y a entrechocar fuertemente los talones, porque había aprendido de mi padre que a veces hay que

lamer el culo de los poderosos. En aquel momento, el culo de Strasser era el mejor que tenía a mi disposición, al menos a corto plazo. De todas formas, al menos en aquella ocasión, estaba plenamente de acuerdo con mi jefe, y pensaba que, con toda seguridad, Goebbels me sería de gran ayuda. Seguía dándoles vueltas en mi cabeza al plan que había comenzado a diseñar para el futuro del Reich, un plan secreto que nunca jamás revelaría nadie pero en el que a día de hoy aún sigo trabajando.

Y la primera piedra de mi plan sería precisamente Goebbels, el hombre que me ayudaría a conducir la propaganda de en nuestro partido a un nivel superior, la mayor herramienta para nuestra victoria en el porvenir que se avecinaba. El vértice de mi plan secreto.

Mis referencias al plan secreto, ese que ha dirigido mi vida desde su planteamiento, siguen suspendidas en el aire, como si en torno a mi calabozo, sobre la cabeza de Jorge Luis, e incluso de la mía propia, planease un ave ominosa e invisible cuyo graznido es capaz de conminar al silencio. Y es que el silencio, ese viejo amigo al que desde niño vengo alimentando, aún en esta noche de palabras sin fin y confesiones, reina en este instante en el juego de miradas que nos lanzamos los dos protagonistas de esta partida. Un ajedrez sin fin venimos construyendo desde hace más de siete horas.

Jorge Luis sabe que no voy a explicarle en qué se fundamenta mi plan secreto (ya me lo preguntó hace un rato y se encontró una negativa tajante que, por otro lado, ya esperaba). Así que, incorporado del lecho, mostrándome la mitad de su rostro, aguarda el siguiente movimiento en el tablero.

Yo, por mi parte, tengo el rey en la mano, también la reina y hasta un alfil descolorido, todos imaginarios, todos igualmente mortales. El siguiente movimiento puede cambiarlo todo. Podría gritar «¡jaque!» y mostrar mi estrategia. Pero eso sería dar ventaja a mi rival, que espera un movimiento decisivo (en tanto que revelador) para terminar de construir su propia estrategia. Todo el tiempo que mi plan secreto siga oculto, mi propia posición sobre ese tablero imaginario será más fuerte. Así que finalmente cojo un peón y le hago avanzar una casilla hacia una zona donde aún no ha habido movimientos. Aquella jugada nada cuenta para el resultado final de esta partida de ajedrez dialéctico inmaterial. Me limito a murmurar: Pensé que estaría interesado en los inicios del partido nazi. Que tendría preguntas, dudas, acaso alguna invectiva punzante de las tuyas para descalificarnos.

Jorge Luis niega con la cabeza mientras me responde: En absoluto. Me interesa más la degeneración de la hidra nazi que sus titubeantes inicios llenos de violencia, discursos de cervecería y bravatas. Son otras las preguntas que querría hacer. ¿Y por qué no las hace?, le animo. No es el momento, reconoce, No aún.

Él también sabe que el que mueva primero sus piezas más poderosas perderá el factor sorpresa. Así funciona nuestro tablero secreto que esconde planes secretos. Jorge Luis echa a andar por la habitación, con las manos cruzadas a la espalda. ¿Qué pasó entonces?, inquiera, sin dejar de dar vueltas, como un gato enjaulado.

Pasó algo que seguramente le interesará. Algo inesperado que cambió mi vida.

Hablo del verdadero amor, le explico, intentando advertir una reacción en mi rival, al que solo veo encogerse levemente mientras camina. Y cuando lo conocí, añado, Descubrí que cuando uno toma grandes decisiones, como la de llevar a cabo mi plan, los hados nos recompensan con grandes regalos. Porque la vida premia a los que se deciden, no a los cobardes que se esconden tras las faldas de su mamá.

Es un golpe bajo que hace que mi rival se pare en seco. Jorge Luis me ha atacado varias veces con el asunto de mi detención, haciéndome recordar un momento que me resulta vergonzoso (y otras muchas cosas que no me atrevo a revelar). Yo he acabado por comprender que mi rival es poderoso en las abstracciones, hábil en desmontar mis ideas y mis razonamientos, pero le faltan habilidades sociales, sobre todo en las cuestiones amorosas y en su relación con su madre. Sé que en este momento de su vida le preocupa tanto una cosa como la otra. Así que, después de encontrar su punto débil, he hincado la daga.

Además, así evito el asunto de mi plan secreto.

¿El amor, dice, Herr Himmler?, masculla Jorge Luis, con la voz entrecortada, Hábleme del amor. Seguro que tengo mucho que aprender de ese tema de un hombre como usted.

Vaya, una respuesta débil y titubeante, me jacto, Si esperaba hacerme daño con ese sarcasmo infantil, ha hecho un movimiento en falso.

Con una gran sonrisa de triunfo iluminándome el rostro, avanzo otra casilla mi peón, pero esta vez de forma oblicua, tanto como mis palabras, y me como uno de los suyos. Jorge Luis está en una posición débil en el tablero por primera vez desde que empezó a mover las piezas. Ya puedo seguir con mi historia. La partida sigue su curso.

Es curioso cómo puede cambiar la vida del hombre en apenas unos meses..., comienzo a decir, pero como veo que mi interlocutor está distraído, carraspeo, hasta que le veo volver la cabeza y sentarse de nuevo en el lecho.

17. Marga cambia el rumbo de mi vida

Es curioso cómo puede cambiar la vida de cualquier hombre en apenas unos meses. Yo era un parado en un país en plena crisis y ruina económica. Sin experiencia real en el ejército, con unos estudios para los que nadie demandaba plazas laborales, sin expectativas... sin nada a la vista más que preocuparse por la relación que mantenía su hermana con un hombre díscolo y de izquierdas. Y de pronto, menos de medio año más tarde, Ernestine se había casado con un camarada racial ario y yo era el segundo en la sección de propaganda del partido nazi. Es cierto que, tras salir Hitler de la prisión, el partido había sido reconstruido a toda prisa y se necesitaban hombres para diferentes puestos claves. También es cierto que, por entonces, el partido era diminuto y mi posición un proyecto de cargo futuro. Lo mismo sucedía con el departamento de propaganda, una potencialidad más que un acto, un puesto y una sección del partido que con el tiempo serían importantes, pero que en ese momento apenas me daban mando sobre dos o tres personas. Pero, de cualquier forma, yo era alguien por fin y eso era gracias a gente como Ernst Röhm o Gregor Strasser y, por supuesto, al líder del partido, Adolf Hitler. Ahora iba a dar otro paso en mi carrera al tener la oportunidad de codearme con uno de sus colaboradores más queridos: Joseph Goebbels.

En aquella época yo todavía no había tenido la oportunidad de coincidir con nuestro Führer y, por tanto, el conocer a uno de sus hombres de confianza fue para mí un honor indescriptible, incluso mucho más que mi traslado a Munich para codirigir la propaganda.

La política ya no es el arte de lo posible, me dijo en una ocasión Goebbels, después de un multitudinario discurso, mientras cenábamos en un restaurante a cuenta del partido, El sueño nacionalsocialista es irrealizable. Y por eso luchamos, Heinrich, porque creemos en lo imposible.

Luego, cortando con deleite su bistec de carne, añadió: ¿Cambiar el mundo? ¿Conseguir que todo el planeta acepte la visión racial de Hitler? Eso no pasará. Pero yo le serviré hasta el último aliento porque es mi Führer y creo en algo que racionalmente no se puede creer. Eso es el nacionalsocialismo. Fe, fe y fe en nuestra líder.

Entonces entendí que Goebbels, como la mayor parte de mis compañeros, eran títeres en manos de Hitler. Querían que él tirase de los hilos para no tener que pensar, no tener que decidir. Pero yo quería ser titiritero, no marioneta. Dando un poderoso bocado a mi bistec, repliqué: Tal vez tu visión del partido no sea nacionalsocialismo sino servilismo. ¿No crees? Yo tengo mis propias ideas y mis propios planes. No solo se puede obedecer, también hay que tener iniciativa y ambición. Un plan, Joseph... un plan.

Goebbels decidió que aquel comentario era demasiado crítico (e incluso algo atrevido), y en lugar de reflexionarlo, asintió distraído como si me diera la razón. Su

atención estaba puesta en la carne que consumíamos con fruición, un placer al que no estábamos acostumbrados. Lo cierto es que Joseph, como yo mismo, y como muchos jóvenes cachorros del partido, se moría de hambre y apenas tenía para pagar el alquiler de la habitación en la que malvivía. Todos en el NSDAP, salvo cuatro o cinco líderes principales, estábamos delgados, consumidos por las deudas y por lo pocas substanciosas raciones que nos llevábamos a la boca. Solo teníamos nuestro designio, nuestra rabia, nuestras ganas de cambiar el mundo.

Recuerdo que, tras aquella gira con Goebbels por Renania dando discursos y consiguiendo nuevos apoyos y adeptos, nos dirigimos a la sede central del partido. Allí no solo estaba la sección de propaganda sino la secretaría del Reich y otras oficinas del entramado del partido. Todo aún estaba en pañales y muchas de aquellas organizaciones derivarían en otras, o se fusionarían, o se independizarían. Pero se había colocado el primer eslabón de una cadena que conduciría a la grandeza de Alemania. Y a su destrucción más tarde.

Durante mucho tiempo dudé de la victoria de nuestra causa, a pesar de la seguridad que exudaba Joseph, con el que había entablado cierta amistad durante aquel viaje. Una noche le revelé: Mi sueldo junto a Strasser es de poco más de ciento treinta marcos y no llego a fin de mes. Tengo que pedir dinero y a menudo no ceno para ahorrar. Nunca he estado tan delgado en toda mi vida. Goebbels asintió y repuso: Pero tu determinación no flaquea, ¿no es cierto, Heinrich? Yo negué con la cabeza.

No, no flaqueaba. Pero Goebbels pensaba en mi voluntad de servir al Führer y yo pensaba en mi voluntad de ser alguien, de alcanzar un destino memorable. Eran destinos entrelazados pero en modo alguno la misma cosa. Así que mis actos no flaquearon y seguí sirviendo al partido pero, en muchas ocasiones (sobre todo durante largas noches de insomnio después de perderme la cena), todavía me planteaba emigrar a un lugar donde se pudiera vivir y trabajar dignamente para llegar a fin de mes con la barriga llena. Goebbels me señaló que en muchos sitios estaban pasándolo muy mal desde hacía años. En todos los países la gente tiene problemas para llegar a fin de mes, me advirtió. Hiciste bien en seguir confiando en tu corazón y no escuchar a tus tripas por muy hambrientas que estuvieran. Tu lugar está con nosotros, en el partido.

Ambos reímos y continuamos nuestro camino en dirección a la sede del partido en la Schellingstrasse número 50. Traspasamos la entrada y dimos a un largo patio interior, que daba a las oficinas. No sé si debería decirte esto, me confesó entonces Goebbels, Pero he oído que Gregor Strasser te considera un radical. No en el mal sentido de la palabra. Cree que eres demasiado purista, que todo aquel cuyos pensamientos no son ultraconservadores en todos sus ámbitos, pasas a considerarlo un judío o un judaizante y que... Levantando una mano le interrumpí: Sé bien lo que piensa Strasser y sé bien que me tiene a su servicio porque le soy absolutamente fiel, aunque me vea un «radical». En fin, todos somos conscientes que el gran Gregor tiene esos pensamientos filosocialistas sobre la propiedad privada, las empresas y el

excedente, y que tras su semblante adusto hay un idealista. Somos dos hombres distintos cada uno con sus propios anhelos. Él quiere transformar Alemania desde su escaño en el Reichstag y yo tengo mis propios planes para el pueblo y para nuestra raza. Goebbels sonrió: ¿Qué planes son esos? Yo elegí bien mis palabras antes de contestar: Unos que van más allá incluso del Reich y de Alemania. Yo aspiro a cambiar el mundo. ¿Qué causa hay más noble que esa?

Goebbels era lo bastante inteligente como para percibir que no iba a decirle nada más, por lo que terminamos nuestro paseo y nos despedimos. Joseph regresaba aquel mismo día a Berlín. Volveremos a vernos, amigo, me dijo, y me estrechó la mano. Creo que por entonces no podía imaginar que él mismo sería nombrado jefe de propaganda no muchos años después. Goebbels se aprovechó de todo cuanto planifiqué, con mi beneplácito. Strasser era un político y un filósofo de izquierdas y nunca le interesó realmente la propaganda (por eso también lo mandé asesinar en la noche de los cuchillos largos). Quien la dirigía realmente era Heinrich Himmler. En efecto, yo puse las bases del servicio de propaganda, la fuente de poder más importante del nazismo; y di orden de desprestigiar a los judíos en los medios escritos, y confeccioné las primeras listas de enemigos de la patria: socialdemócratas, comunistas y hebreos de la zona. Pero eso sería más tarde, cuando el NSDAP era ya la primera fuerza política de Alemania. En aquel tiempo, sin embargo, la misión principal de un jefe de propaganda era organizar viajes para oradores como Goebbels, disponer los carteles que anunciaban nuestras reuniones, alquilar locales y tener a mano un grupo de matones del partido capaces de enfrentarse a los rojos por si querían interrumpir uno de nuestros mítines. Pero yo sabía que con el tiempo la propaganda lo sería todo.

Por eso moví los hilos para que Goebbels me sustituyese con el tiempo al frente de aquella sección. Se trataba de un hombre extremadamente capaz, pero a la vez era un cordero, un seguidor, un creyente. Con la misma fe inquebrantable con la que seguía a Hitler, conduciría el servicio de propaganda por el camino que yo había preparado. Solo tenía que dejarle suficientes miguitas de pan. Joseph se comería en el orden fijado por mí aquellas miguitas y construiría un imperio; mientras, yo pensaba continuar con la siguiente fase de mi plan secreto que, poco a poco, comenzaba a vislumbrar tras una bruma de senderos que se entrecruzan y de posibilidades. Nada podía fallar.

Porque siempre he sido un hombre meticuloso y me gusta tenerlo todo calculado hasta el más mínimo detalle.

Meticuloso, sí, obsesivo, y radical. Eso pensaba Gregor Strasser de mí... y tenía razón. Pero precisamente esa obsesión por el detalle me llevó a construir de la nada el servicio de propaganda. Visité, en mi afán por organizarlo todo, a fin de que hubiera espías e informadores en todos lados, la alta y la baja Baviera, Westfalia, Postdam, Viena y toda la cuenca del Ruhr. Hasta el mar báltico acudí con mi moto. Allí dónde se hubiera formado un grupo de simpatizantes del partido, por pequeño que fuese, me

dirigía yo echando humo por la carretera, dispuesto a poner los cimientos de la propaganda nazi en la zona.

Y organizaba discursos para atraer a los parados de tendencias conservadoras. Prometía que todo iba a cambiar. Repartía cargos. Buscaba hombres sin escrúpulos para poner en marcha un nuevo tentáculo del partido.

Era un maestro de la planificación.

Mi plan secreto comenzaba a dar sus frutos y, acaso por ello, los hados resolvieron que era el momento de premiarme. Durante toda mi vida había estado dudando acerca de cuál era mi destino. Había asumido diferentes personalidades, había escrito diferentes diarios desde diferentes perspectivas, había fallado a la hora de convertirme en soldado, en un hombre de provecho, en un granjero, en un agrónomo... todo por culpa de mi debilidad. Y los hados siempre me habían fallado porque, para empezar, Heinrich se había fallado a sí mismo. Pero por fin había desarrollado una idea brillante, una idea personal, un concepto cuya grandeza los hados reconocían propia de un gran estadista. De pronto, todo me sonreía. Porque en la vida no todo es azar; lo primero es la determinación.

Una mañana, mientras caminaba por la recepción de un hotel en Bad Reichenhall, casi me di de bruces con una muchacha que caminaba a mi lado. Andaba yo despistado, pensando precisamente en aquel libro maravilloso, «El arte bajo el signo de la nada», que había quemado meses atrás, sacrificado en el altar de aquellos hados que ahora estaban a punto de demostrarme su favor. Como conocía casi de memoria capítulos enteros de aquel ensayo, estaba musitando un párrafo que desde hacía tiempo me obsesionaba. Era aquel que hablaba de porqué novelistas, dramaturgos o poetas fueron considerados, durante mucho tiempo, no artistas sino artesanos.

El poeta griego todavía no es un «creador» artístico, sino el constructor y ordenador técnico de una materia de origen divino; su campo de actividad es precisamente la técnica.

Aquel sencillo aserto contenía una verdad que yo consideraba esencial: El único creador real es una entidad metafísica que los cristianos llaman Dios y que mi yo en interior llamaba sangre aria, racialidad y comunidad del pueblo. El artesano Himmler tan solo entresacaba de ese ideal que habitaba en las alturas, la materia de origen divino. De la misma forma, el plan secreto que aún no he revelado, lo había entresacado yo de las mismas extrañas raciales alemanas, de la misma sangre que corre por las venas de todos nosotros. Yo era un artista de mi propia esencia (que había modelado a partir de dos crisoles con la paciencia de un Dios) y a la vez un artesano al servicio de la raza: el primer superhombre; mitad ser humano, mitad Dios.

Luego, durante el medievo y el renacimiento, el concepto de artista se había ido universalizando, y Dios había muerto para el artista como para el resto de la raza humana. Eso Hegel lo sabía muy bien. Pero a mí me interesaba la noción primera y primigenia de artista, la verdadera, porque revelaba sin quererlo mi condición de superhombre. Creador divino y materia creada al mismo tiempo, como una vez le había explicado a mi padre.

En este tipo de pensamientos elevados me hallaba cuando, como decía, me tropecé con Marga.

Oh, perdóneme, se lamentó una muchacha rubia de ojos azules y mirada lánguida. Reconocí en ella de inmediato al clásico ideal germano nórdico, la esencia magnífica de esos mismos dioses raciales que yo imaginaba habían iluminado mi obra de artesano a la hora de elaborar mi plan secreto. Ella era (hoy lo sé) un regalo de esos dioses que no son dioses sino genotipos raciales arios. Ellos son la única divinidad que realmente existe.

Soy yo el que debe pedirle humildemente perdón, señorita, respondí galante, Me hallaba embebido en mis pensamientos y no supe descender a tiempo hasta lo terrenal. Y sin duda fue un error porque habría reconocido de inmediato a una diosa aria como usted de estar un poco más atento. Le pido de nuevo y humildemente disculpas.

Marga rio, seguramente por mi verbo florido (a veces hablo así delante de ciertas mujeres cuando estoy nervioso) y porque mientras decía lo anterior estaba temblando como una hoja colgando de una rama durante un día de granizo. No era aquella una mujer hermosa, pero sí racialmente perfecta. Era aria y alemana hasta la médula; el que su rostro no fuese el más agraciado del mundo a mi me traía completamente sin cuidado. La invité a comer aquella misma noche en el hotel. Y por uno de aquellos azares del destino, acaso guiado (beneficiado) por los hados, como antes explicaba, Margaret Boden aceptó mi ofrecimiento.

Ahora debo marcharme, *fräulein* Boden, le informé después de las debidas presentaciones. Debo preparar mi discurso de mañana. Quiero dar a conocer al partido nazi en esta localidad y he organizado un evento en el centro.

Creo que expliqué lo anterior, aunque no con el verbo florido inicial, sí con el tono pomposo que acostumbraba cuando hablaba de mi labor como número dos de la

propaganda del NSDAP. Aunque en realidad intentaba disimular la inquietud que me provocaba estar cerca de aquella diosa aria. Creo que hacia tiempo que no me sentía así delante de una mujer. Marga, por su parte, enarcó una ceja: El partido nazi, el NSDAP, ese es el partido de Hitler, ¿no es verdad? ¿El que intentó dar un golpe de estado hace un par de años? La sonrisa de la muchacha se acentuó y me di cuenta, aliviado, que ella simpatizaba con nuestros ideales de regeneración de la patria. Definitivamente, los hados me habían favorecido trayendo a mi lado a una mujer racialmente digna con la que llenar la soledad de mis días. Una mujer perfecta que sería mi compañera hasta el último día. Ya entonces me daba cuenta. Lo sentía en lo más profundo de mi corazón.

Antes de marcharme, le comenté: Será para mí un honor explicarle durante la cena mi posición en el partido e incluso algunos de los objetivos de Hitler y nuestra organización. Tal vez podría venir mañana a verme dar mi discurso. Entonces mi felicidad sería completa.

Me encantaría, repuso ella, con una sempiterna sonrisa en los labios, que aún se mantenía cuando me di la vuelta para dirigirme a la recepción y registrarme para poder ir a mis habitaciones.

Gracias, dioses arios, espíritus de nuestros antepasados raciales, recuerdo que musitaba mientras subía las escaleras respirando fatigosamente, como el que ha alcanzado la cima de una montaña tras un largo esfuerzo. Margaret era una señal, y no solo del favor de los dioses sino de que mi buena estrella y mi ascenso al poder no habían hecho nada más que empezar.

La vida me sonreía por fin.

La vida sonrío a los hombres que tienen un designio.

SEXTA PARTE
Acerca de las SS
(1927-1929)

De nuevo llaman a la puerta. Lo hacen de una manera tan agresiva e insistente que esta vez Jorge Luis se levanta y acude a entrevistarse con el siguiente de la fila de interrogadores del Reichsführer, ese asesino de masas al que rodea la turba para despedazarlo.

Les oigo gritar. Esta vez no ha acudido el primer judío de la cola en solitario. Distingo al hebreo de rostro enjuto y pelo rizado, pero tras él hay por lo menos tres, reclamando su oportunidad de vejarme y levantando sus puños amenazadores hacia Jorge Luis. ¡Es mi turno!, reclama este, y aunque al principio parece titubear ante la actitud de sus adversarios, poco a poco va ganando aplomo, avanza un par de pasos y los judíos retroceden hasta desaparecer en el pasillo. Sus voces están lejos esta vez y aunque discuten, parece que han tomado precauciones y apenas distingo más que palabras sueltas. Si esto es un hombre, dice el primero de ellos, una frase que ya pronunció la vez anterior y que no sé lo que puede significar. ¿Se refiere el judío a mí? «Si esto es un hombre»... entonces... ¿entonces qué? Me parece un aserto incompleto, como si faltase el final de la oración. Aunque acaso la clave del asunto es que no se trata de una oración.

La puerta se cierra con estrépito. Jorge Luis despotrica en inglés. No entiendo el significado de lo que dice, pero entiendo que alguien que reconoce que su primera lengua fue la de Shakespeare, se enfada en su lengua materna, sobre todo en ciertas situaciones de estrés.

No tenemos mucho tiempo, me informa Jorge Luis, cuando regresa al lecho y toma de nuevo su cuaderno, No creo que pueda llegar en su relato ni siquiera a la segunda guerra mundial. Aunque tampoco es eso lo que me preocupa ni lo que he venido a buscar.

¿Y qué ha venido a buscar, amigo mío? Sé que a Jorge Luis no le gusta que me tome familiaridades con él, pero esta vez se encoge de hombros y dice: Busco la verdad de usted y del nazismo. Y tengo poco tiempo para encontrarla.

La verdad, pienso, que envanecido propósito para tan poco tiempo. Miro hacia la oscuridad, que ha comenzado a aclararse, aunque acaso sea solo una percepción mía porque es demasiado pronto aún para eso. Quedan menos de dos horas para que amanezca, en cualquier caso, y desde el principio el acuerdo fue hablar durante una noche. Con el día se romperá el encantamiento de las palabras y los recuerdos.

Entonces podré dormir; eso, claro, si esos judíos de ahí afuera me dejan.

Hablaba usted de que encontró el amor racial que esperaba por fin en la persona de Marga, comenta mi interlocutor, acaso animándome a continuar. Pero la palabra «racial» ha sido pronunciada con un deje de náusea en la voz, un asco infinito que percibo siempre que adjetiva el fascismo. Y le replico: Supongo que usted conocerá un amor mucho más puro y por tanto menos «racial».

Jorge Luis asiente y me habla de nuevo de su novia (o su casi novia), esa tal Estela que sabe que rechazará su proposición de matrimonio a causa del férreo control de su persona que tiene su madre. De hecho, cabizbajo, me revela que hace unas horas ha rechazado ser su esposa después de comer en el Hotel Delicias del Adrogué, en Buenos Aires.

Una parte de mí se pregunta cómo ha llegado desde Argentina en tan poco tiempo, con Europa militarizada y aún en pie de guerra. No es fácil atravesar fronteras, y aún menos océanos. Pienso en ello un instante pero comienzan a dolerme esa máscara pétrea que son mis mejillas. Cada vez me cuesta más hablar y vocalizar, pero por el momento mi interlocutor me entiende perfectamente. Tratando de olvidar los enigmas anteriores, replico a Jorge Luis que su madre sabe bien lo que le conviene, tal y como yo sabía qué era lo mejor para los míos. Defiendo a viva voz los valores raciales de la familia y el respeto, que Leonor encarna en su casa y yo en la mía, que comenzó siendo la de los Himmler y acabó por ser Alemania entera, cuyo padre racial fui yo y no Hitler.

La victoria de Alemania habría sido una hecatombe similar al fin del mundo, afirma categórico Jorge Luis.

Le doy la razón: Reconozco que ese era el objetivo del Führer, cambiar el mundo a través de la conquista, que fuese el fin de este mundo de capitalismo y plutocracia que ahoga a los hombres de verdad. Hitler pretendía conseguir el espacio vital suficiente para los alemanes e iniciar una guerra perpetua. Primero Polonia, luego las estepas rusas, más tarde Europa y al final todo el planeta. Una arianización por las armas. Pero yo siempre supe que esto no era posible. Llegaría un momento en que las potencias mundiales, entendiendo que si no actuaban de forma conjunta las eliminaríamos a todas, una a una, acabarían por unirse y derrotarnos. Precisamente lo que pasó. Por eso concebí mi plan secreto. Para que el Reich triunfase. Para que nuestra derrota fuese nuestra victoria.

Para no querer hablar de su plan secreto lo menciona demasiado a menudo, argumenta Jorge Luis, Aunque tal vez no es tan perspicaz como quiere hacerme creer y no previó lo que sucedería tras su huida y detención, y todo eso de su plan es una forma de autoengaño, de creerse vencedor cuando lo ha perdido todo. Por eso creo que tampoco previó lo que está pasando aquí, ahora, conmigo y esos otros que esperan tras esa puerta.

Una cosa es que no quiera pensar en lo que pasó tras mi detención y examen médico y otra que no lo sospeche, le advierto, apoyando una mano en mi mentón,

como si reflexionase. Y concluyo: No soy un imbécil, Jorge Luis. Ya debería haberse dado cuenta. Sé lo que está sucediendo, pero no lo quiero creer, no puedo creerlo. No aún. Todavía tengo que llegar en mi historia el menos a mi nombramiento como comandante en jefe de las SS, y contarle entretanto los problemas de mi familia con mi prometida, que acaso le resultarán esclarecedores para su propia relación personal.

Adelante pues, dice Jorge Luis, inspirando de forma entrecortada.

Ambos estamos listos para el siguiente asalto. Quedan muy pocos ya.

18. El qué dirán

Esa mujer no es católica como nosotros sino protestante, objetó mi madre la primera vez que le hablé de Margaret. No había imaginado el efecto que aquel problema, que yo consideraba menor, significaría para mi familia. O en realidad sí lo había imaginado y había mirado hacia otro lado, esperando que los Himmler hicieran lo propio. Las creencias cristianas eran algo fundamental para Ana, yo lo sabía bien, y las tradiciones un elemento esencial que vertebraban a los buenos ciudadanos de nuestro entorno. Asimismo, yo había sido muy duro con la pareja de Ernestine, realizando un seguimiento casi enfermizo de aquel primer novio, de Paul, un hombre que no me gustaba por sus ideas socialdemócratas. Ahora, por el contrario, traía a casa una mujer siete años mayor que yo, de otra confesión religiosa, y exigía que la aceptasen.

Lo cierto es que la relación con Marga había avanzado muy rápido y los sucesos se habían acumulado a tal velocidad que ya no podía controlarlos. Amaba a Margaret y ella me amaba mí, y el resto, por un momento, dejó de tener importancia. Aunque mi familia compartía conmigo cierta visión política, las ideas relacionadas con el darwinismo social, el odio a los judíos y la superioridad de los arios, eran conceptos que el alemán medio no comprendería del todo hasta años más tarde. A través de la escuela y de la radio, ya con los nazis en el poder, pudimos transformar las ideas conservadoras en raciales, e inculcar a las buenas personas alemanas la importancia de la sangre pura germano nórdica como verdadero eje de la nueva sociedad nacionalsocialista. En aquel momento, aunque era algo importante, las buenas costumbres, viejos dogmas como la religión y el qué dirán, eran más importantes para mi familia que el hecho fundamental en que se basaba mi elección de Margaret: su pureza racial.

Por otro lado, yo era consciente de no ser un hombre especialmente agraciado. Estaba demasiado delgado, tenía una frente amplia y desde niño llevaba aquellas gafitas estrechas y doradas que provocaban las risas de mis compañeros de clase. Toda mi vida había soñado con poseer una mujer intachable, de ojos azules y ascendencia germano nórdica. El hecho de que fuera protestante, o que me llevase unos cuantos años, para mí carecía de la menor importancia y por eso había esperado (anhelado acaso) que mi familia pensase igual que yo. Por supuesto, me equivocaba. Los Himmler, no solo mis padres sino mis tíos y el resto de la familia, habían leído *Mi Lucha*, de Hitler, e incluso algunos artículos escogidos de geógrafos y antropólogos racialistas que yo les había regalado, pero aquellas lecturas no tenían en su mente el peso de una conversación en voz baja camino del Iglesia o de un cotilleo de una vecina que anunciara, por ejemplo: ¿Sabes que el mayor de los hijos de Gebhard, el flacucho, se va a casar con una protestante mucho mayor que él? ¡No me digas! Lo que te cuento, una vergüenza. Pobres Gebhard y Ana Himmler.

Años después, ya en la cima del poder, creé los hogares *Lebensborn* para que

podrían parir muchachas solteras que quedaban embarazadas de mis superhombres de las SS. Aquello pasó quince años más tarde de mi compromiso con Marga y la propaganda había ido arrastrando a las masas hacia las ideas raciales, que ya eran de uso común en el ciudadano medio. Hasta en el vocabulario de la calle, donde los hombres se jactaban de que sus mujeres eran germano nórdicas de ascendencia vikinga, o que su Pasaporte Racial les clasificaba en la subraza Danubiana, una de las mejores sangres que se pueden tener habiendo nacido ario. Pero incluso en esa fecha, hablo de más allá de 1940, tuve el mismo problema con los hogares *Lebensborn*: la religión y las buenas costumbres del ciudadano medio. Por mucho que por la radio el doctor Goebbels insistía en lo maravilloso que era que mujeres solteras quedaran embarazadas de los soldados SS que venían del frente, los buenos alemanes no estaban de acuerdo. Por mucho que yo mismo hiciera discursos en muchas ciudades insistiendo en que aquellas mujeres tendrían hijos racialmente dignos que librarían las guerras del Reich del futuro, esos mismos buenos alemanes señalaban a la chica preñada, sin novio ni pareja a la vista, y removían la cabeza censurándola. La religión les había inculcado ciertos valores que el Reich nunca llegó a eliminar del todo. Tal vez, si hubiésemos vencido, en otro medio siglo de propaganda, lo habríamos logrado.

Pero si los alemanes de la década de 1940 seguían apegados a la religión y a sus preceptos pese a mis esfuerzos, es fácil suponer cómo estaban las cosas en 1927, antes de que alcanzásemos el poder en Alemania, cuando aún gobernaban los demócratas corruptos de la república de Weimar. Yo sabía que mi familia pondría trabas a mi relación con Margaret, aunque seguía esperando que sucediese un milagro. Después de todo, y aunque ahora era un apóstata, me crié en la maldita religión cristiana, y creo en los milagros de una forma irracional, como Goebbels creía en la victoria de Hitler en la guerra mundial.

Todas aquellas cosas circulaban por mi mente el día que lleve a Munich a Margaret Boden. Lo hice sin previo aviso, irónicamente de la misma forma en que mi hermana Ernestine había traído en su día a su primer prometido. Actué de aquella forma, porque sabía que si de antemano hablaba a mi familia de Marga, ellos no querrían tenerla en casa. Quise imponer su presencia porque era la única manera de que su presencia fuera tolerada.

Luego de carraspear, informé a mi madre con voz solemne La familia Boden tiene muchas tierras y han comprado una clínica en Berlín para que ella la dirija. Es una persona con recursos que... Mi madre me interrumpió: Me dan igual sus recursos y su familia y su dinero. Es una mujer protestante de casi cuarenta años. ¡Treinta y cuatro, madre!, me quejé. Eso son casi cuarenta, Heinrich, opinó ella, No nos avergüences y llévate a esa mujer de esta casa.

Por supuesto, no lo hice. Nos quedamos a comer con una sonrisa forzada y pasamos el peor fin de semana de nuestras vidas. Yo sabía que mi familia me estaba perdiendo el respeto, y no solo por mi alocado compromiso con Margaret, sino

porque comenzaban a dudar de mi futuro en el partido nazi. Por mucho que me hubiesen ascendido a segundo jefe de propaganda y que mi sueldo ya no fuese de un centenar de marcos, el caso es que mis ingresos seguían siendo miserables. En aquel tiempo, hasta mi hermana ganaba más que yo en una fábrica donde estaba de aprendiz. Intenté explicarles que mi trabajo si algo tenía era futuro porque era precisamente una apuesta de futuro. El partido nazi alzaría el vuelo y entonces, los que desde el principio habíamos estado apoyando a Hitler, ascenderíamos con él hacia el infinito y la gloria. Pero el infinito quedaba muy lejos, y la gloria era una fantasía a ojos de mi familia. Lo único cierto es que, en las últimas elecciones, habíamos perdido votos incluso en nuestros feudos habituales. Los resultados en el parlamento regional de Sajonia habían sido desastrosos, y apenas habíamos superado el uno por ciento del sufragio. Éramos un partido ridículo al que apenas votaba nadie pese a la fama de Adolf Hitler.

Todo dependía de las próximas elecciones. No solo mi futuro y el que mi familia aceptase a mi esposa, sino ganarme el respeto que necesitaba en la comunidad. Las siguientes elecciones regionales serían en el mes de mayo de 1927 y fui elegido por el partido como director de la campaña. Recuerdo bien el día que salí de nuestra granja en Waldtrudering camino del nuevo cuartel general, desde donde dirigiría las elecciones. Marga, que había vendido su clínica para comprar aquella granja y estar a mi lado, cultivar tomates y comenzar una vida juntos, me estaba esperando en la entrada de casa y me dio un abrazo. Se que lo vas hacer muy bien, Heinrich, me dijo. Le devolví el abrazo: No escatimaré esfuerzos, mi amor, eso ya lo sabes, pero no va a ser una cosa fácil. Seguimos siendo un partido pequeño y aunque contamos con la admiración de muchos alemanes, siguen votando en su mayoría a los partidos de siempre. Muchos nos ven como radicales y el caso es que seguramente lo seamos desde cierto punto de vista. Después de todo, somos revolucionarios. Hay que modificar el pensamiento del ciudadano medio para convertirlo en un radical y, a un tiempo, disimular los aspectos más radicales de nuestro pensamiento para acercarnos al voto más centrista. No va a ser fácil.

Margaret me besó en los labios y me deseo suerte de nuevo sin pronunciar una sola palabra. Ninguno de nosotros podía imaginar que me estaba dirigiendo hacia el infierno.

Porque desde el principio las cosas fueron mal. Nuestro partido estaba lleno de hombres rudos y descerebrados que no entendieron mi obsesión por el orden y la pulcritud. La región o *Gau* en terminología nazi de Mecklemburgo-Schwerin, donde iban a celebrarse las elecciones regionales, no tenía preparada la documentación necesaria para concurrir a las elecciones. Solo les preocupaba que oradores importantes como Hitler o Goebbels asistieran, querían saber cuántas veces lo harían y dónde se organizarían los mítines. No habían rellenado los formularios oficiales de participación en los comicios y, cuando yo paralicé toda actividad, discurso o acto del partido hasta que todos los papeles estuvieran en orden, montaron en cólera. Eran un

atajo de inútiles y unos traidores, el tipo de pandilleros de ultraderecha que yo tanto detestaba, el tipo de basura que engrosaba las filas de las Secciones de Asalto, la chusma de la extrema derecha alemana. Justamente las antípodas de los superhombres de las SS que yo crearía con el tiempo.

Y así fue cómo, por culpa de los pandilleros de Mecklemburgo-Schwerin, todo se fue al traste. Pese a su ineficacia se quejaron en Berlín de mi actitud autoritaria, a Rudolf Hess en persona, por entonces el hombre más influyente a la diestra de Hitler, que me obligó a comenzar los actos sin tener los papeles en regla. Los directivos del partido a nivel regional (esos pandilleros ignorantes) le habían prometido que en las últimas dos semanas harían todo el papeleo en lugar de haberlo hecho al comienzo de las elecciones, como sería razonable. Rudolf Hess, de la forma sutil y sibilina que acostumbraba, se puso del lado de aquellos zafios. Me escribió una larga carta y, después de las frases de rigor llenas de halagos hacia mi persona, en ella comentaba que Hitler, aunque consciente de mis innumerables virtudes, me pedía que no fuera tan estricto con los camaradas de la costa báltica, porque ya sabíamos todos que esa gente del norte hacía las cosas a su manera. Era yo quien debía mostrarme flexible y tener mano izquierda. Decepcionado pero sabedor que no tenía alternativas, tuve que bajar la cabeza y acatar la orden.

De hecho, Hitler estaba tan preocupado por las elecciones regionales que yo dirigía, así como por nuestros camaradas del Báltico, que finalmente no acudió como orador a las mismas y ni siquiera avisó hasta el mismo día del mitin que no tenía pensado hacernos el honor de aparecer. De hecho, al igual que a mí, aquellos pescadores brutos y desaseados le traían sin cuidado. Solo quería cubrir el expediente presentando una lista de candidatos den NSDAP en la mayor parte de territorios alemanes que le fuera posible.

El resultado, como no podía ser de otra manera, fue lamentable. De todas las elecciones regionales que se celebraron en ese mes de mayo, fuimos la peor de todas con un 1,8% del sufragio. Solo en las zonas rurales de Alemania, donde estaban los más enconados patriotas antibolcheviques, conseguimos algún resultado destacable, pero aún así seguíamos siendo un partido minoritario sin apenas representación.

Sin embargo, el fracaso en las elecciones no frenó mi carrera. La estructura del partido nazi se sustentaba en el vasallaje y el clientelismo. Importaba poco cómo tratara a los que estaban por debajo de mí, como los camaradas de Mecklemburgo. A nadie le preocupaba que me hubiera discutido con ellos durante el proceso electoral. Tampoco que los resultados no hubieran sido satisfactorios o que, como era el caso, hubieran rozado el desastre. Lo que contaba era que aquellos que estaban por encima de mí en la estructura del partido estaban contentos: Röhm primero, Strasser después, también Goebbels y, con el tiempo, el propio Hitler. Según tus amigos ascendían en el NSDAP tú ascendías con ellos. Si fracasabas en una labor y demostrabas que no valías como responsable de unas elecciones, como era mi caso, tus amigos te buscaban otro puesto, otro tipo de responsabilidad, una que conllevaba a menudo un

ascenso. Si eras listo y caías bien a tus jefes, nunca fracasabas realmente.

Así era el partido nazi y, al menos antes de la guerra, así era también el Führer. Yo entendí pronto que para medrar al lado de Adolf Hitler la clave era estar siempre en el sitio adecuado, aprender de los errores y ser útil a las personas claves. Aunque el futuro de nuestro partido estaba en ganar cada vez más representantes y, con el tiempo, la mayoría de los diputados en el parlamento, era evidente que mi forma de ser escrupulosa y detallista, aparte de poco dialogante con los idiotas y los inferiores, no serviría para tratar con las bases del partido. Yo no era bueno en los procesos electorales y nunca más colaboraría en ninguno de ellos.

Mi lugar era otro y debía buscarlo. De vuelta a casa, Margaret me abrazó y me llamó como acostumbraba «mi dulce lansquenete». Ella siempre decía que yo era como un caballero medieval alemán, uno de aquellos lansquenetes que luchaban para los Habsburgo en tiempos del Sacro Imperio Germánico. Yo era todo honor y antiguos preceptos, aunque precisamente esas virtudes era también mi estigma. Porque exigía a los demás esos mismos altos e inquebrantables valores que yo profesaba.

Y es que nadie era tan purista, escrupuloso y obsesivo como Heinrich Himmler.

Te amo, Margaret, le dije aquella noche en el lecho. Era la primera vez que me atrevía a pronunciarlo en voz alta. Había entendido que no solo compartía mi vida con una mujer racialmente digna, sino que era mi compañera ideal, alguien que me entendía y que sería mi apoyo, mi cayado en los avatares de esta vida. Me sentí tan dichoso de tenerla a mi lado que las palabras, ellas solas, manaron de mis labios y compusieron aquel «Te amo».

Marga me dio la espalda en el lecho y comenzó a temblar, mientras lanzaba extraños hipidos. Tardé un instante en comprender que estaba llorando de alegría.

En esta ocasión, mi narración se interrumpe con algo nuevo. No a causa de Jorge Luis, ni por los golpes en la puerta de mis acosadores semitas... esta vez es por algo mucho más terrenal, aunque a la vez ominoso: Se me ha caído un diente. Me atraganto, casi me lo trago pero finalmente lo escupo. Es una de mis muelas, que aparece cariada, con un enorme agujero en el centro de la corona. Jorge Luis levanta la mano de su cuaderno y mira el diente con aprensión. La luz de la luna ha ido avanzando a mi diestra con el discurrir de la noche y ahora puedo verle la cara en todo momento. Por eso distingo claramente que mueve la cabeza, como con lástima. Parece decirme: Tienes lo que te mereces.

Está en lo cierto: tengo lo que me merezco, lo que yo mismo busqué. Aquel trozo de mi dentadura es una prueba más de cuánto he dado (y sigo dando) por el Reich inmortal.

Eso es solo una parte diminuta del sacrificio que tengo que hacer por Alemania, anuncio, hinchando el pecho con orgullo.

Pero a Jorge Luis poco le importo yo ni mi expiación. Se encoge de hombros y me explica que nosotros, los nazis, no somos Alemania, que corrompimos con odio barato y antisemitismo una de las culturas más gloriosas de la humanidad. El nazismo es un imposible, razona, a modo de conclusión, Se puede matar por él, pero ¿vivir con él? Eso jamás. Solo los asesinos pueden ser nazis y solo durante el instante que dura ese mismo crimen que los convierte en asesinos. Luego vuelven a ser un imposible, como un monstruo mitológico, una quimera, un endriago con cuerpo de león y la cabeza de Adolf Hitler.

O la mía, discrepo, con una sonrisa que deja entrever un agujero en mi dentadura, Creo que no has entendido nada, amigo mío, el odio racial o el antisemitismo era un fin para el Führer pero para mí solo eran un vehículo para mis planes. Para mi plan secreto.

Jorge Luis me recuerda que ya he sacado ese tema a colación con anterioridad, cuando definí como arribismo absoluto a mi semilla negra. También, a su juicio, he dado antes pinceladas de un plan secreto que no pretendo explicar porque, seguramente, es algo tan imaginario como la misma semilla de la que germinó la persona que ahora le contempla. Porque a él no le interesa mi nihilismo de salón, ese no creer en nada le parece una pose y garabatea en su libreta un círculo, dentro de

otro círculo, dentro de otro círculo. Un laberinto es una forma de verdad, el lugar perfecto donde esconderse, me advierte, Pero tú tratas de ocultarte en círculos y en repeticiones; y te veo al final y al principio de cada circunvalación.

Tú no entiendes... comienzo a decir, pero Jorge Luis ya no me escucha, y me habla de nuevo de un militar de su país llamado Perón, de argentinos del futuro a los que ve convertidos en nazis, no en gente de derecha como él es o será. Borges intuye que los peronistas le quitarán todo, hasta su puesto discreto de bibliotecario y que le nombrarán, por decir una locura, Inspector General de Gallinas en un mercado, algún cargo pensado para denigrarle. Pero contraataca a ese imaginado desplante y dice: Tal vez me haga conferenciante si todo sale mal, para seguir usando la palabra como si fuese una espada, aunque no lo sea, acaso como vosotros los nazis utilizasteis la espada como si pudiera convencer como hace la palabra. Pero cada instrumento tiene su contexto y sirve para lo que fue creado, nunca al revés.

Jorge Luis me odia como odia a ese tal Perón o como odiaría una revolución en Cuba, por poner un ejemplo, que dirigiese o codirigiese un argentino radical de izquierdas. Mi adversario, mi amigo, mi interlocutor... Jorge Luis se ha ido descubriendo ante mis ojos al mismo tiempo que yo lo hacía antes los suyos. Tal vez incluso de forma más perfecta que yo mismo. En mí había una voluntad de ocultar. Jorge no trataba de enseñar nada y por lo tanto no intentaba esconderse. Me doy cuenta de que me hallo ante un gran escritor, seguramente un genio, pero que tiene sus propias ideas, tanto en el campo de la literatura como en el de la política. Eso es un defecto inexcusable para un hombre público: tal vez fuera capaz de arriesgarse a perder un premio Nobel por no pensar y no decir lo que la gente espera que piensa y diga. Es una anarquista de pensamiento al que su bondad interior le ha llevado, lejos del radicalismo o el nihilismo en el que caen otros sin sus lecturas y formación, a una postura conservadora, de derechas, pero antifascista. Un hombre eternamente escéptico pero que no quiere que el anarquismo ni el fascismo, ni nada, lleve al mundo al caos. Ese mundo que solo es derechas porque las izquierdas son una quimera.

Y, de pronto, una idea extraña nace en mi interior. A partir de lo que Jorge Luis me ha explicado, he llegado a demasiadas conclusiones. Ni siquiera me ha hablado de sus ideas políticas. ¿Por qué me precio de conocerlas?

¿Te consideras un anarquista?, le pregunto de pronto. Mi interlocutor enarca las cejas, genuinamente sorprendido. A veces me defino como anarquista Spenceriano, sí, reconoce, De hecho, él piensa lo mismo que yo y por eso hemos venido...

Cuando ha dicho «él piensa» Jorge Luis ha señalado a una esquina de la habitación, en el muro que comienza a la derecha de la puerta y gira lentamente en ángulo hacia la ventana que me hace de púlpito en esta noche interminable. Luego se ha vuelto de nuevo hacia mí, demudado. Allí no hay nada, nadie, ni nunca lo ha habido.

Por favor, prosigue tu historia, tartamudea Jorge Luis.

Prosigue, por favor.
Prosigue, te lo pido.
No tenemos mucho tiempo.

19. La felicidad escapa a la ordenación

Creo que andaba explicando... sí, ya recuerdo. Mi fracaso como responsable electoral. Hoy puedo decir que en parte se debió, más allá de mi forma escrupulosa de llevar los asuntos legales y mi trato con los subordinados, a que el afiliado de base del partido, tanto el rural como el urbano, no entendía bien lo que era el movimiento nacionalsocialista.

La gente que nos votaba por entonces eran personas de ultraderecha, conservadores hasta la médula, que no veían gran diferencia entre nosotros y el resto de partidos antibolcheviques. Nos votaban porque, después del Putsch de 1923, Hitler era un rostro famoso, aparte de un gran orador. Pero nosotros no nos parecíamos a los otros partidos. Nosotros éramos una organización racialista que buscaba, no solo ganar unos diputados y quién sabe si un día las elecciones al parlamento alemán, sino expandir la raza germano nórdica hacia el este. El *Lebensraum* o espacio vital, era nuestro credo. O al menos el de Hitler. Quería el Führer (luego nosotros queríamos) que nuestra raza encontrase un lugar donde crecer para entrar en la historia como el grupo dominante del planeta. Los geógrafos alemanes, con Haushofer al frente (amigo personal de Rudolf Hess y el responsable de acuñar el término *Lebensraum*) ponían al estado alemán en el centro del mundo. El Reich sería la primera nación de la tierra a través de la expansión de la raza. Pero Hitler veía este asunto desde una perspectiva contraria. Para el Führer, el centro de la ecuación era la raza, y su expansión mediante la superación o eliminación de las otras razas (desde un punto de vista nacido de una mezcla de Darwinismo y de Lamarckismo) era más importante que el estado alemán. Al Führer no le hubiese importado que dos estados arios en el futuro hubiesen dirigido el mundo como en siglos pasados el Imperio Romano de Oriente y de Occidente. Daba igual que ninguno fuese Alemania. Mientras fueran arios puros sus ciudadanos, aquella sería una nueva edad de oro y la culminación de la evolución de la especie. Porque de eso se trataba en el fondo, de que Hitler pensaba que éramos superiores al resto de las razas y que, por tanto, acabaríamos dominando la tierra como el *Homo Sapiens Sapiens* la dominó tras el Neanderthal.

Pero estas sutilezas escapaban al votante medio de los partidos conservadores, y todavía más lo que se escondía en el fondo de nuestro ideario: el enfrentamiento entre el proteccionismo de estado y el libre cambio. Desde el principio, el predominio de la raza aria, aunque se lograría a través de la conquista, conduciría a la separación entre «nosotros» (los arios) y «los otros» (los no arios). Ya en la vida privada, en las calles de Alemania, la gente hablaba de «nosotros», en el sentido de comunidad racial, y con el tiempo sería un término de uso común.

Las naciones arias del futuro, empezando por Alemania, protegerían sus fronteras de las democracias de «los otros», se abastecerían a través de estados satélites poblados por eslavos, judíos y razas inferiores que trabajarían como esclavos, y establecerían duros aranceles a los productos de esas democracias no arias, que Hitler

llamaba plutocracias, palabra que proviene del griego y significa literalmente «gobierno de los ricos». Porque las grandes empresas y los millonarios de todas las naciones temían a nuestro movimiento, pero no por la expansión de la raza aria, por el *Lebensraum*, sino porque una Alemania fuerte y vencedora en el este pondría en peligro el sistema capitalista. Lo que más temen en este mundo los ricos es un estado que intervenga en la economía, algo que ponga en duda su Gobierno Universal Económico. Los bolcheviques lo habían puesto en duda con su revolución y ahora nosotros íbamos camino de hacer lo propio con nuestro Gobierno Universal de la Raza Aria.

Nosotros, los nazis, despreciábamos la libertad individual, el que alguien quisiese hacerse rico por su cuenta sin antes medrar en el partido. El estado tiene que poner límites al individuo y ser liderado por gigantes de la raza como Hitler o yo mismo. Y todo ello, claro está, hacía que nuestro enemigo final fuera el capitalismo, más que los bolcheviques, más que los judíos, aunque estos últimos, aparte de ser un cáncer en sí mismos, siempre han formado parte del engranaje capitalista. ¿Acaso no son casi todos los judíos prestamistas o banqueros?

Resumiendo: el fondo de la cuestión, y aquello que nos conduciría a la guerra mundial, fue la oposición entre el liberalismo económico, las plutocracias o democracias y el nacimiento de un Reich que pretendía dominar el mundo durante mil años; una enorme entidad estatal al estilo del imperio romano (y así lo enlazo con el ejemplo anterior), un enorme estado proteccionista que acabaría con el capital.

Pero se hizo evidente cuando organicé las elecciones en Mecklemburgo, que todos aquellos conceptos le venían grandes a aquellos pescadores rudos con aspecto de ganarse la vida en combates callejeros de boxeo. Por eso fracasé: ¿Un hombre de mi inteligencia ayudando a aquel puñado de palurdos? Fue como dar margaritas a los cerdos.

Sin embargo, como ya he explicado antes, mis buenas relaciones con la cúpula del partido hicieron que aquel fracaso no me afectase y mi carrera prosiguió sin interrupciones camino de la cima. La siguiente tarea que se me encomendó fue la de experto en política agraria. Fui yo mismo quien alentó a mis superiores para que me nombrasen para el puesto. En mi calidad de licenciado en agronomía conocía bien la importancia de la tierra y su influencia en nuestra visión racial del mundo. Fui yo el primero quien, siguiendo la idea del espacio vital de Haushofer, planteó la necesidad de planificar la colonización del mundo eslavo, de Rusia hasta Siberia con población alemana racialmente digna. Naturalmente, todo aquello eran planes a largo plazo. En el presente había que pensar en pequeña escala, e intentar expulsar de Alemania a eslavos, rusos y polacos y a cualquier otro ser inferior que trajese su impureza de sangre a nuestra patria. Teníamos una plaga en Alemania de trabajadores polacos que venían a vendimiar en la época de la fresa y en otras campañas agrícolas similares. En resumen, gusanos que venían a mancillar nuestra sagrada tierra alemana. Me interesé por el trabajo de una liga juvenil que trataba de animar a los jóvenes a

trasladarse en la época de recolección desde las grandes ciudades a la madre tierra, al interior, para así evitar que las ratas polacas llegasen en masa a llevarse unos marcos que nos pertenecían.

La Liga Artam, que así era como se llamaba aquella organización, fue una de tantas en aquella época, pero la nombro como ejemplo de valerosos alemanes independientes que eran ya nazis sin saberlo. Esas ideas que Hitler estaba propagando con mi ayuda (y aunque, como he explicado, tardarían años en calar en el conjunto de la población) se hallaban ya fuertemente enraizadas en el inconsciente alemán.

En varias ocasiones fui a la Liga Artam a dar discursos y a animar a aquellos nazis viscerales, aquellos nacionalsocialistas de corazón, para que continuasen con su maravillosa tarea de expulsión de las ratas no arias que se creían con derecho a vivir y a respirar nuestro aire alemán.

Con el tiempo, una sección de la Liga se insertó dentro del partido y mi trabajo como responsable de política agraria lo dejé en manos de Walther Darré. Porque ese sería uno de mis principales logros dentro del nazismo: LA CAPACIDAD DE DELEGAR.

Casi todas las estructuras claves del NSDAP, fui yo quien las puso en marcha: hablo de la escrupulosidad en la organización de los procesos electorales, que más tarde nos daría la victoria en el Parlamento alemán en 1933; la política agraria; la propaganda... y finalmente las SS. Todas acciones u organizaciones que creé de la nada para luego, una vez estructuradas, dejarlas en manos de secundarios. Soy consciente que es difícil considerar a Goebbels un secundario, cuando para muchos es una pieza clave en la historia del nazismo, pero para mí solo fue la persona en cuyas manos dejé la propaganda cuando fui nombrado jefe de las SS. Para mí fue un cordero y yo soy un lobo. Goebbels llevaba cosidos a la espalda mis hilos de marioneta y se limitó a hacer y a seguir los pasos que le indiqué con mi grandeza de estadista, de pensador iluminado. Al contrario que otros a los que coloqué en mi lugar al terminar la tarea inicial, sucedió que Joseph era muy brillante y su tarea al frente de la propaganda fue casi tan buena como la que yo habría realizado, y por eso acabaría siendo un pilar básico del Reich, aunque no tan decisivo como algunos quieren creer. Mucho menos, por supuesto que Heinrich Himmler y sus SS.

Pero aún faltaban unos meses para que yo diera el salto definitivo y dejara la sección de propaganda para integrarme en los servicios de protección o *Schutzstaffel*, popularmente conocidos como SS. Y precisamente ese tiempo lo pasé en una tarea poco habitual que me reportó muchas alegrías. Os hablo de los preparativos de mi boda.

Casarse es una experiencia única y, hacerlo con una mujer aria con sangre de primera calidad, es la mejor experiencia que pueda tener uno en esta vida. Mi amor por ella y mi respeto hacia su porte racial eran absolutos. Aunque a las banalidades de la vida diaria raramente les he dedicado tiempo, ya que mi trabajo ha sido siempre lo primero, me encantaba ordenar y clasificar toda la correspondencia que recibía de

Margaret. No lo hacía con las cartas que recibía de mi madre o de mi hermana, por ejemplo, pero sí con aquellos hermosos sobres perfumados que me llegaban por correo cuando estaba de viaje o haciendo tareas de propaganda o preparando mítines en aldeas lejanas y perdidas de la mano de Dios. Sonreía cuando Marga se preocupaba por el mal tiempo, porque había leído en el diario que en la zona donde yo estaba trabajando se pronosticaba un gran aguacero o una helada. Me aconsejaba abrigarme bien, ponerme una bufanda y me lanzaba un millón de besos. Me sentía amado. Cierto que se trataba de un cariño responsable y calmo, nada que ver con esas pasiones hipersexuales de bestias izquierdistas y gente que no sabe amar con mesura.

Yo estaba encantado de que hubiese dejado su labor como directora de la clínica para dedicarse a ser ama de casa y responsable de nuestra granja. El lugar de una mujer está en la casa, cuidando de las cuatro paredes de su hogar y de sus hijos. De hecho, hacía tiempo que estaba buscando dar otro pequeño salto en la jerarquía del partido y conseguir otros doscientos marcos más al mes para, con nuestra economía totalmente saneada, atrevernos a buscar nuestro primer hijo. Entonces ella podría dedicarse a tiempo completo a sus tareas como esposa, y yo buscarme una amante.

De hecho, tenía ya algunas candidatas. Había examinado los currículos de las trabajadoras subalternas del partido y de varias secretarías, y estaba decidiendo cuál sería una pareja sexual adecuada para mis gustos más bien recatados. Como decía, en el seno de la familia, el amor debe ser lo más casto posible y no dejarse llevar por excesos, repeticiones o por la inventiva. Por el contrario, un hombre de bien tiene que tener una amante con la que acostarse y probar los placeres sexuales. Incluso alguien como yo que no es muy amigo de los excesos gastronómicos, no sé si se me entiende. Había decidido, pues, que la siguiente fase de mi vida luego del matrimonio era dejar embarazada a mi mujer, ascender en el partido y buscarme una concubina con estilo, alguien que llevar a las fiestas del partido (ya que mi mujer se quedaría en la granja) y que me diese un placer sexual moderado pero satisfactorio.

Todas estas cosas debían planificarse con cuidado. Mi mujer y mi matrimonio iban a ser de por vida, y el puesto que alcanzase en el partido, después de haber examinado con cuidado todas las opciones, debía ser uno que me permitiese sacar a la luz todas mis posibilidades. Convertiría mi nueva sección de la organización nacionalsocialista en el eje central del partido y el más querido de Hitler. Por último, fuera cual fuese mi amante, debería serlo en el futuro y por muchos años, entreteniéndome durante mi escaso tiempo libre. Por supuesto, debía ser también una excelente secretaria.

Fueron pues meses muy ajetreados porque estaba a punto de dar un giro decisivo a mi existencia. Llegaron las Navidades y fui a pasarlas con mi familia. Sin Margaret, ya que sabía que ellos todavía no la aceptaban. La Navidad es la fiesta más importante para los cristianos, y aunque yo había dejado de serlo (e incluso había planificado destruir el cristianismo tras el triunfo del Reich en las urnas), no quería arrebatar a los míos el placer de aquellas reuniones anuales.

Como todas las Navidades, fuimos a menudo a la Iglesia y oímos misa cantada y yo tuve que aguantar los reproches de mi madre: Este no es lugar para una protestante. No podrás traerla ningún año y los vecinos te van a ver toda la vida solo, como un pobre desgraciado... me repetía una y otra vez. En una ocasión me atreví a responderle: Si Margaret nunca va a venir en Navidad, es una mujer con mucha suerte, querida madre. Ana me miró con desprecio: No digas esas cosas en la casa del Señor.

De vuelta a mi granja con mi protestante esposa, me saqué el carnet de conducir y me compre un Dixi, uno de los mejores coches del mercado, que me costó casi tres mil marcos. Por fin, en julio de 1928, nos casamos.

Aquel año pasó volando. Tenía que poner en marcha los planes de los que os he hablado anteriormente, seguía teniendo que viajar mucho como responsable de propaganda y, aparte de mis tareas como experto agrario (estaba aún supervisando los primeros pasos de mi sustituto en el cargo), seguía reflexionando acerca de cuál sería mi destino final en el partido. Además, nuestra granja no terminaba de arrancar y, cuando volvió a llegar el invierno, Margaret estaba decepcionada.

Pasas demasiado tiempo fuera, mi querido Heinrich, se lamentó, con la voz tomada por la emoción, Tú eres el experto en las cosas de la tierra. Los animales se me mueren, las gallinas no ponen, los árboles se secan... No se que va a ser de nosotros. Los doce mil marcos que saqué de la venta de la clínica se están acabando. ¿Cuál va a ser nuestro futuro? Yo sonreí y la cogí de la mano en el lecho: No debes preocuparte. Siento el palpito de que las cosas en breve van a mejorar, y mucho, para nosotros. De momento, lo único que tenemos que hacer es no entrar en más gastos y... Paré de hablar porque Margaret había comenzado a llorar. La tomé entre mis brazos y la besé dulcemente en la mejilla. Murmuré junto a su oído, casi arrullándolo con mis labios: ¿Qué te sucede, amor? Dime lo que te pasa por la cabeza, por muy grave que sea.

En aquel momento, conociendo su gesto y reacciones habituales, sabía que pasaba algo grave. Pensé en una enfermedad en su familia, tal vez su tío, o su padre. Pero no era eso, mi esposa lloraba a causa de mi desafortunada frase acerca de no entrar en ningún gasto nuevo.

Me parece que vamos a tener un gasto muy grande los próximos meses, me confesó Marga, contrita, Algo con lo que aún no contábamos. La miré y tragué saliva. Mi cabeza daba vueltas pensando qué podía ser. Tal vez se habían estropeado las incubadoras de la granja o se había presupuestado alguna reparación de la que aún no me había hablado. Dime la verdad por favor, demandé, Me tienes en ascuas. Ella abrió los ojos y disipó de un plumazo mis dudas. El gasto sería grande, sin duda y nuestras vidas iban a cambiar mucho en los siguientes meses y años, tal vez para siempre, pero no tenía nada que ver con la granja. Bien mirado, ni siquiera era una mala noticia:

Estoy embarazada, dijo Margaret, lanzando un suspiro y mirándome de hito en

hito. Yo, por un momento, me quedé helado. Aún faltaba un año o dos para la fecha que había evaluado adecuada para tener mi primer vástago. Pero bueno, no todo en la vida es ordenación, no todo en la vida es cálculo. En aquel momento lo comprendí. Porque el Heinrich que yo creía que era, debería haberse enfadado por aquel error en mis apreciaciones, por no haber tenido el bastante cuidado en mis relaciones esporádicas con mi esposa. Y todavía tendría que haberme enfadado más conmigo mismo por la necesidad de rehacer todos mis cálculos de gastos, o por tener que acelerar mi ascenso en el partido pidiendo favores a todo aquel que me los debiera. Pero, muy al contrario, en lugar de triste, me sentía eufórico, y comencé a cubrir de besos a mi Marga mientras le repetía al oído cuánto la amaba.

Creo que aquel, en el ámbito personal, fue el mejor momento de mi vida.

Jorge Luis lleva un rato taciturno, distante. Es como si no me hubiese escuchado hablar durante la última media hora, aunque he visto cómo fruncía los labios cuando he hablado de la raza, del espacio vital, de los judíos o del enfrentamiento entre el Reich milenario y el capitalismo.

Pero mi interlocutor tiene la cabeza en otra parte. A veces se vuelve hacia esa esquina de la celda, en la convergencia de los dos muros, que hace rato señaló al decir «él piensa», como refiriéndose a una persona que no vemos, pero que de alguna forma se halla presente. Está siendo una larga noche llena de misterios que, por suerte, toca a su fin.

Ahora mismo está vuelto hacia ese rincón en el que no hay nada y en el que, por lo tanto, puede habitar cualquier cosa que imaginemos. Pero me equivocaba al pensar que no me ha prestado atención mientras cavilaba sobre sus propios misterios. En un tono de voz tal vez demasiado grave, como si le costase hablar, dice: Para mí esa intimidad que me contaba con su esposa es algo abyecto, desagradable. No me gusta la idea de mi propia desnudez, tanto menos de la cercanía de otro cuerpo desnudo. Los olores, los humores, el sudor, la acidez de la piel o la mera visión del propio sexo o del ajeno... me repugnan. No es un pensamiento hermoso.

Y vuelve desde la memoria a describir a aquella prostituta suiza que lo desfloró sin caricias ni ternura, a base de la fetidez hedionda de la maestría en el oficio, condenándolo a ser lo que es ahora, un hombre sin cuerpo, solo cerebro y caminos tortuosos, senderos que se bifurcan. No obstante y por una vez, estoy completamente de acuerdo con él. El coito es algo a menudo repulsivo, lo contrario del amor. La penetración y sus preliminares es un festival de degradación que siempre me ha repelido. Solo con tu amante puedes ser algo más liberal en tus gustos y dejarte llevar. Vale la pena intentar disfrutar un poco del sexo, pero siempre con mesura. Con la propia esposa debe uno mantenerse siempre en los límites de la decencia. El hombre que escribió el diario de tapas blancas era sensual y casquivano. El hombre que sobrevivió, el de tapas rojas como la sangre, odia todo contacto íntimo con su mujer que no sea para procrear. Tener hijos para expandir la raza es clave. Contra más hombres infectados por el Reich de los mil años, más sobrevivirán para la jornada de nuestra victoria futura.

Expreso esta idea en voz alta, torpemente, defendiendo que solo fornico con mi

esposa para tener descendencia racialmente digna. Pienso por un momento que Jorge Luis me va a entender, pero aunque a menudo creo que voy a ser capaz de transmitirle la esencia de mis reflexiones, siempre se escapa toda comprensión en la hora final. Hay un muro que nos separa. Soy un hombre retorcido que trata de entender y hacerse entender por un tipo inteligente. Toda similitud es apariencia, y así, toda comprensión es incompleta, porque carezco de plataformas reales para edificar un edificio con aquello que percibo del escritor, que en este momento apunta algo en su libreta y se opone a mi aserto: Tener hijos es una abominación, porque multiplican el sofisma que es este mundo, la mentira del mundo real que percibimos. Así, los nazis quisisteis multiplicar con vuestro racialismo esos ideales oscuros de semillas negras y destrucción. Pretendíais que todos los espejos reflejasen el rostro del Führer, que presumo que también es el tuyo.

Una vez más, aunque comenzamos el camino de la mano, acabamos en extremos opuestos. No, Jorge Luis y yo jamás nos entenderemos. Por fin lo veo claro. Pierdo el tiempo hablando y contando mi vida a un hombre que no es mi notario, ni siquiera alguien que interpretará mi historia para que su relato refleje fielmente el nazismo. No estamos hechos para compartir espacio, universo, celda ni laberinto.

Vuelven a llamar a la puerta. Alguien que está al otro lado grita que necesita entrar, en ese momento, sin dilaciones. Me incorporo y camino lentamente hacia la puerta. Recojo del suelo la muela que se me cayó hace un rato y la guardo en un bolsillo.

Jorge Luis tenía razón. Tenemos poco tiempo. Pronto amanecerá y todas las mentiras que flotan en la ciénaga del pasado saldrán a la superficie, hinchadas, comidas por los gusanos y apestando a podredumbre.

Con la mano abierta avanzando hacia el pomo, continúo mi relato:

20. Paternidad

La próxima llegada de mi hijo lo trastocó todo. En las siguientes semanas, meditabundo, detuve mi constante ir y venir de la granja a la sede del partido, y de la sede del partido al próximo mitin, al siguiente discurso. Estuve un tiempo paseando por los alrededores, cuidando de mi hacienda y tomando mi decisión: ¿Cuál debía ser mi futuro dentro del nazismo? Lo que tenía claro era que mi destino estaba ligado al de Hitler y que solo junto a él alcanzaría la grandeza y, a corto plazo, que era al fin y al cabo de lo que estábamos hablando, el dinero que necesitaba urgentemente en mi vida.

Hacía ya un tiempo que combinaba mis últimos trabajos al frente del sector agrario del partido con la dirección de la propaganda y con el puesto, hasta ahora honorífico, de lugarteniente o segundo al mando de las SS. Por entonces las Escuadras de Protección estaban dirigidas por Erhard Heiden, un tipo mediocre que no merece mayor comentario. De todas mis labores, era la menos importante, ya que en ese momento las SS eran solo un puñado de hombres, apenas un centenar, cuya misión era constituir la base de la futura guardia personal de Adolf Hitler. En realidad, la idea era proteger también las diferentes actividades del partido, incluyendo procesos electorales, asambleas o discursos, pero esa labor la llevaban ya a cabo las SA o Secciones de Asalto, por lo que la función de las SS era tan abstracta y dispersa que, *de facto*, mi cargo en ellas era algo más nominal que otra cosa.

Por supuesto, y aunque yo estuviera muy ocupado en mis otras tareas dentro del partido, el que aquel pequeño corpúsculo de hombres tuviera una función tan poco definida y apenas sirvieran para nada, no era en absoluto de mi gusto. En mis ratos libres, con mi meticulosidad de costumbre, comencé a reorganizar las escuadras. En pocas semanas conseguí que aquel grupo de hombres se pareciera a un cuerpo militar y, con motivo de una visita a Hamburgo para reclutar nuevos SS entre las élites raciales, le mostré mis avances a Adolf Hitler en persona. Se encontraba en la ciudad porque iba a dar un discurso aquel fin de semana. Me pareció una oportunidad perfecta para hacerle notar mis progresos y mi capacidad organizativa. Yo no formaba parte de su círculo íntimo y, en realidad, jamás formaría parte. Nunca mariposé a su alrededor como Goering, Bormann, Eva Braun y el resto de personajes que con el tiempo vivirían con él en la Guarida del Lobo y el complejo de Berchtesgaden. No soy muy amigo de convertir la vida privada en un festival y prefiero mantenerme en un discreto segundo plano. Eso sí, cuando con el tiempo mis obligaciones hicieron que mis visitas a aquel lugar fueran obligadas, lo hice en compañía de mi secretaria y amante Hedwig Potthast, la muchacha que finalmente elegí para hacerme compañía y disfrutar de un poco de buen sexo. No voy a detenerme a describir ni por qué la elegí ni su función en mi vida, es un asunto sin importancia. Sencillamente lo hice. Lo que cuenta, una vez terminada esta digresión, es explicar aquella conversación con Adolf Hitler, que me llevó a comandar las SS.

He oído hablar mucho de usted, me comentó el Führer, saltándose cualquier protocolo. Vino a mi encuentro y me estrechó la mano afectuosamente. Sonreía de una forma enigmática. Era la sonrisa del que se cree más inteligente que nadie. Era mi propia sonrisa.

Espero que bien, bromeé, y Hitler se echó a reír. Luego me indicó una mesa en el centro de la habitación y tomamos asiento. Habíamos coincidido en diversos actos del partido en los últimos tiempos, pero aquella era la primera vez que hablábamos cara a cara.

Así que está reforzando a las SS, *Herr Himmler*, comenzó el Führer, Eso me llena de orgullo. Un trabajo loable, especialmente después de sus esfuerzos en secciones como la propaganda y la política agraria.

Hitler tenía una memoria prodigiosa, y era capaz de recordar hasta a los miembros menores de todas las secciones del partido, incluyendo sus asignaciones y los años que habían servido en cada una de ellas. Como siempre he dicho, se trataba de un hombre con muchas virtudes al que los libros de historia jamás harán justicia. La mayoría creerán que era un monstruo, unos pocos un genio. Y fue un hombre muy notable que tuvo la suerte de encontrar a un gran hombre como yo en su camino.

Ahora estoy, en efecto, reclutando nuevo personal para las Escuadras de Protección, mi Führer, le corroboré, Quiero convertir a las SS en el principal apoyo a su causa. Ah, ¿sí?, Hitler volvía a mirarme con esa sonrisa de superioridad. Así que yo borré la mía y compuse el gesto entregado de cordero de Goebbels y tantos otros. Las Escuadras de Protección, comencé, subiendo un punto el tono de voz, Pueden ser un ejército paralelo al servicio personal de usted, mi Führer. El ejército alemán se sirve a sí mismo y a esos Junkers prusianos. La Secciones de Asalto y otros brutos paramilitares son demasiado primitivos para servir a nadie. Pero yo puedo formar a las SS en los valores raciales de nuestra lucha, elegir a los arios más puros para engrosar sus filas y que vea la luz una tropa de superhombres que lidere la Alemania del futuro, siempre al servicio de su designio.

Hitler se sorprendió de mis palabras. La mayor parte de los corderos que le seguían eran hombres de un nivel cultural sensiblemente inferior a él. Incluso algunos se hacían pasar por más tontos de lo que en verdad resultaron ser finalmente. Pretendían ensalzar la grandeza y superioridad del líder, ganarse su confianza a base de lisonjas y genuflexiones (mi padre habría entendido esa forma de actuar). Pero yo, durante aquella conversación, me puse a su nivel, le hablé del racismo, del darwinismo social y porqué la raza aria culminaría la evolución de las especies destruyendo al resto de simios inferiores. Luego abordé el tema de la necesidad de cambiar la mentalidad de los jóvenes quemando libros en hogueras sacrificiales, destruyendo todo arte que no fuera fruto de seres racialmente dignos; más tarde saqué a colación la Conspiración Jesuita y cristiana que, aliada con las plutocracias occidentales, pretendía destruirnos. Hitler parecía encantado de tener un interlocutor que hablase su mismo idioma y comprendiese sus obsesiones. Al cabo de una hora,

nos habíamos hecho amigos. La parte cerebral del Führer comprendió que en mí tenía «casi» un igual, un cordero que podía entender sus propósitos más ocultos y llevar a cabo las tareas más sucias, aquellas que manchaban las manos. Las SS se encargarían de esas tareas sucias, terribles, pero necesarias para el triunfo del Reich: los campos de concentración, las matanzas indiscriminadas o la experimentación con seres humanos. No se puede eliminar o esclavizar a todas las razas de un planeta sin teñirte de linfa de la cabeza a los pies. Y yo me bañaría en ella si era necesario.

Aquel día, Hitler y yo sellamos nuestra alianza: si llegaba el día de nuestra victoria, primero en las elecciones, luego en los campos de batalla... entonces las SS mostrarían todo su potencial, convertidas en la punta de lanza del Reich.

Porque el Führer se había dado cuenta que yo era el hombre perfecto para esa misión y las SS mi instrumento.

Una semana después, Hitler destituyó a Heyden y me nombro a mí *Reichsführer* SS o comandante en jefe de las escuadras de protección. Oficialmente, se destituyó al anterior jefe por razones personales, porque el hombre al parecer necesitaba un descanso. Yo conocía lo bastante bien a Adolf, después de haberlo observado con atención durante años (y no haber tenido jamás con él una larga conversación a la espera de la definitiva), como para saber la importancia que le daba a confiar ciegamente en un hombre. Yo le había convencido de que formaba parte de su destino magnífico y, en realidad, estaba en lo cierto. El destino de ambos era el mismo. Aunque en realidad era él quien formaba parte de mi destino: el plan que yo había diseñado años atrás, mi plan secreto, comenzaba aquel día que me hice cargo de las SS. Incluso el mismo designio del Führer, en último término, y la guerra mundial que acabaría provocando, estaban todos al servicio de mi sueño.

Porque Hitler fracasaría y mi plan secreto terminaría triunfando.

Pero estoy adelantando acontecimientos, llevándome de nuevo por la digresión. El día que me hice cargo de las SS, revisé los avances que yo mismo había hecho en aquellos meses de nuevas adquisiciones y descubrí que, incluso en aquel momento, no éramos más que doscientos cincuenta los miembros de las escuadras de protección. Me puse manos a la obra: tenía que demostrar al Führer que la confianza que había depositado en mí estaba justificada, que iba a convertir realmente a las SS en la organización más importante, primero del partido nazi, y después del futuro Reich de los mil años.

Y convertiría a las SS en un ejército en sí mismo, en el grupo armado y militar más temible del mundo y de la guerra mundial; incluso antes del estallido de la misma éramos un ejército en pie de guerra, siempre preparados, juramentados para dar la vida por Hitler y por Alemania.

Precisamente por aquel tiempo, a mediados de 1929, comenzaron las negociaciones para que Goebbels se hiciese cargo de la propaganda y sustituyese a Gregor Strasser. El mayor de los hermanos Strasser, de hecho, era una figura más bien política y todos sabían que la propaganda estaba en realidad en mis manos, por

lo que fui yo quien me encargué de la transición. A finales de año, estaba ya todo listo, aunque la toma definitiva del cargo por parte de Joseph no sería hasta cuatro o cinco meses más tarde. Permanecí todavía un tiempo como su segundo y Goebbels fue lo bastante estúpido como para no ver mi mano detrás de su nombramiento. De hecho, me miraba con superioridad, considerándome, como cuando nos conocimos tiempo atrás, como un tipo trabajador con unas ideas demasiado raras, a las que no prestaba demasiada atención. A mí, pese a todo, Goebbels me gustaba porque haría bien su labor, siguiendo las directrices clandestinas que yo había hilvanado para que la propaganda se convirtiese en el centro de la vida política del ciudadano del Reich. Mientras, me encargaría que las SS fuesen en el centro de la vida militar y racial. De esta forma, estaría al mando de la columna vertebral de Alemania, sin que nadie más que Heinrich Himmler se diese cuenta.

Mi hija Gudrun nació en agosto. Fue una señal de buen augurio. Apenas dos semanas después, en las elecciones de 1930, el partido nazi dio el salto definitivo hacia el parlamento alemán, consiguiendo más de cien escaños. Yo mismo me convertí en diputado, alcanzando por fin el sueldo necesario para mantener a mi familia con la holgura que se merecían.

Por aquel tiempo, presenté mi renuncia como segundo en la sección de propaganda. Le dije a Goebbels que mis deberes al frente de las SS y mi nueva tarea como parlamentario, me impedían continuar al frente de ningún otro servicio. Él lo entendió y nos despedimos estrechándonos las manos. Te deseo suerte, Heinrich, me dijo. Seguía pensando el muy iluso que yo era un secretario, una figura menor, y que mi ausencia no sería notada. No podía imaginar que no sería notada porque todo lo había sido organizado meticulosamente para que la propaganda fuese aprovechada por un hombre brillante, pero sin designio, como era Goebbels. Ha sido un placer trabajar a tu lado Joseph, repliqué, levantando el brazo en alto y haciendo el saludo alemán: *¡Sig Heil!*

Al terminar la jornada regresé a casa para pasar el fin de semana junto a mi mujer y mi hija. La granja estaba solo a unos kilómetros de Munich y el viaje desde Berlín a Waldtrudering fue muy tranquilo. Recuerdo que veía pasar los campos y las carreteras como en un sueño, con la sensación de que había terminado otra etapa de mi vida para comenzar mi ascenso a la cima, la victoria final que haría de mí un hombre inmortal. Mi plan se cumpliría y al final todo tendría sentido. Pero hasta que llegase ese momento podría disfrutar de una vida personal plena junto a mi familia. Hasta el hombre más inteligente, hasta el guerrero más esforzado, Aníbal, César, Federico el Grande, ponédle el nombre que gustéis, necesitaba descansar de sus obligaciones. Y cuando llegue a casa me refugié en los brazos de mi esposa. Juntos, de la mano, caminamos hasta la cuna de Gudrun, que babeaba en sueños.

Pareces muy cansado, me dijo Margaret, tomándome de la mano. Lo estoy, reconocí. Pero viendo a la pequeña me parece que todo tiene sentido.

Nos abrazamos. Ella pensando en nuestro amor y en nuestra hija recién nacida, yo

recordando mi libro de cabecera, «El arte bajo el signo de la nada», aquel libro que rescaté y luego quemé para mi propia regeneración y también la suya, convertido de libro terrenal a símbolo en mi memoria. Es curioso cómo dos personas pueden tener una visión contrapuesta de un mismo instante que comparten. Marga siempre vincularía aquel recuerdo a nuestra vida marital; mientras, yo pensaba en Hegel y su *zufälligkeit* o casualidad-contingencia. ¿Mi vida toda, en tanto que obra de arte, hasta aquel preciso instante, había sido una suma de casualidades o una suma de mis manipulaciones? Y, en último término, ¿hay manipulación si nadie más que yo llega nunca a darse cuenta de que lo manipulo? Para Hegel, lo más importante era la otra persona, la que nos contemplaba, la que veía el fruto de la manipulación y, al contemplarlo y asimilarlo, lo volvía real.

Soy el artista de la tortura, el torturador filósofo que muere y morirá mil veces para dar vida a mi plan, dije entonces en voz alta, sin darme cuenta, o acaso para que la observación que seguiría de Marga volviese mi plan y mi manipulación real.

¿De que hablas, Heinrich?, dijo entonces mi esposa, según yo había anticipado. Estaba observándome, extrañada. Me excusé, encogiéndome de hombros: Pensaba en cosas del partido, de Alemania, del Reich de los mil años que se avecina, de nuestro futuro. Y añadí: Perdóname, cariño, a veces me cuesta dejar atrás el trabajo.

Marga sonrió, comprensiva. Besó mi frente y luego se inclinó para besar a Gudrun también en su frentecita.

Creo que ese sencillo acto de amor inconsciente, de azar y de contingencia, nos volvió por un momento plenamente reales a ambos.

Esta casualidad es (incluso en la etimología alemana de *zufälligkeit*) ruina, ruina y destrucción de todo el pasado. Pero aquello que se está moviendo es una vez más la dialéctica misma de la liberación y de aquella conciencia desgraciada que Hegel reconocía en la vida de su tiempo, en la substancia hecha objeto, en un sujeto que muere para librar al hombre de la muerte y dar, en un segundo nacimiento, la verdad y la conclusión de la autoconciencia y de la acción humanas.

(EL ARTE BAJO EL SIGNO DE LA NADA)

En mi celda, tiene lugar una curiosa escena. Sigo con la mano extendida, rozando el pomo de la puerta. A intervalos, el primero de la cola de mis infamadores, golpea con sus nudillos la madera exigiendo su oportunidad de conocer al monstruo. Jorge Luis, detrás de mí, contempla la esquina de la celda, ahora a mi izquierda, aquella en la que hay o podría haber alguien al que no vemos. Murmura en voz baja algo sobre laberintos y perspectivas que acaban de invertirse. Luego, en voz alta comienza a hablar de Schopenhauer, en particular sobre la interpretación de los hechos históricos como una ficción. Yo prefiero a Hegel, anuncio, un poco por seguirle la corriente. No me parece aquel un momento adecuado para iniciar una discusión sobre filosofía, aunque haya sido yo el que haya sacado a colación a Hegel y su zufälligkeit. Por supuesto que prefiere a Hegel, y supongo que aún más a Nietzsche, espeta Jorge Luis, como si aquello fuese una afrenta. Y luego añade que hace tiempo que renegó de Nietzsche, aunque yo sé que miente, lo niega porque los nazis lo hemos elegido (utilizado, malinterpretado) para nuestra causa.

Y entonces, la discusión filosófica termina tan abruptamente como comenzó. Mi interlocutor se lamenta: En este lugar puedo escribir con un rayo de luz de luna sin temer a que me duelan los ojos, enfermos crónicos, que arrastran ya demasiadas operaciones. Debí sospechar hace tiempo que algo no andaba bien. Debí sospechar que no era usted el único engañado en esta sala.

Jorge Luis sufre una grave enfermedad hereditaria ocular que ya dejó ciego a su padre siendo muy joven. Pero ¿por qué conozco esa historia? Él no me la ha contado. Remuevo la cabeza, tratando que las últimas piezas de este enigma encajen. Voy a abrir la puerta, anuncio en voz tan alta que hasta cesa el repiqueteo de los nudillos, al otro lado del batiente. No lo hagas, me ruega Jorge Luis. Pero yo insisto: Tengo que hacerlo. Afuera está mi destino.

Jorge Luis asiente: Los pasos del hombre, su destino, forman un dibujo secreto que solo conoce Dios.

Yo estoy desandando ese dibujo secreto, replico, Y esto es así porque mi plan, también secreto, está a punto de ver la luz. Y, como ya te he dicho, es un plan digno de un Dios.

Abro la puerta.

¡Por favor!, está gimoteando el hombre delgado del pelo revuelto y la nariz

aguileña. Es el mismo judío de antes, ese que repite «Si esto es un hombre», una frase que ahora cobra significado. Cuando me ve aparecer en el dintel de la puerta, da un paso atrás. No me esperaba a mí sino por tercera vez a Jorge Luis. Se calla. Pronto será tu turno Primo Levi, le explico, Pero aún debes esperar un poco.

El hombre, un judío sefardí italiano, parece anonadado. ¿Cómo sabes mi nombre?, demanda, estupefacto. Siempre lo he sabido. Lo había olvidado, pero ahora lo recuerdo todo, replico, y luego, volviéndome hacia el interior, añado: Vamos, Borges, vamos a dar una vuelta por el resto de estancias de este laberinto antes de que te marches.

Y Jorge Luis Borges se incorpora del lecho, descubriendo que no se hallaba sobre el jergón, como siempre había pensado, sino sentado en una silla junto al alféizar de la ventana. Ha estado toda la noche contándole su historia a un tercero, un tipo que escribía frenético en un cuaderno que lleva por título: La noche que Himmler NO conoció a Borges.

Pero ahora ese tercero no está, se marchó por la intersección de nuestros dos universos, en la esquina de esta habitación compartida.

Juntos, Borges y yo, salimos unos segundos después de la celda, y alcanzamos el pasillo, un punto del espacio que contiene todos los puntos, incluso los imaginados.

El zufälligkeit hegeliano. El reino de la contingencia, le explico, temblando de miedo y expectación.

Pero Borges niega con la cabeza: No, es el Aleph, me anuncia.

21. ¡El intelectualismo ha muerto!

Antes de iniciar nuestro camino por este lugar, sea lo que sea, debo llegar al final de mi historia, señor Borges. No resta demasiado.

Entre 1930 y 1945 pasaron muchas cosas, pero ninguna trascendental. Todo lo importante había sucedido antes: el maltrato de las potencias occidentales a Alemania (que provocó el auge de la ultraderecha y con el tiempo la llegada del nazismo al poder), el nacimiento de la semilla negra en los corazones de todo un pueblo y, finalmente, el diseño de mi plan secreto. Más tarde, solo se fueron cumpliendo los plazos camino de una destrucción en forma de guerra mundial que tuvo muchos padres, tantos, que ahora todos piensan que es huérfana. Bueno, en realidad, siempre tendrá un padre reconocido: el Führer.

Pero sí algo ha entendido en todo lo que llevamos hablado, sabrá que yo soy el verdadero rostro del nazismo. Hitler quería conquistar el mundo por las armas, y estaba condenado a perder. Yo fui quien nos hizo grandes en la derrota, quien hizo del nazismo un anatema por medio de las SS. Yo ordené (a través de Heydrich, como siempre delegando en subalternos sádicos y brillantes) el exterminio de los judíos y de otros subhumanos. Yo convertí los campos de concentración de centros de reeducación (lo que originalmente eran, aunque pocos lo sepan) a cámaras de gas y hornos crematorios para millones de seres inocentes. Yo hice que el mundo entero odiase el racialismo del Tercer Reich, que las generaciones del futuro tiemblen cuando oigan la palabra «ario» o «nazi» o «SS». Yo, cuando me di cuenta que nunca seríamos ángeles, dejé que demonios como Mengele, Eichmann o Dirlwanger convirtieran nuestra cruzada en el momento histórico más odiado por los hombres del futuro cercano. Yo convertí nuestra cruzada racial en algo tan monstruoso que jamás nadie podrá olvidarlo.

Siempre he sospechado que el nazismo buscaba su propia derrota, interviene Jorge Luis, Había llegado a pensar que era Hitler quien, acaso de forma inconsciente, se enfrentaba a un molino de viento tras otro, esperando que una aspa lo arrastrase por fin hacia el abismo. Ahora veo que me equivocaba de hombre.

En efecto, era yo quien, como siempre, manejaba los hilos, le informo.

Se hace el silencio. Estamos ya acostumbrados a ellos. En muchas ocasiones nos hemos mirado el uno al otro, airados, fascinados, exaltados, interrogantes... a lo largo de esta noche interminable. Este, por suerte, es el último de nuestros silencios. Jorge Luis, temblando como yo en el mismo centro de un pasillo sin final, abre los brazos: ¿Y bien? ¿Cómo acaba tu relato?

Nunca acaba, en realidad, pero si he de componer un final que haga entendible mi lucha personal y sus efectos en el pueblo alemán, te voy a hablar de algo que sucedió en el año 1933. Se trata de un suceso del que no soy responsable directo pero que me llenó de orgullo, porque me demostró que la semilla negra había anidado en los corazones de los alemanes, que estaban preparados para el sacrificio de la guerra mundial y mi plan secreto.

Pasó en mayo, no recuerdo exactamente qué día. Todos los líderes nazis andábamos de un lado para otro, embarcados en las mil obligaciones provocadas por nuestro ascenso al poder. Entonces, diversas asociaciones de estudiantes organizaron una gran quema de libros. Miles y miles de volúmenes ardieron en las calles de diversas ciudades. Literatura judía, americana, antialemana... degenerada, en una palabra, que es como denominábamos a este tipo de arte. Me llamó la atención que la juventud, bombardeada por los ideales raciales desde la radio, decidiera que la mejor manera de servir a la semilla negra era montando grandes hogueras donde quemar libros. Aquellos jóvenes eran pequeños Heinrich, una generación entera dispuesta a seguir mis pasos, a enfrentarse a la dualidad en sus corazones. Antes habían sido personas normales, ahora serían nazis. Y en el proceso, debían quemar cualquier libro que animase al ser humano a emprender el camino hacia la libertad. Comenzó con ese gesto aquella nueva época de oscuridad.

El fuego purifica, creo que musitaba para mí mismo, mientras me daba un paseo por una de las plazas, columnas interminables de estudiantes arios lanzaban novelas, revistas, tomos de enciclopedias y periódicos, a un altar hecho de palés de madera, que ardía en una espiral de llamas devoradoras. Todo puede arder cuando se quiere destruir la individualidad de los hombres y convertirlos en masa nacionalsocialista. Fue una noche de revelaciones. Con la muerte de los libros desaparecía la libertad del hombre medio. Era el mismo camino que había tomado yo cuando asesiné al Heinrich individual (de tapas blancas) y lo sustituí por el Heinrich ciudadano racista ejemplar (el de tapas rojas).

Al fondo, el doctor Goebbels, subido a un estrado, rodeado de paramilitares de las Secciones de Asalto (los más brutos entre los brutos del nazismo), gritaba consignas: ¡El intelectualismo ha muerto! ¡Viva el arte alemán! ¡Viva el arte del pueblo!

Habíamos vencido. La patria nos seguiría hasta la victoria final o la aniquilación completa.

Acaso hasta ambas.

EPÍLOGO:
El plan secreto
(24 de mayo de 1945)

Nos hallamos en un laberinto formado por un sencillo corredor en línea recta. A nuestra espalda hay una legión de hombres, la mayoría judíos, esperando su turno para iniciar un viaje de expiación a mi lado. El primero de ellos es un antiguo preso de campos de concentración llamado Primo Levi; detrás se encuentran Paul Celan y Jean Améry, que se han ganado ese lugar por derecho propio con su sacrificio. Ahora mismo regreso, les anuncio, con voz suave, y mis infamadores asienten con la cabeza. Luego, Borges y yo nos volvemos hacia el inicio del laberinto contemplando ese pasillo infinito, en línea recta, que se pierde en la lejanía.

Este lugar es hoy, en este día y solo por este día, el hilo de Ariadna, el dibujo secreto de Dios revelado, me informa Borges, extendiendo la mano, Y lo conforman veintiuna habitaciones donde se está narrando cada capítulo de la historia de la vida de Heinrich Himmler. Esa historia que acabas de contarme.

Caminamos por el pasillo, de muros de piedra altísimos e insondables. A un lado, el derecho, está mi historia, desde que era un niño en la puerta uno, hijo del silencio en la dos, semilla negra en la siete, apestado de amor en la diez, seguidor de Hitler al llegar a la trece, amigo y enemigo de mi padre en todas, pirómano de libros y de almas, esposo de Marga, padre de Gudrun y *Reichsführer* de las SS. Finalmente, el creador del plan secreto. Al otro lado estás tú, ¿no es verdad?, pregunto a Borges, tuteándole por fin, porque no tiene sentido seguir disimulando que somos dos cuando siempre hemos sido uno, Ahí estás, de vuelta a casa tras pedir la mano de tu enamorada y saberte rechazado, comenzando un cuento que se llama Réquiem Alemán, al menos comenzando a pensar en él. Y entonces recibes la visita de alguien que ha penetrado en tu laberinto como tú lo hiciste en el mío. Así es como esta historia que somos comenzó, páginas atrás, aunque el lector no pudiera saberlo.

Una de las puertas de la derecha está abierta, y entrevemos a Jorge Luis asomado a una ventana de la casa familiar de la calle Tucumán, mientras un escritor en la sombra escribe una novela llamada «La Noche Que Himmler NO Conoció a Borges». Un escritor al que Jorge Luis no puede ver con claridad, y solo intuye su mano sobre el papel, iluminada apenas por un esquivo rayo de luna. ¿De verdad nunca nos conocimos en el mundo real, Heinrich?, pregunto, casi con temor a la respuesta. No, replica Borges, Pero creo que lo imaginado es más real que la vida misma. Por lo que bien podemos estar conociéndonos en este instante.

Por fin estamos plenamente de acuerdo en algo.

Y seguimos avanzando por este laberinto infinito en línea recta, lo menos complicado posible y por ello mismo imposible de resolver, ya que es un laberinto formado por teselas del tiempo y no por muros reales, torres tangibles o altos setos. Caminamos a buen paso hasta llegar a la última sala, una que no está numerada. Nos asomamos y contemplamos a Heinrich Himmler en calzoncillos, rodeado de soldados y de un médico que quiere, a toda costa, obligarle a una revisión de cavidades corporales. Estamos de vuelta al día que me llevaron detenido a Lüneburg.

Yo, que he sido uno de los hombres más poderosos de la tierra, no iba a permitir

que me vejase físicamente, que me metieran los dedos por..., mis palabras, guiadas por la furia del recuerdo, se detienen bruscamente, saco el diente que guardo en uno de mis bolsillos, Suelto un bufido y prosigo: Así que lo hice. Supe que me arrastrarían a la ignominia para luego juzgarme, paseándome enjaulado como los Cónsules romanos hacían con los jefes enemigos derrotados en las calles de Roma. Total, para colgarme de una soga tras unos meses asistiendo a un tribunal que ya me había condenado desde antes de que comenzase la vista. No necesitaba seguir viviendo una existencia que era ya totalmente predecible y, por tanto, peor que la misma muerte.

Borges coge mi muela y mira el agujero de la corona. Con una uña roza el esmalte. ¿Qué había dentro, Heinrich?, pregunta. Una cápsula de cianuro, le revelo. Borges asiente: Ah, claro.

Heinrich Himmler, al menos alguien con mi rostro, aún en calzoncillos y camiseta, está en el suelo del dispensario del cuartel general de Lüneburg. Se contrae entre los estertores de la muerte mientras la ponzoña se extiende por su cuerpo. Lo que no entiendo es por qué se me está endureciendo la cara, me pregunto, dando la espalda a una escena que no necesito seguir viendo. Me toco las mejillas, que parecen hechas de piedra. Me duele hasta hablar, pero yo, que tantas veces he defendido el valor del silencio, no estoy preparado para callar, para decir adiós. No todavía.

Tal vez por eso sigo aquí.

Fue después de tu muerte, me explica Borges, Los aliados hicieron una máscara mortuoria a partir de las facciones contraídas por el envenenamiento. No lo puedes recordar porque sucedió horas después de que fallecieras.

Los aliados, no me cuesta adivinarlo, tenían miedo de que los últimos nazis (o los nazis del futuro) convirtieran mi enterramiento en lugar de culto y peregrinación. Por ello optaron por enterrarme en secreto en un lodazal perdido de la mano de Dios o algún lugar por el estilo. Pero para probar mi muerte más allá de toda duda tuvieron que hacerme fotos, tomarme huellas y elaborar una estúpida máscara mortuoria que me ha perseguido hasta aquí. Ahora lo entiendo.

Bueno, todo queda explicado, observo, cabizbajo. No todo, argumenta Borges, Queda saber, más allá de su forma externa de laberinto infinito, dónde estamos realmente. Cómo hemos entrado en el Aleph, este lugar que es todos los lugares y ha tomado la forma que hoy necesitamos. Pero ¿qué forma y por qué?

Y entonces me explica que, a su juicio, hay tres soluciones (más una no solución) a lo que vemos: 1- Jorge Luis Borges ha conseguido llegar desde Argentina para entrevistarme y estas imágenes de Lüneburg que vemos ahora son una pesadilla de mi mente tras una larga noche de vigilia y conversación. Luego ahora estoy dormido. O tal vez Jorge Luis haya venido en sueños. Luego siempre he estado dormido. Aunque, en cualquier caso, realmente Jorge Luis se halla presente como escritor y como hombre, sea como entidad real (de carne y hueso) o en sueño (el otro Borges). 2- Me hallo en el infierno y mi penitencia es toda una eternidad de dar explicaciones a

judíos que me detestan, a gente que no entiende por qué hice lo que hice y acuden a un calabozo eterno para ultrajarme hasta el fin de los tiempos. 3- Estoy agonizando aún tras tomarme mi cápsula de veneno, y prefiguro literaria y éticamente el averno que me espera. Sueño al borde de la muerte y el sueño vuelve real mis fantasías. 4- Estamos, no en mi Aleph, sino en tu reino de la contingencia Hegeliano, y todo esto está relacionado, no con nosotros y nuestras biografías, sino con la muerte del arte y su regeneración.

Luego de oír las cuatro opciones, meneo la cabeza algo decepcionado. No vas a decirme cuál crees la verdadera de esa trinidad más uno, murmuro, Porque todas son falsas, si es que no vivimos una tautología. Tal vez podrías inventar una quinta opción, pero luego la negarías también. Ese es tu juego, Jorge Luis. Él lo reconoce: Así es.

Me revuelvo, cansado de tantos juegos, y pregunto: ¿Hay alguna verdad, si en sueños o libros que son como sueños las niegas todas? ¿Es esto que veo, o cuanto hemos hablado, cierto y real, después de todo? Borges se encoge de hombros: No hay verdad ni realidad, ni importa que las haya. Muchos nos acercaremos a tu biografía, a tus diarios de juventud (aunque solo ha sobrevivido el de tapas rojas) para entender el nazismo. Muchos más aguardan tras las puertas de esa celda imaginaria en la que pasas tus días. Tal vez solo seas un diario escrito por ti que leo en mi habitación mientras diseño un personaje, protagonista de mi relato, llamado Otto Dietrich Zur Linde. Y acaso esa sea la verdad, aunque es mucho más divertido deformarla.

No puedo aceptar fácilmente sus argumentos. Ya no.

Pero hasta eso es falso o es opinable, ¿no es así?, pregunto, aunque es más afirmación que otra cosa. Si no lo fuera, yo no lo diría y aún menos lo escribiría, responde Borges, y luego añade que estamos teniendo una experiencia metafísica, que somos aprendices de epistemólogos jugando a la literatura, y que esto es así porque la metafísica es una rama de la literatura fantástica, como toda su obra: Da igual cuál sea esta experiencia que hemos vivido, solo cuenta para mí que *Deutsches Requiem*, un nuevo relato de Borges, ya está perfilado en mi mente. Y me falta únicamente escribirlo, sacar mi *Requiem Alemán* de este pasillo en línea recta y traerlo al mundo de los hombres que leen mis libros.

Borges se vuelve y señala el lugar donde aún me retuerzo entre espasmos, mientras el coronel Murphy y el médico tratan de salvarme la vida. En el suelo de la enfermería, junto a mi cuerpo, puede leerse el principio de un poema que hasta ese momento me pasara desapercibido. Discurre como un laberinto desde las losas y luego asciende por las paredes y el techo. Toda la sala es un poema. Y reza:

EL LABERINTO

de Jorge Luis Borges

Zeus no podría desatar las redes
de piedra que me cercan. He olvidado
los hombres que antes fui; sigo el odiado
camino de monótonas paredes
que es mi destino. Rectas galerías
que se curvan en círculos secretos
al cabo de los años. Parapetos
que ha agrietado la usura de los días.
En el pálido polvo he descifrado
rastros que temo. El aire me ha traído
en las cóncavas tardes un bramido
o el eco de un bramido desolado.
Sé que en la sombra hay Otro, cuya suerte
es fatigar las largas soledades
que tejen y destejen este Hades
y ansiar mi sangre y devorar mi muerte.
Nos buscamos los dos. Ojalá fuera
este el último día de la espera.

Borges es el autor y yo, Heinrich Himmler, soy el minotauro que aguarda en el laberinto, la bestia que espera a Teseo y a través de él la muerte y la redención. Y esa es toda la verdad que deseo saber. Quiero volver a mi celda, pido entonces. Jorge Luis asiente y caminamos de vuelta sin volver la vista hacia mi vida pasada, que discurre ahora a nuestra izquierda. Tampoco hacia la derecha, a la larga noche de vigilia de Borges en Buenos Aires, mientras él tal vez me soñaba y un escritor del futuro le soñaba a él tal vez soñando. ¿Tienes aún curiosidad por saber cuál es mi plan secreto, mi victoria final en esta última hora?, pregunto de pronto, cuando alcanzamos la puerta de mi calabozo. Borges frunce el ceño: Si estás preparado para revelármelo, sí, por supuesto.

Pero Borges sabe que no le voy a dar todo el trabajo hecho. Le ofrezco pues un acertijo a alguien que ama los juegos de palabras por encima de todas las cosas. Él sabrá apreciarlo más que ningún otro. Y entono como si fuese un cántico: Que el cielo exista, aunque nosotros los nazis habitemos en el infierno. Ese es mi plan secreto.

Borges sonrío. ¿Me ha comprendido? No lo sé. De cualquier forma me pide permiso para usar la frase en su relato. Yo se la doy. Aunque no sepa los detalles del plan, intuí desde el principio que siempre quisiste perder la guerra mundial para provocar el advenimiento de Tlön. Eso que tú llamas secreto para mí nunca lo fue, me revela, cuando he atravesado el umbral de mi calabozo. Ha amanecido ya y la luz, retadora, llena mi celda. ¿Tlön?, pregunto. Jamás he oído esa palabra.

Borges ríe y me dice que siempre supo cuál era mi plan secreto, porque el nazismo, del que fui su máximo exponente, es como Tlön, un lugar cruel de su invención, un planeta ordenado a la fuerza, que integra raza y filosofía en una sola. Yo mismo he vaticinado, o vaticinaré, porque en este laberinto el tiempo no existe, murmura, mirándome sombrío, Que un día el mundo real sería Tlön. Ahora soy yo el que no entiende tus planes secretos, reconozco, estirando la mano. Tengo la vana esperanza de que me la estreche, de que me trate como a un ser humano, a su igual. Soy un monstruo, un minotauro, que ansía ser un hombre una última vez.

Pero no lo hace, y mi mano queda suspendida en el aire, testigo de mi derrota y mi desencanto. Borges, ajeno a mi dolor, me da la espalda y desaparece.

Entro en la celda. Primo Levi aguarda en el umbral de la puerta. Sus cabellos ensortijados y su mirada asesina, como de animal herido, me revelan que mi nuevo visitante no ha venido a charlar tranquilamente conmigo como Borges. Él ha venido a combatirme. Que así sea. Tengo tanto sueño..., murmuro con la cabeza apoyada en el cristal de la ventana, hasta cuyo amparo he regresado arrastrando los pies como el condenado camino del patíbulo.

Me siento en mi silla. Suspiro. El sol se eleva lentamente sobre este campo de prisioneros donde paso la eternidad. A lo lejos, arrían la bandera americana; tras ella, una bandera circular azul tachonada de estrellas, y luego las banderas del resto de países. Muchas las conozco. Otras son nuevas, estados que aún han de formarse,

naciones del futuro. Este fue mi plan desde el principio. Mi plan secreto, revelo, todavía en voz tan baja que sé que Primo no puede escucharme, Siempre supe que no podíamos vencer, que los nazis un día seríamos derrotados por la humanidad. Una sola raza no puede conquistar el mundo. Ese era el sueño de Hitler. No el mío.

«Mi sueño era más simple: Un mundo nazi. Si los nazis no estábamos en él resultaba un detalle menor en el marco de un concepto tan ambicioso. Si los germano nórdicos teníamos que ser los judíos del mañana para que los valores que yo diseñé triunfasen, era un sacrificio que estaba dispuesto a aceptar. Yo sabía que, terminada la guerra, los hombres que servimos al Führer seríamos demonizados para vehicular el Reich del futuro. Y cuando hay un judío, un terrorista, alguien a quien odiar, es cuando el nazismo surge por sí solo de los corazones de los hombres.

»Los asesinos nazis que me servían en las SS eran diminutos, funcionarios anónimos; solo yo soy importante, porque pergeñé el plan y los usé a todos para crear el Reich de los mil años de las ruinas de este pequeño Reich de Hitler. Porque hay un pequeño nazi en cada ciudadano. Ottos Dietrich Zur Linde cualquiera, como diría Borges. Y de ellos me valgo como un titiritero de sus marionetas.

»Yo he visto al mundo que nacerá de las ruinas de las derrotas de Alemania. Un lugar donde todas mis ideas serán implementadas.

»He visto un mundo donde los gobernantes no necesitarán quemar libros para imponer sus ideas porque en el mundo de idiotas que se avecina, habrá tanta información que la verdad de los libros será invisible.

»La radio y la televisión y otros inventos similares del futuro... reinarán, hijas predilectas de la propaganda para engañar a los ciudadanos que yo inventé. Y su uso y su mal uso alcanzarán las máximas cotas de perversión y de popularidad. Y finalmente hasta los libros que todavía se lean acabarán siendo también instrumentos del estado para crear idiotas, funcionarios anónimos, esclavos de los superhombres que los gobiernen desde los bancos, desde el capital, desde las filas de los parlamentos que nosotros los nazis llamábamos plutocracias. Desde el principio, la guerra mundial fue una batalla entre dos gigantes: El Gobierno Universal Económico y capitalista de las democracias y el Gobierno Universal de la Raza, que encarnaba el nacionalsocialismo. Al final, solo podía quedar un gigante en pie.

»El libro “El arte bajo el signo de la nada” me enseñó a vivir una vida de prueba como plataforma para una vida real satisfactoria. Pero yo fui más allá y diseñé una tiranía de prueba para Hitler, que sería la plataforma de todas las tiranías futuras. Infectaría con la semilla negra al gigante superviviente. Así, ganara quién ganase la guerra mundial, yo resultaría vencedor.

»Soy un genio. Y no me importa que la humanidad no lo sepa. Y ese, más que ningún otro, es el máximo exponente de mi genialidad. Soy el demonio humilde que vive en el laberinto: el último y verdadero minotauro.

»Que las plutocracias y los bancos habiten el Elíseo del Reich milenario mientras nosotros, los primeros nazis de Hitler, habitamos este infierno u otros que conciban

para nosotros y nuestra memoria. Tiene que haber yunques para que los martillos existan. Creo que esa frase también le gustaría a Borges. Pero que la rehaga a su modo. Él es más diestro que yo con las palabras y sabrá decirlas con toda la fuerza que a mí me falta».

Callo por un momento, pero sin dejar de pensar en ese mundo futuro que no podrá abandonar todo lo que han inventado los nazis, porque son inventos demasiados productivos, y la humanidad no puede olvidar los grandes logros, aunque sean terribles. Eso es lo que llaman progreso. Eso es lo que llaman civilización. Y esos hombres tan «civilizados», infectados por mí y por mi plan secreto, serán nazis sin saberlo. ¿Qué mayor victoria puede haber?

Y concluyo mi monólogo con solo un par de oraciones en voz alta: Tenías razón, Jorge Luis, cuando decías, que era parte de mi plan que perdiésemos la guerra mundial. Sin esa derrota, jamás habríamos alcanzado esta victoria tan magnífica.

Cierro los ojos. Estoy agotado. Ojalá pudiera dormir, aunque solo fuera un instante. Un instante. Eso es todo lo que tengo entre visita y visita. Ese es mi castigo en este averno particular donde habito. Al abrir de nuevo los ojos se ha hecho de noche. Y Primo Levi entra en la habitación.

Y yo hago ver que olvido, que solo soy un hombre.

Si es que esto es ser un hombre.

Si es que esto no es vivir como el minotauro, esperando eternamente que la muerte venga a liberarme. Pero cuando ya estás muerto eso es un imposible.

Y por tanto, todo vuelve a empezar.

Llevan horas, días... ¿semanas?, entrando y saliendo interrogadores de mi celda. Perdí la cuenta del número, creo que a la vez que perdía la noción del paso del tiempo. Solo sé que ahora es de noche. Me asomo a la negrura desde el alfeizar de la única ventana de mi calabozo. Veo apenas un fragmento de alambrada y, más allá, un paisaje oscuro e infinito, oculto bajo una luna extraviada. Un campo de prisioneros, supongo. Han debido trasladarme de nuevo. No lo recuerdo pero, a estas alturas, no creo que importe demasiado. ¿Usted también es judío?, le pregunto al hombre que acaba de entrar en mi celda. Lo soy, responde Primo Levi, hinchando el pecho, Y gracias a usted soy más judío y estoy más orgulloso de serlo de lo que jamás habría imaginado.

Primo se sienta en mi lecho, tan lejos de mí como le es posible. Lleva un pliego de hojas en blanco, el manuscrito aún por comenzar de una novela que quiere escribir sobre su estancia en los campos nazis de concentración. De momento solo tiene cinco palabras, que leo al revés desde mi atalaya junto a la ventana.

«Si esto es un hombre», reza el título.

No puedo dejar de sonreír cuando, levantando la vista sobre mi nuevo interlocutor, busco en el ángulo de la pared de enfrente un atisbo, una sombra de ese alguien que nos contempla desde el otro lado del espejo. Se trata de un nuevo escritor, de uno distinto al que soñaba con Borges, alguien de un futuro aún más lejano. Ese autor del porvenir se ha asomado a la biografía de Primo en el preciso instante en que este se asomaba a la mía. Estamos ante un nuevo choque de trenes, de universos. Casi me parece oírle rasgar con la pluma el papel en blanco mientras ese hombre escribe el verdadero enunciado de esta segunda jornada que nos aguarda:

La noche que Himmler conoció a Primo Levi.

NOTA FINAL

Una novela de autor no necesita explicar las licencias que se han tomado para su elaboración. No han sido muchas, acaso la más llamativa convertir a los dos hermanos de Himmler (Gebhard *junior* y Ernst) en una sola hermana, llamada Ernestine. Cabe decir que fue Borges quién tuvo una sola hermana. Cabe añadir que yo mismo tengo solo una hermana.

Pero, como decía, en tanto la biografía de ese megalómano llamado Heinrich Himmler no era el objeto esencial de este trabajo, no voy a enumerar las demás licencias. Las novelas que uno escribe para uno mismo tienen sus razones, que solo a su creador atañen, por mucho que el lector juegue a adivinarlas; a menudo con éxito parcial, casi siempre viendo una imagen incompleta, como un *puzzle* a medio ensamblar que siempre permanecerá inacabado.

Pero pienso que es necesario, en tanto se citan algunos de sus párrafos en la novela, revelar que el libro desconocido «El arte bajo el signo de la nada» es (o está inspirado) en un ensayo de Dino Formaggio que lleva por título sencillamente «Arte». Este libro es uno de los que más ha influido en mi vida y desde mi época universitaria lo habré leído más de un centenar de veces. Como curiosidad comentaré que, aunque tengo una copia en casa, siempre que lo cito lo hice de memoria, tan presentes tengo algunos de sus pasajes.

Por último, aunque muchos lectores lo habrán apreciado o inferido por lo que se dice en la novela, el pensamiento de Borges sobre el nazismo planea sobre toda la obra, en mayor o menor medida. También lo hace la relación que los escritores tenemos con los personajes históricos que protagonizan nuestras historias, especialmente cuando se trata de seres de la catadura moral de Himmler. A menudo, para entender al monstruo, nos asomamos a abismos Nietzscheanos y ellos nos devuelven la mirada, de tal forma que nuestra propia biografía se funde con la del objeto que cobra vida en nuestra pluma. Por ello la biografía de Borges se funde con la de Himmler y la mía con la de Borges y Himmler. Durante unos meses, fuimos una unidad que finalizó con la última línea escrita de esta novela.

Por ello, aunque el conjunto de lo narrado es coherente con la vida de Himmler... una parte es pura invención (o mejor, siendo estrictamente borgeano: percepción o acaso multiplicación) de mi pluma, esa peligrosa llave a los misterios de la mente que Heinrich tanto temía y que es conocida como literatura.

Una llave que, aunque muchos lo crean, no arde a 451 grados Fahrenheit ni a 233 grados Celsius. Es inmune a las llamas que prenden los «idiotas» como Heinrich Himmler.



JAVIER COSNAVA (Hospitalet de Llobregat, 1971), es un historietista, guionista y escritor español, residente en Oviedo. A finales de 2006 comienza la colaboración con el dibujante Toni Carbos; fruto de este empeño suman 20 premios de cómic en apenas año y medio antes de publicar en diciembre de 2008 su primera obra juntos: *Mi Heroína*.

En septiembre de 2009 publica un segundo álbum de cómic: *Un Buen Hombre*, sobre la urbanización donde los SS vivían, al pie del campo de exterminio de Mauthausen. En octubre de ese mismo año publica su primera novela: *De los Demonios de la Mente* (2009). Paralelamente, recibe una beca de la Caja de Asturias (Cajastur) para la finalización de *Prisionero en Mauthausen*, álbum de cómic que fue publicado en febrero de 2011.

También es autor de una novela de corte fantástico: *Diario de una Adolescente del Futuro* (2010). En noviembre de 2012 publica *1936Z la Guerra Civil Zombi*.

También ha colaborado en diferentes antologías de cuentos: *Postales desde el fin del mundo*, *Legendarium II*, *Vintage'62*, *Antología Z volumen 6*, *El monstre i cia* y *Fantasmagoria*.

En enero de 2013 ganó el premio Ciudad de Palma de Novela Gráfica junto al dibujante Rubén del Rincón.

Notas

[1] El autor quiere agradecer a Iván RuSo la cesión de la dos portadas de este ebook confeccionadas a partir de fotografías de Himmler libres de derechos de autor. <<